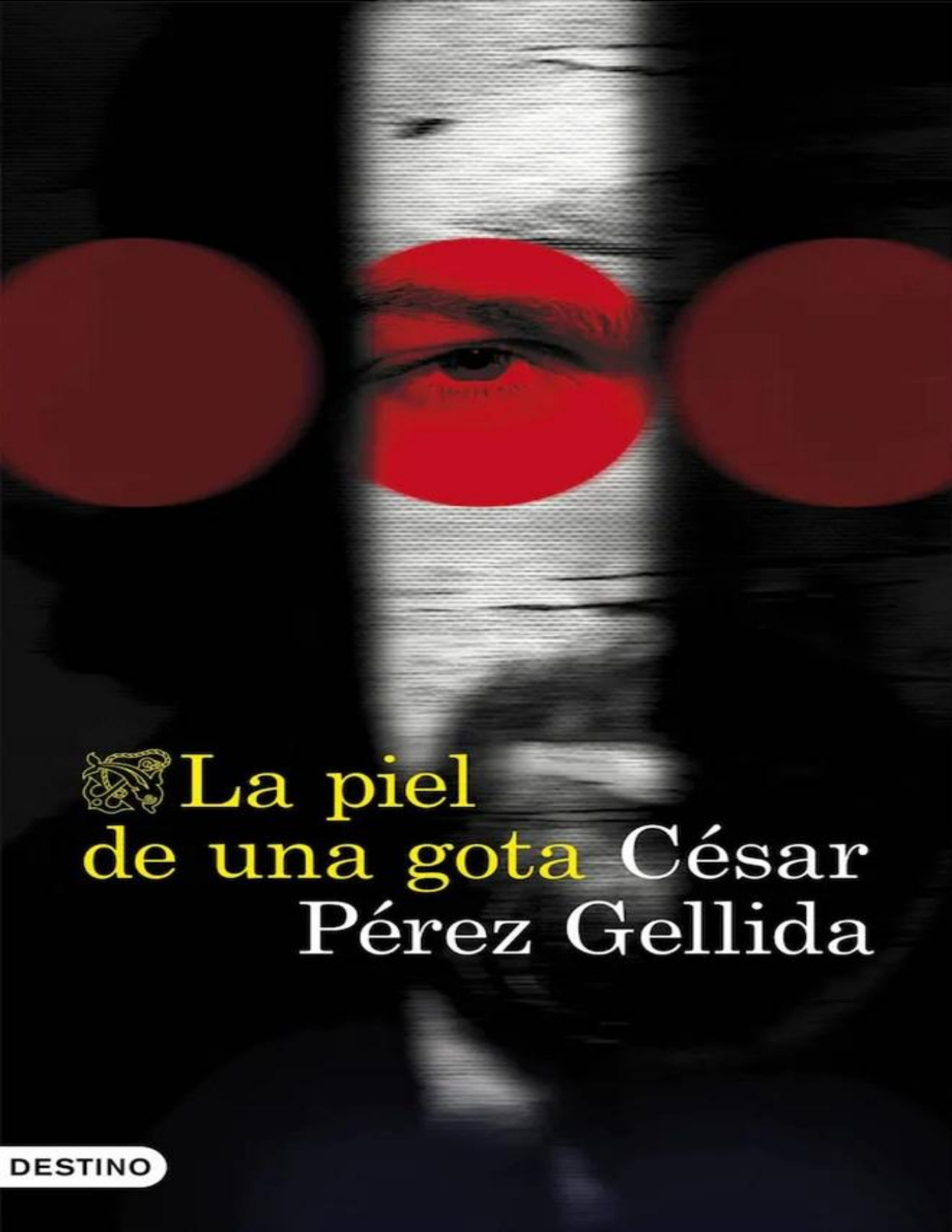

La piel de una gota

César Pérez Gellida

DESTINO

LA PIEL
DE UNA GOTA

César Pérez Gellida

Ediciones Destino

César Pérez Gellida, 2026
Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

A María, mi artefacto emocional

El agua que te calma la sed es la misma que puede matarte.

Mitología lugbara

Kivu

Cerro de las Contiendas, Valladolid
Sábado, 10 de septiembre de 2022, a las 22.21

No suele pasarle. De hecho, no sería capaz de recordar la última vez que lo sintió. Pero no alberga ninguna duda: eso que ahora recorre su cuerpo es miedo.

Le aterra pensar que le pueda suceder algo malo.

Kivu es lo único que tiene.

Desde que Cristina decidió marcharse, su perra es lo único que le queda.

Lo único que lo mantiene cuerdo.

Lo único que le importa.

Por eso, abrazado a ella sobre el suelo arenoso del parque, no ha dejado de acariciarla desde que empezaron los fuegos artificiales.

—Tranquila, pequeña, tranquila —le susurra.

Pero sigue rígida.

En cuanto ha sonado la primera explosión y el cielo se ha teñido de rojo y verde, Kivu se ha paralizado y ha empezado a temblar. Con la lengua fuera y los ojos muy abiertos, jadea de manera acelerada y el corazón le late a una velocidad endiablada. Desde el punto en el que se encuentra, en el mirador de la Dehesa, que corona el cerro de Las Contiendas, sabe que nada puede hacer para evitar que su agudo sistema auditivo siga sufriendo con esos impactos acústicos de más de ciento cincuenta decibelios cada cuatro o cinco segundos.

Impactos que Kivu confunde con fuego de artillería y disparos de mortero.

Si cargara con ella en brazos hasta casa tardaría al menos quince minutos, el tiempo que suele durar este tipo de malditos espectáculos pirotécnicos. Además, puede que ella lo interpretara

como una huida, una alarma, lo cual podría ser aún peor.

—Ya está, Kivu, ya está. Tranquila, mi amor, tranquila.

Ni siquiera su voz suena sosegada.

Porque se siente impotente y no está acostumbrado a ello. Él, a quien sus camaradas conocen como el Témpano por ser capaz de mantener la mente fría cuando otros se bloquean. Él, que ha seguido a rajatabla la doctrina que un día le inculcó el sargento Canales, su primer instructor: «Para desactivar cualquier artefacto, lo primero que tienes que hacer es aprender a desactivar tus emociones».

Él.

—Vamos, nena, vamos, estás conmigo. Yo te cuido.

Cuidarla: eso es básicamente a lo que se ha dedicado desde que la rescató de aquel poblado lugbara perdido cerca del lago Eduardo, en la República Democrática del Congo, cuando el que había sido su hogar durante los nueve meses que convivió con ellos fue masacrado por una milicia Mai Mai. Cuando se lo encontró, aquel cachorro atigrado de *basenji* parecía custodiar la entrada de una cabaña en la que los cinco miembros de la misma familia habían sido asesinados a machetazos. Aquella sería su última misión en África antes de ser licenciado por problemas psicológicos y, desde entonces, cuidarla se ha convertido en lo único que daba sentido a su vida.

Su compañera.

Su redención.

Pero ahora no sabe qué hacer para protegerla. No puede permitirse fracasar de nuevo como fracasó con Cristina. Todo es demasiado reciente. Demasiado doloroso.

Solo es capaz de repetir la misma frase.

—Tranquila, pequeña, tranquila —la anima sin dejar de acariciarla bajo la mandíbula.

Sobre el pelaje blanco que le cubre el pecho se reflejan las tonalidades que iluminan la bóveda celeste, ahora de color dorado por una palmera gigante que desciende con lentitud hasta desaparecer en la oscuridad de la noche. A través de las manos, con las que intenta calmarla, puede sentir que su pequeño corazón sigue

golpeando con fuerza el interior de la caja torácica. Su respiración se quiebra en intervalos cortos, como si cada intento de tomar aire fuera un esfuerzo que no termina de completarse. Hay un temblor leve, persistente, que no responde al frío, sino a algo más hondo que se le escapa.

Teme que colapse.

Y en ese instante, como si quisiera hacer desaparecer el temor que le embarga, busca otra emoción que pueda remplazarla.

La encuentra de inmediato.

Odio.

Se odia por haber aceptado viajar a Valladolid para vaciar la casa de Cristina, el lugar que eligió su mujer para separarse de él.

La ciudad que se la arrebató.

Se odia por haberlo hecho de forma inconsciente durante las ferias, la época del año en la cual se convierte en un rincón mucho más inhóspito para un tipo como él, que no soporta el contacto con civiles. Se odia por haber decidido salir a dar una vuelta con Kivu para procesar lo que llevaba todo el día leyendo en ese condenado diario. Se odia por no haber tenido en cuenta que en media hora iban a empezar los fuegos artificiales. Pero por encima de todo se odia por haberse convertido en un cero a la izquierda cuando ella más le necesita.

Igual que le pasó con Cristina.

—Ya está, nena, ya está. Ya se acaba.

Pero no.

Muy al contrario, falta lo peor.

La traca final.

Un silencio esperanzador la precede.

Un silencio esperanzador demasiado breve.

En cuanto empieza la secuencia ininterrumpida de explosiones la agarra de la cabeza y le tapa los pabellones auriculares, descubiertos por naturaleza, en un intento desesperado de amortiguar el ruido. Incluso a él, acostumbrado como nadie al sonido de las explosiones, le irrita. Mataría sin pensarlo a quienes están causando ese sufrimiento a su perra.

Sin saber qué hacer, posa sus labios en el hocico de Kivu y la besa

al tiempo que busca su mirada. Es entonces cuando se percata de que sus ojos color canela se están oscureciendo y apenas brillan. Un par de segundos más tarde se han convertido en una esfera negra, opaca.

No es la primera vez que ve la muerte a través de los ojos de un ser amado.

La reconoce de inmediato, pero, así y todo, se niega a aceptar su presencia.

—¡Kivu, vamos, pequeña, reacciona!

Al abrazarla nota que sus músculos ya no están agarrotados; de hecho, tiene el cuerpo relajado por completo y las patas le cuelgan sin firmeza alguna. Antes de comprobar lo que ya sabe, el Témpano contiene la respiración y desliza su mano temblorosa y húmeda por el lomo de su compañera hasta alcanzar la caja torácica.

Silencio absoluto.

—Kivu, no. No, por favor. No, no, nena, no... No me dejes —musita entre dientes.

Una cálida ovación de un público entusiasta se oye a lo lejos.

—Mi pequeña...

El Témpano se derrite.

Abatido, atrae el cuerpo de Kivu hacia su pecho y lo mece hacia delante y hacia atrás. Las lágrimas vuelven a hacer acto de presencia igual que aquella vez en casa de Cristina. Lágrimas densas y amargas que son fruto del dolor y la rabia que, como la carcoma, le devoran por dentro.

Si es que aún queda algo que devorar.

El tiempo pasa.

Solo cuando se nota vacío por completo, repleto de ira, se incorpora y camina con el cuerpo de Kivu en los brazos hasta la barandilla del mirador. Si albergaba alguna duda sobre la última petición de Cristina, la pérdida de Kivu la acaba de disipar.

Desde lo alto contempla una ciudad en fiestas.

—Te voy a destruir, maldita hija de puta.

Cosas del querer

Comisaría de distrito de Las Delicias,
Valladolid Jueves, 24 de noviembre de 2022, a las 8.08

Diecisiete días para la traca final

—Luego hablamos, preciosa. Besos —se despide Sancho.

No se ha levantado con buen pie. Había tardado en conciliar el sueño, y a las seis de la mañana, como viene siendo habitual, ella ya estaba danzando por la casa haciendo no sabe qué, pero sobre todo ruido. Desde que la semana anterior su ginecóloga levantó la mano con el reposo, a Sara le ha dado por cambiar muebles de sitio, reordenar armarios, redecorar los baños, y ahora está pensando en pintar el salón de un color que no sea tan deprimente como el blanco.

¿Desde cuándo el blanco es un color deprimente?

Sancho entiende y admite que Sara haya acumulado mucha tensión durante el tiempo que se ha visto obligada a disminuir al mínimo su actividad, pero le cuesta mucho mantener una actitud positiva permanente para no contribuir al caos cotidiano.

Todo iba de maravilla, si es que ese adjetivo tenía cabida dentro de lo nada halagüeño que se les había quedado el panorama vital tras la circense resolución del caso de Vázquez de Aro. Demasiado comprometida. Después de consultar con varios expertos en la materia, Sara decidió someterse a una cirugía oculoplástica reconstructiva de la cavidad orbitaria. Lo hizo en una clínica de Barcelona especializada en adaptación de prótesis oculares y el resultado rozaba la perfección, no solo por el nivel de semejanza en lo físico, sino por haber logrado adaptar el implante a los músculos extraoculares, ayudando a transmitir con ello cierto rango de

movimiento a la prótesis. Sara no tardó en habituarse a ver con un solo ojo, y a pesar de que le importaba bastante poco la parte estética, lo cierto era que resultaba francamente complicado darse cuenta de que llevaba un implante.

En cuanto al embarazo, en el mes de julio les habían confirmado que se trataba de gemelas idénticas y que la gestación se estaba desarrollando con total normalidad. Entretanto, Sancho había conseguido reducir al máximo sus intervenciones sobre el terreno de forma transitoria. Todo ello con el beneplácito tanto de su superior directo en la Interpol, Azubuike Makila, como del presidente Bauer, con quien seguía conservando una amistad muy enriquecedora. Su rutina semanal consistía en llegar a Valladolid los jueves por la noche y quedarse hasta el lunes, cuando regresaba a la central de Lyon. Como pareja, seguían contemplando la posibilidad de que Sara optara a una de las plazas que iban a quedar vacantes dentro de las TOC de la Interpol, y a pesar de que ella aún no estaba del todo convencida, a Sancho le parecía la mejor opción posible.

Todo se torció a finales de septiembre, durante la semana veintisiete de gestación. Un lunes se despertó con contracciones y un pequeño sangrado que provenía de la dilatación del cuello uterino. A las tres horas salieron del hospital con la orden por parte de la ginecóloga de que hiciera reposo absoluto, una receta de Atosiban y muchas pastillas de mal genio que Sara iba a tener que ingerir cada día durante demasiados días. Ella, que tenía decidido seguir trabajando hasta el momento del parto, asumió mal la noticia.

Muy mal, más bien.

A partir de ahí, la inactividad de Sara provocó que las ausencias de Sancho fueran más ausencias, menos llevaderas, y la convivencia se enrareció. Los fines de semana, con ambos condenados al encierro con excepción de un breve paseo diario, se convirtieron en un suplicio para los dos. Además, el padre de Sara tuvo que trasladarse a vivir al domicilio para atender a su hija, por lo que se generó un caldo de cultivo muy favorable para que la tensión floreciera como mala hierba. Había que encontrar una solución, y fue Sancho quien dio con ella tres semanas después.

—Creo que podría solicitar una plaza en Valladolid en comisión de

servicio —le soltó a Sara durante la cena.

Ella levantó la vista de los guisantes con jamón. Por suerte, ese fin de semana de octubre, José María había regresado a Jaca para, según él, «arreglar algunas cosillas», lo que tamizado por el filtro de la verdad sería: «Para salir de ese infierno en el que me habéis metido».

—¿Qué plaza? —quiso saber ella.

—Ya sabes a qué plaza me refiero. Pero solo mientras dure la baja por maternidad, y, si así lo decides, también durante el permiso de lactancia.

—Ya, claro. ¿Y tu baja por paternidad?

—Lo he consultado y podría solicitarla a tiempo parcial, porque, de otra manera, cuando hable con Copito me va a mandar a la mierda.

Sara caviló durante unos instantes.

—¿Y qué pasaría luego? ¿Te guardarían tu puesto en la Interpol?

—Esa parte ya la he pactado con Bauer. Me respetarían la plaza un máximo de un año con la condición de que siga pendiente de ciertos asuntos que tenemos abiertos, aunque sea desde la distancia. Es decir, que tendríamos tiempo para decidir cuál sería el siguiente paso: Valladolid o Lyon. Pero sea lo que sea, juntos.

Esa última parte le gustó a Sara. En realidad, era evidente que a ella no le hacía ninguna gracia que Sancho ocupara su cargo de jefe del Grupo de Homicidios —a pesar de ser provisional—, pero mucho peor aún era el panorama que tenía por delante hasta diciembre.

—¿Y tú crees que lo van a aceptar?

—El comisario Herranz-Alfageme seguro, porque Matesanz ya sabes que no quiere asumir más funciones de las que tiene, y Peteira al frente de todo...

—No —completó ella tajante—. Lo último que sé al respecto es que estaban pensando en traer a alguien de fuera hasta que yo me reincorporara.

—Ya sabes lo poco que le gustan a Copito las injerencias externas. Para él va a ser una buena alternativa, y con lo cabezota que es, si le convence la solución, el comisario provincial seguro que la va a aceptar aunque sea solo por quitarse el marrón de encima.

Y así fue.

Sin embargo, no resultó tan rápido y sencillo como a Sancho le habría gustado, dado que ya se habían iniciado los trámites con un veterano inspector del Grupo de Robos, un tipo que también había solicitado la plaza en comisión de servicio y que, al parecer, estaba bien conectado con la superioridad. A la postre, los méritos cosechados por Ramiro Sancho como jefe del Grupo de Homicidios se impusieron a los contactos de su rival, y el lunes 31 de octubre se incorporó a su antiguo puesto con el beneplácito de todos sus integrantes, la mayor parte de ellos compañeros durante los años que el pelirrojo estuvo al frente del equipo. Por suerte, las investigaciones en curso estaban muy bien encauzadas y, si bien había bastante carga de trabajo, el nivel de presión no era ni mucho menos el de épocas pasadas. Además, Sancho mantenía informada a Sara de los progresos o las dificultades con las que se iban encontrando para hacerla sentir partícipe de todo.

Desde entonces la relación de pareja ha mejorado de forma notable, con altibajos, eso sí, pero Sancho es muy consciente de que el último tramo no va a ser fácil —en especial para Sara, que tiene que soportar la peor parte—. Prueba de ello es la llamada que ha recibido dos minutos después de marcharse de casa. Durante esa conversación, que ha durado hasta que ha aparcado en comisaría, han hablado exactamente de lo mismo que dos minutos antes de despedirse.

Cosas del querer.

—Luego hablamos, preciosa. Besos —se despide Sancho.

En cuanto sale del coche reconoce la voz de Dani Navarro.

—Buen día, jefe.

A su lado, Áxel Botello vestido de moderno de los noventa.

—Mucho tiene que mejorar la jornada para que el día sea bueno —responde Sancho.

—Uy, pues entonces no te digo que a las ocho en punto se ha pasado Copito por la brigada preguntando por ti. Parecía urgente.

—Hay que joderse...

—Nos vamos a hacer la gestión que hablamos ayer en la estación de autobuses, a ver si cantamos bingo o línea.

—Los cartones los tenemos, así que a tachar números. Después

me contáis.

Con una mosca peluda y cojonera detrás de la oreja, Sancho sube al despacho del comisario, toca la puerta y entra.

—¿Me andabas buscando?

—¿Has tomado café?

—Intuyo que no el suficiente.

—Intuyes bien. Vamos donde Cuqui.

Tal y como le suele ocurrir en comisaría entre tres y cinco veces al día, el comisario le pregunta por Sara y el embarazo.

—Bien, todo en orden —resume—. Deseando entrar en el paritorio.

—Se os presenta un 2023 precioso. ¿Ya tienen nombres las criaturas?

—Estamos inmersos en esa batalla. No va a ser fácil.

—¿Leonor y Sofía?

—Adjudicado. Ahora se lo propongo a Sara de tu parte.

En cuanto salen al exterior, a pesar de que el cielo está limpio de nubes y brilla el sol de finales de otoño, a Herranz-Alfageme se le agria el semblante.

—Gonzalo García Prieto —dice.

Las pobladas cejas de Sancho se elevan hasta la mitad de la frente.

—Me quiere sonar.

—Pues quédate con su nombre. Es inspector de algo en Medina del Campo y optaba a la plaza porque, según me cuentan, su mujer trabaja en los juzgados de Valladolid. Ha recurrido a través del sindicato tu adjudicación en comisión de servicio y solicita que se saque a concurso. Hasta aquí, nada nuevo bajo el sol. Siempre hay algún resentido que piensa que ha hecho méritos suficientes para ocupar un despacho ministerial.

—¿Pero?

—Pero resulta que el tipo tiene un hermano en Canillas.

—Déjame adivinar. En la UDEV.

—Casi. En la UCIC.

—Unidad Central de Inteligencia Criminal —completa Sancho.

—Eso mismo. Al grano: el tipo ha empezado a remover cosas y a

hacer preguntas sobre ti. En concreto sobre el asunto de Vázquez de Aro.

—Joder de Dios.

—Eso mismo he pensado yo cuando me llamaron anoche.

—¿Anoche? ¿Quién?

—Un amigo, qué más da. El hombre está haciendo todo lo posible por agitar el avispero, Sancho, y ya sabes cómo se cerró aquello.

El pelirrojo se pasa la mano por el cogote como si quisiera comprobar que, en efecto, está perfectamente rasurado.

—Al parecer —continúa el comisario—, el hermano está muy bien conectado y ha tocado la puerta de la UDEV, que, si recuerdas, fueron ellos quienes hicieron el requerimiento a la Interpol para que nos dieran soporte cuando estábamos en pelotas con la investigación.

—Lo recuerdo muy bien.

—Y como tienes muy buena memoria recordarás que yo di por buena vuestra versión de lo ocurrido en aquella isla perdida cuyo nombre nunca recuerdo.

—San Cristóbal y Nieves.

—Como se llame.

A punto de entrar en el Rosabel, Herranz-Alfageme se detiene.

—Lo que necesito saber es lo siguiente: ¿hay algo que no me hayas contado por lo que nos puedan pintar la cara? Y digo «nos» porque fui yo quien puso la firma al informe que entregamos a Madrid.

—Si hubiera algo te aseguro que no compromete a nadie del Grupo.

—Si hubiera algo... Sancho, no me toques la moral, por favor te lo pido. ¿Hay algo o no hay nada?

Sancho cavila unos instantes.

—Algo hay, sí. Crucé alguna línea roja. Tuve que hacerlo o ese cabrón se nos escapaba.

El comisario se frota las manos nervioso.

—Qué línea roja.

Durante los siguientes minutos, Sancho le cuenta cómo obtuvo la información que le llevó hasta el paradero de Vázquez de Aro.

También le detalla lo sucedido en la isla y el final del episodio manteniendo la misma versión que dio en su día en la Interpol.

—La madre que me parió, Sancho. La puta madre que me parió —concluye Herranz-Alfageme.

—Por muy listos que sean y por muy cachazudos que se pongan en Canillas, no van a poder encontrar nada con lo que nos saquen los colores, de eso estoy seguro. Al margen, en aquel momento yo pertenecía a la Interpol, por lo que si tienen que pedir cuentas a alguien van a tener que tocar muchos timbres de puertas que nunca se abren.

—¿La Interpol sabe lo que ocurrió en realidad?

—Saben lo mismo que te acabo de contar.

—¿Y tanto te aprecian por allí como para pringarse de ese modo?

—Si yo te contara...

—No, Sancho, no. Precisamente lo que tendrías que haber hecho era contármelo todo en su día con pelos y señales, y no la milonga que me hicisteis tragar Sara y tú.

—No fue una milonga, solo omitimos algunos detalles que no tenían por qué aparecer en el informe. A ese malnacido se le probaron siete homicidios y, aunque merecía ese final, nosotros no fuimos con la intención de acabar con él sino de detenerle. Pero salió mal.

—Una pena, sí. Una verdadera lástima que ahora nos puede salpicar a todos.

—Yo no lo creo.

—Así que tenemos que estar todos tranquilos, ¿eh?

—Tenemos que estar atentos, nada más. Pero, insisto, sea como fuere, si en algún momento quieren tocar los cojones a alguien, serán los míos los que se encuentren encima de la mesa.

El comisario asiente varias veces.

—De eso puedes estar seguro, Sancho, porque los míos a estas alturas de la película no se tocan. Venga, tira para dentro, que hoy pagas tú.

Residencia de Sara Robles y Ramiro Sancho

Sobre las seis y media de la tarde, Sancho sale del ascensor con las llaves de casa en la mano. Desde que Copito le ha dado la noticia no ha dejado de rumiar cómo y cuándo contárselo a Sara. Incluso se ha planteado no hacerlo, pero sabe que con ella no funciona la estrategia del avestruz y, aunque es cierto que no le preocupa demasiado, sí lo suficiente como para notar un pellizco en la boca del estómago que le lleva incomodando todo el día. La conclusión a la que ha llegado Sancho es que cuanto antes mejor, y el paseo diario de una hora que acostumbran a hacer juntos podría ser el momento adecuado. De hecho, hace unos minutos ha recibido un mensaje en el que Sara le preguntaba a qué hora llegaba, y eso suele ser un claro indicativo de que la casa ya se le ha caído encima.

No tarda en descubrir que está en lo cierto, y nada más abrir la puerta se la encuentra con el abrigo morado de lana puesto.

—¿Qué tal hace? —pregunta ella antes de darle un beso en los labios.

Está guapa. A pesar de que ha ganado diecisiete kilos y se le ha redondeado algo la cara, su configuración facial le resulta tan atractiva como siempre.

—No hace malo, pero el gorro y la bufanda tampoco te van a sobrar.

—Del gorro paso, que he estado una hora hasta que he conseguido domar estos pelos. ¿Qué tal tu día?

—Los he tenido mejores. Ahora te cuento.

Sara lo mira y entorna los ojos.

—Vale —dice ella mientras se ajusta un fular—. Hoy he hablado con mi padre.

Sancho agradece el cambio de tercio.

—¿Y qué se cuenta?

—Que ayer España le metió siete a Costa Rica y que lo vio en el bar con sus amigos. Yo ni sabía que se estaba jugando el Mundial.

—Acaba de empezar, pero ya te digo yo que no pasamos de cuartos.

Tan pronto como salen del portal, Sara se percata de que hay más gente de lo habitual en la calle.

—¿Y toda esta tropa? —se pregunta.

—Antes le he escuchado comentar a Botello que a las siete es el encendido de las luces de Navidad. El año que viene igual lo hacen en agosto.

—No me seas Gargamel. ¿Nos acercamos a ver?

Sancho resopla.

—Tú verás. Puede estar petado.

—Venga, que tardamos dos minutos y luego podemos ir a tomar un chocolatazo con churros al Castillo, que el cuerpo me pide marranadas.

—¿Qué tipo de marranadas te pide?

—Pues ahora que lo dices, de comer y de las otras, que ya no me acuerdo de la última vez.

—Pues mala memoria tienes, porque si no recuerdo mal este finde pasado no hemos parado. Que el domingo pensé que me tenían que hacer una reconstrucción ahí abajo.

—Puede ser, pero resulta que antes en la ducha le he dado rienda suelta a la imaginación y..., no sé, creo que he salido más sucia de lo que he entrado.

El pelirrojo se detiene en seco en mitad de la calle de San Felipe.

—Pues hasta aquí el paseo. Regresemos.

Ella lo agarra del brazo y tira de él hacia los soportales de Fuente Dorada.

—Vamos, que hay tiempo para todo y yo ahora necesito que me dé un poco el aire.

Al llegar se encuentran con una riada de personas que, bajo un sendero de luces, convergen en la plaza Mayor. Familias con niños pequeños, parejas y grupos de jóvenes que no quieren perderse el banderazo de salida de las fiestas navideñas.

—Me resulta difícil de entender que cuatro bombillas consigan este efecto —comenta Sancho.

—No son cuatro, majete, son más de dos millones.

—¿Las has contado?

—Se lo he escuchado decir esta mañana a Carlos Flores en la radio. Es lo que tiene disponer de mucho tiempo. Está probado que la iluminación hace que nuestro cerebro produzca más hormonas de la felicidad, y eso favorece el consumo.

—Pues mis hormonas ahora lo que me piden es consumir de lo otro que me hablabas antes. Llámame anticapitalista.

Ambos se ríen y Sancho se da cuenta de que hacía mucho que no mantenían una conversación tan distendida, por lo que se plantea si hoy es el momento para contarle lo que ha hablado con el comisario Herranz-Alfageme.

En la plaza Mayor se congregan cientos de personas en torno al Árbol de los Deseos, una estructura metálica cónica de treinta y un metros de altura que se yergue en la esquina que mira hacia la calle de Santiago. Su osamenta dorada está recubierta por una piel compuesta por centenares de luces LED, adornos varios y regalos de luces. Una gran estrella lo corona. Las expresiones de los más pequeños justifican el dispendio y, a pesar de que las ráfagas de aire frío han hecho descender la temperatura, predomina la calidez en el ambiente.

—Mira, ahí parece que hay algo más de espacio —indica Sara señalando una zona que está al principio de la calle de la Pasión.

—Bien visto.

—Y eso que solo tengo un ojo, ¿eh?

—La madre que te parió...

El reloj de la torre de la casa consistorial marca que faltan tres minutos para las siete de la tarde. Por la megafonía de la plaza se oye una voz distorsionada que, intuye Sancho, debe de ser la del alcalde, Omar Fuentes. El desinterés le lleva a desviar la atención hacia las personas que tiene a su alrededor, y se fija en un matrimonio de mediana edad con sus dos hijos, tres hombres con los sesenta cumplidos que visten de forma elegante pero no tanto como sus respectivas señoras, un grupo de adolescentes con las hormonas a galope tendido y una pareja de treintañeros que parece necesitar un par de lunas de miel para aplacar la ira de sus genitales. Más allá, cabezas y más cabezas. Sancho le saca la lengua a uno de los pequeños que sostiene el padre sobre los hombros y el niño le devuelve la mueca.

—Qué, ¿ya estás practicando para lo que te viene encima? —bromea Sara.

—No sé si estoy del todo mentalizado —confiesa—, pero sí sé que

me apetece mucho meterme de cabeza en esa melé.

—Más te vale, porque te va a tocar pringarte de barro hasta las cejas.

Sancho la agarra del hombro y la atrae hacia sí.

—Por cierto, no te creas que me he olvidado de que me tenías que contar algo, ¿eh? —dice Sara.

—Luego, con el chocolate sobre la mesa. Ahora vamos a ver si merece la pena el espectáculo.

—Pues ya son las siete.

El alcalde comienza una cuenta atrás que corea el público más entusiasta.

—¡Cuatro, tres, dos, uno...!

Un intenso fogonazo amarillento precede a la explosión. Acto seguido, una erupción volcánica que nace de la parte superior del Árbol de los Deseos tiñe la plaza de verde y morado.

Fundido a negro.

Silencio.

Un pitido intenso en el interior de la cabeza le hace a Sancho volver en sí. Le duelen los oídos y le cuesta mantener la verticalidad, pero aun así nota algo en la cabeza. Es calor. Mucho. Tanto que quema. Un automatismo le hace golpearse con la palma de la mano para sofocarlo. Desorientado, y con el sistema auditivo anulado, trata de conectar con la realidad a través de los ojos. Su cerebro lo registra todo a cámara lenta. En el plano general solo ve rostros desencajados, con las bocas muy abiertas y los párpados muy cerrados. Al focalizar distingue la cara de una de las señoras mayores, a la que no parece importarle que le esté ardiendo el cabello. A su lado registra la apagada expresión del niño que le sacó la lengua tendido sobre el hombro de su padre, y algo más allá, el semblante crispado de una de las adolescentes, que no consigue contener el vómito.

Y de repente, humo.

Olor a pólvora.

El pitido pierde intensidad, y como por arte de magia empieza a captar el sonido ambiente que le rodea. El Dolby Surround del pánico colectivo.

Gritos de auxilio.

Alaridos.

Lamentos.

Es en ese contexto angustioso cuando nota que una alarma parpadea en su interior. Su frecuencia cardíaca, a más de doscientas pulsaciones por minuto, le impide pensar con claridad, pero entre toda la desinformación que revolotea en su cerebro logra rescatar un nombre y una incógnita.

Sara.

¿Dónde está?

Su respiración acelerada se interrumpe al empezar a buscarla a su alrededor. Gira sobre su eje trescientos sesenta grados, no la ve. Mareado, está a punto de caerse, pero cuando consigue recuperar la estabilidad reconoce un bulto en el suelo. Un bulto morado. De inmediato se arroja sobre ella para protegerla de las decenas de pies que empiezan a moverse sin rumbo.

—¡Sara! ¡Sara! —le grita.

Enseguida se percata de que está semiinconsciente, así que si no la levanta la van a pisotear las decenas de personas que huyen despavoridas. Sancho reacciona, la agarra por las axilas y tira de ella con fuerza.

—¡Sara, despierta! ¡Tenemos que movernos!

Pero ella solo es capaz de balbucear.

Empujones.

—¡Vamos, cariño, reacciona!

Mientras se afana por sostener el cuerpo de Sara, el pelirrojo busca un remanso de paz entre el caos que se vive en torno a él. Cree encontrarlo en los soportales, donde hay más personas atendiendo a otros heridos. Así, hace acopio de fuerzas para trasladarse hasta allí evitando entrar en conflicto con la gente que solo quiere escapar de la plaza. Los veinte metros que los separan del estanco se convierten en una auténtica epopeya en la que únicamente cuenta el instinto de supervivencia. Junto a un callejón donde se han refugiado unos cuantos que han preferido escapar de la estampida humana, sienta a Sara en el suelo con extrema delicadeza, le apoya la espalda contra la pared y se arrodilla ante

ella. Sara parpadea varias veces, pero tiene la mirada errante, dispersa.

—¡Sara, cariño, dime algo!

—¿Qué ha pasado? —le parece entender.

—Nada, tranquila. Ya estás a salvo. Dime, ¿estás bien?

—No sé dónde estoy.

—Estás conmigo. Tú solo respira, enseguida vendrán a ayudarnos.

Sancho saca su teléfono del bolsillo del pantalón con la intención de llamar a emergencias. Cuando está a punto de hacerlo levanta la mirada y se percata de que todo el mundo tiene la misma intención. Hay bastantes heridos por quemaduras, cortes de cristales, ataques de pánico, desorientación generalizada, pero en ese instante lo único que le preocupa es Sara.

—Sancho —oye—. Sancho...

—Aquí estoy, preciosa. Tranquila, que no me voy a mover de tu lado.

Él la agarra de la mano y ella la dirige hacia un lugar muy concreto: su entrepierna. En el primer contacto se percata de lo que Sara quiere hacerle entender.

—No...

—Creo que he roto aguas —acierta a decir ella.

Apartamento de la plaza Mayor

A través de la ventana que da a la plaza, el Témpano contempla su obra mientras saborea un té verde que aún humea en la taza. Necesita memorizar los detalles. Casi todos los asistentes han desaparecido ya por las calles aledañas, pero todavía quedan varias decenas de personas, que están siendo atendidas en el suelo. La mayoría de los heridos presentan quemaduras en la cabeza y en la cara, aunque también hay muchos que tienen cortes producidos por la proyección de los cristales de las ventanas que han reventado a causa de la onda expansiva. Otros se quejan de los oídos, y no son pocos los que caminan desorientados, como si no hubiera ocurrido nada. De fondo se oyen sirenas y los gritos de quienes reclaman

auxilio.

Todo ha ocurrido tal y como había imaginado.

Tal y como había detallado en su cuaderno de operaciones.

En cuanto el alcalde ha apretado el botón de encendido y la corriente ha iniciado la cerilla eléctrica, los tres kilos de carga explosiva alojados en la carcasa de treinta centímetros de diámetro se han comportado como debían, y el material pirotécnico ha convertido la plaza en un infierno de luz y color.

Del almacén de Pirotecnia Vesubio que redujo a escombros se llevó casi todo el material que va a necesitar los próximos días: una consola de ignición, tubos de lanzamiento, una batería sellada de 12 voltios y cinco carcasas de fuegos artificiales, aunque para el evento de hoy solo requería una. El resto lo ha enterrado a buen recaudo junto a la tumba de Kivu hasta que llegue el día de la traca final. Para el espectáculo de la plaza Mayor ha seleccionado la que venía etiquetada como: «Pistilo rojo. Mancha verde brillante de color crisantemo a morado». Le parecía la más artística, la más elaborada, si bien es cierto que al no permitir que ganara altura ha perdido buena parte de su efecto estético.

Prepararlo todo le ha resultado un juego de niños.

Lo único que ha tenido que hacer ha sido manipular la carcasa para eliminar la carga propulsora, conectar la mecha a la cerilla, desmontar la estrella que coronaba el árbol e introducirla en su interior. Solo faltaba empalmar los cables al circuito eléctrico y volver a montarla. Para rematar la faena había dibujado con rotulador negro el símbolo de Adro, su firma, y se había marchado por donde había venido.

Un espectáculo.

Se pregunta cuántos de los que hoy estaban asistiendo al encendido de las luces de Navidad estuvieron presentes el día que a Kivu se le detuvo el corazón.

—Toca joderse, hijos de puta —les dice.

El Témpano sonríe por dentro. La sensación que le invade es la misma que cuando enseñaba a sus chicos a desactivar explosivos y les hacía caer en las trampas que les preparaba. «Acabas de perder una mano, artista» o «Enhorabuena, tus órganos son mermelada»,

les decía. Pero eso pertenece a su pasado, y lo único que ahora le ocupa es pensar en el futuro. Por ello se acomoda en el sofá del salón y le da otro sorbo al té antes de abrir el cuaderno de operaciones por la fecha que corresponde.

Lleva cuatro días allí metido, viendo la vida pasar como cuando le tocaba cumplir con esos interminables turnos de vigilancia. Un suplicio, necesario sin embargo para saber cuándo debía intervenir. De este modo había constatado que la mejor franja horaria para introducir la carga explosiva en el interior de la estrella era entre las cuatro y las cuatro y media de la mañana, con la ciudad dormida. Tenía asumido que alguna de las cámaras instaladas en la plaza dejaría constancia de su presencia, pero en todo caso eso sería ya a hechos consumados, por lo que no interfería en sus planes. Tardó once minutos en hacerlo, embutido en un mono de trabajo, bien cubierta la cabeza con un gorro negro de lana, con la capucha del anorak puesta y con el chaleco —sustraído durante un despiste de los operarios— de Ximenez Iluminación, la empresa que se había encargado de instalar todas las luces navideñas que visten las calles de Valladolid.

Algo más tarde, el Témpano revisa lo que tiene planificado para los días posteriores y cierra el cuaderno de operaciones. En el apartamento se cuelan las luces de los vehículos de emergencias y los sonidos que vienen de la plaza. Le despierta curiosidad saber cuánto tiempo van a tardar los TEDAX en conectarlo con lo del almacén pirotécnico de Madrid. Lo mismo da, él tiene su programa y lo va a cumplir pase lo que pase.

Antes de meterse en la cama, duda. No se atreve a leerlo de nuevo. Sobre la mesa, el diario, el condenado diario que Cristina empezó a escribir un 17 de mayo de 2019. Ciento sesenta y tres páginas cargadas de razones que justifican que él haya tomado ese camino de destrucción. Y autodestructivo. Tiene marcados los días que volverá a leer cuando necesite recordar los porqués. Pero ahora su cabeza no le pide eso. Prefiere acercarse de nuevo al ventanal para corroborar que ha causado el efecto esperado, y que mañana el suceso abrirá los telediarios y llenará portadas de periódicos de ámbito nacional.

—Y esto solo es el principio, cabrones —advierte.

Ambulancia camino del hospital Río Hortega

Está viviendo el peor momento de toda su vida. Una pesadilla.

Ojalá lo fuera.

Pero no.

Porque lo que está sucediendo dentro de esa ambulancia es muy real.

Desde que Sara ha roto aguas en medio del caos que se estaba viviendo en la plaza Mayor, el pelirrojo ha estado al borde del infarto de manera permanente. En primer lugar, porque cuando ha logrado contactar con el servicio de emergencias la operadora le ha dicho que estaban desbordados y que le atenderían en cuanto fuera posible. Y esa no era la solución que quería escuchar. Sara, que todavía estaba algo aturdida, necesitaba asistencia inmediata. Así, sin soltarle la mano, Sancho se ha lanzado a pedir un médico a gritos, pero la gente no estaba para ayudar, sino para ponerse a salvo. Cuando estaba empezando a sopesar alternativas distintas, un matrimonio se ha acercado a ellos. Él llevaba en brazos a una niña que no paraba de llorar.

—¿Necesitan ayuda? —ha preguntado ella, una mujer de unos cuarenta años, alta, de ojos muy vivos y atractiva serenidad.

—Está embarazada y ha roto aguas. He llamado al 112 pero están saturados. Tengo que llevarla a un hospital.

—Me he dado cuenta, soy matrona.

Un rayo de esperanza.

—¿Puedes ayudarla, por favor?

Ella ha buscado con la mirada a su pareja.

—María, tenemos que llevarnos a la niña de aquí —ha dicho él.

La matrona ha examinado a Sara durante unos instantes que a Sancho se le han hecho eternos.

—Llévatela tú. Si se ha puesto de parto no puedo dejarla aquí tirada.

Su pareja, que debe de saber que no la va a hacer cambiar de

opinión, ha asentido, le ha dado un beso en los labios y ha seguido su camino.

—Gracias. Mil gracias, de verdad —le ha agradecido Sancho.

La matrona se ha arrodillado frente a Sara.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Sara. Son gemelos. Niñas.

Ella resopla.

—Bien. Lo primero que vamos a hacer es tratar de controlar la respiración, ¿de acuerdo?

En ese momento han aparecido dos ambulancias en la plaza.

—Tengo que conseguir una de esas —ha dicho Sancho—. Enseguida vuelvo.

No ha sido una de esas ni de las cuatro siguientes, pero la persistencia y la desesperación se han aliado a su favor, y ahora, que por fin están camino del hospital, Sancho respira aliviado.

Momentáneamente.

Porque, después de ponerle una vía, la matrona pronuncia las palabras que nadie quiere escuchar.

—Está dilatada del todo. Me temo que viene el primero.

—No me fastidies —dice Sara.

—Por suerte viene bien colocado.

Angustiado, Sancho mira a través de la ventanilla. En diez minutos apenas se han movido, y justo delante de ellos hay otra ambulancia con los mismos problemas para avanzar entre los coches que saturan la calle López Gómez.

—¡Vamos, joder, vamos! —grita el pelirrojo.

—¡Dígaselo al alcalde y a su obsesión con los carriles bici! —responde el conductor.

Sara, que en todo momento ha seguido las indicaciones de María y ha mantenido cierta calma, deja escapar un par de lágrimas.

—Tranquila, mi amor, tranquila. Todo va a salir bien —le dice Sancho bajando el tono varias octavas.

—Necesito espacio —le pide la matrona—. Y unos guantes.

Uno de los sanitarios, que tiene el gesto crispado, no se da por aludido. El otro, recién graduado en Enfermería, toma el mando.

—Aquí los tienes. ¿Qué más necesitas?

—Toallas, una tijera esterilizada y una pinza o similar. Y avisad a Pediatría del Río Hortega porque estas niñas salen ya.

Sancho, que nunca se ha sentido tan inútil y tan frágil, no sabe cómo reaccionar.

—Bien, cariño —le dice la matrona a Sara en tono melindroso—, te toca a ti. Concéntrate en la respiración y cuando te llegue la siguiente contracción, empuja con fuerza.

Sara inspira profundamente por la nariz y suelta el aire por la boca. Tiene la frente perlada de sudor y el rubor de sus pómulos se hace más patente en contraste con la palidez de su piel. Sancho, nervioso, ha perdido el interés en lo que está ocurriendo en el exterior y solo tiene ojos para ella.

La mueca de dolor es bien interpretada por María.

—Ahora, Sara, ahora. ¡Aprieta con todo, que ya viene el primero!

Sara grita.

—¡Muy bien, muy bien! Eso es, Sara. ¡Sigue así, sigue!

Sancho se muerde el puño para tratar de contener la emoción.

—¡Ya casi lo tienes! ¡Sigue empujando!

—Venga, cariño, que ya está aquí —la anima Sancho con la voz quebradiza.

El grito se transforma en gruñido.

—La tengo —dice la matrona—. Aquí está. Viene perfecta.

Una llantina prematura contagia a los presentes.

María corta el cordón umbilical, envuelve a la niña en una toalla y se la entrega a Sara.

—Mi pequeña —susurra.

Sancho se acerca y se inclina para besar a la madre en la frente.

—Ya la tenemos, mi amor. Ya la tenemos...

—Asia —dice Sara—. Se va a llamar Asia.

Sancho sonríe.

—Asia. Me encanta.

—Luego lo celebramos —interviene María—, que ya viene la segunda. ¿Te importa si te secuestramos a esta preciosidad unos minutos?

El enfermero se acerca para coger a la niña.

—No, dámela a mí, por favor —le pide Sancho.

Ella se la entrega.

—Gracias, gracias, gracias —repite Sancho al tiempo que mece a la pequeña, que no deja de llorar.

—A ver cómo viene tu hermanita.

La matrona hace una breve exploración.

—Aquí está la cabeza. Perfecto. Muy bien, muy bien. Ahora, Sara, ya conoces el método. En la siguiente contracción, a empujar. Esta va a salir enseguida, ya verás.

Sara sonríe, pero de inmediato cambia el gesto por otro de crispación.

—Ya viene —advierte Sara.

—Pues venga. ¡Empuja fuerte, cariño!

—Vamos, preciosa, que ya no queda nada —la anima Sancho.

Esta vez apenas tiene que esforzarse y María repite el procedimiento.

—Hola, Greta, mi amor chiquito —la saluda Sara en cuanto se la entrega.

Entre lágrimas, Sancho suelta una carcajada.

—Los nombres, ¿los tenías decididos?

—Por supuesto —reconoce ella.

—Qué cabrona...

—Dame dos cubos para las placentas, por favor —le pide María al enfermero.

Un leve fruncido de las cejas de la matrona pone en alerta a Sancho.

—¿Pasa algo?

Pero María, que tiene la mirada puesta en un punto fijo, no contesta.

—¿Va todo bien? —insiste.

—No. Está sangrando mucho.

La matrona palpa el vientre de Sara y chasquea la lengua.

—¿Tenemos oxitocina?

El enfermero, al que también se le ha cambiado la cara, niega con la cabeza.

—¿Qué está pasando? —quiere saber Sancho.

—Puede estar sufriendo una atonía uterina —diagnostica la

matrona en un tono que induce a Sancho a pensar que se trata de algo serio.

—¿Y eso qué es?

—El útero no se ha contraído, y eso le está causando una fuerte hemorragia.

Sancho mira a Sara. Su tez ha palidecido varios tonos y tiene la mirada perdida.

—Sara, ¿estás bien?

Ella intenta decir algo, pero el cansancio físico y la pérdida de sangre le hacen desvanecerse.

—¡Sara! ¡Sara!

—Tenemos que llegar al hospital cuanto antes —dice la matrona.

Entonces sí, lo que ocurre en el exterior vuelve a captar el interés del pelirrojo. Se ubica al principio de la calle de San Isidro y hace un cálculo mental de tiempo.

—¡Dale caña, joder! —le grita al conductor.

—¡Hago lo que puedo! En ocho minutos estamos.

—¡Que sean cinco, por lo que más quieras!

Sancho, que no se ha desprendido de Asia, vuelve a centrar su atención en Sara.

—¿Cómo lo ves? —le pregunta a la matrona.

Esta frunce los labios. Hay miedo en sus ojos.

—No hay forma de parar la hemorragia.

Sancho se fija en que la toalla está cada vez más empapada de sangre y Sara tiene un color ceroso nada halagüeño. No quiere pensar en la posibilidad de perderla, pero en su subconsciente no hay espacio para el optimismo.

—Vamos, preciosa, aguanta un poco más, que ya llegamos —le dice apretándole la mano, que nota cada vez más fría.

La matrona chasquea los dedos varias veces para llamar la atención del enfermero.

—¡Avisa al hospital y diles que llevamos una mujer con una fuerte hemorragia posparto por atonía!

Él lo hace de inmediato.

—Vamos, Sara, cariño, aguanta. Aguanta, por favor —repite Sancho como un mantra.

La ambulancia vuela por la avenida de Soria, totalmente despejada. El sonido de la sirena y los llantos de las recién nacidas son la banda sonora de los cuatro minutos que tardan en llegar a urgencias. En cuanto bajan, hay dos sanitarios esperándolos. María se hace cargo de Greta y, al trote, ella y Sancho siguen a los enfermeros camino del quirófano.

Un médico les sale al encuentro.

—Obstetricia. Box nueve —les dice a los enfermeros—. ¿Usted es el padre?

Sancho asiente.

—Se tienen que quedar aquí, nosotros nos encargamos. La pediatra está de camino.

Sancho quiere decir algo, pero no es capaz de fabricar palabras que conformen una frase coherente. Cuando el médico se va, se da cuenta de que aún no ha tenido a Greta en brazos. María le lee la mente e intercambian los bebés.

—Son maravillosas —dice ella.

—Lo son.

Silencio.

Sancho no puede evitar que los lagrimales se pongan en funcionamiento. María alarga el brazo que tiene libre y le agarra del hombro con suavidad.

—Se pondrá bien —dice ella.

—Se pondrá bien —repite él sin convicción alguna.

Una mujer que, a juicio de Sancho, sonríe de forma muy desproporcionada, camina hacia ellos acompañada por otra que lleva una bata verde. Sancho se seca las mejillas con la manga y da un paso al frente.

—Buenas noches, soy la doctora Yáñez —se presenta—. Son las gemelas de la ambulancia, ¿verdad?

—Sí.

—Nos las tenemos que llevar para hacerles un chequeo completo. ¿Nos permite cogerlas?

Sancho no responde.

No está preparado para desprenderse de ellas.

—¿Señor?

—Deja que se las lleven —le susurra la matrona—. Es lo mejor para ellas.

Sancho le entrega a Greta y María hace lo propio con Asia.

—¿Adónde se las llevan? —quiere saber el pelirrojo.

—A Pediatría. En información le indican.

—Gracias.

Y mientras contempla cómo les colocan las pulseras identificativas, una sensación gélida le sube por la espalda.

—Hay que joderse...

Una desgracia hereditaria

A 35 kilómetros al norte de Mambasa,
República Democrática del Congo
Viernes, 8 de noviembre de 2002, a las 23.20

Aquella fue la primera vez que pisaba el terreno de uno de los rincones más peligrosos del planeta y, a pesar de las atrocidades que estaba a punto de vivir, no sería la última.

Las ráfagas de viento, templadas y húmedas hasta la viscosidad, traían un desagradable olor a carne asada. Desde su elevada posición podían ver a un grupo de unos veinte individuos armados en torno a la hoguera que había delatado su posición. Por suerte para su grupo, la luna estaba cubierta de nubes y esa oscuridad nocturna, cobijadora, les otorgaba la ventaja que estaban buscando.

—Ocho: encárgate de los vehículos y reúnete con Siete y con Cuatro en aquel camino que baja por la ladera —le ordenó Uno en inglés a través del equipo de transmisión—. Cuando empiece la fiesta algunos querrán escapar por allí. Que no quede ni uno.

—Recibido —confirmó.

Antes de poner las botas en cualquier destino, él solía informarse acerca de los lugares donde le tocaba intervenir. Y lo que sabía sobre la región de los Grandes Lagos era que sus aguas se habían teñido durante siglos con la sangre de quienes habían tenido la desgracia de nacer allí. Su enorme riqueza natural y mineral no había resultado ser un regalo para sus pobladores, sino todo lo contrario.

Una desgracia hereditaria.

Las encarnizadas luchas por manejar los recursos entre las primeras tribus que se asentaron en la zona derivaron en que la etnia dominante, de origen bantú, se dividiera en dos grandes castas

sociales. Los hutus se hicieron con el control de la tierra para explotar sus cultivos, mientras que los tutsis se decantaron por el ganado como medio de vida para subsistir en un área eminentemente montañosa y por tanto desfavorable. Con el paso de los siglos se estableció una paradójica relación de vasallaje en la que la minoría tutsi ocupaba el estrato social dominante y ejercía el poder sobre la mayoría hutu. Con la llegada del colonialismo europeo, primero los alemanes y después los belgas se encargaron de acrecentar las diferencias entre ambos grupos, otorgando a los tutsis el monopolio de los puestos de poder y relegando de nuevo a la mayoría hutu a un futuro de pura y durísima subsistencia. La administración de Leopoldo II de Bélgica en el Congo supuso una auténtica debacle para toda la región. El expolio de sus recursos naturales, en especial del caucho, le llevó a esclavizar a prácticamente la totalidad de la población, exterminando aldeas enteras con el único propósito de lograr la sumisión de un territorio que tenía veinte veces la extensión de Bélgica. En el acmé de su sadismo se llegaron a contabilizar más de diez millones de víctimas, caídas ante la pasividad de las grandes potencias europeas, que, entretenidas en sus viejas disputas coloniales, prefirieron mirar hacia otro lado. Sin embargo, al margen del drama humano, estas barbaridades cometidas durante décadas marcaron a fuego la memoria de aquellos a quienes les tocó sufrirlas, y sus pobladores asimilaron la violencia como parte de su ADN.

Y, como dice un proverbio lugbara: «Quien golpea con violencia se olvida de que el primer hueso que se quiebra es el suyo».

Con la llegada de la independencia en 1960, lejos de conseguir la ansiada estabilidad del territorio, se sucedieron los presidentes que instauraron la cleptocracia como forma dictatorial de gobierno. Por consiguiente, el país se empobreció más aún a pesar de ser uno de los mayores exportadores mundiales de uranio, cobalto y coltán, o de tener dentro de sus fronteras incontables minas de oro y diamantes. Parecía que la situación no podía empeorar, pero a mediados de la década de los noventa se produjo una crisis humanitaria como consecuencia del genocidio ruandés larvado en el país vecino. Así, cientos de miles de personas, la mayoría tutsis,

cruzaron la frontera huyendo de las terribles matanzas que se estaban produciendo al otro lado de la frontera y en Burundi. Aquello desembocó en una guerra a gran escala que duró nueve meses —la Primera Guerra del Congo— y que terminó con el régimen de Mobutu Sese Seko, que, incapaz de manejar la situación, abandonó a sus compatriotas a su suerte llevándose una fortuna valorada en más de cuatro mil millones de dólares. Su sucesor, Laurent-Désiré Kabila, más preocupado por expoliar el país que por pacificarlo, no supo acercar las posturas entre hutus y tutsis, y en 1998 dio comienzo el peor conflicto bélico desde la Segunda Guerra Mundial. Una guerra feral en la que intervinieron hasta nueve países africanos y más de treinta milicias sedientas de sangre, y que se cobró más de cinco millones de vidas: la Segunda Guerra del Congo.

Tras el alto el fuego firmado en Lusaka en julio de 1999, la comunidad internacional se vio en la obligación de intervenir ante las masacres que se estaban produciendo en el territorio congoleño. De este modo, la ONU firmó una resolución para el envío de una misión internacional —denominada MONUSCO— con el propósito de asegurarse que se cumplieran los términos del acuerdo, pero, tres años después, las matanzas, violaciones y saqueos seguían a la orden del día, sobre todo en el este del país. Tres regiones, Kivu del Norte, Kivu del Sur e Ituri, se convirtieron en un auténtico infierno en la tierra, donde no existían leyes ni derechos humanos, y las milicias de ambos bandos, descontroladas, dejaban a su paso miles de cadáveres.

De todo ello era muy consciente el sargento Marco Antonio Gavilán, miembro del Batallón de Zapadores de la Brigada de Infantería Ligera Rey Alfonso XIII, II Bandera de la Legión Española. Un tipo criado y curtido en el Ejército a quien todos conocían como el Témpano en el acuartelamiento de la base militar Álvarez de Sotomayor, en Viator, Almería. A sus treinta y cuatro años acumulaba dieciséis en el cuerpo, era considerado uno de los mayores expertos en explosivos de toda la brigada y ya había prestado servicio en misiones de paz en Bosnia y Herzegovina, Albania y Kosovo bajo el mando de la UNPROFOR, la OSCE y la OTAN. En aquellos

inveterados conflictos había tenido que enfrentarse a situaciones de alto riesgo, y fue testigo de las atrocidades que es capaz de cometer el ser humano cuando está auspiciado por alguna bandera o actúa por motivos étnicos o religiosos. O simplemente por codicia. Su estómago aguantaba todo, o eso creía antes de intervenir en esa maldita provincia boscosa del este de la República Democrática del Congo.

Esa noche, al Témpano nadie lo conocía por su apodo. De hecho, nadie lo conocía ni él conocía a nadie. Tampoco tenía ningún rango. Tan solo se le había asignado un número, el ocho, y formaba parte de un comando compuesto por diez miembros de distintas nacionalidades y diversas *habilidades específicas*. Había sido seleccionado por el bagaje que atesoraba en el manejo de explosivos y por su experiencia en zonas de combate en eso que ahora denominan guerra de cuarta generación, o lo que es lo mismo: guerra de guerrillas, guerra sucia, guerra asimétrica, guerra de baja intensidad, guerra cibernética, operaciones encubiertas y contraterrorismo. Poco antes de esa operación —que la corporación militar privada sudafricana Executive Outcomes para la que trabajaba había tenido la ocurrencia de bautizar como Predator— había intervenido en Angola y Sierra Leona. En este último caso, con la misión de proteger las minas de diamantes de los continuos expolios que sufrían por parte de las fuerzas insurrectas contrarias al Gobierno, asaltos armados cuyo único propósito era financiar la compra de armamento. Allí registró sus tres primeras bajas en combate, por lo que era un miembro bien considerado dentro de la empresa.

La operación Predator consistía en adentrarse en una zona boscosa y muy escarpada con el fin de localizar y neutralizar una facción del MLC —Movimiento de Liberación del Congo— que se hacía llamar Les Effaceurs («Los borradores»). No contaban con mucha más información aparte de que era una milicia bien armada gracias a la financiación del Gobierno de Uganda y de que sus miembros estaban haciendo estragos entre la población. Desde Kinsasa querían pararles los pies de inmediato sin comprometer a las muy desgastadas fuerzas militares congoleñas, por lo cual el

Gobierno había decidido invertir unos cuantos miles de dólares en contratar los servicios de una de las compañías militares que solucionaban problemas de ese calado. La elegida, por su experiencia militar en territorio subsahariano, fue la sudafricana Executive Outcomes, que tras firmar el contrato en octubre se puso manos a la obra. Como jefe del comando seleccionaron a un militar ruandés que conocía muy bien el terreno y que, por lo visto, pertenecía a la etnia enemiga a la de los miembros del MLC. Después de elegir al resto de los integrantes del grupo, se los citó en Johannesburgo para realizar la instrucción de la misión, aunque, en realidad, toda esa información previa les sobraba cuando entre sus órdenes se incluía la palabra *neutralizar*. Lo que sí les importaba era finalizar con éxito —vivos, a poder ser—, cobrar lo acordado y regresar cada uno a su casa.

En el caso del Témpano, a él le esperaba Cristina, su pareja, a quien le había contado, como en otras ocasiones, que se encontraba de maniobras con su batallón. Llevaban dos años viviendo juntos, y, como ella seguía estudiando las oposiciones a la Administración Pública, su salario como sargento solo les llegaba para pagar el alquiler del piso en el que vivían, llenar la despensa y poco más. Habían planificado casarse al año siguiente. Él confiaba en que Cristina le comprendiera el día que le revelara la verdad y le enseñara la cuenta del banco en la que estaba ingresando las cantidades que le pagaban los sudafricanos. Entonces sí, se comprarían esa casita del cabo de Gata que tanto les gustaba y a vivir. Por esa operación en concreto le pagaban cuarenta y nueve mil dólares, que era más que el salario anual que recibía del Ejército de Tierra.

Precisamente en esas cuarenta y nueve mil razones para estar allí estaba pensando el Témpano cuando llegó hasta donde los milicianos tenían los dos vehículos, y, sin ninguna complicación, colocó en los bajos las cargas de explosivo plástico para detonar a distancia. Ni siquiera tenían vigilancia, un error que suele producirse cuando los depredadores no contemplan la posibilidad de que existan superdepredadores en sus territorios de caza. Tres minutos más tarde alcanzó el punto de reunión con Cuatro y Siete, que,

como esperaba, ya habían montado las M2, ametralladoras pesadas de calibre 50.

—En posición —confirmó por el equipo de transmisión.

—Recibido, Ocho —respondió Uno—. Avanzamos en dos grupos hacia la hoguera, esperad la señal luminosa. En marcha.

Ocho revisó su fusil de asalto, buscó una posición cómoda y sacó el disparador por radiofrecuencia para detonar el C-4. Notaba el pulso más acelerado de lo normal, por lo que practicó los ejercicios de respiración que siempre le funcionaban para relajarse y reprodujo en su cabeza las palabras del sargento Canales.

Cuando la bengala roja iluminó el cielo, Ocho apretó el botón y los vehículos saltaron por los aires. A partir de ese momento, las ráfagas de disparos y los gritos de quienes las recibían eran lo único que se oía en aquella noche de cacería.

—Atención, Ocho, Cuatro y Siete, varios tangos se dirigen hacia vosotros —escucharon.

No tardaron en distinguir las siluetas de cuatro enemigos que corrían entre los árboles tratando de huir de la zona de combate. El fuego de las ametralladoras los abatió tan rápido que ni siquiera tuvo que apretar el gatillo. Inmediatamente después, un silencio muy tétrico lo inundó todo durante unos segundos.

—Grupo rojo y grupo azul, todo limpio. Nos retiramos.

—Aquí Cinco para Uno. Tiene que venir a ver esto.

Ocho se mantuvo a la escucha.

—¿Eso es? Pero ¡no me jodas! —oyeron gritar a uno de sus compañeros.

—Hijos de la gran puta —dijo otro.

—Bestias inmundas...

Tras intercambiar interrogantes con Cuatro y Siete, los tres resolvieron ir a averiguar qué estaba pasando. De camino se encontraron con varios cuerpos de milicianos muertos, pero no fue hasta que se aproximaron a la hoguera cuando vieron a Cinco, un tipo fornido de casi dos metros, vaciando el contenido de su estómago contra el tronco de un árbol.

—¿Qué coño pasa? —le preguntó Cuatro.

—Compruébalo tú mismo —respondió Cinco.

Los rostros de todos sus compañeros reflejaban sentimientos muy diversos: repugnancia, enfado, tristeza, repulsión.

Fue Dos quien le indicó hacia dónde tenía que mirar: un cuenco de barro en el que había un trozo de carne asada a medio comer.

Un trozo de carne asada a medio comer que terminaba en una mano minúscula.

—Me cago en...

No logró acabar la frase. Una arcada se lo impidió.

—Están por todas partes, joder —oyó decir.

Extremidades humanas.

Brazos y piernas.

Y vísceras.

La siguiente arcada terminó en vómito.

—¿Son niños? —preguntó alguien.

—Pigmeos —contestó Uno—. En algunas zonas remotas aún se los considera infrahumanos, más cerca de los monos que de los humanos.

—¡Malditos animales! —gritó Cuatro.

—Encontradme a alguno de esos malnacidos que todavía respire.

No tardaron en traerle un miliciano de unos quince años que estaba herido de gravedad en una pierna. El líder del grupo lo arrastró unos metros mientras el resto permanecía en silencio y alerta. Al cabo de un rato, un solitario disparo les hizo entender que Uno no necesitaba hacerle más preguntas. Luego regresó con una expresión poco habitual en él.

—Os resumo lo que me ha dicho ese mierdecilla. Al parecer, su líder, un tal Malik Kijege, les ha ordenado limpiar la región. Llevan varias semanas masacrando poblados pigmeos.

—Valientes hijos de perra —dijo Cinco.

—Silencio. Los obligan a descuartizar los cuerpos para comérselos porque, según les han hecho creer, su carne tiene propiedades regenerativas, mágicas. Estos pobres pertenecían a una aldea que está metida en las montañas a unos cinco kilómetros al este. Los han exterminado a todos.

Seis se santiguó.

—Dios bendito.

—Por aquí no hay dioses que valgan. También me ha contado que hay otra partida más grande que opera cerca del lago Alberto, es decir, a unas cuatro horas de aquí a pie. Podemos hacer dos cosas: ir al punto de recogida y olvidarnos de esto o ir en busca de esos malnacidos y acabar con ellos.

De entre quienes se pronunciaron, la decisión fue unánime. Ocho, Seis y Nueve no lo hicieron, pero acataron la decisión del resto que, por otro lado, estaba clara. Tardaron dos días en encontrar el rastro del otro grupo de Les Effaceurs, pero lo peor no consistió en abrirse paso en esa zona montañosa cubierta de una vegetación tan profusa que no dejaba pasar los rayos del sol. Tampoco sufrir la tensión continua de tener que extremar las precauciones, marchando en completo silencio y en parejas por si sufrían una emboscada. No. Lo más duro fue atravesar varios poblados por los que ya habían pasado ellos y ver los cadáveres de esa pobre gente, asesinados a machetazos, mutilados y eviscerados, amontonados en cualquier parte, relegados a ser pasto de aves carroñeras, moscas y otros insectos. Les resultó repugnante comprobar que los cuerpos de los niños eran los que más daños habían sufrido si se los comparaba con los de los ancianos, prácticamente intactos. Fue Dos, experto en rastreo, el que dio con ellos en una encrucijada de caminos cerca de Mahagi, a cinco kilómetros de la frontera con Uganda.

—Son unos treinta individuos, muchos de ellos menores —dijo.

—Son caníbales —comentó Uno—, mandémoslos a todos al puto infierno de una vez.

Dos se agachó para coger un palo y dibujó varias formas geométricas en la arena.

—Hay ocho tipos en la gasolinera repostando tres camionetas, el resto está saqueando la tienda de alimentación que está justo enfrente. Borrachos, drogados o las dos cosas. Hay una puerta trasera.

—¿Armas?

—Ligeras, antiguas.

—¿Civiles?

—Escondidos o bajo tierra, quién sabe.

—Bien —evaluó Uno al tiempo que le tomaba prestado el palo—.

Dos equipos. Dos, Tres y Seis: rodead el pueblo por este lado —señaló— y os encargáis de los de la gasolinera. Cuatro y Siete instaláis las bichas aquí y aquí, desde donde tendréis buena línea de fuego. Ráfagas cortas y precisas, no queremos heridos por fuego amigo. El resto al supermercado. Cinco y Diez, conmigo, entramos por delante. Nueve y Ocho por detrás. Nos cargamos a los que estén fuera, lanzamos las aturdidoras y les damos con todo. ¿Dudas?

Nadie se pronunció.

—Tenemos que actuar de forma sincronizada y ser muy rápidos. Que no les dé tiempo a darse cuenta de lo que se les viene encima. En marcha.

La refriega duró menos de cinco minutos, y solo tuvieron un imprevisto con tres milicianos que se atrincheraron en los baños, situación que resolvió Diez con el lanzagranadas de su M4. Veintiocho bajas enemigas por un herido leve, Tres, que recibió un disparo en un hombro que Nueve, el sanitario del comando, trató de inmediato con éxito.

Cuando el nivel de adrenalina regresó a niveles normales, Ocho dedicó unos instantes a fijarse en los guerrilleros caídos, y al menos un tercio de ellos eran niños de la guerra. Menores reclutados a la fuerza que, a base de drogas y alcohol, eran capaces de matar a sus padres a machetazos si así se lo ordenaban. En aquel momento, con el ruido de las aspas del helicóptero que los devolvía a Johannesburgo, no pensaba que esas tres jornadas bélicas le fueran a afectar tanto; sin embargo, nunca fue capaz de olvidar los rostros inertes de esos adolescentes a quienes ellos habían arrebatado su futuro, ni los cuerpos de los pigmeos convertidos en carne para el consumo humano.

Tiempo después se enteró de que durante la campaña de exterminio del pueblo pigmeo se habían contabilizado más de cincuenta mil muertos, un setenta por ciento del total de su población.

Aquella fue la primera vez que pisaba el terreno de uno de los rincones más peligrosos del planeta y, a pesar de las atrocidades que acababa de vivir, no sería la última.

A la mierda el que lo lea

Hospital Universitario Río Hortega, Valladolid
Viernes, 25 de noviembre de 2022, a las 0.19

Dieciséis días para la traca final

Reina un silencio perturbador, denso, casi premonitorio, que contrasta con el ruido que le taladra la cabeza. Un ruido constante, muy molesto, que le recuerda al que suena en una estación muy concurrida si todos los viajeros verbalizaran sus pensamientos. Los de Sancho empiezan todos por «Y si», y continúan con una posibilidad aciaga que, por muy remota que sea, existe. Una posibilidad que, por muy pequeña que sea, se agranda en su interior con cada minuto que pasa sin noticias de Sara.

Y nunca se ha enfrentado a una incógnita que tenga que ver con la mujer que ama. No ser capaz de despejarla le anula. Le hace sentirse pequeño. Minúsculo.

De naturaleza impaciente, el pelirrojo no soporta la espera, pero al mismo tiempo, temiéndose lo peor, no quiere afrontar el momento de escuchar el informe del cirujano que la está interviniendo. No se ha movido de la silla en la que lleva sentado más una hora. A diferencia de María, que se ha marchado hace un rato a estirar las piernas, él ha preferido aferrarse al reposabrazos para no desplomarse. Con la matrona —a quien no ha sido del todo capaz de transmitir su agradecimiento como hubiera querido— ha conversado de forma intermitente, y no le ha quedado otro remedio que hablarle de ellos y sus ocupaciones. Le parecía feo ocultar información o mentir a la persona con la que tiene la deuda más grande que ha contraído jamás.

Dos siluetas que avanzan de forma apresurada por el pasillo

captan su atención. Son Peteira y Matesanz. Ya no recordaba que al poco de llegar al hospital había recibido la llamada del primero para comentar lo ocurrido en la plaza Mayor y que había tenido que ponerlo al día de la situación que acababan de vivir.

Los abrazos previos son muy bienvenidos.

—¿Se sabe algo? —pregunta Matesanz.

—Aún no, y me estoy poniendo enfermo.

—¿Las niñas están bien? —interviene Peteira.

—Aparentemente sí, pero al adelantarse el parto se las han llevado a la sala de Prematuros de Neonatología. Si no es por una matrona que pasaba por allí y que ha ayudado a dar a luz a Sara en la ambulancia yo no sé qué habría sucedido. Ha sido un momento muy complicado. Y luego, cuando pensábamos que había pasado lo peor..., esto.

Sancho inclina la cabeza y resopla. Patricio Matesanz le da unas palmadas en el hombro.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —augura el subinspector.

En ese instante regresa la matrona con dos botellas de agua.

—Ella es María, la persona de la que os hablaba antes. Son compañeros.

Los policías la saludan de forma afectuosa.

—¿Todavía nada? —quiere saber ella.

—No, nada.

—Me he acercado a Pediatría, que allí tengo mano. Ya casi han terminado las pruebas y está todo bien. Pero, claro, por precaución van a tener que pasar un tiempecito en la incubadora.

A Sancho le cambia la cara.

—No es algo de lo que te debas preocupar.

—Mil gracias, María. De corazón, mil gracias —repite.

Ella le sonríe.

—Voy a llamar a casa a ver si está todo controlado.

—Claro. Y si quieres marcharte, de verdad, ni te lo pienses.

—No, no, yo me quedo. No pegaría ojo sin saber que Sara está bien.

María se retira unos metros para hablar con su marido. El pelirrojo, nervioso, se tira de los pelos del bigote y eleva la mirada al

techo.

—Aún no sé qué cojones pasó allí. De repente se ha escuchado una explosión y aquello se ha convertido en un puto infierno.

—Lo único que se sabe es que había una carga de fuegos artificiales en el interior de la estrella que coronaba el árbol —contesta Matesanz.

—¡¿De fuegos artificiales?! Pero ¿qué pretendía? ¡¿Gastar una puta broma o qué?!

—De broma nada, que ya hay un fallecido —dice Peteira—, un hombre de setenta y dos años; al parecer, de una parada cardiorrespiratoria. Y también hay varios heridos graves, la mayor parte producidos como consecuencia de un embudo que se formó en una callejuela estrechita que da al lateral del ayuntamiento. Ya sabes, gente pisando gente para ponerse a salvo. Terrible.

—Y al explotar tan cerca del suelo también hay bastantes con quemaduras muy serias —aporta Matesanz—. Hasta el alcalde ha tenido que ser trasladado a urgencias. Por cierto, ya hay varios vídeos subidos a todas las malditas redes sociales.

—Hay uno grabado desde un balcón de la plaza donde se ve muy bien la estampida que se montó. Un cristo gigante —añade Peteira.

—Joder, así que el asunto nos va a caer a nosotros.

—De lleno —le confirma Matesanz—. Pero tú no te preocupes, que mientras estás y no estás, nos encargamos nosotros.

A punto estaba de decir que se alegraba de que les tocara el marrón a ellos para asegurarse de que el responsable pagara por ello cuando el hombre que se hizo cargo de Sara sale por la puerta de quirófanos y le roba las palabras.

Y el alma.

Tras recuperar el oremus va a su encuentro. A cada paso que da el corazón le late más fuerte en el pecho, y a la vez que recorta la distancia con él intenta leer en su expresión neutra algún tipo de señal optimista.

No la encuentra.

Desde donde están, Peteira, Matesanz y María asisten en silencio al momento en el que el cirujano se quita la mascarilla y empieza a hablar. Sancho no se mueve. Apenas hace un leve movimiento con la

cabeza mientras escucha sin pestañear. Al cabo de un rato se estrechan la mano, y en cuanto el cirujano desaparece Sancho suelta el aire que tiene retenido en los pulmones y se le anegan los ojos de lágrimas. Es María la primera que se atreve a ir a su encuentro, acto de valentía que contagia de coraje a los dos subinspectores. Al detectar su llegada, Sancho, azorado, se seca las mejillas con el dorso de la mano y se aclara la garganta.

—Ha salido bien. Han logrado detener la hemorragia a tiempo y le han hecho una transfusión. Llegó con mucha pérdida sanguínea, así que la van a trasladar a Cuidados Intensivos durante al menos veinticuatro horas y a hacerle pruebas para descartar daños cardiovasculares, cerebrales y yo qué sé qué más.

—Es lo habitual —apunta María.

—Sí, eso me ha dicho. Quieren asegurarse de que está todo en orden.

—Son buenas noticias, Sancho —interviene Matesanz.

—No me permiten quedarme. Tampoco puedo verla. Mañana a las diez de la mañana me informarán de cómo ha pasado la noche.

—Es una putada, pero aquí no puedes hacer nada por Sara. Venga, te llevamos a casa, que tienes que descansar.

—Antes quiero ver a las niñas.

—Tampoco vas a poder ahora —dice María—. Mañana sí. Tienen razón, lo mejor es que vayas a casa y trates de dormir un poco.

Incómodo, Sancho se frota la cara con ambas manos.

—Vale, vale —consiente.

De María se despide con un intenso abrazo y durante el trayecto en coche apenas intercambia cuatro frases intrascendentes con sus compañeros. Es en el instante en que cierra la puerta de casa y la quietud se le viene encima cuando a Sancho le invade una sensación de impotencia que enseguida se transforma en frustración y rabia. Con el propósito de dominar sus emociones, se deja caer en el sofá y fija su mirada en el reloj de la torre de la catedral, que se ve a través de la ventana del salón. Marca la 1.20 de la madrugada.

Solo tres minutos más tarde, Ramiro Sancho sale de nuevo de casa con un destino muy claro.

Apartamento de la plaza Mayor

No consigue dormir.

Tumbado boca arriba en la cama, percibe mucha actividad que viene del exterior. Cansado de comer techo, se incorpora para ver qué está pasando. Pasada la 1.30 de la madrugada, los servicios de emergencias y ambulancias ya han terminado su labor. En la plaza solo permanecen los distintos grupos que están trabajando sobre el terreno, ya acordonado e iluminado parcialmente mediante generadores eléctricos. Distingue a los miembros de la Policía Científica que marcan, documentan y recogen restos que podrían servirles para la investigación. También hay, estudiando lo que ha quedado de la estructura del árbol, personal de uniforme que da por hecho que pertenece a los TEDAX. Otro grupo, con varios individuos vestidos de paisano, está reunido en círculo cerca de la estatua del conde Ansúrez; entre ellos destaca uno de traje y corbata que no para de hacer aspavientos con las manos. Hacia ese punto se dirige alguien de buena estatura, rapado y de barba poblada, que camina con paso firme, decidido, y que enseguida capta su atención. En cuanto la luz artificial le baña el rostro lo reconoce. Algo se contrae en su interior, pero sonríe. Otro tipo con el pelo blanco se percata de su llegada y sale a su encuentro. Tras unos minutos de conversación, el recién llegado se integra en el grupo y siguen a lo suyo.

Pasado un tiempo, el Témpano pierde el interés en el exterior, y lo gana de nuevo el diario que escribió Cristina. Lo detesta, pero se ha convertido en su libro sagrado, en un nuevo credo que, mezclado con la religiosidad animista que mamó de los lugbara durante los nueve meses que convivió con ellos en mitad de la selva, ha conformado un cóctel, nunca mejor dicho, explosivo. No fue capaz de empezar a leerlo hasta que transcurrieron varias semanas del trágico suceso que se llevó a su mujer, pero en cuanto leyó la primera página ya no pudo parar hasta que terminó.

Desde entonces ha acudido a él con demasiada frecuencia.

Ninguna de las misiones en territorio hostil en las que intervino le dejó tan marcado como el contenido de ese diario: un recorrido por

la intimidad de Cristina desde que su terapeuta le aconsejara escribirlo para afrontar la nueva vida que había decidido emprender en Valladolid, su ciudad natal, lejos de él. Se trasladó con una mano delante y otra detrás a la casa molinera del barrio de Girón que heredó junto con su hermana cuando sus padres fallecieron. Poco después, como arquitecta titulada que era, Cristina se presentó a la convocatoria de cinco plazas de arquitecto técnico que ofertaba el ayuntamiento de la ciudad.

Y la sacó.

De aquello habían transcurrido varios años, y para Marco Antonio Gavilán, al que ya habían licenciado de la Legión y que albergaba la esperanza de recuperar su matrimonio, supuso una losa demasiado pesada. Lo intentó por todos los medios, pero ninguna de las vías que exploró le llevó a superar aquella misión con éxito. Así, casi sin darse cuenta, se vio viviendo solo en aquella casa enorme del cabo de Gata que por fin había conseguido comprar con el dinero de las operaciones en el extranjero. Un hogar que concibió como refugio y que acabó convirtiéndose en su cueva.

Solo, sin ninguna ocupación con la que llenar la cabeza.

Solo, sin la mujer por la que había arriesgado la vida en tantas ocasiones.

Solo, con cientos de preguntas de esas que no admiten ninguna respuesta.

Solo con Kivu.

Y, como si quisiera administrarse una dosis extra de sufrimiento, se abalanza sobre el diario y lo abre como quien quita la venda de una herida que sabe que no está cerrada.

Ni se va a cerrar.

Valladolid, 17 de mayo de 2019

Hoy, cuando falta menos de un mes para que cumpla cuarenta y cuatro palos, me estreno en esto de escribir un diario. Me siento ridícula haciendo algo que siempre me ha parecido de niñas tontas, consentidas o con demasiado afán de protagonismo. Es como querer dejar constancia de tu vida, dando por hecho que tu

vida merece que permanezca en el recuerdo. ¿De quiénes? Lo hago por prescripción médica, que quede claro, porque la doctora Meléndez, que es muy pesadita, me ha insistido en que lo haga. Dice que me va a venir muy bien reflexionar sobre mí. ¿Más? Si no hago otra cosa que pensar por qué mierda me siento así de mal. O, mejor dicho, qué he hecho mal para sentirme como una mierda.

Mira, esa me ha gustado, querido diario.

Mi psicóloga, que me lleva tratando desde que llegué a Valladolid, es decir, desde hace casi un año, yo creo que todavía no me conoce. Y eso que apenas he fallado a las dos sesiones semanales de cuarenta y cinco minutos. Pero bueno, todo sea por exculparme a mí misma y no darle la razón cuando me diga que ha fracasado conmigo porque no le hice caso en eso de escribir mis pensamientos. Pero... ¿quién va a leer esta basura? La doctora Meléndez ni de coña. Yo, desde luego, tampoco. Mis padres están enterrados, y mi hermana Sonia se partiría el ojete solo con saberlo. Me diría: «Tía, a ver si es verdad que andas mal de la cabeza». ¡Será desgraciada la tía! La echo de menos. ¿Hace cuánto que no nos vemos? Y eso que vive en Madrid, a una hora de tren. Pero yo no soporto esa ciudad y a ella Valladolid se le quedaba pequeña. En fin, que por unas cosas o por otras no nos vemos nunca, y ahora, con la peque, entiendo que no le apetezca mucho viajar. Encima lo último que sé de ella es que igual se trasladan a vivir a Corea por un trabajo que le han ofrecido a Jorge de esos que no se pueden rechazar. Fenomenal, se lo envío a Corea y que lo lea. Toma pareado.

Pues nada, cuando lleve unas cuantas páginas se lo envío a Marco y que lo use para iniciar algún tipo de explosivo o algo. Me lo imagino leyéndolo con los ojos muy abiertos, como cuando le dije que necesitaba un cambio de aires y él pensó que le hablaba de irnos de vacaciones. Vacaciones, qué risa. Esas que jamás teníamos porque prefería largarse por ahí a matar gente por dinero. Uy, eso ha sonado muy fuerte, pero más o menos era esa la movida. Me acuerdo de cuando después de varios años engañándome con lo de las maniobras me contó que estaba

trabajando en una empresa de seguridad privada sudafricana y que lo hacía para comprarme la jodida casa del cabo de Gata que vimos un día. Una casa de la que yo ni me acordaba. Encima, me decía siempre lo mismo cuando se marchaba: «Un paso más, un paso menos». Muy bien, sí, pero... ¿hacia dónde?

—Hacia lo que yo creía que iba a ser nuestro refugio, cariño —le responde él en un tono de voz mortecino.

Esa casa era su ilusión, no la mía. Yo me habría conformado con irnos a cualquier playa y pasar unos días juntos, pero no. Tenía que demostrar lo buenísimo que era en lo suyo: explotar cosas o evitar que exploten. Encima, cuando regresaba de esas «maniobras» tenía la mirada apagada y estaba ido durante días. No hablaba, no dormía, no nada. Deambulaba por la casa como un alma en pena. Como para plantearme tener un hijo con él. Lo hubiera criado yo sola, y no sé yo si estoy preparada para eso.

—Lo habrías hecho de maravilla, el que no estaba preparado era yo. Lo siento en el alma, cariño, créeme.

Yo trataba de acercarme a Marco, pero, claro, por algo le llaman el Témpano. El puto Témpano. Cada vez que escuchaba a alguien llamarlo así me ponía enferma. Pues en la cama no era tan frío, ¿sabéis, idiotas? En la cama era un volcán. Dios, eso sí que lo echo de menos. Si Marco no hubiera sido tan bueno follando no habría durado con él ni dos meses, pero... Culpa mía.

Igual si yo me diera una alegría de vez en cuando se me pasaría esta ansiedad que me consume cada día, pero solo pensar en tirarme a alguien del curro se me cierran las piernas. Hay un tío, Ángel Luis, que es la mano derecha del concejal de Urbanismo, que me pone ojitos. No es que sea infollable del todo, pero le sudan las manos y parece que le viste su madre. Seguro que la tiene pequeña y fría, y que es de esos que lo hacen rápido, como un conejo, y después te preguntan si te ha gustado. ¿Si me ha gustado el qué? Anda a cagar, Angelito de mi vida.

Bueno, pues yo creo que por hoy es suficiente. Igual no vuelvo a escribir nunca, o quizá sí, ¿quién sabe?, pero algo mejor sí me siento, lo reconozco, doctora.

Hale, me voy a la cama, a ver cuánto tardo en dormirme.

A la mierda el que lo lea.

—Ya estoy en la mierda, cariño, ahora solo tengo que tragarla.

El Témpano duda si seguir leyendo, pero finalmente cierra el diario y lo tira sobre la mesa. Le duele leerlo porque reconoce su voz y el tono que utilizaba Cristina cuando se cabreaba con él. El diario es un enemigo al que no puede matar, un artefacto que no lograría desactivar jamás, pero sabe que leerlo es un ejercicio que le conviene. Igual que cuando le mandaban durante varias semanas a las jodidas maniobras conjuntas de la OTAN. Terminaba reventado pero convencido de que algo habría aprendido. Y lo que está aprendiendo con esta tortuosa lectura es que Cristina sufrió mucho en silencio por sus continuas ausencias y él no solo no supo verlo, sino que le dio la espalda. Es muy cierto eso que dice de cómo se comportaba durante los días siguientes a su regreso de esas *maniobras*. Le costaba mucho librarse de las imágenes que se traía de aquellos lugares donde le tocaba intervenir y, aunque trataba de justificar sus actos con la cifra que crecía en su cuenta corriente secreta, ella sufría por sus prolongados y esquivos silencios mucho más de lo que él había llegado a imaginar.

Por su desdén.

Hasta que ya no pudo más y lo abandonó.

Huyó como modo de supervivencia.

Un último vistazo al exterior antes de regresar a la cama, como Cristina, a ver cuánto tiempo tarda en conciliar el sueño. Tiene que descansar. Le aguardan días intensos, cargados de sobresaltos, y, si bien lo tiene todo previsto y va a hacer lo posible para ceñirse a lo que ha establecido en su cuaderno de operaciones, su experiencia le dice que casi nunca los planes salen tal y como están escritos. Lo ha planificado todo al detalle durante ocho semanas y tres días, pero da por hecho que va a tener que afrontar contingencias e imprevistos de todo tipo, y para eso debe tener la mente bien despejada.

De nuevo el hombre de barba pelirroja capta su atención. Ahora se encuentra cerca del árbol y está dialogando con alguien del equipo de los TEDAX. De repente, alguien les reclama su atención y los dos acuden a ver algo en la pantalla de un móvil. Poco después, el que sostiene el teléfono señala hacia unos balcones que están varios metros a su izquierda y todos miran hacia allí. Por unos instantes se le entrecorta la respiración, pero al verle ampliar la pantalla deduce que deben de estar mirando algún vídeo grabado desde allí. El Témpano sabe que no pueden verle, pero así y todo se retira por pura precaución.

—Ya nos veremos las caras, inspector.

Plaza Mayor

El aroma a metal quemado permanece en el aire cual fragancia macabra.

Después de identificarse ante los compañeros que han acordonado los accesos a la plaza, Sancho experimenta la misma sensación con la que se bajó de la ambulancia: como si el mundo estuviera ligeramente inclinado. Nada parece estable.

Ni siquiera él.

Enseguida reconoce a la mayoría de las personas que componen el grupo que está reunido a los pies de la estatua del conde Ansúrez. Herranz-Alfageme es el primero que se percata de su llegada y, tras hacerle una indicación con la mano, sale a su encuentro.

—Acabamos de enterarnos, ¿cómo está Sara?

Sancho le hace un breve resumen de la situación.

—¿Y se puede saber qué haces aquí? ¿No deberías estar en el hospital?

—Allí no puedo hacer nada más que comerme la cabeza. Y no me conviene. No me conviene una puta mierda —puntualiza—. Además, ya me han dicho que hay un muerto, por lo que...

—Dos —le corrige el comisario—. Un hombre que sufrió un ataque al corazón y una mujer de ochenta y tantos años a la que pilló la avalancha de la calle Viana. Ha muerto hace unos minutos en el

hospital.

—Hay que joderse... ¿Se sabe ya cómo ha sido?

—Los TEDAX están trabajando en ello, pero todo apunta a que alguien ha colocado un artefacto con explosivo pirotécnico dentro de la estrella del árbol y lo ha conectado al circuito eléctrico. Y al activar el encendido, bum.

—¿Podría tratarse de un jodido pelele que quería gastar una broma?

—Qué sé yo, Sancho. Podría, pero, si es así, se le ha ido de las manos. Hay decenas de heridos, y en las próximas horas podría haber algún fallecido más.

Sancho desvía la mirada hacia el grupo.

—¿Y qué dicen los políticos?

—El alcalde tiene quemaduras en la cabeza, pero parece que mañana estará en disposición de comparecer ante los medios. El subdelegado del Gobierno también está que trina, tiene un sobrino en urgencias al que le están haciendo pruebas porque tiene el oído afectado. Y luego está lo tuyo...

—Lo mío es asunto mío. Mañana me pondré a trabajar con el equipo a primera hora.

El otro chasquea la lengua.

—¿Estás seguro? Con Sara en la UCI y las niñas en la incubadora, ¿no será mejor que te tomes unos días?

—No. Ya me las arreglaré.

—Tú mismo. Ven, que te presento a los de corbata.

Después de escuchar las intervenciones, tan airadas como vacías, de los políticos presentes, Sancho echa un vistazo hacia el árbol y se acerca al comisario.

—¿Quién está al frente de los TEDAX? —le pregunta en voz baja.

—Un subinspector al que llaman Petazeta o parecido, no recuerdo. Es aquel del chaleco —le indica.

—Petazeta, ¿eh? Mal empezamos.

—Es por algo del apellido, pero no le prejuzgues por ello, porque he oído que es un fiera.

—Bueno, pues voy a ver al fiera a ver qué me cuenta.

Cada paso hacia el árbol es un paso lejos del hospital. Sancho no

sabe si eso lo convierte en mejor policía o en peor padre, pero es lo único que puede hacer en ese momento. Al llegar allí se encuentra al subinspector agachado, tomando una muestra de una adherencia en la estructura metálica de lo que antes era un árbol de Navidad y ahora es un amasijo de hierros retorcidos.

Una postal satírica de Navidad.

—Buenas noches. Soy el inspector Sancho, jefe del Grupo de Homicidios.

El tédax lo escruta, introduce la muestra en un bote con la precisión de un relojero y se levanta.

—Sí, te conozco. Soy Hernán Zunzunegui, pero por aquí me conocen como Zetazeta. Un placer.

Sancho entiende lo del apodo.

—¿Qué me puedes contar hasta ahora?

—Ya me jode, pero sin pasar por el laboratorio, poca cosa. Sabemos que se trataba de una carcasa pirotécnica con bastante carga explosiva que han conectado al circuito eléctrico a través de algún iniciador que todavía no hemos encontrado.

—Pero... ¿las mismas que se usan en los fuegos artificiales?

—Las mismas. Hemos hallado restos repartidos por toda la plaza. Lo único que tuvo que hacer es eliminar la carga propulsora para evitar que se elevara y conseguir así que detonara en el sitio. Quien lo hizo quería causar daño, de eso no me cabe ninguna duda.

—O sea, que descartamos que sea un bromista.

—Bueno, podría ser, pero un bromista con muy malas intenciones. La explosión ha debido de ser bastante heavy.

—Doy fe. A nosotros nos pilló a unos cuarenta metros.

—Ah, pues has tenido suerte, porque hay bastantes afectados.

—Bueno, mucha suerte tampoco. Tengo a mi mujer en la UCI. La explosión le provocó un parto prematuro y se le complicó en la ambulancia.

—Hostias, ya lo siento. ¿Y la criatura está bien?

—Las. Venían gemelas. En principio sí, pero han nacido antes de tiempo y están en la incubadora.

—Vaya, hombre, espero que vaya todo bien.

—Gracias. Así que... imagínate las ganas que tengo de dar con él.

—No me extraña. Yo descartaría que fuera un cualquiera, aunque es verdad que ahora, con YouTube, cualquier tarado es capaz de fabricar un petardazo si consigue los materiales necesarios, claro.

—¿Y cómo alguien se puede hacer con una carcasa de fuegos artificiales?

Zetazeta aprieta los labios y mira en derredor.

—Verás, hay algo que todavía no hemos contado porque aún lo tenemos que verificar con nuestros compañeros de Madrid. ¿Escuchaste lo del almacén pirotécnico que voló por los aires hace cosa de un mes?

—¿El de Madrid?

—Ese.

—Pero fue un accidente, o eso dijeron.

—Al principio se pensó eso, pero cuando desescombraron descubrieron un cráter de diez metros de diámetro y tres de profundidad. Es decir, un boquete de la hostia bendita.

—¿Y?

—Todavía lo están investigando, pero eso solo pudo producirse si alguien juntó bastante material explosivo para que no quedaran ni los cimientos de la nave. Yo he visto fotos e impresiona bastante, la verdad.

Sancho asiente varias veces con la cabeza.

—¿Y crees que podría estar relacionado con esto?

—Eso es lo que voy a tratar de averiguar mañana, porque el tipo podría haberse llevado alguna carcasa pirotécnica del almacén para utilizar aquí.

—Joder. Entonces no estaríamos hablando de un cualquiera, ¿no?

—No. Si se trata del mismo estaríamos hablando de alguien que sabe y está acostumbrado a manipular material explosivo.

—Su puta madre.

Otro tédax que sostiene un móvil en la mano le hace una indicación.

—Zeta, tienes que venir a ver esto.

Ambos se acercan.

—Él es el inspector Sancho, de Homicidios.

—Encantado —le saluda—. Es un vídeo del momento de la

explosión que alguien ha subido a Instagram.

—He visto doscientos mil —exagera.

—No como este. Creemos que está grabado desde alguno de los balcones de allí —señala a los que están encima del Café del Norte —. Nos lo hemos descargado, y al ampliar la estrella hemos visto algo raro. Habría que contactar con el usuario y que nos pase el original a ver si lo podemos sacar con mayor calidad. Aquí, ¿veis? Hay algo dibujado.

Zetazeta frunce el ceño.

—Parece una marca de algo.

—O, peor aún, su firma —aporta Sancho.

—Joder, juraría que esto lo he visto yo antes —dice Zetazeta al tiempo que saca su móvil y entra en WhatsApp—. Estas son las fotos que me enviaron de la explosión del almacén pirotécnico. A ver si lo encuentro...

El tédax desliza varias veces el dedo por la pantalla.

—¡Esta es! Diría que se trata de la misma marca, ¿no?

—Sí, se parece bastante —opina su compañero.

Sancho compara una y otra.

—Es la misma, sí, pero en otro tamaño —aprecia—. Diría que es una runa, pero esto de aquí abajo..., parece una cabeza, ¿no?

—Puede ser. Habría que consultar con algún experto.

—Sea lo que sea, si el tipo ha firmado sus obras es porque quiere que se reconozca su autoría, y eso no son buenas noticias para nosotros.

—¿Porque se cree un artista del explosivo o algo así? —elucubra Zetazeta.

—No —le corrige Sancho—, porque es probable que esto solo sea la obertura de su repertorio.

Hospital Río Hortega

Lleva un tiempo indeterminado tratando de ubicarse en el espacio y en el tiempo. Tiene los ojos abiertos, o eso cree. Sin embargo, no sería capaz de asegurar si está despierta o aún duerme. No

reconoce su entorno. Juraría que está tumbada boca arriba, pero a su alrededor reina la penumbra y no comprende dónde empieza su cuerpo y dónde termina la oscuridad. Cree escuchar un sonido intermitente y la envuelve una luz viscosa, irreal, cuyo origen no es capaz de localizar.

A pesar de la confusión perturbadora que le provoca no entender qué le está sucediendo, la alarma constante que suena en su interior no tiene que ver con ello. No. Está relacionada con otra cosa que tampoco consigue identificar. Es una sensación parecida a cuando está sumida en una pesadilla y, aunque es consciente de ello, no logra despertar. Es muy frustrante, pero su parte consciente, fría y racional, le dice que tiene que mantener la calma por encima de todo. Quizá deba ir paso a paso desentrañando el misterio, y para ello debe formular las cuestiones correctas:

«¿Quién eres?».

«Te llamas Sara Robles», se contesta mentalmente.

«¿A qué te dedicas?»

«Eres policía. Inspectora de Homicidios.»

«¿Dónde estás?»

Eso ya es más complicado.

Para despejar esa incógnita vuelve a fijarse en su entorno. Lo primero que distingue es el gotero que tiene conectado al brazo, y justo al lado, un monitor que emite ese molesto pitido y del que emana un brillo tenue.

«Estoy en una cama de hospital», se responde al fin.

La siguiente pregunta es inevitable:

«¿Por qué estás aquí?».

Para resolverla tiene que hacer un esfuerzo diferente. Debe indagar en su memoria y encontrar algún recuerdo reciente que la lleve hasta donde está. En el primero que encuentra se ve acompañada por alguien. Por un hombre cuyo rostro no ve porque va mirando al frente. El entorno, en cambio, sí le resulta familiar. Está en los soportales de la calle Ferrari y hay mucha gente que avanza en su misma dirección. Olor de castañas asadas. Composición de luces navideñas. Es entonces cuando escucha y reconoce la voz grave de quien camina a su lado de la mano. Se

trata de Sancho, su pareja. Recuperar ese recuerdo la reconforta. En la siguiente imagen se ve parada junto a él en la calle Santiago. Están esperando a que suceda algo. Reina un ambiente festivo, y, sin embargo, tiene un mal presentimiento. Lo nota en la boca del estómago, y una pulsión maternal le hace llevarse la mano a la barriga. Una barriga que debería ser de embarazada pero está vacía. Y justo en el momento en el que está a punto de llegar a una conclusión, un fogonazo y un gran estruendo provocan el apagón total de sus sentidos.

Y de nuevo la alarma interior. No puede oír nada, y, no obstante, la siente con mayor intensidad.

Pero no es por ella.

Es por ellas.

Por las niñas.

Las niñas.

Las niñas.

Las niñas.

Sus nombres: Asia y Greta.

Recuperar ese recuerdo abre una grieta por la que se cuela la realidad. A partir de ese instante las imágenes se suceden de forma mucho más nítida, más tangible.

El caos de la plaza.

La ambulancia.

La matrona.

El parto.

El sangrado.

Y otra vez el apagón.

«Estoy aquí porque he dado a luz a mis hijas en la ambulancia y he tenido una complicación posparto.»

De repente todo encaja, pero necesita dar con la respuesta a una última pregunta para que cese la alarma que sigue sonando.

«¿Cómo están las niñas?»

Sara empieza a pensar con claridad y trata de localizar el pulsador para avisar a Enfermería. Lo encuentra sobre la mesilla, alarga el brazo para hacerlo prisionero y lo aprieta varias veces. Tras la cortina que separa su box del resto, no tarda en aparecer una

enfermera con rostro risueño.

—Dime, cariño, ¿qué necesitas?

—Necesito ver a mis hijas —intenta decir, pero de su boca pastosa no salen más que sonidos ininteligibles.

—Espera, mójate un poco la garganta.

La enfermera sirve un vaso de agua y se lo acerca a los labios. Sara bebe un sorbito.

—Mis hijas, ¡¿están bien?!

Desde que formula la pregunta hasta que obtiene la respuesta, a Sara se le congelan las constantes vitales.

—Están estupendas.

De nuevo el latido, cálido, reconfortante.

—Quiero verlas.

—Estás en la UCI, me lo tiene que autorizar el médico de guardia y...

—Por favor.

La enfermera tarda unos segundos en responder.

—Vuelvo enseguida.

Pero ese «enseguida» se traduce en ocho minutos de agónica espera.

Una eternidad.

La aparición de la enfermera acompañada de un celador pone el punto y seguido en los anhelos de Sara.

—Bueno, pues ya estamos aquí. Mucho cuidado al incorporarla, que está recién intervenida, ¿sí?

El traslado a la silla de ruedas le hace darse cuenta de su debilidad, y, aunque nota un dolor agudo en la zona ventral y genital, evita hacer ningún comentario al respecto por si deciden cambiar de opinión y devolverla al box de la UCI.

—Ya casi estamos —anuncia la enfermera al entrar en Pediatría—. Vamos a la Unidad de Neonatología —le indica al celador.

Las paredes están pintadas con colores vivos y hay monigotes de niños sonrientes en actitudes de extrema felicidad. Sara inspira profundamente por la nariz y suelta el aire muy despacio por la boca para controlar los nervios. La sala de incubadoras es amplia, diáfana, e impera en el ambiente el olor a asepsia.

—Buenas noches, Juana —saluda la enfermera a una mujer de unos cincuenta años y pelo rizado—. Ella es Sara, la mamá de las gemelas.

—¡Hola, Sara! Enhorabuena por esas dos preciosidades. Están en perfecto estado, pero son chiquitas y las tendremos aquí una temporadita, ¿de acuerdo?

Sara asiente con la cabeza.

—Siéntala en ese sofá para que esté más cómoda —le indica al celador—. Nosotras te las llevamos.

Sara es incapaz de contener la emoción en el momento en que ve a sus pequeñas en brazos de las enfermeras. Una llora, la otra duerme.

—Mira, aquí tienes a Greta —le dice la enfermera cuando se la entrega—. Y esta es Asia.

No sabe a cuál mirar. De hecho, casi no las ve, porque tiene los ojos anegados de lágrimas.

—Hola, chicas —es lo único que logra decir.

Cazabobos

Maryayún, el Líbano
Lunes, 9 de julio de 2007, a las 12.45

Durante las cuatro horas y media de vuelo hasta Beirut y las más de dos horas de trayecto por carretera hasta la base militar Miguel de Cervantes, el recién ascendido brigada Marco Antonio Gavilán no había sido capaz de borrar de su mente las últimas palabras que le había dicho Cristina la noche anterior: «Está muy bien que vayas a pacificar Oriente Medio, África entera y los Balcanes, pero algún día también podrías interesarte por los conflictos que estallan entre estas cuatro paredes».

No le faltaba razón, y eso que desde que había regresado de la República Democrática del Congo hacía cuatro años el Témpano tan solo había aceptado cinco *maniobras* de las muchas propuestas que le habían llegado de los sudafricanos. Mali en dos ocasiones, Libia, Argelia y la República Centroafricana habían sido sus destinos, y solo una vez había tenido que usar su arma en una refriega que se saldó sin bajas. En su cuenta bancaria acumulaba 138.450,40 euros, y, según sus cálculos, todavía le faltaban otros 100.000 para pagar la casa de sus sueños en el cabo de Gata.

Esta vez, sin embargo, la misión le había llegado de dentro. Las Fuerzas Armadas españolas —integradas desde 2006 en la Fuerza Interina de Naciones Unidas para el Líbano (FINUL)— acababan de sufrir un duro golpe. El día 24 de junio, un artefacto colocado en un vehículo civil había explotado al paso de un convoy militar español que patrullaba la franja de seguridad conocida como Línea Azul, causando seis víctimas mortales y dos heridos graves, todos pertenecientes a la II Bandera de la Brigada Paracaidista. Una tragedia. Por lo poco que le habían contado, se sospechaba que la

firma del atentado coincidía con la de otros que se habían producido meses atrás y que habían provocado más bajas entre los cascos azules destinados en la zona. Su misión como experto en explosivos consistía en analizar los restos del artefacto hallados en el coche bomba, dejar constancia fotográfica del siniestro y estudiar los informes recabados en otros atentados que podrían estar relacionados.

El general jefe de la brigada internacional destacada en el Líbano, Ramón Martín Ambrosio, lo recibió con castrense efusividad, le entregó una copia del expediente y lo despachó en menos de media hora con un «manténgame informado», lo cual él agradeció. Como objetivo primario se había planteado cumplir con su cometido por la vía rápida para regresar a casa cuanto antes y evitar que se acrecentara la profundidad de la grieta que se estaba abriendo en su relación con Cristina.

Le habían asignado como guía al cabo Gerardo Méndez, un tipo de Valladolid, como su mujer. Y lo siguiente que hizo fue desplazarse hasta la localidad de Sahel al Derdara, cerca de Khiyam, a solo unos pocos kilómetros de la frontera sur del Líbano con Israel, donde se había producido el ataque. Un BMR EDEX con tres tripulantes —jefe, conductor y tirador— los trasladó desde la base.

—Es un hombre de pocas palabras, ¿eh? —le dijo el cabo Méndez tras más de cuarenta minutos de silencio.

—Depende de lo que tenga que decir —contestó él—, y en este momento estoy más para escuchar que para hablar.

—Recibido.

—No se lo tome a mal, es mi carácter de mierda. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Cinco meses. Me queda uno para volver y se me está haciendo muy largo. En teoría estamos aquí para ayudar a la población y para formar al Ejército libanés, pero aquí todo el mundo pertenece a Hezbolá y nos consideran una fuerza invasora que colabora con los israelíes. Y mire, seis chavales que se han llevado por delante.

—¿Los conocía?

—De vista. Somos más de mil efectivos desplegados en la zona, y cada uno cumple con lo suyo. Se suponía que habían limpiado el

área de minas y demás, pero, claro, cualquiera puede colocar un coche cargado de explosivos y apretar el botón al paso de un vehículo militar.

—Cualquiera no —le corrigió el Témpano—. He visto las fotos, y cualquiera no es capaz de manipular esa carga explosiva y dirigir la onda expansiva para provocar el mayor daño posible. Le aseguro que la persona que lo hizo sabía muy bien cómo fabricar un IED.

El otro frunció el ceño.

—Es el acrónimo en inglés de artefacto explosivo improvisado.

Méndez asintió varias veces antes de desviar la mirada hacia el exterior.

—Enseguida llegamos. No hace falta que atravesemos la ciudad, esta carretera que la rodea nos lleva al punto exacto donde se produjo la explosión. De todos modos, no hay mucho que ver. El año pasado en estas calles se estaban matando israelíes y libaneses, y todavía hay cicatrices de los combates casa por casa.

A través del bloque de visión lateral, se entretuvo contemplando un paisaje urbano que no difería mucho del que ya había visto en otras ciudades de Afganistán e Irak. Algo más tarde, el BMR redujo la marcha hasta que se detuvo.

—Aquí es.

Tras cerciorarse de que no había peligro alguno, el jefe del vehículo dio la orden al conductor de abrir el portón posterior. La luz del exterior, que inundó el habitáculo, le obligó a amusgar los ojos antes de descender.

—El coche bomba estaba situado justo ahí, a la salida de la curva —señaló el cabo Méndez de forma innecesaria, dado que los desperfectos en el asfalto marcaban el lugar.

Gavilán caminó hacia allí mientras abría el expediente y buscaba el croquis realizado a mano. Después volvió a examinar las fotografías con los daños producidos en el BMR afectado, así como las que inmortalizaban lo que había quedado de la furgoneta Renault Rapid de color blanco que se había utilizado para el atentado.

—Vale. El BMR vino en esta dirección y cuando tomó la curva se vio obligado a disminuir la velocidad, momento apropiado para detonar el artefacto a distancia a través de un móvil, una radio o lo

que fuera.

A su lado, Méndez se limitaba a escuchar lo que aquel tipo de pocas palabras decía para sí en voz alta.

—La carga estaba compuesta por explosivo de alta potencia, seguramente extraído de munición de artillería sin estallar. Y metralla que no falte, claro. Sistema de iniciado convencional, un interruptor y el iniciador conectado a la batería del coche, para qué liarse.

El Témpano levantó el índice y señaló varias veces a Méndez.

—Lo sofisticado es el revestimiento. Por la poca dispersión de la onda y cómo reventó el blindaje habría que pensar en algún tipo de EFP.

—Eso me lo tiene que explicar.

—Un artefacto que se convierte en un proyectil penetrante. Al tipo le bastaría con un buen tubo de acero o una olla grande para meter todo el explosivo que cupiera y cerrarlo con un plato cónico de cobre en el extremo superior. Al detonarlo, ese plato se convierte en un proyectil que, a esa distancia, penetraría con facilidad en el blindaje del BMR. La onda de sobrepresión los habría matado en el acto, pero, por si acaso, estaba la metralla para asegurarse.

—Pobres chavales, joder. Dicen que el estallido se oyó a varios kilómetros.

—Yo diría que al menos utilizó quince o veinte kilos de TNT. Lo que no termino de entender son estos restos de cuero que recogieron del BMR —añadió subrayando con el dedo en el informe— y que estaban incrustados con la metralla. Esto no lo había visto antes.

—Seguro que ese hijo de puta disfrutó del espectáculo en directo —dijo Méndez señalando a los balcones que tenían enfrente.

—Desde luego, tuvo que estar presente para saber cuándo accionar el dispositivo, pero tenga por seguro que no estaba allí. Se colocaría siempre detrás de la onda expansiva, es decir, en esa zona de allá —señaló—. Y no muy lejos, para asegurarse de no fallar por estar fuera de alcance. Tejados, balcones o incluso de pie. Y, claro, por aquí cámaras no hay.

—No, eso ya se comprobó. Va a ser muy difícil que atrapemos a ese hijo de su puta madre con burka.

—El que apretó el botón sí podría ser cualquiera, pero ese no nos

interesa.

—¿Cómo que no?

—No. El que nos interesa es el tipo que fabricó el artefacto, porque le aseguro que no era la primera vez que lo hacía. Y eso ya sabe lo que implica, ¿verdad?

—Que podría hacerlo más veces.

—Correcto.

Las excelentes relaciones bilaterales entre el general Martín Ambrosio y su homólogo italiano, Claudio Graziano —a quien se le había entregado el mando de FINUL desde el mes de febrero—, facilitaron que en un plazo de tres días se recabaran todos los informes que estaban en manos de los distintos ejércitos que integraban la misión de las Naciones Unidas relacionados con el uso de artefactos explosivos en el Líbano.

Un total de noventa y siete expedientes se apilaban sobre la mesa de la habitación que le habían proporcionado en la base, y lo primero que hizo el Témpano fue ordenarlos por fecha. El más antiguo de ellos databa del año 2001, y el más reciente era el del atentado que le habían encomendado investigar. Decidió empezar de atrás hacia delante buscando conexiones que relacionaran un mismo proceder en la fabricación. No tardó más de dos horas en descubrir algo que le llamó poderosamente la atención. Marzo de 2007, a seis kilómetros de la localidad de Ebel es Saqi: zapadores del Ejército francés detectan y desactivan tres minas anticarro de fabricación casera cuyos platos de presión están envueltos en una camisa de cuero cosida a mano. El firmante concluye en el informe que su finalidad es evitar que al ser enterradas se llenen de residuos que neutralicen la explosión.

—Bien jugado —evaluó Gavilán en voz alta.

Eran las 4.20 de la madrugada cuando terminó de revisarlos todos. Separados del montón, siete expedientes en los que se especificaba que se habían hallado restos de cuero en los artefactos caseros de diversa fabricación utilizados para causar daño, sobre todo, a vehículos blindados. Algunos eran muy sofisticados en

cuanto al mecanismo elegido para el iniciado; es decir, trampas explosivas pensadas para causar bajas entre los EOD de las distintas fuerzas armadas o policiales encargadas de la desactivación del artefacto explosivo. O, lo que es lo mismo, para matar a gente como él. De hecho, dos de ellos habían tenido éxito y se habían llevado por delante a dos artificieros de la policía militar indonesia y a otros tres especialistas del Ejército irlandés. Todos se habían perpetrado en los años 2006 y 2007, pero lo principal, lo que le hizo sonreír de verdad, fue que los nueve habían sido colocados en un radio de menos de treinta kilómetros alrededor de la localidad de Khiyam.

Al día siguiente se trasladó hasta allí en un vehículo con matrícula local que le proporcionaron en la base, vestido de civil y con la idea de recorrer sus calles a pie sin saber muy bien qué debía buscar. Notaba recelo en las expresiones de las personas que se fijaban en él. Miradas que se posaban un segundo y se escurrían al suelo. No era odio, era algo peor: el cansancio de quien sospecha que todos los uniformes son el mismo enemigo, aunque vayan de paisano. Sin embargo, era algo que no podía tomar en consideración empatizando con lo que les había tocado vivir a aquellas personas generación tras generación. Y lo que les quedaba. A mediodía su estómago le recordó que no había desayunado, y se dejó guiar por su olfato hasta llegar a una plaza en la que localizó un restaurante en cuyo rótulo se podía leer: Falafel Abo Ali. No eran croquetas de garbanzos lo que le pedía el cuerpo, pero dio por hecho que tendrían otros platos típicos de comida libanesa, por lo que se sentó en la terraza y esperó a que salieran a atenderle. Un chico que no habría cumplido la mayoría de edad frunció el ceño al verle, pero enseguida tradujo esa imagen de cliente en dólares y fabricó una sonrisa antes de acercarse. Se entendieron en francés, idioma que seguía estando muy vigente en el ámbito comercial. Con el estómago colmado y calmado, el Témpano aprovechó el momento de pagar la cuenta para mostrar algunos billetes de más y realizar alguna indagación.

—¿Te puedo hacer una consulta?

El otro se encogió de hombros y ladeó la cabeza.

—Quiero llevarle algo de artesanía de la zona a mi mujer —arrancó—. Le encantan las piezas de cuero hechas a mano. Bolsos,

carteras, cinturones...

—Esta no es una ciudad muy turística que se diga, pero hay un taller de un tapicero que se llama Hassan Ali Al-Daoui; dicen que es muy buen curtidor y su mujer vende cosas de esas.

El Témpano no tuvo que fingir su entusiasmo.

—¡No me digas! ¿Y está lejos?

—Aquí no hay nada que esté lejos. Otra cosa es que siga en pie.

A pesar de las indicaciones del muchacho, no le resultó sencillo encontrarlo, dado que estaba situado en el corazón de una barriada antigua levantada durante el período de dominio otomano. El intrincado laberinto de callejuelas y callejones mal empedrados parecía querer proteger la intimidad del negocio, que a la postre pudo identificar gracias al rótulo con el apellido del tapicero en cristiano. Una puerta abierta, de doble hoja y que algún día fue pintada de verde, le invitó a pasar. La penumbra envolvía un mostrador vacío. Estanterías repletas de materiales de costura cubrían las paredes de suelo a techo. El olor a cuero y el sonido lejano de una radio en árabe eran los únicos indicativos de que el negocio pudiera tener algún tipo de actividad. Antes de desvelar su presencia, Marco Antonio Gavilán dedicó unos minutos a examinar el entorno, pero no detectó nada sospechoso.

—¡Buenos días! —dijo él en francés alzando la voz.

El crujir de la madera le hizo fijarse en una escalera de caracol en la que no había reparado por estar oculta parcialmente tras una cortina. Una mujer con una túnica carmesí y bordados opalinos descendió con suma precaución agarrada al pasamanos. Se cubría la cabeza con un hiyab negro, y a pesar de tener más de sesenta años conservaba unas facciones bonitas, en las que destacaban unos ojos grandes y oscuros cargados de energía vital.

—Buenos días, señor —le saludó en un francés muy correcto—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, me han dicho que aquí puedo encontrar artículos de marroquinería y me gustaría llevarle a mi mujer algún regalo por su cumpleaños.

Ella lo observó durante unos segundos.

—¿De qué tipo?

—Le encantan los bolsos y las carteras de cuero repujado, ¿tiene algo de eso?

—Tendría que mirar en la trastienda. Últimamente viene poca gente por aquí y ya no los tenemos expuestos fuera.

—Pues si me hace el favor.

La mujer, resignada, tomó aire por la nariz.

—Enseguida vuelvo.

Al correr la cortina y encender una luz, el Témpano descubrió el resto del local, tan amplio como caótico, y dio un par de pasos laterales para ganar en perspectiva. De inmediato le llamó la atención la abundancia de material electrónico y de bricolaje para tratarse de un taller de tapicería, pero fue una pantalla de soldadura que reposaba sobre una mesa de trabajo lo que le hizo morderse el labio extrañado. En los estantes de al lado, apiladas, varias ollas de cocina de gran tamaño.

—Mira tú por dónde —murmuró.

Estaba a punto de marcharse con una bolsa de viaje y un cinturón cuando entraron tres hombres. Vestimentas tradicionales —túnicas largas y kufiyas— y miradas escrutadoras. El que tenía más edad lo examinó de hito en hito y se acarició una larga barba canosa antes de rodear el mostrador y cruzar algunas palabras en árabe con la mujer. El Témpano se entretuvo buscando el dinero en su cartera mientras observaba de reojo cómo abrían una puerta en la que no había reparado y bajaban a lo que debía de ser un sótano. Al abandonar el lugar se fijó en el tipo de cerradura y sonrió.

—Podría no ser nada —le dijo el general Martín Ambrosio después de escuchar el informe de Gavilán—. Una máscara de soldador, cables y ollas no creo que sean motivo suficiente como para que agitemos el avispero. Podríamos solicitar a la gente del CNI que vigilara el establecimiento y que siguieran a esos hombres, pero desde luego que no va a ser algo inmediato.

Pero ese era precisamente su problema: la falta de inmediatez.

—Usted siga recabando pruebas a ver hasta dónde llega.

—A la orden.

Si su superior quería pruebas, él se las iba a proporcionar en el menor tiempo posible. Así, esa misma noche regresó a Khiyam y

aguardó en un descampado dentro del coche a que avanzara la madrugada. A eso de las 2.30 se plantó frente a la puerta del taller sin cruzarse con nadie. La falta de alumbrado público, que aún no había sido del todo restaurado tras los enfrentamientos armados entre las Fuerzas de Defensa de Israel y Hezbolá del año anterior, jugaba a su favor. En apenas unos segundos logró forzar la cerradura sin dañarla y, ya en el interior, se puso el pasamontañas y los guantes, sacó la linterna táctica de la mochila y seleccionó la intensidad lumínica más baja. Los primeros minutos los empleó en inspeccionar la tienda, la zona de taller y la trastienda, pero no halló nada distinto de lo que había visto por la mañana con excepción de varias cajas con tornillería de distintos tamaños. A todo lo que le pareció interesante le hizo fotos con el móvil y las envió a su correo electrónico. Extremando el sigilo, bajó al sótano y, una vez allí, en cuanto se cercioró de que se trataba de una estancia ciega, aumentó la potencia del haz de luz.

—Vamos a ver qué tienes por aquí, Hassan Ali —se animó.

El primer recorrido visual resultó decepcionante, y solo registró una máquina de soldadura de gas inerte, muy indicada para trabajar con acero, aluminio y otros metales. En el siguiente, sin embargo, no buscaba objetos sino anomalías. Y una rozadura que dibujaba una media circunferencia en el suelo lo era. El inicio del trazo arrancaba en la base de una estantería que, a diferencia de las demás, en vez de cubrir toda la pared se quedaba a un palmo del techo. El Témpano la examinó de cerca y alargó el brazo para agarrar uno de los listones metálicos verticales que formaban parte de su estructura. El instinto le hizo tirar de él hacia fuera y el último cuerpo de la estantería se movió.

—Ya te tengo, cabrón. Te cacé.

Al plegarla del todo apareció el pomo de una puerta que se abría hacia dentro y que era el acceso a una estancia de planta rectangular de unos seis metros cuadrados. Lo primero que reconoció frente a él fueron varias ojivas de proyectiles de distintos tamaños, pero enseguida certificó que aquello no era más que un pequeño parque de atracciones para un experto en fabricación de artefactos explosivos caseros: nitrato amónico, amatol, trilita,

amonal, nitroglicerina, cloratita, óxido de hierro, fulminato de mercurio, aluminio en polvo, estifnato de plomo, impermeabilizantes, estabilizantes, oxidantes y otros compuestos combustibles. También encontró todo tipo de iniciadores, detonadores, programadores, mechas de seguridad, cordones detonantes y deflagradores. Un auténtico arsenal que le costó más de media hora fotografiar. Luego se marchó de allí por el mismo sitio por el que había llegado y condujo hasta la base con la sensación de haber cumplido con su deber.

Pero solo era eso: una sensación.

—Ha asumido un riesgo que no le correspondía, brigada Gavilán —le dijo Martín Ambrosio al día siguiente—. Ha actuado sin el conocimiento ni la aprobación del mando de operaciones, y podría haber puesto en peligro el *statu quo* de la zona.

—Con todo el respeto del mundo, señor. Usted me pidió pruebas y yo se las he traído. Ese hombre dispone de los componentes y tiene los conocimientos para hacer saltar por los aires el *statu quo* de todo Oriente Medio.

—No se pase de listo, haga el favor.

—Disculpe, mi general.

Este desvió de nuevo la atención hacia la pantalla de su ordenador, en la que acababa de ver las fotos, y suspiró.

—Lo pondré en conocimiento de Graziano y que sean ellos quienes decidan qué hacer con este material. En cuanto a usted, permanecerá en la base hasta nueva orden.

Pero resultó que el general Graziano no se encontraba en el Líbano durante esas fechas y los tres días siguientes transcurrieron con extrema lentitud para él, que solo pensaba en regresar a casa con Cristina. Esa tarde, desesperado por la inactividad, decidió pasarse por la cantina de la base con la idea de matar el tiempo. Aunque no era conversación lo que buscaba, se unió a un grupo de militares que hablaban de la derrota de Nadal frente a Federer en la final de Wimbledon. A él el tenis le importaba más bien poco, por lo que se limitó a escuchar. Estaban a punto de cambiar de tema hacia el problema del independentismo catalán cuando irrumpió el cabo Méndez.

—Le he estado buscando por toda la base, brigada.

El Témpano supo leer la gravedad del asunto en su expresión crispada, pero no podía esperar lo que estaba a punto de oír.

—Ha habido otro atentado hará como un par de horas en una carretera de mala muerte cerca de Hasbaya. Según dice el comunicado se avisó a la policía libanesa de que había una res muerta que impedía el paso, y al retirarla... Hablan de al menos seis muertos entre policías y civiles, y de varios heridos graves.

—Un cazabobos. Un señuelo —aclaró el Témpano.

—Eso parece.

—Su puta madre. Lléveme para allá.

—Pero ¿no le dijo...?

—Yo asumo la responsabilidad —zanjó—. Vamos.

Los zapadores de los Bersaglieri italianos, que ya estaban trabajando en el lugar, le permitieron inspeccionar los restos de los artefactos que habían causado la masacre. Cinco minas conectadas entre sí habían detonado en cadena al manipular el cadáver del animal. Se buscaba provocar mucho daño y se había conseguido. En uno de los platos de presión había restos de cuero.

No le hizo falta más.

Repitió horario y procedimiento para colarse de nuevo en el taller de Al-Daoui. Ni siquiera llevó consigo los elementos que iba a necesitar, dado que los tenía todos allí dentro.

—Así que te gustan los cazabobos, ¿eh? A ver qué te parece este.

No se complicó. Doce fueron los minutos que tardó en enganchar el extremo de un cable de acero al pomo de la puerta oculta tras la estantería y al iniciador por el otro. Al abrir la puerta activaría la carga y aquel cuartucho se convertiría en una trampa mortal.

Justicia explosiva.

Dos días más tarde, de madrugada, fueron a buscarlo a su habitación por orden del general Martín Ambrosio.

—Tenía usted razón, brigada —le dijo en cuanto entró en el despacho.

Él se mantuvo en completo silencio.

—Nos acaban de reportar una explosión que se ha producido en el barrio viejo de Khiyam. A falta de comprobar la ubicación exacta,

parece que coincide con el lugar donde estaba el taller del tapicero.

—¿Estaba?

—Estaba, porque al parecer solo quedan escombros del edificio. Los colindantes también han sufrido daños. Hay varios muertos, pero todavía no saben cuántos, porque, como le digo, aquello ha desaparecido del mapa.

Al escuchar esas palabras sintió como si alguien le conectara un cable pelado por la nuca. No hizo ningún gesto, pero por dentro se desactivaron todas sus conexiones morales.

—Las primeras hipótesis apuntan a que allí dentro escondían más material explosivo del que usted documentó, y suponen que, al manipularlo, han cometido algún error y ha pegado un petardazo de proporciones bíblicas. Desplácese al lugar y prepare un informe.

—A la orden.

—Cuando me lo entregue podrá regresar a España. Buen trabajo, brigada.

En el vuelo que aterrizó en Madrid tres días después vomitó dos veces, una por cada seis de los doce cuerpos que se recogieron entre los cascotes. Cinco de ellos de menores, incluido el de un bebé de diez meses cuyos padres se salvaron al no estar ese día en su domicilio. Junto con otros especialistas de distintas nacionalidades certificaron que, tal y como se presumía, aquel sótano albergaba mucha más carga explosiva que la que él vio esa noche. Tras una pared de ladrillo acumulaban al menos otros cien kilos, que, al estar enclaustrados y detonar por los efectos de la onda expansiva, multiplicaron su efecto. Del edificio no quedó nada en pie, y otros tres tendrían que ser derruidos por daños estructurales, dejando sin hogar a más de cuarenta familias.

Al llegar a casa, Cristina le recibió con cierta alegría.

—Y, bueno, ¿todo bien por allí? —quiso saber ella por iniciar una conversación.

Una simple respuesta positiva acompañada de media sonrisa habría bastado, pero en vez de eso se le oscureció la mirada como si aún estuviera en aquel sótano de Khiyam y contestó:

—Necesito acostarme.

Un caos muy ordenado

Comisaría de distrito de Las Delicias, Valladolid
Viernes, 25 de noviembre de 2022, a las 10.45

Dieciséis días para la traca final

Nota cientos de partículas en la cara interior de los párpados. Un desierto de arena que es fruto de las horas de descanso que le debe a su organismo en general y a sus ojos en particular. Se tiró en la cama pasadas las cuatro de la madrugada, y cuando ha sonado el despertador del móvil a las seis y media para ir al hospital ni siquiera le había dado tiempo a asomarse por la segunda fase del sueño.

En el trayecto desde la entrada principal de la comisaría hasta el baño —en el que ha entrado con la esperanza de aliviar ese picor—, Sancho ha contabilizado ocho personas que le han preguntado por el estado de Sara y las niñas. Con la primera, una agente de Seguridad Ciudadana a la que conoce desde hace tiempo, se ha explayado:

—Sara está estable, pero aún está ingresada en la UCI y no he podido verla. Ha pasado buena noche y las analíticas han salido bien, e incluso le han permitido estar un rato con Greta y Asia, así que, en ese sentido, contento.

—Me alegro mucho. ¿Y las peques? ¿Todo bien?

—Me han dejado verlas solo quince minutos, pero la pediatra me ha dicho que, a falta de recibir los últimos resultados, las pruebas parecen indicar que todo está en orden. El tema es que, al ser prematuras, tendrán que quedarse aún varias semanas en las incubadoras para evitar infecciones y controlar su alimentación. Pero la buena noticia es que no van a necesitar respiración asistida a pesar de que no tienen formados del todo los pulmones y que los niveles de bilirrubina no son preocupantes, por lo que disminuirán de

forma progresiva gracias a las lámparas de fototerapia.

Esta explicación la ha ido reduciendo cada una de las veces que se ha visto obligado a repetirla, hasta que a Gonzalo, que trabaja en el archivo, le ha contestado:

—Todo controlado, gracias por preguntar.

Por ello, en cuanto el pelirrojo ha entrado en la brigada y se ha percatado de que ha absorbido la atención de los presentes, se ha aclarado la voz y ha repetido el parte médico en voz alta.

—Y ahora, por favor, vamos a centrarnos en lo que nos ocupa, ¿de acuerdo? Matesanz, ponme al día.

—Poca cosa, la verdad. Hemos solicitado a Seguridad Privada las cámaras de la plaza Mayor desde el día que quedó instalado el árbol y les hemos pedido que aligeren para que no nos las entreguen las próximas Navidades.

—Bien. ¿Quiénes van a revisar las imágenes? ¿Botello y quién más?

—Merche, que también tiene buen ojo, pero si quieres que vayamos más rápido meto a tres.

—Dos está bien. En cuanto fijemos el día que colocó la carga explosiva en la estrella vamos hacia atrás, a ver si reconstruimos el itinerario y averiguamos desde dónde vino y, por supuesto, adónde ha ido.

—Sobre el símbolo —interviene Carmen Montes—, he contactado por teléfono con varios expertos y de momento ninguno lo ha identificado. Uno de ellos, un profesor de la universidad de aquí, dice estar casi seguro de que pertenece al imaginario de alguna religión animista africana, pero que, como hay cientos, no sabe cuál.

—¿De alguna religión animista africana? —repite el pelirrojo, que nota cierta ralentización en su velocidad de procesamiento cerebral.

—Sí, yo le he preguntado lo mismo y he anotado esto. Hay muchas variantes, pero en general el animismo «es una creencia que defiende que los objetos inanimados o los elementos de la naturaleza, como los ríos, las montañas o los árboles, poseen alma y, por ello, conciencia propia» —lee Montes—. He quedado con él en que iba a enviar el pantallazo a algunos colegas suyos y si averiguaba algo me llamaba.

—Gracias, Carmen, sigue con ello y comparte lo que tengas con la Brigada de Información. ¿De los TEDAX tenemos algo nuevo?

—No, pero hace un rato ha pasado uno por aquí preguntando por ti —responde Peteira. Hernán no sé qué. Es que me ha dado cosa hacerle repetir su apellido, porque era una especie de trabalenguas.

—Zunzunegui. Lo conocí anoche. ¿Y dices que ha pasado por aquí?

—Sí, iba a ver al jefe.

—Vale. Continuad con todo lo que tengáis en marcha. Ahora os veo.

Sancho sale de la brigada y se dirige al despacho de Herranz-Alfageme. Toca la puerta y entra sin esperar a que le dé permiso.

Sentado frente a Copito, el comisario provincial, Francisco Travieso. A su lado, Zetazeta.

—Buenos días, Sancho —le saluda Herranz-Alfageme con afecto—. No sabía a qué hora ibas a aparecer y no he querido molestarte por teléfono. Siéntate, por favor. ¿Cómo están tus chicas?

Reporte ejecutivo, modalidad intermedia. Veinticuatro segundos.

—Pues que siga así. Bueno, vamos al lío. Te resumo lo que hemos hablado. El balance provisional es de dos muertos y treinta y cuatro heridos de diverso alcance. Hay tres graves y otro en estado crítico que, según parece, no va a poder superarlo. Por desgracia, hoy Valladolid está en boca de todos: prensa, telediarios y redes sociales.

—¡Las jodidas redes sociales! —interviene Travieso sulfurado—. Nos han informado de que en Twitter es *trending topic* desde anoche con los hashtags —pronuncia «jastas»— #ValladolidLoPeta y #ValladolidCiudadArtificial. ¡¿La gente es imbécil o qué coño les pasa?! ¡Ya no se respeta nada, joder!

—Que sea ese el mayor de nuestros problemas —comenta Sancho.

—Sí, sí, desde luego, pero yo tengo al subdelegado del Gobierno dando por culo desde las siete de la mañana y tengo tres llamadas perdidas del alcalde. Y, por si fuera poco, me toca intervenir en el sarao que ha montado Fuentes con los medios en el ayuntamiento. Porque, claro, no va a desaprovechar la oportunidad de aparecer malherido ante las cámaras.

Travieso tamborilea con los dedos sobre la mesa nervioso, como si quisiera que le abrieran la puerta de un lugar que nadie habita.

—Bueno, cada uno con lo suyo —dice Herranz-Alfageme retomando la palabra—. Y lo nuestro es descubrir quién ha sido el iluminado que ha preparado este cristo y llevarlo ante el juez. Los TEDAX están trabajando en la hipótesis de que la explosión del almacén pirotécnico de Madrid y lo de ayer estén relacionados por el símbolo ese que apareció en ambos lados. Habrá que comprobar si tiene algún significado que nos lleve a algún sitio.

—Ya estamos en ello —dice Sancho.

—Bien. También sé que habéis pedido las cámaras, a ver si por ahí sacamos algo interesante.

—Hay un tema que me gustaría comentar —interviene Zetazeta—. Hemos solicitado a Pirotecnia Vesubio que nos pase un inventario actualizado de lo que tenían en el almacén antes del siniestro. No tenemos forma de averiguar qué se llevó, si es que se llevó algo, porque allí no quedó nada, pero es para saber a qué atenernos.

—¿En qué sentido? —pregunta Travieso.

—Si se trata de un experto en explosivos, queremos conocer qué tipos de artefactos caseros sería capaz de fabricar en el caso de haberse llevado material del almacén. Y yo soy partidario de ponerme en el peor de los escenarios posibles.

—¿Y cuál sería ese escenario? —insiste el comisario provincial.

Zetazeta toma aire.

—Pues verá: los fuegos artificiales tienen muchos compuestos químicos. El principal es la pólvora negra, que se compone de tres cuartas partes de nitrato potásico y otra parte de carbono y azufre. Esto por sí solo ya sería muy preocupante, pero resulta que para conseguir los distintos efectos visuales intervienen otros muchos elementos, como el nitrato de estroncio, de bario, de cobre e incluso cloruros como el de litio o el de calcio. Para los destellos, por ejemplo, se emplea el titanio, y para lograr mayor luminosidad usan magnesio. También utilizan perclorato potásico para producir esos silbidos tan molestos. En definitiva, que en ese almacén había mucho material químico que, en manos de alguien con conocimientos suficientes, podría resultar muy peligroso.

Copito resopla.

—Tenemos que trabajar en la elaboración de un perfil —aporta Sancho—. Es decir, ¿quién podría considerarse un experto?

—Eso no va a resultar nada fácil. Cualquier químico, ingeniero químico o civil tiene los conocimientos suficientes para fabricar explosivos si cuenta con el material necesario.

—Disculpa, no me he explicado bien —interviene de nuevo el pelirrojo—. No me refiero a conocimientos, que lo damos por hecho, me refiero a experiencia en la manipulación de esos materiales.

Zetazeta tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—Ah, bueno, siendo así la cosa cambia. Habría que centrarse casi en exclusiva en personal con formación militar o policial. Aunque, ahora que lo pienso..., también podría ser un ingeniero de minas, o uno civil especialista en demoliciones. Incluso un barrenista minero.

Ofuscado, Travieso niega con la cabeza. Atento, Sancho decide tirarle un cable al de los TEDAX.

—Bien, por no embarrarnos demasiado en el asunto, pediré a la Brigada Provincial de Información que elabore un listado de expertos en la manipulación de explosivos de toda clase y condición con antecedentes psiquiátricos o penales. Por acotar —añade.

—Muy bien —zanja Copito—. El inspector Sancho está al frente de la investigación, pero, para que trabajéis codo con codo, he pedido a la Comisaría General de Información que Zetazeta traslade aquí su puesto de forma provisional mientras dure la investigación, así que cuando puedas le buscas un hueco.

—Por supuesto.

—Bueno, yo me marcho ya, que no quiero llegar tarde al *show* del excelentísimo. A usted le veo allí —le dice Travieso a Sancho, que arruga la frente. Copito le hace un gesto para que permanezca sentado.

—Yo tengo que pasar por la comisaría de Parquesol a por mis cosas —interviene Zetazeta.

—Gracias, subinspector.

Cuando se marcha Hernán Zunzunegui, el comisario entrecruza los dedos de las manos para hacer una especie de plataforma y apoya la barbilla.

—¿Sabes a qué ha venido Travieso en realidad? —le pregunta Herranz-Alfageme.

Sancho se retrepa en la silla.

—García Prieto ha contactado esta mañana con él.

—Esta mañana, ¿eh? Sí que se ha dado prisa el hijo de puta.

—Es perro viejo. El caso es que lo primero que ha hecho Travieso es pedirme que valore muy bien si, en las circunstancias en las que te encuentras, profesionales y personales, eres el más indicado para hacerte cargo de la investigación.

—¿Y?

—Enésima vez que me toca sacar la cara por ti.

—No esperaba menos.

—No, Sancho, no. Esto no es una ONG de barbudos pelirrojos. El crédito se gana y se gasta, pero primero se gana. Así que ya puedes andarte con pies de plomo, porque esta vez el enemigo lo tienes fuera y dentro.

—Gracias, jefe. No te voy a defraudar.

—Más te vale. Ah, ya te puedes acicalar, porque desde la superioridad nos han ordenado que arropemos a Omar Fuentes en la rueda de prensa de hoy, o lo que sea, y te toca dar el careto. Por suerte para ti solo va a intervenir él, pero tienes que estar ahí como encargado de la investigación.

Sancho toma aire.

—De acuerdo.

—Sin cagadas, por lo que más quieras.

—Pues eso va a ser más complicado, porque vengo con el intestino un poco revuelto...

Copito aborta la carcajada que le nace en la garganta.

—Desaparece de mi vista.

Residencia de Cristina, barrio de Girón

Oscuridad total y silencio absoluto.

Aislamiento por devoción.

Análisis.

Así lo aprendió durante la formación en técnicas específicas de combate subterráneo. El jefe instructor les enseñó a sacar el máximo rendimiento de todos los sentidos en condiciones de baja o nula visibilidad. Durante el tiempo que duró la formación en Viator y Alquife, establecida en el programa PICAS —Preparación Integral para el Combate en Ambiente Subterráneo—, Marco Antonio Gavilán aprendió a orientarse y moverse con soltura en túneles, minas, cuevas y, cómo no, en el subsuelo urbano. Pero si algo se le quedó muy dentro de aquella experiencia fue que la privación de estímulos externos favorece el conocimiento de uno mismo. Solo si no oímos ni vemos nada que venga de fuera podemos percibir nuestra voz interior y vernos por dentro.

Solo cuando el mundo calla aprendemos a escucharnos.

Solo cuando el sol se apaga aprendemos a mirarnos.

De otro modo, cualquier diagnóstico que requiera una reflexión profunda nacerá intoxicado y se desarrollará con cierto grado de distorsión. En consecuencia, las decisiones que se tomen durante ese proceso no serán del todo acertadas.

Y él no puede no acertar.

No tiene margen de error.

Nunca lo ha tenido, porque en su oficio, como le inculcó el sargento Canales, fallar es sinónimo de morir. Y ya ha cometido demasiados fallos.

El primero fue aceptar la petición de Sonia, la hermana de Cristina, de viajar a Valladolid para vaciar la casa y poder ponerla a la venta. Ella, que vive en Seúl, tenía la excusa perfecta para no encargarse de ello, conque no le quedó otro remedio que tragar. A ese error se sumó que durante las fechas que eligió para hacerlo se celebraban las fiestas de la ciudad, y no recordaba que cada día se cerraba con el lanzamiento de fuegos artificiales. Así, cuando echó la última palada de tierra sobre el cuerpo sin vida de Kivu y terminó de juntar todas las piezas del rompecabezas que había leído en el diario, no le quedó más remedio que tomar muchas decisiones si es que quería cumplir con la última voluntad de Cristina.

Decisiones acertadas.

Decisiones irreversibles.

Y la primera consistía en encontrar el entorno propicio para desarrollar la primera fase de su plan. Y ese espacio estaba bajo sus pies. Su suegro, con el que siempre mantuvo una relación cordial, lo consideraba su santuario. Un calificativo bastante pretencioso para una bodega de unos cuarenta metros cuadrados excavada de forma ilegal por el abuelo de este. Un agujero, sí, pero un agujero muy útil para sus necesidades clandestinas. Durante los años de relación con Cristina apenas había bajado allí una docena de veces, pero ahora se ha convertido en ese lugar donde recluirse a evaluar la situación. Tiene asumido que llegará un momento en el que dejará de ser un espacio seguro, y por tanto debe estar preparado para abandonarlo antes de que la policía dé con él. A partir de entonces tendrá que trasladarse a la madriguera que ha preparado bajo tierra, pero eso corresponde a la fase final de su plan. Todo a su debido tiempo.

Oscuridad total y silencio absoluto.

Aislamiento por devoción.

Análisis.

Aún no había amanecido cuando abandonaba el apartamento de la plaza Mayor. Igual que había hecho cuando montó la carga explosiva en el árbol, ha dado un rodeo para no facilitar el trabajo a quienes les toque revisar las imágenes de las cámaras y, sin prisa alguna, ha llegado hasta el barrio de Girón. Dos piezas de fruta y un yogur han calmado su apetito, y acto seguido ha bajado al santuario con la idea de resolver cuál es el mejor momento para dar el siguiente paso.

Las alternativas que tiene delante, como los cables, son varias, pero solo una es la correcta. El hecho de que haya habido víctimas mortales lo condiciona todo. Era esta una variable que tenía presente, y por tanto estaba asumida, pero se encuentra en un punto de no retorno y debe actuar en consecuencia. La hoja de ruta es invariable. Resolver el cuándo es el cable que tiene que cortar. El objetivo inicial, que consistía en captar la atención de los que serán sus oponentes, está más que conseguido. Ahora se trata de generar desconcierto.

Un caos muy ordenado.

Un desorden diseñado a escuadra y cartabón.

No tarda demasiado en tomar la decisión, por lo que el siguiente paso que toca es revisar el material. Para ello acciona el interruptor de la luz y espera a que sus pupilas se habitúen después de estar más de dos horas sumido en una confortable negrura. Frente a él, perfectamente colocados, como si se tratara de instrumental quirúrgico, todos los componentes que va a necesitar y que ha ido recopilando poco a poco desde el día que empezó a trazar el plan. Algunos, los menos, comprados, la mayoría *adquiridos* en el almacén pirotécnico y en el polvorín del cuartel de Caballería Calatrava, *cortesía* del cabo Méndez. De entre todos ellos, su atención se centra en las dos sacas de cinco kilos de termita y en el TATP plastificado, los compuestos que piensa utilizar esta noche para causar dos efectos muy diferentes que nadie se espera.

—Os va a fascinar —verbaliza.

A continuación sube las escaleras y sale al exterior. Hace un bonito día otoñal y, como un niño que descubre las estaciones por primera vez, se detiene durante unos instantes a comprobar ensimismado que la paleta de marrones se impone al resto de las gamas cromáticas. Luego entra en la casa y se dirige al salón, donde ha dejado la mochila. Saca su cuaderno de operaciones y busca el día que visitó el siguiente punto geográfico de la ciudad en el que va a intervenir.

Jueves, 13 de octubre

> No hay cámaras de vigilancia ni vigilantes nocturnos. El recinto abre a las 8 y cierra a las 21. Los días laborables, a partir de la 1.30 de la madrugada, se registra muy poca presencia de transeúntes en los alrededores. La mejor zona para acceder es por el lado del paseo de Recoletos, a la altura de las canchas deportivas, una vez que han cerrado los establecimientos. No hay tráfico rodado y la verja es muy fácil de saltar.
>
> Frente a otros objetivos analizados, es donde menos riesgo hay que asumir.

Viernes, 14 de octubre

Hay cámaras de vigilancia exteriores a la entrada del parking, y supongo que alguna más en los muchos negocios que hay en la plaza. Evitar aceras. Mucho cuidado con la parada de taxis de enfrente y el posible tránsito de personas.

La arqueta que hay que manipular está junto a la pila. Solo hay que soltar el cable de entrada al reloj digital que controla el horario de funcionamiento de la fuente. Hay que encontrar la forma de camuflar el TATP plastificado y colocarlo para que la esfera salga proyectada hacia la calle Duque de la Victoria.

—Pan comido —afirma al tiempo que cierra el cuaderno.

Se dispone a guardarlo de nuevo en la mochila cuando ve el diario de Cristina en su interior. Consulta el reloj. Quedan doce minutos para que empiece la comparecencia del alcalde, un acto público que su gabinete se ha encargado de anunciar a bombo y platillo a través de los medios y las redes sociales.

—Hay tiempo de sobra. Venga, otra dosis de mierda, que te la has ganado —se dice.

Lo abre por una de las páginas que tiene marcadas y se acomoda en el sillón orejero de color burdeos en el que la madre de Cristina solía sentarse a leer mientras sus dos hijas preparaban el menú de Nochebuena.

22 de mayo de 2019

Querido diario:

Ayer, durante la sesión con la doctora Meléndez, tuve que reconocer que esto del diario me estaba viniendo bastante bien. Quería saber sobre qué estaba escribiendo y yo le dije: «De todo y de nada», y me quedé tan ancha. Pero es la verdad. Hay días que no escribo más que bobadas, pero hoy ha pasado algo que me ha alegrado la mañana. Al concejal de Urbanismo, Gustavo Cuadrado, le han aprobado una partida presupuestaria para arreglar varias fuentes de la ciudad y esta mañana me ha llamado a su despacho para comentarme el asunto. Mira que me genera rechazo ese tipo, con su pelo grasiento, su barriga a punto de

explotar y su aliento a cenicero, pero el proyecto me lo va a encargar a mí, y, joder, me parece la mar de interesante. Desde luego, mucho más que las mierdas que me han pedido hasta el momento. Son seis fuentes, pero no me ha dicho cuáles y yo no he querido preguntar. Además me ha dicho que le dé rienda suelta a mi creatividad porque lo principal del proyecto no es que funcionen bien, sino que estén integradas en el espacio urbano. Mola. Mañana me ha citado a las 9 para verlo al detalle, números y tal. Será una chorrada, pero he salido feliz de su despacho. Estaba tan feliz que he entrado en una floristería y me he liado a comprar plantitas y más plantitas. A ver cuánto me duran.

Hay que ver con qué poco me contento yo.

Y en cierto modo me fastidia reconocerlo. Cuando vivía con Marco se lo dije muchas veces, pero el muy rancio tenía menos detalles conmigo que con su madre, a la que por lo menos le llevaba flores a la tumba cada cierto tiempo. A mí no me regaló flores nunca. Tampoco es que me gusten demasiado, pero..., joder, que estuvimos una vida entera juntos. Ahora me viene a la cabeza el día que regresó de alguna de sus movidas, me quiere sonar que de Oriente Medio. No estuvo muchos días fuera, pero, cuando llegó, recuerdo que me fui a la pescadería y compré una lubina tocha y una botella de vino blanco para cenar juntos en casa. Al abrirle la puerta le pregunté qué tal por allí y el muy asqueroso me contestó: «Necesito acostarme». Y ya.

—No podía hablarte del daño que había causado en aquel pueblo. Lo hacía por protegerte, ¿es que no lo entiendes?

Pues cojonudo. Marco se tiró casi dos días enteros sin salir de la habitación, con la persiana bajada hasta abajo y yo sin hacer ni un solo ruido porque sabía que le irritaba. La lubina la tiré a la basura y me bebí yo sola la botella de vino. Me agarré un buen pedo y terminé potando como una quinceañera. Lloraba encerrada en el baño para que no me escuchara. Siempre era igual. Luego todo regresaba a la normalidad, pero nunca me contaba qué le había pasado. Ahora sé que cuando le tocaba ir a

esos sitios no iba de turismo, pero de ahí a que le pasara esa factura y lo siguiera haciendo... Pues tampoco. En fin, que no quiero cabrearme, que hoy estoy de buen rollo. Lo mismo bajo al santuario de papá y le pillo una botella de vino de las buenas. Como él decía: «El vino está para beberlo, no para exponerlo». A tomar por culo.

Pues eso, a la mierda el que lo lea.

Tentado a continuar leyendo el siguiente día marcado, el Témpano vuelve a consultar su reloj, pero está a punto de empezar la rueda de prensa y no se la quiere perder, así que deja el diario sobre la mesa, coge el mando y enciende la televisión.

—Vamos, señor alcalde, no me defraudes.

Plaza Mayor

Al salir del parking se percata del bullicio que hay frente al edificio del ayuntamiento. Ha sido el propio alcalde, Omar Fuentes, el que se ha empeñado en abrir de nuevo al público la plaza en cuanto la policía ha terminado de procesar el escenario. Decenas de curiosos y una nutrida presencia de medios de comunicación de ámbito local, regional y nacional tratan de acceder al perímetro acotado por la Policía Municipal para controlar el acceso de quienes se han acreditado.

Incómodo, Sancho se tira de los pelos de la barba.

—Hay que rejoderse.

Tras identificarse, el pelirrojo sigue a un tipo que, cámara al hombro, se apresura para adelantarse a la competencia. Sube las majestuosas escaleras que llevan al primer piso y van a dar frente al salón de recepciones. Como esperaba, ya no queda una sola silla libre. En un lateral, junto a otras personas cuyas caras le resultan familiares, encuentra un sitio en el que ubicarse. Aun así, se siente incómodo, observado por miradas escrutadoras de desconocidos. En primera fila reconoce a Travieso, sentado entre el jefe superior de la Policía de Castilla y León y el subdelegado del Gobierno. La sala, de

planta rectangular, se abre al balcón principal, que nutre de luz natural todo el espacio. Maderas nobles en el suelo, frescos en el techo abovedado y decoración de época contribuyen a dignificar una atmósfera cargada de expectación.

Semblantes circunspectos del respetable.

Un murmullo constante y envolvente es la banda sonora que precede a la esperada aparición del político, que ocupa el cargo desde el año 2015. Respaldado y reprobado por la ciudadanía a partes iguales, de Omar Fuentes se podrían decir muchas cosas, pero lo que no se le puede cuestionar es su omnipresencia en la vida pública y su imagen acorazada como adalid de la ciudad.

Un silencio que va ganando en intensidad provoca que las bocas se cierren, los párpados se abran y se agucen los oídos. Omar Fuentes aparece desde la sala contigua, que comunica con su despacho. Luce un aparatoso vendaje en la cabeza y su expresión está cincelada por la irritación y la amargura. De constitución compacta —ancho de hombros y de buena talla—, su presencia llena el espacio, configurado por un solitario atril y, tras él, un repostero con el escudo de Valladolid y un retrato de cuerpo completo del fundador de la ciudad, el conde Ansúrez.

Sonido de flashes.

Fuentes avanza con la lentitud estudiada de quien sabe que está siendo inmortalizado. Podría parecer conmovido de no ser por la chispa de arrogancia política que le baila en los ojos.

—Muy buenos días a todos y a todas y gracias por acudir a este acto. Un acto que nos hemos visto obligados a incluir en la agenda del día. Un acto cargado de rabia y tristeza.

Voz firme, tono solemne.

—En primer lugar, queremos trasladar nuestras condolencias y las de toda la ciudad a los familiares y amigos de las víctimas mortales del atentado que se produjo ayer durante el encendido de las luces navideñas. Lamento comunicar de forma oficial que a las pérdidas de... José María del Campo Gutiérrez y Francisca Suárez Gómez —lee—, fallecidos ayer, hay que sumar la de Teresa Martínez Alfaro, acontecida hace tan solo unos minutos a consecuencia de las graves heridas sufridas en la calle Viana. A ello hay que añadir las

veintinueve personas que siguen a esta hora hospitalizadas, entre las cuales se encuentran tres con pronóstico grave. Así pues, y por respeto a la memoria de los desaparecidos, el pleno del ayuntamiento ha decretado tres días de luto, hasta las doce del mediodía del día 28. Y hasta aquí lo que he escrito en este papel —concluye mostrándolo.

La pausa dramática alienta a varios periodistas a adelantar el torso, como si así cobraran ventaja frente a sus competidores a la hora de hacerse con el titular.

—A partir de aquí, el sentir de este alcalde y el de toda una ciudad que clama justicia. Desde primera hora de la noche de ayer estamos trabajando codo con codo con las fuerzas y cuerpos de seguridad para esclarecer los hechos y dar con el culpable o culpables de este suceso tan cobarde y ruin que hoy, por desgracia, está en boca de todos. He de decir que he mantenido sendas conversaciones con el presidente del Gobierno y con el ministro del Interior, quienes me han trasladado su solidaridad con las víctimas y el apoyo incondicional durante el curso de la investigación que tenemos abierta. En este sentido, lo único que les puedo decir hasta el momento es que la explosión la produjo una carga pirotécnica colocada en la estrella del Árbol de los Deseos y que se activó con el encendido de las luces.

Rumor en la sala.

Sancho ruega al cielo para que no pronuncie una sola palabra más acerca de la investigación. Esa parte le toca a Travieso, que podrá ser un zote carente de habilidades sociales, pero sabe muy bien qué decir y, sobre todo, qué callar.

—Conforme se vayan produciendo novedades se les irá informando en tiempo y forma. Y, para terminar, antes de dar paso al comisario provincial, el señor Travieso, quien se encargará de contestar a sus preguntas, quiero lanzar un mensaje a la persona o personas que perpetraron este acto cargado de mezquindad.

Omar Fuentes mira a una de las cámaras de televisión, con cuyo operario, infiere Sancho, ha pactado de antemano.

—Me voy a encargar personalmente y de forma encarecida de que se haga justicia. Esta es una ciudad de paz y en ningún caso voy a

consentir que la libertad de las vallisoletanas y los vallisoletanos se vea coartada por un perturbado que se propone sembrar el miedo en nuestras calles. Muchas gracias a todos.

Al contrario que la mayoría de los presentes, Sancho no aplaude. No encuentra ningún motivo para hacerlo.

Hospital Río Hortega

—Y para chulo, chulo, mi pirulo —dice una de las enfermeras que la están aseando—. Menudo fiera, nuestro querido alcalde.

A Sara le hace gracia el comentario, pero al intentar reírse, los puntos, aún muy recientes, le hacen cambiar de idea.

—¿Y eso? —quiere saber Sara, curiosa.

—Acabamos de ver su intervención en el ayuntamiento, y madre mía... Es que solo le ha faltado sacarse los revólveres y darles vueltas así, en el dedo —gesticula con gracia.

—Es un fiera, sí, pero también te digo que este es mal enemigo —dice la otra—. Levanta el brazo, cariño —le pide a Sara.

Hasta eso le cuesta. Se siente débil, apagada, como si su batería estuviera en modo de bajo consumo. Con cuidado, la enfermera le pasa la esponja húmeda por la axila y le sonríe.

—Eso es. Ahora vamos a girarte muy despacito, ¿de acuerdo? Pues os voy a contar que esta mañana me ha llamado una cuñada que vive en Huelva para preguntarme si estaba bien. Que lo había visto en las noticias y que había flipado con los vídeos.

—Es que es para flipar —coincide la otra—. Que el desgraciado que haya sido ya tiene tres muertos a sus espaldas.

—Y un puñado de heridos, ¿verdad, Sarita?

Ella, que está deseando que terminen para volver a su estado de letargo, asiente.

—Os quería pedir un favor —dice Sara en cuanto la acomodan de nuevo boca arriba—. No sé dónde está la ropa con la que llegué al hospital, pero en el bolsillo de mi abrigo debería estar mi móvil. Me gustaría poder estar comunicada.

—Ah, claro, cariño. Supongo que estará todo en este armario.

Vamos a ver... Sí, mira, aquí está tu abrigo colgado. ¿En un bolsillo?

—Sí.

—Aquí lo tengo.

Catorce por ciento de batería, como ella.

—Estupendo —dice Sara.

—Bueno, niña, ahora a descansar.

—¿Sabéis cuándo podré volver a ver a mis hijas?

—Uy, pues eso nosotras ni idea. Pero si quieres preguntamos.

—Por favor.

—Bueno, en cuanto sepa algo te cuento.

—Gracias, de verdad.

Tan pronto como las enfermeras abandonan el box, Sara busca en la agenda del teléfono, selecciona el contacto y pone el manos libres.

—¿Sara? —escucha—. ¿Eres tú?

—Aquí estoy.

—¡¿Cómo estás, preciosa?!

—Cansada, pero bien. El médico ha pasado esta mañana y me ha dicho que los análisis están en orden, que igual esta noche la paso aquí pero mañana me trasladan a planta. Me ha explicado más cosas, pero estaba medio grogui y no le he entendido una mierda. Pero vamos, que nada grave. Solo tiempo.

—Sí, yo he podido hablar con él a primera hora y me ha contado lo mismo.

—¿Has visto a las peques?

—¡Sí! —responde entusiasta—. Solo un rato, pero casi me derrito. Son preciosas, como tú. Tú las viste anoche, ¿verdad?

—Sí, solo un momento, pero me dejaron cogerlas. Ahora he preguntado cuándo me permiten verlas otra vez, porque de verdad que lo necesito.

—Claro, cariño, pero también tienes que cuidarte tú. Ellas están en buenas manos, y cuanto antes te recuperes tú, mejor que mejor.

—Sí, sí, lo sé. Y por ahí, ¿cómo va todo?

—Estoy en el ayuntamiento. Copito me pidió que fuera a la comparecencia del alcalde y me ha tocado estar aquí. Por suerte no se ha alargado mucho y apenas me ha tocado intervenir.

—Vaya, qué pena, ya me han dicho las enfermeras que va de *sheriff* del Far West.

—Está muy cabreado el hombre. Es como si le hubieran cagado en la puerta de casa. Qué cojones, en la almohada.

—No me hagas reír, que se me saltan los puntos. ¿Vas a comisaría?

—Cuando me dejen salir de aquí, porque al parecer el alcalde quiere tener unas breves palabras con nosotros.

—¿Qué se sabe por el momento?

Sancho tarda una fracción de segundo en contestar, el tiempo en que ha sopesado la conveniencia de ponerla o no al día. Cuando termina con el resumen de lo esencial, escucha un prolongado suspiro de Sara.

—Menudo panorama —juzga ella.

—Cojonudo, sí. Yo me marcho a la comisaría a ver si hay algún avance, pero, vamos, que hasta que no tengamos las imágenes de las cámaras...

—Ya. Lo del símbolo es para preocuparse —comenta ella—, porque es evidente que lo ha hecho para que sepamos que no es un cualquiera. Que tiene autoría, y eso no es buena señal.

A Sara cada vez le cuesta más fabricar palabras.

—Eso mismo he pensado yo —afirma Sancho—. A ver si tenemos suerte con eso y algún experto nos cuenta algo a lo que agarrarnos.

—Ojalá.

—Tengo ganas de tener a ese cabrón delante. Muchas.

—Pues yo ni te cuento. Mierda, me queda un ocho por ciento de batería.

—Luego paso yo y te llevo un cargador para que te lo den. Ahora tienes que descansar un rato, ¿vale?

—Sí, se me están cerrando los ojos.

—Pues eso, duerme un poco. Te quiero.

—Y yo. Nos vemos pronto.

—Descansa, preciosa.

Residencia de Cristina, barrio de Girón

Está feliz por lo que acaba de ver, pero al mismo tiempo se nota algo furioso por las últimas palabras que ha pronunciado Omar Fuentes en su intervención. No es ningún perturbado, simplemente es el único que ve el mundo como es. Igual que el alcalde, se equivocó la psicóloga del Ejército que se encargó de evaluarlo cuando regresó de la República Democrática del Congo después de casi nueve meses dado por desaparecido.

Una gestación tras la que nació un hombre nuevo.

Los recuerdos afloran.

—Se denomina trastorno de la personalidad esquizoide —concluyó la psicóloga—. El síntoma principal es el desinterés absoluto por relacionarse con otras personas, incluso con las que conforman su círculo más cercano, y, en consecuencia, por mostrar emociones. Todo ello deriva en el deterioro constante de los vínculos empáticos existentes y la imposibilidad de generar otros nuevos. En resumidas cuentas: se trata de una afección mental que provoca el aislamiento total del sujeto que la padece.

Ese diagnóstico supuso el punto de ignición de una mecha que no se podía apagar y que terminó haciendo saltar por los aires su carrera militar. Pero, así y todo, él jamás se ha considerado un enfermo mental, un perturbado, como acaba de definirlo el alcalde, dado que siempre ha mantenido intactas sus capacidades. Y si algo tiene claro es que se va a encargar de demostrarlo al mundo entero.

Nunca le ha gustado que su enemigo lo subestime. Es adquirir una ventaja que no necesita en absoluto. Minimiza el éxito. Lo reduce. Y el Témpano no quiere una victoria pequeña. Necesita imponerse a lo grande. Sin embargo, en el fondo le ha encantado comprobar que no se equivocaba en cuanto al nivel de compromiso que iba a adquirir su enemigo. Igual que cuando se cita a un toro y, si es bravo y tiene casta, acude. Pero lo que el toro no es capaz de apreciar es que, salvo en contadas ocasiones, siempre se impone el torero.

Y a ese astado lo conoce muy bien. No en vano lo ha estado siguiendo durante semanas para averiguar sus rutinas, sus hábitos y costumbres. Su vida oculta. Aun así, no debe distraerse con ello. No es el momento. Desviarse del plan sería un error.

Paso a paso.

Cable a cable.

También le motiva mucho haber confirmado que el responsable de la investigación es el inspector Sancho, a quien, a pesar de las circunstancias, ya tuvo el gusto de conocer. Le genera mucha curiosidad —diría que casi una necesidad— saber más sobre su rival, porque va a ser el encargado de seguir su rastro, y dependiendo de cómo evolucione tendrá que decidir qué hacer con él. Y solo hay dos opciones: respetarle como el rival que es o eliminarle en el caso de que se convierta en más que su enemigo. Igual esta tarde, que no tiene nada previsto, la ocupa en satisfacer su curiosidad.

De momento, aprieta el botón de rebobinar del mando de la televisión hasta el inicio de la comparecencia de Omar Fuentes.

Play.

—Ya verá de lo que es capaz este perturbado mental, estimado señor alcalde.

Ayuntamiento de Valladolid

Con la sensación de estar perdiendo un tiempo precioso, el pelirrojo entra en el despacho de Omar Fuentes acompañado de Francisco Travieso, quien se detiene unos instantes para estirarse el traje.

—Él es el inspector Sancho, jefe del Grupo de Homicidios —le presenta el comisario provincial.

—He oído hablar mucho de usted —dice Fuentes al tiempo que le tiende la mano—. Me alegro de que esté al frente de la investigación. También sé que su mujer evoluciona favorablemente en el hospital y que las niñas, a pesar de haber nacido antes de tiempo, están bien. Siéntense, por favor.

Sorprendido, Sancho no sabe muy bien qué decir.

—Muchas gracias.

Transcurrida casi media hora durante la que Travieso se encarga de responder a la batería de preguntas que formula Omar Fuentes, el alcalde mira a Sancho y entorna los párpados.

—Y usted, inspector, ¿qué opina de todo esto?

Sancho lo mira y se alivia un picor que le nace bajo la barba. No se encuentra en las mejores condiciones cognitivas para elaborar respuestas políticas, por lo que decide contestar de forma natural.

—Por ahora, si le soy sincero, puedo opinar más bien poco. Es muy pronto aún. El comisario provincial le ha informado de todo lo que sabemos hasta el momento. Lo que no creo, sinceramente, es que el tipo al que nos enfrentamos sea un perturbado mental.

Omar Fuentes ladea la cabeza y gana distancia con respecto a su interlocutor.

—Me refiero a que, según los TEDAX, sabe de explosivos, y por el asunto de la firma encontrada tanto en el almacén de pirotecnia como en la estrella, deberíamos pensar que busca cierto reconocimiento.

—¿Y eso no es de ser un perturbado?

—No, señor. Todo lo contrario. Es de alguien que en su cabeza tiene un motivo para provocar daño y que es muy probable que tenga un plan.

—¿Qué plan?

—Seguir haciendo daño.

Travieso, que es de los que piensan que a los políticos hay que alterarlos lo menos posible, se ve en la obligación de intervenir.

—Bueno, eso no podemos saberlo. Igual es solo un gamberro que quiere llamar la atención y que lo único que busca es dejar su impronta por ahí.

—¿Una especie de grafitero de los explosivos? —pregunta el alcalde.

—Me refiero a que podría tratarse de un chaval que ha visto varios tutoriales de YouTube sobre cómo fabricar explosivos al que la cosa se le ha ido de las manos.

«O también podría ser su reverenda puta madre haciendo la yihad», le habría encantado responderle a Sancho. Pero, muy en cambio, dice:

—Podría ser, aunque yo no lo creo. Me inclino a pensar que es un experto en la manipulación de explosivos y que sabe muy bien lo que hace, cómo lo hace y cuándo lo hace. Sea como fuere, no lo sabremos hasta que lo atrapemos, y para ello, con su permiso, me

voy a marchar a comisaría por si tenemos algún avance en la investigación.

Omar Fuentes lo examina durante unos minutos como si pretendiera descifrarlo por dentro.

—Hace bien. Manténganme informado, por favor —le dice a Travieso.

Ya en el exterior del ayuntamiento, apenas queda rastro de la presencia de medios de comunicación y solo se ve a un puñado de curiosos tras la cinta que ha colocado la Policía Municipal. El pelirrojo intuye que Travieso necesita decirle algo, porque parece que se va a ahogar en sus propias palabras.

—Sancho, no creo que acojonar al alcalde sea la mejor opción —suelta al fin.

—Tiene toda la razón, pero tampoco creo que sea bueno que piense que es un niñato que se ha cansado de tirar petardos y ha decidido pasar de pantalla.

El comisario provincial nota que el móvil le vibra en el interior de la chaqueta del traje.

—Vaya, el jefe superior. ¿Y yo qué le digo a este ahora? —se pregunta—. Luego nos vemos.

Sancho contempla cómo Francisco Travieso camina hacia ningún sitio mientras atiende la llamada.

—Nada, jefe, usted tranquilo —dice impostando la voz—. Seguramente sea el clásico grafitero de los explosivos. Sí, eso, es un niñato al que vamos a trincar en un abrir y cerrar de ojos...

Comisaría de distrito de Las Delicias

Un silencio nada habitual sobrevuela las dependencias de la brigada. Se diría que los integrantes del Grupo de Homicidios, enfrascados en las tareas que les han sido asignadas, se han transformado en una congregación de monjes amanuenses.

Es Áxel Botello quien rompe la tranquilidad del monasterio.

—¡Jefe, creo que lo tengo! —le avisa levantando la voz.

Sancho, que se ha pasado toda la tarde revisando los informes

que le ha proporcionado Hernán Zunzunegui, da un manotazo en la mesa. Sabe que se refiere a algo relacionado con las primeras imágenes que han recibido al final de la mañana, captadas por las cámaras que graban los exteriores de la plaza. El pelirrojo se apresura a sentarse a su lado, y Matesanz, que todavía está en su puesto, se acerca movido por la curiosidad.

—Dale —dice Sancho.

En las pupilas de Botello se refleja el azul de la pantalla como una hoguera fría.

—He empezado de atrás hacia delante —arranca Botello—, es decir, desde la noche antes del encendido de luces. Llámalo premonición. Y mira qué casualidad: viene caminando tranquilamente por la calle Pasión con una mochila. Directo, sin rodeos ni leches benditas. Está claro que sabía a lo que iba.

—¿Hora exacta?

—Cuatro y catorce de la madrugada. No le hace falta ni escalera.

—Es fácil trepar por ahí —comenta Sancho.

—Pero podría haberle visto alguien.

—A esa hora, un día de diario..., muy poco riesgo —opina Matesanz—. Esto lo tenía muy estudiado. Mirad, ahora que se ha quitado la mochila, ¿qué pone en el chaleco?

Botello se acerca a la pantalla del monitor.

—Eso parece un aspa o una equis. No se lee bien, pero me quiere sonar ese logo, joder.

—Haz una captura e imprímelo, a ver si alguien lo saca. Avanza.

Los minutos siguientes contemplan en silencio cómo el desconocido desmonta la estrella encaramado a la estructura del árbol, introduce la carga en su interior, la vuelve a montar y hace algo más que no consiguen distinguir por falta de definición.

—Seguramente esté conectándolo al circuito eléctrico —dice Matesanz.

—Sí, seguro —coincide Sancho—. Y ya estaría. Diez minutos ha tardado el cabrón.

—Once, para ser exactos, desde que aparece en la plaza —le corrige Botello—. Y se va por donde ha venido.

—Vale. Perfecto. Ya sabemos la hora. Recopilemos todas las

imágenes que podamos desde distintos ángulos y perspectivas, a ver si en alguna le pillamos la cara.

—No me jugaría yo mi pensión a esa carta —comenta Matesanz.

—No, yo tampoco, pero hay que intentarlo.

—Yo diría que es un tocho de más de uno ochenta y cinco —evalúa Botello.

—Haz el corte y pásaselo a Juanra, a ver si nos puede mejorar la imagen y ve algo que se nos haya pasado a nosotros.

—Ahora se lo chuto.

—¿Esto que ha salido por la impresora es nuestro? —pregunta Merche, la última incorporación del Grupo de Homicidios.

—Sí, es el tipo de la plaza Mayor —contesta Matesanz—. Hay que distribuirlo para ver si ese logo es de alguna empresa conocida.

—Ximenez Iluminación. Es la empresa que instala las luces de Navidad por media España —responde ella—, los he visto varios días en mi calle.

—¡¿En serio?! No creo que sea tan idiota como para ir a poner bombas con un chaleco de su empresa, ¿no?

—No, pero contacta mañana con ellos a ver qué te dicen, y que no salga de aquí. Ahora de camino al hospital se lo cuento a Copito.

—Dale un beso a Sara de parte de todos —dice Matesanz.

—En cuanto la vea. ¿Montes?

—Peteira y ella están con lo del dichoso simbolito, a ver si sacamos algo en claro. Aunque igual se lo enseñamos a Merche y lo saca en el acto.

Sancho sonríe mientras se pone el abrigo.

—Cualquier cosa, al móvil.

Calle San Blas

Duda si hacerlo o no. Es la sombra del error lo que le tiembla dentro, esa posibilidad remota de arriesgarse a que él lo reconozca. Aunque, por otra parte, la oportunidad de observarle de cerca es tan tentadora que no logra tomar una decisión en firme. El reloj del coche marca las 23.41. En el tiempo que lleva detenido en doble fila

controlando la puerta ha visto entrar a dos parejas y salir a un grupo de tres amigos, todos por encima de los cuarenta, por lo que intuye que ese garito llamado Zerocafé está frecuentado por gente de ese rango de edad.

Ya había oscurecido cuando llamó a la comisaría preguntando por el inspector Sancho. Colgó en cuanto le confirmaron que le pasaban con el Grupo de Homicidios porque solo era cuestión de averiguar si estaba allí o no y esperar.

Casi una hora después lo había visto meterse en un Audi A5 gris metalizado.

—Bueno, pues vamos a conocernos mejor, inspector —se había animado al tiempo que arrancaba el Nissan Juke que había alquilado para este tipo de menesteres desde que tomara la decisión definitiva.

Tenía que hacer tiempo hasta que le tocara intervenir a la hora establecida en su cuaderno de operaciones, y no se le ha ocurrido mejor forma de hacerlo que profundizar en los hábitos del que va a ser su rival.

Le ha sorprendido mucho comprobar que su primer destino era el hospital Río Hortega. Se ha preguntado qué demonios le habría llevado allí mientras aguardaba, sin bajarse del coche, a que saliera. No ha tenido que esperar mucho, y cuarenta minutos más tarde ha visto como el inspector Sancho conducía de regreso al centro, estacionaba en la calle San Blas y se metía en el bar de enfrente.

El sonido de un claxon le saca de su disyuntiva. Darse cuenta de que se trata del coche al que está molestando para salir la resuelve.

—Venga, va —se anima.

Lo primero que le llama la atención al entrar en el Zerocafé es la pantalla gigante que hay al fondo del local, sobre la que se está proyectando un vídeo. La canción, en inglés, le suena, a pesar de que no se considera un entendido en música, ni mucho menos. Se acoda en el primer hueco que ve en la barra y con disimulo echa un vistazo. Calcula que hay unas treinta personas, pero a él no lo localiza. Dentro de la barra, un camarero de unos cincuenta con una nada forzada expresión risueña y una chica que rondará los veinte. En el lado opuesto, un tipo con coleta y camiseta sin mangas que,

deduce, es el DJ.

—¿Qué le pongo? —le pregunta el camarero risueño.

—Una tónica, por favor. Sin fruta.

El alcohol no le va. Nunca le ha ido. Se cuentan con los dedos de una mano las veces que se ha emborrachado, pero lo que no hace jamás es beber cuando está trabajando, como es el caso. Paga en metálico y da unos pasos hacia atrás para ganar en perspectiva. Es entonces cuando lo localiza cerca de la cabina del pincha. Sancho tiene la atención puesta en la pantalla como quien admira la profundidad de un pozo. Y, por un instante, siente que ambos comparten la misma oscuridad, solo que él ha aprendido a vivir en ella. Diría que en su semblante hay una profunda pesadumbre envuelta en un halo de preocupación. Sostiene un vaso bajo en el que flotan un par de hielos sobre un licor tostado, pero no parece que lo esté disfrutando. En esa tesitura de aparente debilidad, el inspector Sancho no da la sensación de que vaya a estar a la altura de lo que le va a exigir el caso, lo cual, lejos de gustarle, le genera cierto malestar.

Está sopesando la posibilidad de pedir otra tónica o marcharse cuando suenan los primeros acordes de una canción que reconoce al instante. La ha escuchado por obligación un millón de veces. Tanto es así que tiene la letra incrustada en la memoria. Se trata de *In the End*, de Linkin Park, uno de los grupos favoritos de Cristina. Por el desgaste que le provocaba la infinita repetición, él acabó detestándolos, pero si hubo y hay un tema que odia de todo su repertorio es el que ahora está siendo proyectado en la pantalla. Escucharlo le causa un dolor muy intenso, pero no puede retirar la mirada. Su cerebro traduce: «No prestaste atención. Mira el tiempo irse por la ventana. Tratando de aferrarme a ello, ni siquiera sabía que lo desperdicié todo por ver cómo te marchabas». Cada verso es una grieta por la que asoma la voz de Cristina —y no la del cantante — hablando de él. Lo detalla en un apartado de su diario que tiene muy marcado.

El final lo remata, pero no puede evitar tararearlo:

—I've put my trust in you. Pushed as far as I can go. For all this, there's only one thing you should know.

Los ojos se le humedecen y la imagen del vocalista del grupo exprimiéndose las cuerdas vocales se vuelve borrosa.

—*I tried so hard and got so far, but in the end, it doesn't even matter. I had to fall to lose it all, but in the end, it doesn't even matter.*

El bar desaparece y, de forma inconsciente, el Témpano aprovecha la cola instrumental de la canción para licuarse en lágrimas de culpabilidad. Con el parpadeo, el líquido de la amargura resbala por sus mejillas sin importarle lo que ocurre a su alrededor.

—Amigo, ¿te encuentras bien?

Una voz grave y algo rasgada le hace reaccionar. Azorado, se seca la cara con el dorso de la mano y enfoca la vista para responder al tipo.

Un barbudo pelirrojo.

—Sí, sí, gracias —responde avergonzado.

—Tranquilo, todos tenemos una canción que nos jode la vida —sentencia antes de marcharse.

Don Purpurino

Plaza de Zorrilla, Valladolid
Sábado, 26 de noviembre de 2022, a las 8.37

Quince días para la traca final

Cada vez que pasa por allí rememora aquella etapa de su vida en la que esa plaza se convirtió en el punto de encuentro principal de la ciudad para muchos vallisoletanos de su edad.

Eran otros tiempos.

Tiempos mejores, cuando los teléfonos móviles todavía no se habían convertido en un apéndice más del ser humano. Él siempre la ha considerado una fuente inagotable de vida urbana. Allí nacen cuatro de las vías principales de Valladolid —calle de Santiago, María de Molina, Miguel Íscar y Acera de Recoletos—, calles que riegan de paseantes la zona más aburguesada de la ciudad. Desde entonces, se ha ido transformando hasta convertirse en un espacio abierto e integrado en la modernidad que respira el aire puro del Campo Grande.

Y respirar es precisamente lo que más necesita Omar Fuentes esta mañana.

El termómetro sobre el edificio de Caja Rural marca 4 °C, y, aunque nota el frío en la cara, no tiene la sensación de que la temperatura ambiente sea desapacible. El cielo, que aún no se ha despojado de la oscura pátina del amanecer, está limpio de nubes, y eso le hace presagiar una jornada plácida para los vallisoletanos. Apacible al menos en lo climatológico, porque, en todo lo demás, y según ha chequeado en su móvil mientras evacuaba su intestino grueso, se avecina tormenta. Se fija entonces en que las farolas se resisten a apagarse, como si quisieran permanecer alerta ante algún

tipo de peligro latente.

A Omar Fuentes le encanta la rutina. Más incluso durante los fines de semana, cuando, si bien podría quedarse en la cama hasta las tantas, se despierta a la misma hora de siempre y repite paso por paso la liturgia de cada día. La única diferencia es el atuendo, mucho más informal que los días de diario, en los que suele vestir de traje y corbata. Los doce minutos que tarda en llegar a pie al ayuntamiento —conviene que la ciudadanía lo vea como uno más— suele invertirlos en repasar la agenda del día que tiene por delante; los sábados, sin embargo, los emplea en hacer balance de la semana. Y qué semana. Sin duda la más agitada desde que ocupa la alcaldía de la ciudad, la más convulsa, sí, aunque su intuición le dice que lo peor está aún por llegar. No se equivoca.

A pesar de todo ello, Omar Fuentes no está ni mucho menos asustado. Más bien al contrario. Él, que siempre ha sabido pescar en río revuelto, está convencido de que es la persona indicada para convertir las amenazas en oportunidades. Y para bien o para mal, es muy consciente de que no pasa desapercibido en Ferraz. Allí muchos lo consideran un rival que habrá que tener en cuenta en el futuro, un candidato que podría ocupar un puesto relevante en la dirección del PSOE, si bien toda su vida política la ha desarrollado fundamentalmente dentro del ámbito municipal. Pero Valladolid no es cualquier ciudad y él no es un alcalde cualquiera. Lleva acaparando notoriedad desde antes de ganar sus primeras elecciones, y su beligerancia innata le hace estar muy activo en redes sociales. Es, sin lugar a dudas, uno de los políticos con más presencia en Twitter, su pedestal y altavoz particular. Desde allí llega a más de doscientos mil usuarios afines, porque a los que no lo son y lo manifiestan los bloquea sin pestañear. Un clic y a incordiar a otro sitio.

Fácil.

Lo complicado es acertar cuando uno es el epicentro de las miradas de todo un país que, desde el jueves, está pendiente de lo que suceda en Valladolid. Pero no es eso lo que le ha hecho perder horas de sueño. Lo que le agita por dentro a Omar Fuentes es no tener en su mano todas las cartas para jugar esa partida,

circunstancia a la que no está acostumbrado. Está habituado a que otros dependan de las decisiones que toma, pero en este caso tiene las manos atadas hasta que no se produzcan avances en la investigación. Por eso ha resuelto que lo mejor era refugiarse en sus hábitos, salir de casa a la misma hora de siempre, pararse a desayunar en el Café del Norte y encerrarse en su despacho para hablar con todos los intervinientes. De entre todos ellos tiene especial interés en hablar con el inspector Sancho, dado que es quien está al frente de la investigación, y por tanto es el más indicado para facilitarle lo que va a necesitar para dar de comer a los medios. En ese instante, cuando se encuentra a la altura de la calle Constitución, se da cuenta de que no tiene su contacto. Introduce la mano en el bolsillo de su cazadora de ante marrón en busca del móvil y, como si este supiera que requiere de sus servicios, vibra. En la pantalla, el nombre del concejal de Urbanismo.

—Gustavo, buenos días.

—¡¿Omar, dónde andas?!

Por su tono y volumen deduce que algo no va bien. Su cerebro le ordena detenerse en el acto.

—Llegando a la plaza Mayor. ¿Pasa algo?

—¡Pasa que tienes que venir cuanto antes al Campo Grande! ¡Menudo cristo nos ha preparado el hijo de puta este! ¡Menudo cristo! —repite—. ¡Sí, un segundo, que ahora estoy con ustedes!

Más que el tono, es el temblor que arrastra su voz lo que lo contagia de fatalismo.

—A ver, Gustavo, tranquilízate. ¡¿Me quieres decir qué coño está pasando?!

—¡La fuente de la Fama! ¡Es que no me lo creo!

—¡¿Qué le pasa a la fuente?!

—¡Que ya no existe!

—¿Me quieres decir que se han llevado la fuente? Pero ¡¿cómo se van a...?!

—Que no, que no. Peor aún. Pero es que no te sé explicar qué demonios ha sucedido. A mí me han llamado a las ocho de la mañana de la empresa de mantenimiento, y como tampoco me han sabido decir nada, he venido cagando leches. Y cuando lo he visto...

¡Por Dios santo, la que nos ha preparado!

—Joder, Gustavo, ¿me vas a decir de una vez qué ha sucedido con la fuente?

De fondo escucha el ulular de las sirenas.

—Es mejor que lo veas con tus propios ojos, Omar. Aquí te espero, que tenemos que acordonar la zona antes de que se llene de curiosos.

Atónito, Omar Fuentes mira la pantalla del móvil para comprobar que, en efecto, le ha colgado.

—Su puta madre —murmura.

En su mente hace una búsqueda rápida de la parada de taxis más cercana. Duque de la Victoria está a dos minutos, pero caminando hasta el Campo Grande son diez. No se lo piensa.

El sudor le chorrea por las sienes cuando divisa la Puerta del Príncipe, donde hay dos coches de la Policía Nacional y ya se agolpan varios grupos de curiosos.

—Mierda, joder —verbaliza entre jadeos.

Uno de los agentes sale a su encuentro.

—Le acompaño.

Recorre casi al trote el paseo del Príncipe hasta que, a la altura de la pérgola, toma el camino de la izquierda. A lo lejos ya puede ver las cintas amarillas y los uniformes de la Municipal, de la Nacional y de los bomberos. El aire del Campo Grande, de normal puro y vivificante, le sabe a metal chamuscado.

—¿Los bomberos? —se pregunta en voz alta.

—Han llegado hace un rato —le informa el agente—, pero dicen que no pueden hacer nada.

No tarda en descubrir por qué.

Es consciente de lo que está viendo —o, mejor dicho, de lo que no está viendo—, pero, no obstante, verbaliza una pregunta absurda:

—Pero... ¿dónde está el ángel?

—Diría que se ha fundido, señor.

Campo Grande

Antes de cruzar el cordón policial, Sancho se detiene para captar un olor que le resulta familiar y a la vez muy lejano. En cuanto su memoria olfativa lo identifica, se traslada a aquella gris fundición de Oiartzun en la que le tocó trabajar durante los primeros meses que estuvo destinado en Euskadi. Era parte del papel que le tocó interpretar cuando se llamaba Urtzi, era miembro de la Brigada de Información y su cometido consistía en integrarse en el entorno de Jarrai. No sería capaz de describirlo, y sin embargo reconocería en cualquier lugar la fragancia que desprende el metal al fundirse.

El comisario Herranz-Alfageme ha sido el encargado de avisarle justo cuando salía del hospital. La sonrisa que se le había dibujado en la cara tras estar veinte minutos con las niñas se ha volatilizado al instante. Lo único que sabe es que el tipo al que están buscando ha vuelto a actuar, y que esta vez la *gamberrada* ha consistido en fundir la fuente de la Fama. No ha querido hacer más preguntas, ya que las respuestas que necesita no las tiene su superior, sino la persona a la que trata de encontrar con la mirada. No lo localiza en el primer barrido visual, pero sí identifica a Travieso, que está junto al alcalde, el delegado del Gobierno y otras dos personas. Sus miradas, atónitas, incrédulas, convergen en lo que queda del conjunto monumental: un triste y solitario pedestal de piedra recubierto de una masa informe que hace unas horas era la elegante figura de una mujer alada que representaba a la Fama. El estanque octogonal que recogía el agua que brotaba de la trompeta está seco, y solo contiene restos de bronce fundido ya solidificado. Un tumor metálico, grotesco, insultante.

En el suelo, a un par de metros de distancia, la firma del autor parece sonreírle.

—Sancho —oye a su espalda.

Hernán Zunzunegui resopla.

—Te estaba buscando.

—Menudo chocho que tenemos aquí montado, la hostia.

—Cuéntame cosas.

Zetazeta señala hacia la fuente.

—Termita. Al cien por cien.

—Te escucho.

—Es una reacción química exotérmica que se produce al mezclar polvo de aluminio y un oxido metálico, generalmente óxido de hierro. La movida es que puede alcanzar los tres mil grados de temperatura, por lo que funde cualquier metal, como ha sido el caso.

—Ya veo.

—Una vez que se inicia, al no necesitar oxígeno para arder, no hay forma humana de sofocarla hasta que se agota. Incluso puede hacerlo bajo el agua.

—¿Y para qué se usa?

—Que yo sepa se suele utilizar como soldadura aluminotérmica, por ejemplo, para unir rieles ferroviarios y otras movidas similares. Si quieres ver cómo funciona te paso algunos vídeos que hay en YouTube.

—¿Es fácil de fabricar?

—Si conoces las proporciones y tienes los componentes...

—¿Cómo se consiguen?

—El óxido de hierro es relativamente sencillo. Lo utilizan en los talleres de cerámica como pigmento, por ejemplo, y es tan fácil como comprarlo por internet. Un kilito aquí, otro allá..., y así no levanta sospechas. Incluso podría haberlo comprado todo fuera de España y listo.

—Qué maravilla, joder —califica con sorna—. ¿Y lo otro?

—El polvo de aluminio es más complicado. También se puede conseguir en algunas páginas, pero, que yo sepa, no se vende a particulares. Lo más fácil sería robarlo en cualquier taller mecánico, porque se usa para dar el efecto metalizado de las pinturas.

—Entendido. ¿Y cuánto crees que ha necesitado aquí?

—Es difícil de calcular. Seguro que más de diez kilos.

—¿Y cómo dirías que lo ha hecho?

—Antes he estado hablando con el concejal que lleva estas historias y me ha dicho que cuando la fuente se pone en funcionamiento, se ponía, más bien —corrige—, salía agua a través de la trompeta, por lo que debía de tener un circuito interno. Tan fácil como traer la mezcla ya hecha y verterla por ahí. Por dentro es hueca, así que tragó todo lo que le metió dentro. Para iniciarla solo necesitaría una bengala y... *flush*.

—¿Una bengala marina?

—No, no..., una de esas que se compran en cualquier sitio para las celebraciones caseras. Desprende el calor necesario, y no se corre ningún riesgo.

—¿Se podría establecer una franja horaria?

Zetazeta se pasa la mano por el mentón y tuerce la boca.

—Complicado de la leche. El bronce funde a partir de los ochocientos treinta grados, por lo cual no habrá tardado mucho en derretirse como una vela. Los restos que están en la fuente aún conservan algo de temperatura, pero ya se han vuelto a solidificar. No sé, tendríamos que consultar a un experto, pero yo diría que ocurrió al menos hace cinco o seis horas.

—Ya. Acceder al recinto es muy sencillo y aquí no hay cámaras, así que lo más probable es que esperara a las tres o cuatro de la mañana, como con el árbol. ¿Y la firma?

—También con termita. Habría que pedir que analizaran la del almacén pirotécnico, pero es muy probable que lo hiciera igual, por eso la marca en el suelo aguantó a pesar de la explosión y el fuego. Lo que está claro es que sabe muy bien lo que hace.

—Sí, eso es evidente. Lo que no termino de entender es el propósito de todo esto. Es decir, ¿qué pretende conseguir derritiendo una fuente? ¿Qué gana, además de llamar la atención? ¿Y por qué esta fuente en concreto?

—Lo primero solo lo sabe él. O ella. O ellos... Lo que sí podríamos decir es que de todas las fuentes relevantes que hay en Valladolid, esta es una de las que menos riesgo conlleva como objetivo por el hecho de estar aislada.

Sancho levanta la cabeza y mira a su alrededor.

—Puede ser, pero tampoco le importó mucho poner un explosivo en plena plaza Mayor. No creo que fuera por minimizar riesgos. Puede que algún vecino de esos pisos —señala— viera algo.

Durante ese recorrido visual se topa con los ojos de Omar Fuentes, que, con cierta discreción, le hace una seña para que se acerque hasta donde está él.

—¿Y quién está mirando por las ventanas un viernes a las tres o las cuatro de la madrugada? —se pregunta Zetazeta—. Al margen de

eso, hay mucha distancia. Si alguien vio algo ya lo sabríamos a estas alturas.

—No sé, por ahora, a lo único a lo que podemos agarrarnos es a su firma. Revisaremos cámaras exteriores por si lo vemos llegar o salir. Y les digo a los de la Científica que inmortalicen las caras de esos curiosos, por si nuestro amigo ha decidido asistir al espectáculo tras la barrera. Y poco más podemos hacer a no ser que los de la bata blanca nos sorprendan con algún regalo, que no creo.

—No tiene pinta, no.

—Bueno, te dejo, que me reclama el alcalde, voy a ver qué se le ofrece.

—Nos vemos luego. Agur.

Omar Fuentes, que no le ha quitado la vista de encima, sale a su encuentro en cuanto lo ve despedirse de los TEDAX.

—Inspector, buenos días. ¿Algún avance?

—Buenos días. Ninguno —responde el pelirrojo, tajante—. Solo sabemos que utilizó un compuesto llamado termita que...

—Sí, sí, eso ya me lo han dicho —le interrumpe—. Igual esto que le voy a decir es una estupidez, pero prefiero no callármelo. ¿Podría haber alguna relación conmigo? Es decir, que haya destruido una fuente, así porque sí, ¿puede ser algún tipo de mensaje hacia mí? Por mi apellido, ya sabe.

Sancho, que no había pensado en ello, se rasca la barba. Le parece tan absurdo que hasta podría tener sentido.

—Lo digo porque la explosión del árbol también está vinculada conmigo, dado que fui yo quien provocó la explosión al accionar el encendido.

—Ni idea. ¿Es que tiene algún candidato en mente?

—Ninguno en concreto, pero podrían ser cientos. Ya sabe usted que hay una parte de la ciudadanía que no me traga.

—Ya, como a casi cualquier personaje público. Pero de ahí a preparar este sindiós por eso... No obstante, no descartamos nada. Si se le ocurre algún nombre que debamos investigar, comuníquemelo.

Omar Fuentes asiente varias veces con la cabeza.

—Por el momento, yo ya he dado orden para que la empresa de

mantenimiento de parques y jardines revise de inmediato todas las fuentes ornamentales para evitar más sorpresas desagradables.

Algo le hace fruncir el ceño a Sancho.

—A ver cómo coño explico yo esto a los medios. Estamos en contacto —se despide el alcalde.

Sancho permanece inmóvil durante unos segundos, concentrado en identificar el origen de esa alarma silenciosa que está parpadeando en su cabeza; sin embargo, otra mucho más ruidosa se lo impide. Sobre la una de la tarde tienen previsto trasladar a planta a Sara, y quiere estar presente cuando eso suceda. Así, echa un último vistazo a los restos solidificados de la Fama y le viene a la cabeza una frase que solía decir su padre.

—La fama es solo un trozo enorme de nada —verbaliza.

Tamariz de Campos

—Don Purpurino, así le llaman —oye a su espalda.

Al girarse, el Témpano se encuentra con el avejentado rostro de un hombre que le sonríe al tiempo que lo observa con interés.

—¿Perdón?

—La estatua, digo, que la llamamos de ese modo. Tiene una historia curiosa. ¿Es usted de por aquí?

—No, solo estoy de paso.

—Bueno, pues permítame que se lo cuente, hombre. En Valladolid capital hay un sitio en pleno centro que se conoce como la plaza de la Fuente Dorada porque en el pedestal tenía varios escudos dorados, ¿sabe? Luego la cambiaron por otra, y cuando se estropeó pusieron esta que tiene delante —señala—, que, aunque no lo parezca, representa al dios Hermes. El caso es que a alguien se le ocurrió que luciría más si la cubrían con pan de oro, pero, como perras no había, pues la pintaron de dorado con purpurina y aquí paz y después gloria.

—Curioso —dice por decir.

—Y tanto. Enseguida el populacho lo bautizó como don Purpurino y empezó a hacer bromas con..., ya sabe..., porque si la mira desde

este lateral... ¡Venga, venga!

Animoso, el hombre le agarra por el brazo, y al Témpano no le queda más remedio que dar dos pasos hacia su derecha.

—¿Ve? Parece que está contento.

La posición de la vara cilíndrica que sostiene en la mano izquierda es lo que provoca el efecto visual.

—Ya veo, ya.

—Eso molestó mucho a los mandamases de la ciudad, así que al poco tiempo decidieron deshacerse de don Purpurino, y por eso terminó aquí, en Tamariz. Y, fíjese qué curioso, porque quizá eso lo ha salvado.

—¿Y eso?

—¿No se ha enterado?

—¿De qué? —finge.

—¡No se habla de otra cosa! Esta mañana se han encontrado derretida la fuente de la Fama, la que está en el Campo Grande.

En el rostro del Témpano crece la mayor expresión de sorpresa que es capaz de componer.

—¿Derretida? No me diga...

—Eso han dicho, sí; ahora bien, no me pregunte cómo. Me decía mi mujer que si llega a estar don Purpurino todavía en la Fuente Dorada seguro que lo churruscan a él, pobre.

El hombre se ríe.

—Por eso he venido yo a verla, por si acaso no estaba. Bueno, pues ya conoce la historia de don Purpurino. Me voy a por el pan, que si me quedo sin él entonces es mi mujer la que me fríe a mí. Con Dios —se despide.

Con la mirada fija en el falso miembro viril de don Purpurino, el Témpano se pregunta si el encuentro que acaba de vivir ha sucedido en realidad o bien ha sido una mala pasada de su cerebro fruto de la falta de sueño.

Porque dormir no ha dormido.

Desde que se cruzó con el inspector Sancho en el Zerocafé no ha dejado de pensar en ello. Con independencia de que pueda perjudicarle en algún momento, entrar en el bar fue una temeridad muy impropia de él. Del todo innecesaria. No obstante, tiene que

reconocer que de algún modo le ha gustado contactar con él y que cada vez le genera más curiosidad conocer en profundidad a su rival. Se pregunta si será recíproco. Lo cierto es que, después de que él se marchara, ha tenido que esperar a recuperar el control de sus emociones antes de dirigirse al Campo Grande.

Y para ello ha recurrido a las voces del sargento Canales y de Arube Mbemba.

Luego ha aguardado hasta las dos y media de la madrugada dentro del vehículo de alquiler, se ha embutido en un mono de faena y se ha dirigido al punto que escogió en su día para saltar la verja, lo cual, como había previsto, ha logrado sin ningún contratiempo. Solo se escuchaban sonidos intermitentes de aves en un entorno en el que hasta los árboles parecían adormilados. Había poca luz, pero se ha apañado con la linterna del móvil para encaramarse a lo alto de la Fama y verter a través de la trompeta los diez kilos de termita que portaba en la mochila. La mezcla, inofensiva sin una fuente cercana de calor, la ha digerido el vacío interior de la estatua sin protestar. Así, sin más preámbulos, ha procedido al encendido de la bengala, y con un chisporroteo poco escandaloso pero muy efectivo ha comenzado el espectáculo. Después, un siseo profundo, una suerte de rumor ardiente, se ha propagado con rapidez por las entrañas de la mujer alada. Desde los pies de la fuente ha contemplado cómo un fulgor blanquecino se filtraba a través de las juntas de su piel de bronce. Un despertar de su inerte existencia que le hacía sudar chorretones de fuego.

Poético.

De repente, una lengua de lava ha brotado por la trompeta como si hubiera exhalado su último aliento, y a partir de ese instante, la devastadora deformidad. Las formas esculpidas en su mitad superior han empezado a perder definición y textura. La figura, más voluminosa, no ha tardado en plegarse hacia delante en una reverencia con la que parecía querer rendirse ante su ejecutor. O despedirse del mundo que tanto la ha admirado. A partir de ahí, la voracidad de la termita se ha encargado de reducir todo su todo a nada de nada. Belleza hecha fealdad en cuestión de segundos. Una ridícula y oscura viscosidad de matices anaranjados que la gravedad

ha hecho descender con mansa lentitud por el pedestal de piedra hasta hundirse en el agua, momento en el cual el Témpano ha perdido el interés y ha decidido encaminarse hacia su siguiente objetivo.

Su verdadero objetivo.

Con los mil doscientos gramos de TATP plastificado —que ha logrado sintetizar a partir de acetona y productos de limpieza con alta concentración de ácido sulfúrico—, se ha dirigido a la fuente que encabezaba el proyecto de rehabilitación de Cristina. Aquí su objetivo era otro bien distinto al meramente ornamental, asumiendo de antemano que no era posible controlar el daño que iba a causar. Para interrumpir el funcionamiento programado para las diez en punto de la mañana le ha bastado con una rápida intervención en la arqueta, que ya tenía localizada cuando la inspeccionó el 14 de octubre. Acto seguido ha colocado la carga en el punto exacto y se ha marchado, no sin antes dibujar su marca, esta vez sin termita, para no estropear el efecto sorpresa.

Media hora más tarde ha llegado a casa con la reconfortante sensación de haber cumplido con su cometido y se ha tumbado en la cama con la idea de descansar. Sin embargo, su estado eufórico era incompatible con la inactividad cerebral, por lo que ha decidido salir a caminar por el cerro de Las Contiendas —desierto a esas horas de la madrugada— hasta el lugar donde enterró a Kivu. Allí se ha dejado llevar por los recuerdos hasta que ha resuelto regresar a casa. Amanecía cuando se ha metido en la ducha, donde ha permanecido más tiempo del que acostumbra. Luego ha comido algo y se ha subido a su Volkswagen California sin un destino predeterminado, pero con una intención clara: escuchar la radio. En el boletín informativo de las nueve de la mañana han mencionado «el acto de vandalismo» perpetrado durante esa madrugada. Le resulta curioso que lo hayan bautizado así, basándose, supone él, en el hecho de no haber provocado víctimas mortales.

Veremos qué pasa con la siguiente *gamberrada*.

«Se sospecha —ha continuado el locutor— que puede estar relacionado con la explosión del árbol de la plaza Mayor, pero se trata de una teoría pendiente de confirmar por la policía.» Pero no

es esta la noticia que espera escuchar, y, mientras eso se produce, ha decidido disfrutar del anodino pero relajante paisaje castellano. El recorrido aleatorio por carreteras secundarias le ha llevado hasta un pueblo que el GPS del coche ha identificado como Tamariz de Campos. Es entonces cuando ha recordado que los días que le tocó estudiar sus objetivos leyó la historia de la Fuente Dorada y, por supuesto, la de don Purpurino. Sabía que la estatua había acabado en ese pueblo alejado de la mano de Dios, y al pasar tan cerca no ha querido desperdiciar la oportunidad de conocerlo.

—Don Purpurino, así le llaman.

Plaza de España

Cristo no puede estar más irritado esa mañana. Le irrita ser el que siempre tiene que pringar. Le irrita que su maldito jefe lo trate como a un idiota. Pero, sobre todo, le irrita tener que trabajar cuando no le toca, y encima con el imbécil de Aguilar, que es bastante más imbécil de lo que cree su maldito jefe.

La llamada la ha recibido hace una hora y cuarto, cuando se disponía a prepararse un desayuno en condiciones: huevos rotos con beicon y tostada de aceite con tomate. Un lujo que solo se puede permitir los días que libra, como era el caso. Era, hasta que se le ha ocurrido atender la llamada de su maldito jefe.

—Es lo que hay, Cristo. Cuando toca, toca —le ha argumentado.

A Cristóbal Cifuentes le habría encantado mandarle a la mierda, pero a sus cincuenta y cinco no se puede permitir perder el trabajo. Mucho menos cuando tiene que pasar una pensión de quinientos cincuenta euros a Milagros, su ex, por la manutención de sus hijos; cantidad que él considera desproporcionada y que está convencido de que le sirve para financiar sus compras mensuales en Zara. Además, ni siquiera le ha explicado por qué necesitan a toda la plantilla un sábado revisando las fuentes de la ciudad.

—A mí no me preguntes —le ha contestado—, sé lo mismo que tú. Recoge a Aguilar ya mismo y os ponéis manos a la obra.

—¿Y Armando? —ha preguntado.

—Ni idea, no me atiende el teléfono.

Que su compañero habitual haya sido mucho más avispado que él tampoco le ayuda.

—Os toca el centro: Fuente Dorada, Santa Ana, la Rinconada, Coca, el Val, plaza de España y plaza de Madrid.

—Pero ¿qué hay que hacer?

—¡Joder, Cristo, pues lo de siempre! ¡Comprobar que funcionan! Y deja ya de entretenerme, que todavía tengo que localizar a cuatro más.

Con un ojo en la pantalla del móvil y otro en los huevos con beicon, a Cristo le han entrado ganas de llorar, pero lo único que ha podido hacer para aliviar su frustración ha sido blasfemar y acordarse de los muertos de su maldito jefe mientras se ponía el mono de trabajo. Solo ha dejado de jurar en hebreo cuando el imbécil de Aguilar se ha subido a la furgoneta y ha comenzado a hablar de algo que le ha ocurrido a la fuente de la Fama. Le ha oído, pero no le ha escuchado. Cristo tiene esa facultad: cuando algo no le interesa no lo procesa, ya se lo decía su ex. Que les jodan. A ella, al imbécil de Aguilar y a su maldito jefe.

Una hora y cincuenta minutos más tarde ya solo les queda revisar las fuentes de plaza de España y plaza de Madrid.

—Vaya, no podía ser otra —se anticipa Aguilar al ver que la bola del mundo no está girando—. Esta se jode cada dos por tres.

A pesar de ser imbécil, tiene razón. La fuente de los Niños, conocida por los vallisoletanos como «la de la bola del mundo», ni se mueve ni tira agua. Integrada en el espacio central, bajo las marquesinas de la plaza, destaca por su gran esfera terráquea, que rota simulando el movimiento del planeta. Fabricada en acero inoxidable y latón, cuenta con una superficie pulida y brillante sobre la que se representan los continentes en relieve. De la pila en forma elíptica surgen unos chorros de agua que riegan la esfera, rodeada por tres esculturas de niños a tamaño natural que juegan en actitud zangolotina.

—Me cago en todo el sanedrín —dice Cristo—. Tú echa un vistazo a la arqueta, a ver cómo está el circuito.

En cuanto se acerca, localiza lo que podría ser el causante del

problema: una bolsa de basura que alguien ha tirado en la base de la esfera.

—La gente no puede ser más cerda, joder.

Cristo, que no quiere mojarse los pies, regresa a la furgoneta, donde busca y encuentra la herramienta que necesita: la pinza telescópica, versatilidad total para el profesional del mantenimiento. Donde no llega el brazo, llega la pinza. Para evitar que la basura se desparrame y termine siendo peor el remedio que la enfermedad, Cristo tantea la bolsa con la pinza para calibrar el contenido. Dentro hay algo compacto, diría que rectangular: fácil de agarrar para un tipo experimentado como él. Confiado en sus capacidades, ejerce presión sobre el objeto para afianzar los extremos de la pinza y acciona el gatillo de la empuñadura para cerrarla.

—Bueno, pues esto ya está. Era un cable que estaba suelto —oye decir a Aguilar.

Lo que Cristo no imagina es que esas palabras pronunciadas por un compañero que considera un imbécil redomado son las últimas que va a escuchar en su vida. Todo sucede tan rápido que ni siquiera le da tiempo a blasfemar contra su maldito jefe, ni mucho menos a alegrarse de que su exmujer vaya a dejar de gastarse su dinero en Zara.

Un potente resplandor anticipa la llegada de la onda expansiva, que le impacta de lleno a más de ocho mil metros por segundo. Cuando el cuerpo de Cristo vuelve a tocar tierra, sus órganos internos no son más que una suerte de compota inservible y su aspecto físico no lo reconocerían ni Milagros ni los dos hijos que acaba de dejar huérfanos.

Hospital Río Hortega

—Entonces, ¿qué? ¿Estás contenta?

—Bueno, dejémoslo en que estoy mejor aquí —responde Sara—. Contenta estaré cuando saquen a las niñas de las incubadoras y nos las podamos llevar a casa.

Sentado en el borde de la cama, Sancho le acaricia la mejilla. La

habitación huele a productos desinfectantes, pero en ese momento a él le parece el aroma de un hogar.

—Joder, pensé que te ibas a alegrar de verme —bromea el pelirrojo.

—Pues claro, pero es que esa cara tan guapa la tengo ya muy vista.

Sara toma aire. Todavía tiene las facciones lastradas por el agotamiento y su tez no ha recuperado su color natural. Sin embargo, en su voz se aprecia algo más de energía. O eso quiere pensar él.

—Me gustaría que todo volviera a la normalidad, pero aquí no sueltan prenda sobre el tiempo que me van a tener en el hospital.

—Ya, cariño. Será cosa de unos días más. Lo importante es que te recuperes del todo.

—¿Y no podríamos hacer que las trajeran aquí conmigo?

Sancho le sonríe.

—Ya sabes que no, pero en un rato te van a dejar bajar a verlas. Antes de que nos demos cuenta, toda esta mierda solo será un mal sueño.

—Tienes que atrapar a ese desgraciado cuanto antes, Sancho, y decirle cuatro cositas de mi parte.

—No sé yo si va a ser tan sencillo. El tipo sabe lo que hace, está claro, lo que no sabemos es por qué, y no paro de darle vueltas a eso.

—Igual no hay un porqué. Podría ser un trastornado que controla de explosivos, sin más. Porque ya me dirás tú qué sentido tiene fundir la fuente de la Fama.

—Para nosotros ninguno, pero puede que para él sí lo tenga. He estado buscando casos similares en los archivos de la Interpol y hay muy poca cosa. Diría que quiere llamar la atención, pero aún no sabemos con qué propósito. La mayoría reivindica algo, como Unabomber, pero este tipo, ¿qué quiere?

—El chalado ese que enviaba cartas bomba, ¿no?

—Era un chalado, sí, pero con mucha capacidad intelectual a pesar de que estaba obsesionado con los avances tecnológicos. Sin embargo, este sí tenía un objetivo claro: que le publicaran un

manifiesto en los diarios más importantes del país para concienciar a la población. Eso sí, tardaron casi veinte años en trincarlo, y aquí llevamos dos días y ya nos están metiendo prisa.

—Lo de siempre. Por cierto, que no se me olvide: antes he hablado con mi padre por teléfono. Quiere venir a verme y conocer a las niñas.

—Lógico.

—Se quiere quedar una temporada.

Sancho se tira de los pelos del bigote.

—Ya sé que es un coñazo tenerle aquí veinticuatro siete, pero si lo piensas en frío igual nos viene bien, porque tú vas a andar bastante liado, ¿no crees?

—¿Cuándo llega?

—El lunes por la tarde.

—De acuerdo. Luego le preparo la habitación.

—Gracias.

El teléfono de Sancho vibra en el bolsillo del pantalón. Frunce el ceño cuando comprueba en la pantalla que se trata de Peteira. Sabe que el subinspector no le llamaría si no fuera un asunto importante.

—Dime, Álvaro.

Durante los veinte segundos que tarda en informarle, a Sancho se le pinta una expresión que podría haber firmado el mismísimo Edvard Munch.

—Hay que rejoderse...

—¿Qué pasa? —se interesa Sara.

—Otra explosión, en plaza de España. Al parecer hay varios muertos y decenas de heridos.

Silencio.

—Vuela.

Y eso es precisamente lo que hace para llegar al lugar. Cuando enfila la calle Dos de Mayo se encuentra con la vía atascada y deduce que en la plaza de Madrid están desviando el tráfico hacia el paseo de Recoletos. A pesar de que no le gusta, coloca el pirulo en el techo y lo activa para intentar que se aparten los vehículos que tiene delante.

—Vamos, joder, vamos —farfulla impaciente.

Le cuesta una eternidad llegar hasta la pareja de municipales ante quienes se identifica para que le permitan pasar. El ruido es ensordecedor, casi insoportable. Las sirenas de todos los vehículos de emergencias ululan al mismo tiempo y se solapan con el griterío de todos los presentes, que tratan de ser útiles a su manera. Hay vecinos asomados en las ventanas, la mayoría con sus móviles en la mano, inmortalizando en imágenes el caos que se ha adueñado de la plaza. En cuanto baja del coche, lo primero que le llama la atención es la fuente.

Lo que queda de ella.

La esfera terrestre ha desaparecido, la pila está rota y los bomberos se afanan en detener la fuga de agua que, transformada en afluente, discurre en dirección a la calle Teresa Gil. Las estatuas de los niños tampoco las ve. Una de las marquesinas está muy dañada, como si una mano gigante la hubiera estrujado con rabia, y la otra también presenta múltiples desperfectos. Esparcidos por el suelo, amontonados como chatarra, los restos de lo que antes era un mercado. Desde donde se encuentra le da la sensación de estar contemplando un óleo enorme de un paisaje urbano sobre el que hubieran arrojado minúsculas manchas de distintos colores que no deberían estar ahí. Al aguzar la vista se percata de que esas manchas de colores corresponden a las frutas y verduras que se han incrustado en las fachadas de los edificios.

Impresionismo devastador.

Al fondo, alguien que mueve el brazo de lado a lado le saca de su parálisis. Tarda más de lo normal en reconocer a Patricio Matesanz, que, junto a Álvaro Peteira y Carmen Montes, rodea un cuerpo tendido en el suelo cubierto con una manta.

No es el único.

En cuanto se aproxima percibe un olor extrañamente agradable, melifluo, que no se corresponde con el escenario de destrucción que están captando sus retinas. Los semblantes de sus compañeros anticipan lo que Patricio Matesanz está a punto de decirle.

—Ya hay siete muertos, pero habrá más porque hay varios heridos muy graves. Una auténtica masacre —define con la voz rasgada—. Según parece, el explosivo detonó cuando el operario de

mantenimiento lo manipulaba para retirarlo de la fuente.

Y en ese momento ocurre.

Sancho rememora las palabras de Omar Fuentes esa misma mañana antes de despedirse: «Por el momento, yo ya he dado orden para que la empresa de mantenimiento de parques y jardines revise de inmediato todas las fuentes ornamentales para evitar más sorpresas desagradables».

Aquello hizo que le parpadeara en la cabeza una alarma silenciosa a la que no prestó la debida atención. ¿No habría sido más coherente que fueran los TEDAX los encargados de chequear las fuentes?

Pero esa pregunta había quedado sin formular y, por tanto, sin atender.

—El mercado estaba a tope —continúa informando Matesanz—. Ese desgraciado quería causar el mayor daño posible y lo ha conseguido.

A Sancho le cuesta fabricar palabras. Aturdido, mira a su alrededor y niega con la cabeza. Un zapato de mujer, solitario, sucio, parece estar esperando a ser atendido por su dueña.

—¿Dónde está? —pregunta al fin.

—¿Quién?

—La bola. La jodida bola del mundo de la fuente.

Peteira agita la mano.

—Esa es otra. Salió disparada en aquella dirección —indica con el brazo—, y como Duque de la Victoria es cuesta abajo, rodó hasta la mitad de la calle llevándose por delante todo lo que encontró a su paso. Puestos, personas..., la de Dios.

Sancho se masajea las sienes con las palmas de las manos.

—Aquí no hacemos nada —dice al fin—, dejemos trabajar a los demás. Voy a ver si hablo con alguien de los TEDAX y nos vemos en comisaría. Quiero allí a todo el grupo en una hora. Tiene pinta de que van a tomar las riendas desde Madrid.

Patricio Matesanz asiente.

—Esa pinta tiene —coincide—. Nos vemos luego.

Mientras camina entre los escombros y restos de fruta y verdura, Sancho no deja de darle vueltas a que quizá se podría haber evitado

la tragedia que tiene frente a sus ojos. Se acerca a un miembro de los TEDAX que está recogiendo muestras en una bolsa de pruebas.

—¿Zetazeta anda por aquí?

—Sí, está abajo, donde la bola del mundo.

No es hasta que dobla la esquina de la plaza cuando toma conciencia del destrozo que ha provocado el globo terráqueo, convertido en bala de cañón primero y en *pinball* después. Localiza a Zetazeta a unos cincuenta metros calle abajo, rodeado de otros compañeros frente al escaparate de la tienda en la que ha finalizado el alocado periplo de la esfera. En cuanto lo ve llegar, Hernán Zunzunegui va a su encuentro. Su semblante es el reflejo de la angustiosa tensión que se está viviendo.

—Menuda avería que ha preparado, la hostia.

—¿Habéis averiguado algo?

—Hay que esperar a ver qué nos dice el laboratorio, pero aquí todos estamos de acuerdo en que ha utilizado una buena cantidad de triperóxido de triacetona, que se puede sintetizar utilizando productos que se pueden encontrar en cualquier sitio. Lo llamamos TATP y les suele gustar mucho a los terroristas islámicos.

—¿Tan fácil es de fabricar?

—De fácil no tiene nada. Además, es altamente sensible a la fricción, el calor, los impactos..., es decir, que te puede explotar en la cara por menos de nada. Para provocar este sindiós al menos ha usado un kilo, yo diría que más, por lo que confirmamos al cien por cien que estamos ante un hijo de puta muy top.

—Me dicen que explotó cuando el operario de mantenimiento intentó sacarlo.

—Sí, eso creemos por varios testimonios que se han recogido. Estaba en la base de la esfera, dentro de una bolsa de plástico. Supongo que el hombre no sabría lo que era, y un testigo dice que lo vio tratando de engancharlo con una de esas pinzas telescópicas. Y al hacer presión sobre el TATP...

—Es decir, que era una especie de trampa, ¿no? Derrite la fuente de la Fama para hacer que revisen las fuentes y cargarse a... —Sancho chasquea los dedos—. Espera, espera. ¿Y si el objetivo erais vosotros?

—Coño, pues no lo había pensado. Podría ser, pero nosotros solo intervenimos si hay una amenaza ya constatada. A ver qué nos dicen los mandos, pero igual nos toca revisar hasta debajo de las piedras.

—¿Revisar qué? ¿Fuentes, monumentos, iglesias, edificios oficiales...? Porque, ahora, cualquier punto de interés podría convertirse en su objetivo, ¿no?

Zetazeta hace crujir los nudillos nervioso.

—Cualquier papelera en un lugar transitado le valdría para preparar la de San Quintín. Y no te digo nada si elige un espacio transitado como el estadio de fútbol, un pabellón lleno de gente o un concierto. Esto se va a poner muy feo, me temo.

—Ya está muy feo, pero sí, se puede poner mucho peor.

Carretera de León, a 8 km de Valladolid

«Volvemos a repetir la que es a esta hora la noticia del día en España: al menos siete muertos y un número indeterminado de heridos es el balance de víctimas que ha dejado un atentado con artefacto explosivo ocurrido esta mañana en el centro de Valladolid. Fuentes no oficiales lo conectan con la explosión del pasado jueves en la plaza Mayor de la misma ciudad y con otro acto acaecido durante la madrugada de hoy, en el que una conocida fuente ha sufrido daños irreparables. Por ahora no se conocen más datos, pero les informaremos puntualmente en el momento en el que obtengamos más datos sobre este terrible suceso.»

Al Témpano no le parece que el tono de voz de la locutora esté en consonancia con el contenido de la nota de prensa. Le falta dramatismo. Si se tratara de anunciar algún producto de una marca comercial conocida pondría mucho más empeño.

Conduce respetando los límites de velocidad pese a que está deseando llegar a casa para ver las imágenes en los telediarios. No estaba del todo seguro del efecto que causaría la detonación, y no le parece mucho ni poco, pero sí suficiente para poder pasar a la siguiente fase. Le resulta paradójico que la opinión pública se conmueva por algo así cuando en todos los rincones del planeta

suceden cosas mucho peores y en la mayor parte de los casos ni siquiera se mencionan en los medios. Pero, claro, nada tienen que ver los muertos de casa con los de fuera. No es lo mismo la pérdida de una vida occidental que las de los miles que siguen muriendo en los conflictos que no cesan en el corazón de África, en Oriente Medio o en Centroamérica. Esos no cuentan.

Muertos de primera y de tercera clase.

Lo de siempre desde que el mundo es mundo.

Un mundo de mierda.

No importa. Pocos como él saben moverse en esos lodos. Ahora lo que toca es adaptarse a lo que está por llegar. Asume que la dimensión que han alcanzado sus actos implica un giro radical; para empezar, en la entidad de los rivales a los que va a tener que enfrentarse. Pero él cuenta con una gran ventaja: no existe. Es solo una sombra. Una sombra que provoca el miedo colectivo. Y nadie como él sabe que pocas cosas generan más miedo que una amenaza sin rostro. Es como combatir una enfermedad para la que no hay cura. Sabes que vas a sucumbir, pero te resistes. Y, como no quieres dejar de existir, te encomiendas a tu dios. Un dios todopoderoso y protector. Un dios que no sabes que es sordomudo y ciego.

El suyo, por lo menos, ve de un ojo.

Ver a la perfección puede estar bien, pero siempre es mejor querer mirar.

El problema radica en no saber hacia dónde.

Reduce la marcha cuando entra en Valladolid por la avenida de Gijón, y al pararse en el primer semáforo desvía la mirada hacia el retrovisor para encontrarse con los ojos negros de Kivu, como solía hacer en cualquiera de sus viajes. Esa dolorosa ausencia, ese vacío, no hace sino refrendar sus actos.

—No te preocupes, pequeña, que los vamos a joder bien jodidos. Pero, antes de que caiga la torre, tenemos que atosigar al rey.

Comisaría de distrito de Las Delicias

Pensativo, sube las escaleras de la comisaría con extrema

parsimonia, como si quisiera ganar tiempo antes de presentarse ante los miembros de su equipo, quienes, a buen seguro, ya lo estarán esperando en sus puestos. Ramiro Sancho no tiene ni la menor idea de qué les va a decir, y eso le desconcierta, le quita galones y le despoja de cualquier medalla que haya podido ganar en el pasado.

Si alguien se lo pidiera, Sancho no sería capaz de expresar las emociones que está experimentando en ese momento. Puede distinguir la ira y la frustración, pero en otra zona más profunda de su interior localiza la pena que siente por las víctimas y por ese dolor que va a arrastrar a sus familiares y amigos a un lugar en el que nadie quiere estar. Pero hay algo más. Es un sentir que permanece en una suerte de segundo plano, que no quiere dar la cara pero que él sabe que está ahí. Y es dominante. Igual que esa pizca de especia que modifica por completo el sabor de un guiso. Él lo sabe identificar muy bien porque hace muy poco que lo ha catado cuando Sara se puso de parto y temió por su vida y la de sus hijas.

Miedo.

Teme no haber estado a la altura y ser en parte responsable de lo que ocurre en su ciudad y, peor aún, no estar preparado para afrontar lo que se avecina. Es una pésima noticia, porque si el miedo te domina, te bloquea. Pierdes capacidad de maniobra y dejas de ser útil. Sin embargo, también es cierto que te obliga a permanecer en un estado de alerta continuo, que es como él se encuentra cuando entra en la brigada y una a una chequea las caras de todos los integrantes del Grupo de Homicidios. Parecen asistentes a un funeral en el que a él le toca ser el oficiante.

—Buenos días. Gracias a todos por venir, sobre todo a los que no os tocaba.

El pelirrojo se dirige hacia la esquina opuesta, desde donde puede dirigirse a todos ellos.

—No hace falta que os hable de la trascendencia que va a cobrar este asunto a raíz de lo ocurrido esta mañana. En Madrid van a tomar cartas en el asunto con total seguridad, y no tengo la menor idea de cuál va a ser nuestro papel, si es que deciden que tenemos cabida. Entretanto, vamos a repasar todas las gestiones que tenemos en marcha para que pueda preparar un informe. Botello,

cámaras.

Este chasquea la lengua.

—Poca cosa, por no decir nada. Intentamos reconstruir el itinerario, y tanto en la ida como en la vuelta lo conseguimos identificar en varios tramos hasta la calle Veinte de Febrero. Pero lo perdemos en Isabel la Católica, un poco antes de Las Moreras, donde no hay cámaras, y no hemos sido capaces de encontrar por dónde accede y por dónde desaparece. Podría ser en cualquier punto de la ribera del Pisuerga, y eso abarca desde Arroyo de la Encomienda hasta el barrio de España. Ya he solicitado las imágenes de las cámaras cercanas al Campo Grande y plaza de España, pero me da en la nariz que sabe cómo moverse.

—Coincido. Pues ya tenemos algo más de él. Del informe que se pidió a la Brigada de Información sobre un posible perfil, ¿hay algo? —le pregunta a Matesanz.

—No que sepamos. Ya nos dijeron que iba a tardar.

—Entonces lo único que sabemos es que se trata de un varón de un metro ochenta y complexión atlética, experto en la fabricación y manejo de explosivos y que sabe moverse. Cojonudo —evalúa el pelirrojo.

—Sabemos algo más —interviene Carmen Montes—. Esta madrugada he recibido un email de Juan Pablo Morales, el contacto de la universidad del que os hablé. Me ha reenviado la respuesta de uno de los colegas a los que consultó, un tal Teodoro Cornejo, que, según parece, es una eminencia en Estudios Africanos, y que cree haber identificado el origen del símbolo.

Sancho da una palmada.

—¡Vaya, por fin una buena noticia! Cuéntanos.

—Os leo, mejor, que lo tengo aquí impreso: «Muy buenas, Juampa, cuánto tiempo. Estoy casi seguro de que la imagen que me has enviado es una representación de Adroa, la deidad principal de la mitología lugbara, una de las muchas religiones animistas que existen en África. Esta, en concreto, está muy presente en una región que comprende Sudán del Sur, Uganda y las regiones limítrofes con la República Democrática del Congo. Trato de resumirte. Adroa es el dios supremo celestial y, como sucede en

otras religiones, tiene su encarnación en la tierra, al que llaman Adro. Es el dios de la dualidad, y se le otorgan poderes creativos y destructivos. Tiene, digámoslo así, dos caras: una benevolente vinculada con la vida y otra dañina que se relaciona con la muerte. Esta dualidad, como ocurre en la naturaleza, se entiende como dos fuerzas complementarias en el ciclo de la vida. El tema es que el pueblo lugbara no asocia la muerte como un final definitivo, sino como un estado transitorio hacia otro tipo de existencia que podrá ser mejor o peor según haya sido el legado de la persona en vida. A Adro se le otorga la función de mediador en este proceso, aporta equilibrio, por lo que es un dios amado y temido a partes iguales».

—Lo mismo este malnacido se piensa que es un dios capaz de decidir sobre el destino de las personas —comenta Peteira.

—Es evidente que no se trata solo de un símbolo, es una declaración de intenciones —resume Sancho.

—Sigo —retoma Montes—. «En cuanto a sus distintas formas de representación, he de decir que es una de las deidades más curiosas y mejor trabajadas de las religiones animistas. Por eso de la dualidad, cuando quieren representar al Adro benefactor se talla completo, con dos piernas, dos brazos y dos ojos. Sin embargo, si se trata de Adro como dios de la muerte y la destrucción, se le talla incompleto, con un solo brazo, una pierna y una cicatriz que le cruza la cara y un solo ojo. Todo en el lado izquierdo, por cierto. Es decir, se le anula toda la parte derecha del cuerpo. Por la imagen que me has pasado, es evidente que se trata de este último. Pero, y aquí viene lo interesante, para ver al Adro destructor la posición correcta de la talla es boca abajo. Prueba, verás como se le modifica la expresión del rostro y se convierte en un dios enfadado. Si lo vuelves a girar aparece su lado bueno, el derecho. Te envío varias fotos de representaciones de Adro en tallas de madera, colgantes y amuletos.»

Montes agarra uno de los folios impresos y lo gira ciento ochenta grados.

—Joder, es verdad, le cambia la expresión —confirma Botello.

—Claro, nosotros lo hemos visto con la cabeza en la parte superior, pero, al ser el dios chungo, tiene más sentido así, con la

cabeza abajo —opina Matesanz.

—Sigo —dice Montes—. «Si te interesa te podría contar muchas cosas curiosas sobre este dios, porque hasta hace muy poco tiempo se le dedicaban sacrificios humanos para aplacar su ira. Niños, en la mayoría de los casos, aunque ahora han sido sustituidos por corderos, o eso queremos pensar, porque te aseguro que hay muchas tribus en las zonas montañosas del Congo y Uganda que aún viven como lo hacían los ancestros de sus ancestros, y no hay hombre blanco ni negro que haya pisado por allí. Bueno, lo dicho, si necesitas más información, solo tienes que pedírmelo. Abrazos, Teo.»

—Menudo panorama —comenta Merche—. ¿Podría tratarse de alguien originario de la zona?

—No caerá esa breva, pero habrá que investigarlo a fondo —responde Sancho—. Necesito el contacto de ese experto, quiero hablar con él directamente. ¿Sabemos de dónde es?

—No lo dice.

—Averígualo, por favor, y reenvíame ese correo. Es un avance, lo que no sabemos es hacia dónde nos va a llevar.

Cuarenta minutos más tarde, el inspector Sancho sale de la brigada con la sensación de estar jugando una partida de ajedrez contra un rival muy superior y con reglas que no termina de entender. Al pasar por delante de la puerta del despacho de Herranz-Alfageme, este le hace una indicación con la mano para que se detenga y acto seguido le invita a entrar. Mientras termina de hablar por teléfono, Sancho toma asiento y se fija entonces en que, si normalmente el color de su piel es níveo, ahora tiende a la escala de grises, en concreto al tono ceniciento.

—Entendido. Con lo que sea ya te cuento. Te tengo que dejar, venga, hasta luego.

El comisario deja escapar un suspiro que arrastra tanto desaliento como hastío.

—El idiota de mi cuñado. Me llama alertadísimo para preguntarme si creo que en Huerta del Rey podría explotar una bomba o algo. Que tiene a mi hermana de los nervios y que se están pensando irse a vivir al pueblo una temporada... ¿Te puedes creer? ¡Igual se piensa

que soy pitoniso o algo así! ¡A mí como si se van a tomar por el culo cogidos de la mano y no vuelven jamás!

—La gente tiene miedo. Es normal.

—Ya, ya... La que ha preparado este malnacido no tiene nombre.

—Vengo de allí. Terrible.

—Un horror. Uno cree estar preparado para todo, pero... qué va, para esto no. Bueno, cuéntame, que te he visto reunido con los tuyos.

Tras el resumen, Herranz-Alfageme, que no ha modificado un ápice su expresión, insiste en aliviar la presión que siente en la cabeza masajeándose las sienes.

—Mitología africana, dios de la destrucción y la muerte, el Congo... Creo que voy a llamar a mi hermana y a ver si me dan cuartelillo en el pueblo. Pero ¿esto qué demonios es, Sancho?

—Todavía no sabemos, pero algo es.

—¿Y si está jugando al despiste para distraernos y hacernos perder el tiempo?

—Es una posibilidad, pero tampoco tenemos muchos más hilos de los que tirar, de momento.

—Precisamente. Van a trasladar gente de Canillas. El lunes estarán aquí y se van a hacer cargo de todo. Lo que aún no sabemos es si van a contar con nosotros o nos van a tirar cacahuetes para que nos entretengamos.

—Yo quiero estar dentro.

—Me imagino, pero no depende de ti. Ni de mí. Esto es terrorismo, y hay muchas víctimas. De todos modos, especular ahora no nos conduce a nada, así que nos lo ahorramos.

—Estoy de acuerdo. Me voy un rato al hospital, que Sara ya está en planta, y luego vuelvo, que he dejado a los míos con algunas gestiones.

Cuando se va a levantar de la silla, el comisario chasquea la lengua.

—Espera un segundo —le pide en un tono poco halagüeño.

—¿Qué pasa?

—Ayer me volvió a llamar mi amigo de Madrid. No quería fastidiarte el fin de semana, así que decidí que...

—Tres cojones me importa, jefe —le corta cabreado—. Si ese pelele piensa que, tal y como estamos aquí, me va a afectar una mierda con sus indagaciones va de culo.

—No van a por ti, Sancho.

El pelirrojo arruga la frente.

—Como bien dijiste, se han topado con el muro de la Interpol, por lo que...

—Qué hijos de puta —se anticipa Sancho.

—Van a por Sara. Y por lo que me ha dicho este, el tema está en manos de Asuntos Internos.

Hay fuego en la mirada de Sancho.

—Qué hijos de puta —repite.

Hospital Río Hortega

Ha sido como si le hubieran inyectado adrenalina en el corazón. Jamás imaginó que alguien pudiera experimentar una sensación así: tan pura, tan intensa, tan verdadera.

Y al mismo tiempo tan efímera.

Porque en cuanto han devuelto a Greta y a Asia a las incubadoras, ese efecto se ha esfumado para ser sustituido por otro que Sara no es capaz de identificar del todo, pero que se parece mucho a la amargura. Por si fuera poco, al regresar a la habitación y encender el televisor se ha encontrado con imágenes que le han estrujado el estómago por dos motivos: la facilidad con la que empatiza con el sufrimiento ajeno y, sobre todo, por tener muy presente que su desgracia no se escribe del mismo modo que la desgracia que acaba de golpear a muchos inocentes.

No ha querido llamar a Sancho porque sabe que, en el pozo en el que se encuentra, lo último que le conviene es recibir una llamada de alguien que quiere saber «qué tal». Sara puede intuir el alcance de la situación a la que se tiene que enfrentar y lo desbordados que estarán en la comisaría en estos momentos, por lo que ha decidido esperar a que sea él quien decida cuándo y cómo.

La primera incógnita la despeja diez minutos más tarde, al

escuchar los tres golpes en la puerta y verlo aparecer. La segunda la lee en su cara. Sonríe, pero en sus ojos no hay un ápice de felicidad.

—Hola, preciosa —le saluda.

El beso que le planta en los labios lo recibe ella con cierta cautela, y, por no ir directamente al grano —que sabe que está seco—, decide regalarle un ramo de dos flores:

—He estado con las niñas. Las he notado un pelín más llenitas. Greta es bastante más llorona que Asia.

—Sí, lo he notado yo también.

—Habrá que empezar a tomar medidas —bromea Sara.

—Sin duda. Ahora bajaré a hablar con ella, y como no entre en razón le pongo dos canciones seguidas de reguetón, para que sepa lo que es molestar de verdad.

Sara se ríe al tiempo que le agarra la mano.

—Hace un rato ha pasado a verme María, la matrona que me atendió aquel día. Es un encanto de tía.

—Sí, lo es. ¿Qué se contaba?

—Nada, solo ha pasado para ver cómo estaba y a preguntarme por las niñas, aunque ya sabía que todo va bien. Cuando me den el alta me gustaría tener un detalle con ella, invitarla a cenar en casa o por ahí; no sé, algo. Le he pedido el teléfono para estar en contacto.

—Me parece estupendo.

—Eleva un poco la cama, estoy hasta el mismísimo de estar tumbada.

Obediente, Sancho aprieta el botón del mando y se deja caer en el sillón. Desde donde está no puede evitar fijarse en las imágenes que están pasando por la televisión, que está colgada en la pared de enfrente.

Sara aprovecha la oportunidad.

—¿Pinta tan mal como parece?

—Peor, porque no sabemos una puta mierda. Y está claro que sea quien sea es capaz de provocar mucho daño.

—¿Has hablado con Copito?

—Sí. El lunes llega la caballería, así que no sabemos si querrán contar con nosotros de algún modo o nos van a dejar fuera. Eso sí, parece que hemos identificado la marca con la que firma.

Sancho repite la información que acaba de compartir con el comisario.

—Vaya, esta no me la esperaba yo. ¿Y qué coño nos querrá decir con eso? ¿Que es un dios destructor?

—Vete tú a saber. Ojalá pudiera preguntárselo en persona.

—Yo quiero estar presente en ese momento...

Un breve silencio le sirve al pelirrojo para abordar el asunto que no quiere ocultarle durante más tiempo.

—Hay otra cosa de la que tengo que hablarte —introduce.

Cuando termina, hay una impronta de inquietud en el rostro de Sara.

—Te lo he contado porque considero que debes saberlo, pero no creo que debas preocuparte demasiado.

—¿No? Asuntos Internos no interviene si no tienen algo a lo que agarrarse.

—Tienen preguntas y necesitan respuestas, nada más. Lo único que tienes que hacer es mantener la versión a capa y espada, y que sean ellos los que demuestren que no es cierto.

—Ya, pero si, detrás de todo, lo que subyace es algo personal por parte de... ¿cómo has dicho que se llama?

—García Prieto.

—Ese. Si el tal García Prieto está bien conectado en Canillas, puede que no se limiten a hacerme unas cuantas preguntas y ya.

—¿Y qué más pueden hacer? Lo mismo lo tienen que investigar porque es de esos comemierdas resentidos que van tocando timbres hasta que consiguen que alguien les abra la puerta.

Sara no parece muy convencida de los argumentos que esgrime el pelirrojo, pero decide zanjar el asunto.

—Bueno, lo que tenga que ser, será. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos, como, por ejemplo, cuándo coño me van a dar el alta.

—¿Quieres que hable con tu médico en los términos adecuados? —le pregunta al tiempo que se levanta el jersey y le muestra la culata de la pistola.

—Estás tardando.

Sancho hace el ademán de incorporarse, pero en el último

momento se inclina para volver a besarla. Cuando está a punto de conectar con su boca, Sara interpone el índice, que dirige hacia la pantalla.

—Ya son diez los fallecidos —lee en el rótulo—. Más los tres de la plaza Mayor, trece.

Sancho se rasca la nuca desconcertado.

—¿Cuándo dices que llegaba tu padre?

Calle Pasión

Al entrar solo cuenta ocho personas en el local. Es cierto que el gastrobar Pasión tiene un aforo muy reducido, con cuatro mesas contadas más la barra, pero en las anteriores ocasiones en que ha estado allí siempre lo ha visto lleno a rebosar. No le extraña que su objetivo de esta noche sea un cliente habitual, porque, a pesar de no tener una carta muy extensa, en su opinión cuentan con una cocina de muchos quilates.

—Buenas noches —le saluda Julia, la propietaria, desde dentro de la barra, que muestra mucha menos efusividad que otras veces—. Tenías reserva, ¿verdad?

—Sí, a nombre de Pablo García.

—Vale. Te había puesto en esa mesa —le señala—, pero nos han cancelado tres reservas, así que de esas dos puedes elegir la que quieras.

El Témpano duda. Tiene asumido que es muy probable que una de esas cancelaciones sea la de él, pero no quiere perderse la oportunidad de acudir al encuentro.

—Gracias, me sentaré aquí mismo.

Lo primero que hace es comprobar que la mesa que él suele ocupar no tiene el cartel de reservada, pero trata de no exteriorizar su decepción y toma asiento. Aún faltan ocho minutos para las diez de la noche, hora a la que acostumbra a ir con su actual pareja. Él no lo sabe, pero ser un hombre de rutinas marcadas, incluso en lo relativo al ocio, lo convierte en una persona ordenada, sí, pero también muy vulnerable. Durante las tres semanas que lo ha estado

siguiendo ha consignado en su cuaderno de operaciones que, excepto cuando su agenda se lo impide porque está fuera de Valladolid, come todos los días de diario fuera y cena en casa. Los lunes en el restaurante Las Aldabas, los martes en La Parrilla de San Lorenzo, los miércoles en Los Ilustres y los jueves en el Vino Tinto. Los viernes suele ir de pinchos por distintos bares de la plaza Mayor o bien por la zona de la catedral, siempre acompañado por distintas personas de su equipo —infiere él—, para dejarse ver por las calles del centro, y al terminar su jornada se marcha directo a casa. Los sábados suele trabajar un rato por la mañana, come en casa y no da señales de vida hasta bien entrada la tarde, cuando se toma un par de cervezas en el As de Copas antes de ir al gastrobar Pasión: ensalada, media de embutido ibérico y chuletón. Los domingos por la mañana los dedica a hacer algo de deporte, paseo largo o bici, y por las tardes se recluye en su domicilio. Esa es su liturgia semanal, pero, claro, esta no es una semana cualquiera.

En la pared que tiene a la derecha, una foto de la playa de la Concha al atardecer le sirve como distracción durante la espera. Antes de acudir al gastrobar Pasión se ha pasado por el Zerocafé para hacer algo de tiempo y, por qué no reconocerlo, por si volvía a coincidir con el inspector Sancho. Le atraía mucho la posibilidad de comprobar cuál era el estado anímico de su rival después de haber asestado un golpe que nadie esperaba. Sin embargo, durante los tres cuartos de hora que ha estado allí no ha aparecido, y dos tónicas sin fruta más tarde se ha marchado con la única satisfacción de saber que en todas las conversaciones en las que ha podido poner la antena la gente hablaba del bombazo de esta mañana. Le sorprende que, casi más que los muertos, lo que ha causado más efecto sea el alocado periplo de la bola del mundo desde que salió despedida de la fuente hasta que se detuvo en un escaparate de la calle Duque de la Victoria. Algunos creerán que lo había previsto así, pero no es el caso. Sabía que era muy probable que la detonación del explosivo la hiciera salir disparada, pero de ningún modo se hubiera podido determinar la trayectoria que iba a tomar sin conocer su peso exacto ni el ángulo de partida del proyectil. Luego se ha dado un paseo hasta el restaurante donde había reservado para

cenar, y ha sido entonces cuando ha constatado que, para ser un sábado por la tarde, había mucha menos gente de lo habitual por la calle. Y eso solo puede significar una cosa: el pánico ha empezado a hacer mella en los vallisoletanos.

Pasados diez minutos de las diez de la noche, su presa no ha hecho acto de presencia en el gastrobar Pasión, y con lo puntual que suele ser tiene que empezar a asumir que esa noche no podrá cumplir con su propósito. Aunque le genera cierta frustración, admite que hay variables que escapan a su control, y esta era una de ellas. Toca esperar al lunes en Las Aldabas, pero, entretanto, piensa disfrutar de los chipirones a la plancha que le acaban de traer.

En ese instante le viene a la cabeza una de las frases que tanto repetía Mami Mujinga, la sanadora lugbara que le devolvió a la vida: «No llores por la leche derramada, llora solo si se te muere la vaca».

Y, de momento, su vaca aún tiene mucha leche que dar.

Perejil

Aeropuerto Internacional de Alepo, Siria
Lunes, 8 de septiembre de 2008, a las 16.45

En cuanto bajó del avión sintió la bofetada de calor seco en la cara. Ese tipo de canícula que te agrieta por dentro y te ablanda por fuera.

A no ser que estés hecho de hielo.

Pasaporte francés e identidad falsa cortesía de los especialistas sudafricanos de Executive Outcomes. Dos acompañantes, también *franceses*, con quienes ya había trabajado en otras operaciones en territorio hostil. Una misión: eliminar a Tahir Yalil al-Habbush, un antiguo alto cargo del Gobierno de Sadam Huseín buscado por la administración Bush. Llegaban con un visado especial que les permitía moverse por todo el país durante noventa días, aunque, si todo iba como habían planificado desde Johannesburgo, no permanecerían allí más de dos, máximo tres.

Y luego, humo y a cobrar su parte.

Durante el vuelo, que partió de París, como en él era costumbre, se había informado del lugar que le tocaba visitar. Alepo, con casi dos millones y medio de habitantes, era la ciudad más poblada de Siria, a pesar de haber sido maltratada por todas las civilizaciones que se habían asentado en aquella porción de tierra estratégica a medio camino entre el Éufrates y el Mediterráneo. Incluso la Madre Naturaleza se había cebado con ella a través del gran terremoto de 1138 —el tercero más mortífero de la historia—, que causó más de doscientos treinta mil muertos y redujo a escombros buena parte de la ciudad. Desde principios de los setenta, el país estaba en manos de la familia al-Asad, de origen alauita, que se había hecho con el poder tras un golpe de Estado, instaurando así una dictadura

personalista que desde el año 2000 lideraba Bashar al-Asad. A pesar de gobernar con puño de hierro, su régimen no era mal visto por la comunidad internacional gracias a su habitual cooperación con los servicios de inteligencia norteamericanos en su propósito de frenar el avance de los grupos yihadistas suníes como Al Qaeda. En el 2003, la intervención militar en Irak por parte de las fuerzas de la Coalición —y la posterior caída de Huseín— hizo que muchos altos cargos del Gobierno —sobre todo los de origen chií— buscaran refugio en la vecina Siria.

Tal era el caso de al-Habbush, que había ocupado el cargo de director del Servicio de Inteligencia Iraquí y de quien se sospechaba que había logrado huir a Francia con documentación falsa. El iraquí era, ni más ni menos, la sota de diamantes en la baraja que el Ejército de los Estados Unidos había confeccionado con los cincuenta y dos miembros más buscados del antiguo régimen de Sadam, de los cuales en el 2008 apenas quedaba una docena por capturar. Sin embargo, no era este el motivo principal por el que habían contratado los servicios de Executive Outcomes. La CIA había descubierto que al-Habbush había intentado negociar con los británicos a cambio de proporcionarles pruebas que demostraban que los norteamericanos sabían que Irak había abandonado el programa nuclear en 1991, y el de armas biológicas en 1996. Si esto salía a la luz, quedaba al descubierto que la operación Libertad, en la que habían perdido la vida miles de soldados norteamericanos, no tenía nada que ver con los motivos que la administración Bush había vendido al pueblo estadounidense. Se les agotaba el tiempo, y los analistas políticos preveían un cambio presidencial en enero del año siguiente. La llegada de Barack Obama a la Casa Blanca podía hacer que el expediente al-Habbush terminara emborronando el hasta entonces impoluto mandato de la administración Bush.

Había que silenciarlo.

El inconveniente era que a esas alturas ni la CIA ni ninguna otra agencia del Gobierno estaba dispuesta a mancharse las manos, por lo que era un problema que debían solucionar otros.

Cinco millones de dólares tenían la culpa.

Perejil.

Executive Outcomes, una corporación con dilatada experiencia en operaciones encubiertas y opacidad más que probada, fue la elegida. La alerta llegó en mayo a partir de una comunicación interceptada a los servicios de inteligencia sirios: «Tahir Yalil al-Habbush localizado en Alepo». En junio enviaron un equipo encargado de proporcionar la información necesaria para que otros se encargaran de ejecutar el plan y desaparecer. De todas las opciones contempladas se había optado por hacerlo saltar por los aires con un artefacto colocado en su vehículo, un método nunca utilizado por los norteamericanos para eliminar objetivos y sí por los muchos grupos yihadistas de origen suní que operaban en la zona. Cualquiera de ellos valía para colocarle el muerto. Necesitaban un especialista en explosivos, y, entre todos los candidatos con los que contaban los sudafricanos, ese al que ellos conocían como Iceberg era el ideal.

Sesenta mil dólares tenían la culpa.

Perejil.

La información que les habían facilitado era excelente y sus órdenes estaban más que claras. Al-Habbush, que acababa de cumplir los cincuenta y ocho, vivía de manera humilde, gracias a las rentas, en Haddadin, una pequeña población al sur de la ciudad. Compartía techo con su mujer, sus dos hijas con sus respectivos maridos y sus tres nietos. Era extremadamente casero y su rutina se reducía a llevar a los pequeños al colegio en Alepo, hacer la compra en el zoco y recogerlos. El plan era tan sencillo como ocultar el explosivo bajo el asiento de su BMW M3 del noventa y detonarlo a distancia después de dejar a sus nietos en la escuela en algún punto en el que, a poder ser, no hubiera demasiada presencia de civiles.

Sencillo. No tan quirúrgico como al subteniente Gavilán le habría gustado, pero eficaz. De cualquier modo, no le competía al Témpano tomar esas decisiones, y cuando tenía dudas pensaba en su futuro con Cristina, juntos en la casa del cabo de Gata. Sus cálculos lo resolvían todo: con esos sesenta mil en el bolsillo, los treinta y dos mil euros que le faltaban tenían la culpa.

Perejil.

En el aeropuerto, Uno, Dos y Tres —así los habían nominado para esta operación aún sin bautizar— alquilaron un vehículo y fueron

directos al hotel donde les habían realizado la reserva. En la caja fuerte de su habitación, el Témpano halló el explosivo plástico y el detonador de activación remota. Todo correcto. Cena en un restaurante cercano y a esperar. Sobre la una y media de la madrugada se dirigieron a Haddadin y localizaron el BMW estacionado a escasos metros de la casa de al-Habbush. Uno de ellos se colocó en la intersección para controlar las calles mientras que el otro compañero vigilaba desde el coche. Cuando se cercioraron de que no había un alma, el Témpano cumplió con su cometido en menos de un minuto y, sin mediar palabra, regresaron al hotel a descansar.

Acordaron encontrarse al día siguiente en la recepción a las siete en punto de la mañana, y veinte minutos más tarde ya estaban apostados a la espera de que su objetivo se pusiera en marcha, como cada día, a las ocho menos cuarto. Tres, especialista en conducción, lo siguió con extrema precaución hasta la escuela, donde al-Habbush se despidió de sus nietos sin bajarse del BMW y continuó la marcha.

—Muy bien, todos atentos. ¿Está activo, Dos? —quiso cerciorarse Uno, el jefe de equipo, sentado en la parte de atrás. Se expresaba en un francés tan correcto que daba la sensación de que hubiera impartido estudios en la Sorbona.

—Siempre que nos mantengamos dentro del rango de alcance, sí —contestó el Témpano con el detonador a distancia en la mano.

—Es decir, que me mantengo cerca, pero no demasiado. ¿La carga es muy grande? —quiso saber Tres.

—Trescientos ochenta gramos de C4. Suficiente.

El vehículo giró a la izquierda y se sumergió en un barrio de calles estrechas inundadas, en ambas aceras, de puestos ambulantes de frutas y verduras repletos de clientes, en su inmensa mayoría mujeres.

—Mierda, igual hoy es día de mercado. Tenemos que esperar —protestó Uno.

El objetivo callejeó durante unos minutos hasta que por fin salió a una vía más despejada.

—En el informe decían que suele ir a una tetería al lado del zoco,

que, si no me equivoco, está cerca de aquí —comentó Uno.

—Hay demasiada gente —observó Dos.

—Tengo ojos en la cara —le recriminó Uno—. Tres, no te acerques tanto.

Algo más tarde, el BMW se detuvo junto a una terraza repleta de hombres, se bajó del coche y se sentó en una mesa.

—Me parece a mí que esto no va a ser tan fácil como creíamos —auguró Uno.

No se equivocaba. Durante los dos días siguientes no encontraron la oportunidad de accionar el detonador sin poner en riesgo la vida de muchos civiles. El problema era que al-Habbush siempre se movía por lugares muy concurridos, y después de tomar el té en la terraza se daba un largo paseo por el zoco, compraba algo, regresaba a recoger a sus nietos y directo a casa.

—Tiene que ser hoy —dijo Uno la mañana del viernes.

Los había citado en su habitación a las seis en punto. De expresión neutra, ese día se le notaba cierta crispación, tanto en el rostro como en el tono de voz.

—Según el informe, los fines de semana no utiliza el coche y apenas sale de casa. Por lo tanto habría que esperar al lunes, y cuanto más tiempo permanezcamos en el país, más riesgo corremos.

—Al margen de eso, este tío estuvo al frente del servicio de inteligencia de su país y en cualquier momento podría darse cuenta de que llevamos varios días pegados a su culo —señaló Tres—. O podría descubrir la carga, o yo qué sé...

—Se me ha ocurrido otra forma de hacerlo —terció el Témpano.

De su dedo índice colgaba una pulsera con unos abalorios de un rojo intenso con manchas negras.

—La compré ayer en un puesto mientras le seguía por el zoco.

—Preciosa. ¿Pretendes ahorcarle con eso? —bromeó Tres.

—Ahorcarle no, envenenarle. Son semillas de abrina. Las sacan del regaliz americano, un árbol originario de la India pero que está extendido por casi todo el planeta. Por el color que tienen las han usado desde hace miles de años para hacer pulseras, collares, pendientes..., cosas así. Pero la abrina es muy tóxica.

—Ah, bueno, pues solo tenemos que conseguir que se la trague y

listo —ironizó Tres.

—Deja que se explique —intervino Uno.

—Es mucho más sencillo que eso. Solo hay que machacar bien las semillas para convertirlas en polvo y con mil microgramos por kilo ya resulta letal. Pongamos que al-Habbush pesa ochenta kilos, pues con menos de un gramo tendríamos suficiente, pero, como queremos asegurarnos, aquí tengo dos.

El Témpano abrió la mano y les mostró una pequeña bolsa de plástico que contenía polvo amarillento.

—Es insípido, y lo único que tenemos que hacer es echárselo en el té que se toma todos los días en la terraza.

—¿El efecto es inmediato? —quiso saber Uno.

—No. Lo que hace la abrina es penetrar en las células e inhibir la síntesis de las proteínas. Con esa cantidad empezará a notar los efectos a las dos o tres horas, y en dos días, a más tardar, le ocasionará un fallo multiorgánico que le llevará a reunirse con Alá.

—¿Se puede tratar en un hospital?

—No. Una vez que se ha intoxicado ya no hay solución.

—¿Estás seguro de que funcionará? —quiso cerciorarse Uno.

—La química nunca falla, las personas sí.

Uno se mordió el labio y desvió la mirada hacia el techo.

—Habría que crear una distracción...

Y así lo hicieron.

Uno y Tres se encargaron de ello. Se sentaron en una mesa a la espalda del objetivo y, en cuanto le sirvieron el té y al-Habbush destapó la tetera para que se enfriara, empezaron a discutir en francés de forma acalorada. Uno le tiró un vaso de agua a la cara y Tres se incorporó para agarrarle de las solapas y zarandearlo, momento en el que se ganaron la atención de todos los presentes. El Témpano, que aguardaba en la acera de enfrente con la bolsa de abrina preparada, sorteó las mesas con ligereza, pero cuando estaba a un paso de la tetera, un camarero se le cruzó con una bandeja de vasos.

—*Afwan* —se disculpó él inclinando la cabeza.

El camarero se apartó sin más. Tetera abierta, un gesto mínimo de muñeca y polvo amarillo sobre el vapor.

Cuando todo se calmó después de que sus compañeros fueran invitados por el dueño a marcharse, el Témpano se sentó a verificar que al-Habbush disfrutaba del té sin sospechar que con cada sorbo daba un paso más hacia su muerte.

Ese mismo día por la tarde, Tres avisó de que había más movimiento del habitual en casa de al-Habbush, y, poco más tarde, uno de sus yernos lo trasladaba de urgencia al hospital. En su turno de vigilancia del sábado, el Témpano asistió al instante en el que la familia entera, incluidos sus nietos, rompía a llorar en la sala de espera. No se inmutó ante el dolor ajeno, ni siquiera al ver sufrir a los menores por la pérdida de su abuelo. Para él fue como contemplar la caída de las hojas en otoño: un proceso inevitable.

Ese día Marco Antonio Gavilán asumió que muy posiblemente fuera más que un simple témpano de hielo.

Era un témpano de hielo vacío por dentro.

Hueco: como el mundo en el que le había tocado vivir.

Un auténtico hijo de puta

Comisaría de distrito de Las Delicias, Valladolid
Lunes, 28 de noviembre de 2022, a las 9.15

Trece días para la traca final

A través de la ventana, Sancho contempla cómo la lluvia, fina pero pertinaz, ensoberbecida, se estrella contra el cristal doblegada por intermitentes ráfagas de viento. Más arriba, el cielo se ha opacado con nubes negras empeñadas en impedir que ningún rayo de luz ofrezca un hálito de esperanza a los mortales.

Dentro de las dependencias policiales las condiciones climatológicas no son muy diferentes.

—Dicen que va a estar así hasta el miércoles —oye decir a Montes.

—No tenía intención de ir a la playa, conque por mí como si cae el diluvio universal.

—¿Sara y las niñas bien?

—Sí, todo en orden, pero está con ganas de que la manden para casa. El médico nos ha dicho esta mañana que si las analíticas salen bien a lo largo del día le dará el alta.

—Me alegro.

—Y yo. Ahora mismo es lo único que equilibra esta balanza de mierda.

Carmen Montes se ajusta la coleta.

—¿Se sabe sobre qué hora llegan? —quiere saber ella.

Se refiere a los miembros de la Comisaría General de Información que envía Canillas para ponerse al frente de un caso que ya han calificado de terrorismo doméstico.

—Ni idea, pero supongo que estarán al caer. ¿Te contestó el

experto?

—No. Le he llamado a primera hora y tenía el teléfono apagado. También le he enviado un email.

En ese momento Hernán Zunzunegui entra en la brigada cubierto con un chubasquero empapado con capucha.

—Bueno, cuando dé señales de vida me avisas. —y se despide de Montes.

Sancho le hace una señal al de los TEDAX.

—Buenos días, por decir algo. Joder, ni en mi tierra cae así de chungo —dice Zetazeta sacudiéndose el agua.

—Tienes ya los resultados, ¿verdad?

—Sí. Lo que sospechábamos: TATP. Lo ha podido sintetizar con acetona y algún producto desinfectante con alta concentración de ácido sulfúrico. Pensamos que usó más de un kilo, y como te decía el sábado, para fabricar esa cantidad tiene que ser un auténtico crac.

—Un auténtico hijo de puta, más bien.

—Más bien —coincide.

—Te lo pregunto directamente porque no tengo ni la menor idea. ¿Nos lleva a algún lugar saber qué utilizó y cuánto?

—No, porque ha fabricado el explosivo con componentes que no se pueden rastrear.

—En resumen, que tenemos a un auténtico hijo de puta que ha hecho saltar por los aires un almacén pirotécnico, ha reventado un árbol de Navidad, ha derretido una fuente y ha volado otra con un balance de trece muertos y decenas de heridos, ¿y no podemos trincarle por ningún sitio?

Zetazeta cavila durante unos segundos.

—Lo has resumido a la perfección.

—Hay que joderse.

Suena su teléfono de sobremesa.

—Sancho, ven a mi despacho —le dice el comisario—. Ya han llegado.

—Enseguida —responde—. Luego te veo —le dice al tédax.

Al pasar junto a la mesa de Áxel Botello, el pelirrojo se detiene y señala la pantalla del ordenador.

—¿Son las imágenes de plaza de España?

Botello tuerce la boca.

—Sí, pero van llegando con cuentagotas. De esta cámara, en concreto, no sacamos nada de provecho. Veremos del resto.

—En cuanto tengáis algo, avísame.

La puerta está entreabierta, pero antes de llamar realiza algunos movimientos con el cuello para aliviar el agarrotamiento localizado en la zona.

—Pasa.

Un hombre de pelo cano que está sentado frente a Herranz-Alfageme se pone en pie de inmediato.

—Sorpresa, chavalote.

Sancho se paraliza.

—Pero ¡no me jodas! ¡¿En serio te han enviado a ti para resolver esta movida, carcamal?!

Residencia de Cristina, barrio de Girón

Tumbado en la cama con los ojos cerrados, el Témpano disfruta del sonido de la lluvia, que no ha dejado de caer desde que amaneció. Al igual que le sucede con el silencio absoluto, lo relaja. Los lugbara decían que llovía porque los *adroanzi* —así llamaban a los hijos de Adro— lloraban de alegría. Durante las semanas que tardó en recuperarse de las heridas, postrado en aquel camastro hecho de madera y hojarasca, se entretenía escuchando llover. Le calmaba. En plena época del monzón de primavera, el cielo se licuaba durante doce o catorce horas al día, pero no por ello se paralizaba la vida de la aldea. «Nuestros hijos tienen hambre todos los días, no solo los días en los que brilla el sol», decía Arube Mbemba, el anciano del poblado y su mentor, a quien todos consideraban descendiente directo de Meme, la diosa de cuyo vientre habían salido todas las criaturas que poblaban el planeta. «Si logras escapar de las garras de la muerte, algún día te hablaré de los tiempos en los que los hombres estábamos hechos solo de lluvia.»

Y gracias a los cuidados de Mami Mujinga sobrevivió.

El Témpano abandona esos recuerdos para centrarse en las dos tareas que ha planificado para hoy. De ellas, solo la segunda tiene una hora fijada, por lo que decide posponer la primera, cuyo resultado no depende de él. Así, resuelve permanecer en ese estado latente durante un tiempo indeterminado, hasta que gira la cabeza y ve sobre la mesilla el diario de Cristina, cuyas páginas, si bien le atormenta leerlas, le sirven de refrendo constante acerca de las razones que le han llevado a emprender una cruzada personal contra la ciudad y las personas que le arrebataron todo lo que él amaba.

En un ejercicio de memoria intenta identificar el primer pasaje en el que habla de su desaparición. Lo localiza enseguida entre los que tiene marcados, pero, antes de leer la primera frase, recorre con la yema del índice una de las cicatrices que tiene en el antebrazo.

Aunque, para cicatrices profundas, las que detalla Cristina con palabras.

Palabras escritas con tinta negra que aún sangran.

23 de junio de 2019

Querido diario:

Resacote máximo dominical. No sé si seré capaz de escribir dos frases que tengan sentido. Encima hoy debería ponerme a currar en el proyecto y siento que me va a explotar la cabeza. Menudo pedo más tonto. Resulta que anoche quedé para cenar con varios compañeros del ayuntamiento. Fuimos a una bodega de Boecillo y luego nos bajamos al centro, a un garito que se llama The Bowie. Madre de Dios. Yo no estaba muy animada, pero el primer gin-tonic me bajó de maravilla y me calenté. Algunos se fueron, pero nos quedamos Maite, José Andrés y yo. ¡Y venga chupitos de tequila! Cuando cerraron fuimos a otros dos o tres bares más, y acabamos en Asklepios. Ahí ya se me nublan los recuerdos. Solo sé que me entró un tipo que no estaba mal y creo que le di mi teléfono. No estaba yo para mucho ajetreo, pero si me llama igual me lo pienso, que hace siglos que no le regalo una alegría al cuerpo.

Al igual que le sucedió la primera vez que lo leyó, el Témpano frunce el ceño al leer la última frase. Lo que sí es nuevo es esa presión que ahora nota en el pecho.

Esta mañana, cuando he abierto el ojo, me quería morir, y encima al ver el móvil he visto que tenía cuatro llamadas perdidas de Gérar, el compañero de Marco. Que no sé si serán muy amigos o no, pero sí que es un plasta de mucho cuidado. Lo conozco desde el colegio, y allí ya lo llamábamos «el Chapa» por cómo perseguía a las chicas con sus regalitos de mierda y mensajitos de amor. Mi mala suerte hizo que al apellidarse Méndez y yo Mendoza nos sentaran siempre juntos. ¡Qué tortura de tío, por favor! En la universidad me lo seguía encontrando a pesar de que yo estudiaba Arquitectura y él..., no sé qué mierda estudiaba él. Como no aprobaba ni media se metió al Ejército y dio la casualidad de que Marco coincidió con él en algún destino de esos exóticos. En el Líbano, creo que era. Yo creo que si no ha intentado algo serio conmigo es porque Marco siempre le ha dado miedo. Pero el jodido pesado me escribe cada dos por tres desde que sabe que lo hemos dejado y que estoy en Valladolid. Porque él vive aquí, en su pisito de soltero del edificio Duque de Lerma. Un millón de veces me ha invitado a su casa y un millón le he dicho que no, pero es que el muy torpe no lo pilla o no lo quiere pillar. Baboso.

—Baboso de mierda —repite él en voz baja pero afilada.

El caso es que también fue Gérar el encargado de llamarme cuando pasó lo del Congo. Fue en marzo de 2013, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Marco formaba parte de unas brigadas especiales de la ONU que enviaron a apaciguar la zona, o eso me contó, pero la movida fue que después de un enfrentamiento con unos milicianos desapareció. Así, sin más. Se lo tragó la maldita selva. Semana tras semana, mes tras mes sin saber nada de él. Un puto suplicio. En la Legión todos lo daban por muerto, incluso yo ya me había hecho a la idea, porque de

verdad que ya no me quedaban más lágrimas. Marco desaparecido o muerto y el chapita de Gérar insistiendo en que fuera a Valladolid, que es donde tenía mis raíces y la gente que me quería. Claro, bonito, así me podrías consolar en tu pisito del Duque de Lerma, ¿verdad? Puto baboso.

—Eres una puta basura, Gérar. Una puta basura —masculla para sí —. Y la basura hay que reciclarla si se puede, y, si no, deshacerse de ella.

Y un día de finales de septiembre, de repente, llegó otro mensaje de Gérar: «No te lo vas a creer. Marco está vivo. Llámame». Así de sopetón. Se enteró él antes que yo, no me fastidies. Marco sobrevivió más de nueve meses en un lugar donde la mayoría de los mortales no aguantarían ocho minutos... Otro día te cuento, querido diario, cómo regresó de aquella y lo que me tocó tragar, porque hoy no tengo fuerzas.

¿Y para qué coño me habrá llamado ahora Gérar? ¿Le habrá pasado algo? Igual me da una alegría y me cuenta que Marco se ha volado las pelotas manipulando algún explosivo... No, no. Me he pasado. No le deseo nada malo a Marco, aunque algún sustito tampoco le vendría mal. No sé nada de él desde hace meses. La última vez que hablé con Marco terminé gritándole por teléfono como una jodida energúmena porque, joder, cuando se ponía terco con sus mierdas me sacaba de mis casillas. Pero Marco nunca levantaba la voz. Era desesperante.

Bueno, pues hasta aquí. Me voy a medicar y enchufo el portátil a ver si soy capaz de avanzar algo con la fuente de la plaza de España, que se me está atragantando. No vuelvo a beber un chupito en lo que me queda de vida.

A la mierda el que lo lea.

—No levantaba la voz porque no lo necesitaba —le responde—. Yo siempre trataba de evitar los enfrentamientos contigo porque nuestra piel estaba hecha de lluvia. Aunque no lo creas, solo trataba de protegerte de mí.

El Témpano pasa la página.

24 de junio de 2019

Querido diario:

Vaya día de mierda. A Gustavo Cuadrado no le ha gustado nada de nada la propuesta que le he presentado para la plaza de España. Dice que le parece muy arriesgada. Maldito tragaldabas. Pues entonces lo dejamos como está y listo. Arriesgado es ser un gordo infecto y llevar esas camisas ajustadas, que un día le va a saltar un botón y va a reventarle el ojo a alguien. Encima, el lameculos de Ángel Luis le ha dado la razón. Claro que sí. Luego me pondrá ojitos, el muy bobo. La próxima vez que me diga que me invita a un café le voy a contestar que mejor se lo diga a su madre, que para eso le plancha la ropa.

Más tarde, en cuanto he salido del curro, he estado hablando con Gérar. No me ha quedado más remedio después de llamarme seis veces durante la mañana. ¡Qué chapa es! Me ha contado que está muy preocupado, que ve a Marco muy apagado y que el sábado, aprovechando que estaba por Almería, fue a verle a casa y que tenía su arma sobre la mesa del salón. Vale, entiendo que es su admiradísimo colega y que esté rayado con eso, pero ¿qué quiere que haga yo? Es decir, ¿para qué me llama? ¿Se piensa que voy a coger un tren para irme hasta el cabo de Gata a darle mimitos a ver si así reacciona? Vamos, no me fastidies. Que llevamos dos años separados, Gérar, que no te enteras. ¿Y qué hiciste tú el día que te pedí ayuda cuando Marco regresó del Congo? «Ya se le pasará», dijiste. Claro que sí. Porque el Témpano era lo más de lo más, ¿verdad? Pasaste de mí porque yo siempre he pasado de ti y me tuve que tragar yo toda la mierda a paladas. No hablaba, no comía, no nada. Y las pesadillas noche tras noche. Nunca me quiso contar nada de lo que vivió allí. Nada. Solo sé que le hirieron en combate y acabó en una aldea perdida en medio de la selva y que allí le salvaron la vida. ¿Nueve meses? ¿Nueve meses allí hasta que te dio la gana de volver a tu casa? Venga ya.

—¡Me quedé allí porque no estaba preparado para volver! —grita —. ¡Allí era uno más! No tenía que enfrentarme a todo lo que odio de mí, a todo el odio que hay en mí. Estaba limpio por dentro. Estaba en paz.

Y, como si quisiera prepararse para aguantar una tortura física, el Témpano aprieta los dientes, se tensa y sigue leyendo.

> Podrías haberte quedado en esa aldea el resto de tus días y formar tu propia familia, porque cuando regresaste no hiciste otra cosa que joder lo nuestro. Y mira que lo intenté con todas mis fuerzas. Con toda mi alma. Pero como decía Chester Bennington de Linkin Park, al final, ni siquiera importa. Quizá por eso él decidió mandarlo todo a la mierda y quitarse del medio. Igual es la solución, quién sabe.
>
> Y ya no te cuento más, condenado diario, porque estoy de los putos nervios. A ver si me llama el maromo ese del sábado y me doy un revolcón, porque necesito sentirme viva, no una mierda con patas como ahora.
>
> Hoy, más que nunca, a la mierda el que lo lea.
>
> Y que no vuelva.

—Tienes razón, Cris, jamás debí moverme de allí. O, mejor aún, jamás debí salir vivo de allí. Pero aquí estoy, y si todo tiene un porqué, este es el mío.

Comisaría de distrito de Las Delicias

Antón Anchorena, cincuenta y nueve años. Cuarenta en el Cuerpo. Inspector jefe de la Comisaría General de Información desde el 2010, policía secreta de toda la vida.

Toda la vida que es capaz de recordar.

Nacido en Cintruénigo, en el corazón de lo que él define como «la Navarra buena». Hijo único de un tudelano y una guipuzcoana. Nieto de un capitán requeté condecorado por su valor en la ofensiva de Vizcaya. Simple y escurridizo como una medusa, fuerte y terco como

un mulo, y listo, tanto como un perro callejero. Muchos lo consideran un auténtico gañán, lo cual, para ejercer su oficio, juega muy a su favor. Soltero convencido, asegura que se casó con su placa en el mismo momento en que se la ganó con diecinueve años.

En enero de 1984 entró a formar parte de la Unidad Territorial de Información de Navarra, justo en el período en el que ETA mataba más y peor. Solo en ese año fueron asesinadas cinco personas en Pamplona, donde él estaba destinado. Anchorena no tardó en llamar la atención de los mandos por su facilidad para integrarse en grupos de jóvenes proetarras, por lo que fue destinado a Guipúzcoa con la misión de conectar con la cúpula de Jarrai, organización juvenil abertzale de la que se nutría la banda terrorista para captar nuevos adeptos. Gracias a la información proporcionada por Anchorena en 1988, la policía detuvo a catorce integrantes del comando Donostia, uno de los más sangrientos de ETA. Ese éxito tan prematuro hizo que su alias, Unax, empezara a sonar en los despachos de Madrid, y recién entrada la década de los noventa era considerado una pieza fundamental en la lucha antiterrorista, o, como lo denominaban internamente, un *patanegra*.

Fue en este contexto cuando coincidió con un tipo pelirrojo que se hacía llamar Urtzi y que estaba destinado en San Sebastián. Su ojo clínico le decía que apuntaba maneras, por lo que le propuso integrarse en el reducido equipo de agentes que dependían de él y solo de él. Anchorena se convirtió en su controlador. Durante los más de dos años que estuvo infiltrado en una célula encargada de proporcionar cobertura a un comando liberado, Urtzi se convirtió en uno de sus peones más valiosos, pero el tiempo jugaba en su contra y estaba a punto de quemarse. Tras varios encuentros con él logró convencerle de que le convenía pasar una temporada en el congelador si no quería terminar en un psiquiátrico o con un tiro en la nuca.

Y, si bien es difícil que un mulo convenza a otro mulo, lo logró.

Después de aquello, aunque mantuvieron el contacto de modo intermitente, sus caminos se separaron, y aquel policía convertido ya en inspector decidió cambiar la información por los homicidios. Desde entonces se habían visto de forma esporádica, pero siempre

que coincidían les daba la sensación de haber estado de juerga juntos la noche anterior.

—Pero ¡no me jodas! ¡¿En serio te han enviado a ti para resolver esta movida, carcamal?!

—Pues claro, coño, los jóvenes no valéis para nada.

Las palmadas en la espalda resuenan en el despacho de Herranz-Alfageme.

—¿Qué ha pasado con ese pelazo negro que solías lucir?

—Mi parienta dice que me queda mejor el blanco.

—¿Tu parienta? ¿Te has casado?

Anchorena le señala con el índice.

—Ni de coña. ¿No ves lo feliz que se me ve?

—La verdad es que no estás mal del todo para los años que gastas.

—Gracias, hombre, gracias. Ojalá tú llegues a cumplir la edad que aparentas, mariconazo.

Sancho suelta una sonora carcajada.

—Ya veo que os conocéis —comenta Herranz-Alfageme.

—Todo lo que sabe este pobre es mucho menos de lo que yo he olvidado —contesta Anchorena al tiempo que agarra a Sancho por los hombros—. Me llevé una alegría cuando me contaron que habías vuelto a Valladolid. ¿Tan pronto te han puesto ruedas en la Interpol?

—Ya quisieran. En realidad estoy cubriendo la plaza de la inspectora Robles en comisión de servicio durante su baja por maternidad. Ya sabes que...

—Que Sara es tu mujer —completa—. Así que ha sido llegar tú y explotarte este sindiós en la cara, nunca mejor dicho. Es acojonante la facilidad que tienes para estar siempre en el lugar equivocado, Sanchito.

—Además de verdad.

El pelirrojo se acerca para susurrarle algo al oído.

—Si vuelves a llamarme Sanchito, te reconfiguro la mandíbula.

Antón Anchorena sonríe.

—Bueno, señores, ¿qué les parece si nos ponemos manos a la obra? —tercia el comisario.

Acostumbrado a resolver todo por la vía rápida, Anchorena

concluye *la obra* en menos de veinte minutos. Toda la información que le proporcionan Herranz-Alfageme y Ramiro Sancho, excepto lo de la marca lugbara, ya la manejaba. Sobre esto último el de la CGI ha mostrado poco interés, lo cual no quiere decir que no lo tenga. Como buen patanegra que es, escucha cuando tiene que escuchar y habla cuando tiene que hablar —tirando a poco, eso sí, porque lo de compartir información gratis no es lo suyo—, aunque hoy no le queda otra que hacer una excepción. Así, cuando el pelirrojo termina de exponer las líneas de avance del caso, Anchorena se aclara la garganta y golpea varias veces el cuaderno con el bolígrafo.

—En curso: elaboración de un perfil del sospechoso basado en los datos que manejamos; búsqueda de grabaciones en los alrededores de los escenarios y listados del tráfico de llamadas en los horarios marcados de actuación; Seguridad Ciudadana recopilando datos personales de viajeros en hospederías durante los días previos a las fechas de autos; apertura de contacto y gestiones comunes con Europol e Interpol; informe de los TEDAX de modos de actuación y posible trazabilidad de materiales utilizados. Ah, y análisis de la información obtenida sobre su firma. ¿Correcto?

—Correcto —responde Sancho.

—Mi apuesta: varón con mucha experiencia en el manejo de explosivos, extremadamente organizado, frío y calculador, natural de Valladolid o con lazos emocionales vinculados a la ciudad.

—¿Y eso? —pregunta el comisario.

—Conoce bien las calles por donde moverse y desaparecer y sabía que el encendido de las luces congregaría a muchas personas en la plaza Mayor, pero, sobre todo, porque todos sus actos van dirigidos contra la ciudad y sus vecinos. Lo que no sabemos es por qué. Y en este punto estamos muy perdidos, jodidamente perdidos —precisa casi de forma evocadora—. Por eso, lo que urge ahora es hacernos las preguntas adecuadas.

Anchorena entrecruza los dedos y los mira en silencio para que sean ellos quienes las formulen.

—¿Por qué Valladolid? —arranca el comisario.

—Por ejemplo. Venga, más.

—¿Por qué las fuentes? —interviene Sancho—. ¿Qué pretende

lograr? ¿Cuál será su siguiente paso? ¿Actúa solo? ¿Dónde se esconde? ¿Por qué firma sus obras y no reclama nada?

—Entre otras cosas —añade Anchorena—. Tenemos que estar preparados para la avalancha de llamadas absurdas que vamos a recibir de personas que creen saber quién es. Y lo peor de todo es que no podemos descartar casi ninguna. Para todas estas gestiones necesitaré a su gente, comisario. También debemos coordinarnos con Seguridad Ciudadana, Policía Municipal y Guardia Civil para llenar las calles de uniformados. Y ojo no tengamos que tirar del Ejército.

Herranz-Alfageme se echa hacia atrás, movimiento que no pasa desapercibido para el de la CGI. A través del ventanal, un relámpago anticipa el estallido del cielo.

Anchorena levanta el índice y señala hacia el exterior.

—Estamos a medio trueno de que cunda el pánico en Valladolid. De hecho, tengo que hablar con el delegado del Gobierno para que se cancelen con efecto inmediato todos los actos multitudinarios programados en la ciudad hasta que lo atrapemos. Y ya estaría —zanja Anchorena—. Y ahora, Sancho, haz el favor de invitar a este viejo amigo a un café con gotas, que ya va siendo hora.

Hospital Río Hortega

En contraste con la efusividad con la que se lo ha comunicado el doctor, Sara ha recibido la noticia del alta médica con pasmosa inapetencia, a pesar de que se esperaba que fuera por la tarde. Por una parte le hace feliz pensar que regresa a casa, pero por otra le da la sensación de estar abandonando a las pequeñas a su suerte y en territorio hostil. Es consciente de que sus hijas van a estar perfectamente atendidas y de que no hay un lugar sobre la faz de la tierra donde las vayan a cuidar mejor que en ese hospital, pero no puede evitar sentirse mala madre.

—No tienes que preocuparte lo más mínimo, Sara, que a esas dos preciosidades las voy a tratar como si fueran mis hijas —le dice la enfermera con total sinceridad.

Sara echa un último vistazo a la habitación y luego comprueba que no ha recibido respuesta al mensaje que le ha enviado a Sancho hace ya un buen rato.

—¿Vienen a recogerte?

—No, pediré un taxi. Pero antes quiero sacarme leche y bajársela a las niñas.

—Claro. Avísame cuando estés y te acompaño.

No está enfadada, pero tampoco le hace gracia tener que salir sola del hospital. Da por hecho que, con lo que está ocurriendo en la ciudad, Sancho estará hasta arriba y no habrá visto la llamada ni el wasap que le ha escrito hace tres cuartos de hora. Lo cierto es que no se esperaban que el alta se la fueran a dar por la mañana, así que nada tiene que reprocharle. Con su padre ha hablado a primera hora y está de camino, pero desde Jaca son cuatro horas y media de viaje, por lo que aún tardará más de una hora.

En el taxi, mientras observa las calles empapadas de una ciudad casi desértica, decorada para nadie con luces de Navidad, le embarga un pegajoso sentimiento de soledad del que intenta desprenderse rememorando los quince minutos que ha contemplado dormir a Greta y a Asia en sus incubadoras. Ninguna de las enfermeras ha querido mojarse sobre el plazo en el que estiman que podrán devolvérselas, y esa incertidumbre es un ácido que su estómago no está preparado para digerir.

—Parece que hemos vuelto a los tiempos del confinamiento —comenta el taxista—. En la radio han dicho que han faltado al colegio casi un sesenta por ciento de los alumnos. Mis chicos ya son mayores, pero yo igual tampoco los habría llevado, no sé. ¿Usted tiene hijos?

—Sí, pero todavía no van al colegio —despacha Sara.

—Mejor, está la cosa jodida. El alcalde ha dicho que tenemos que hacer vida normal, pero tenía una cara de susto que no podía con ella. Para él es muy fácil decirlo, que tendrá cinco escoltas revisándole hasta los calzoncillos, pero para el ciudadano de a pie... Que se lo diga a las familias de los que murieron el sábado en plaza de España, no te jode.

—Ya, claro...

—Fíjese cómo está el puente de Poniente; un día de lluvia como hoy a esta hora estaría plagado de coches. La gente no se atreve a salir a la calle. Y no me extraña, porque ayer me acerqué yo a ver cómo había quedado la fuente y, aunque estaba acordonada la zona..., madre mía. Aquello parecía Chechenia. Es que hay que ser mala gente para poner ahí una bomba. Se rumorea que han descartado que sea terrorismo islámico. Y entonces, ¿qué demonios es? Yo creo que saben mucho más de lo que nos cuentan los políticos.

—Ojalá fuera así.

El taxista la mira a través del retrovisor, examina a la pasajera y su instinto le dice que la conversación no va a dar mucho más de sí, lo cual ella agradece.

Ya en casa, Sara la recorre muy despacio como si esa sensación de *hogar*, esquiva, se hubiera escondido en alguna de las estancias y no lograra encontrarla. En vez de eso encuentra emociones que se superponen unas a otras sin darle tregua: culpa, abandono, irritación y agotamiento. Al pasar frente al espejo de cuerpo entero de la habitación, se detiene. Le cuesta reconocer a la persona que tiene delante. El rostro, carente de expresión, corresponde al de una mujer del pasado, cuando eso de sonreír en público no estaba bien visto. Mirada cansada en un ojo, artificial en el otro, bolsas oscurecidas bajo los párpados inferiores y silueta abombada. De perfil destacan las pronunciadas curvas que dibujan sus pechos y el vientre.

—Qué asquito das, Sarita.

Y, como si quisiera quitarse el olor a hospital, se desnuda y se refugia en la ducha eludiendo, eso sí, cualquier contacto visual con un espejo. El agua tibia que cae sobre la cabeza la reconforta, y hace un esfuerzo por pensar en positivo. Como un mantra, se repite mentalmente que todo es cuestión de tiempo, que más pronto que tarde recuperará a sus pequeñas, recuperará su cuerpo y su reciedumbre mental. Necesita retomar el control, y para ello debe justipreciar lo que tiene, no lo que le falta. Porque, en realidad, ¿qué necesita?

—Nada, no necesitas nada —se dice en voz alta mientras se seca.

Crema corporal, crema de cara, ropa cómoda y relax.

A punto está de dejarse caer en el sofá cuando oye el timbre del móvil. Camina rápido hasta la cómoda de la entrada, donde lo ha dejado tirado, pero en la pantalla no aparece el nombre de Sancho, sino un número desconocido. Decepcionada, lo atiende por si se tratara del hospital.

—Diga.

—¿Sara Robles? —pregunta una voz de mujer.

—Sí, soy yo.

—Soy la inspectora jefe Nieto, de Asuntos Internos. Le llamo para informarle de que le hemos enviado una citación con el objeto de tomarle declaración como investigada por un presunto delito cometido en el ejercicio de sus funciones.

Sara tarda en digerir la noticia.

—¿De qué se me acusa?

—Está detallado debidamente en la citación. Como funcionaria pública tiene la obligación de presentarse el próximo 2 de diciembre a las once horas en las dependencias policiales de la comisaría de distrito de Las Delicias, y puede acudir con su abogado o solicitar asistencia de oficio. ¿Alguna duda?

La neutralidad de su tono de voz le genera aún más desasosiego.

—Solo una: ¿son conscientes de que estoy...?

—De permiso de maternidad, sí. Pero como ya ha recibido el alta médica no cuenta con ningún impedimento para acudir a la cita. ¿Algo más?

—No, nada más.

—Muy bien. Hasta el viernes, entonces.

Lo siguiente que hace Sara es mirar la pantalla del móvil como si esta le fuera a ofrecer alguna solución. Segundos después empieza a escribir un wasap a Sancho, pero enseguida se arrepiente y lo borra.

—Maravilloso: en entredicho como madre y ahora como policía —le recrimina al dispositivo.

Barrio de Las Delicias

Pese a que la lluvia ofrece una tregua y disminuye la intensidad con la que azota a los pocos que transitan las calles, Ramiro Sancho y Antón Anchorena llegan calados al Rosabel. Cuqui los recibe con su sonrisa inmarcesible mientras ellos buscan su espacio al final de la barra.

—Vaya con Valladolid, ¿no era esta una tierra de secano? —se queja el de la CGI.

—De normal sí, pero últimamente no pasan cosas muy normales por aquí. Dos cafés solos.

—El mío riégamelo con dos gotitas de coñac, haz el favor, que es por prescripción médica —pide el navarro.

—Oído.

—Y que lo digas —retoma Anchorena—. Estáis en boca de todos, y te mentiría si te dijera que en Madrid no están acojonados, porque no hay mayor miedo que estar amenazado por alguien que no sabes quién es. La falta de conocimiento asusta, pero el desconocimiento absoluto acojona.

—Pues ya va siendo hora de que le pongamos cara y ojos, ¿no crees?

Anchorena no contesta.

—Este comisario tuyo, Alfageme, ¿qué tal es?

—De la vieja guardia. Os entenderéis bien.

—Eso me ha parecido. A ti te tiene en muy alta estima.

—Hemos pasado por unas cuantas movidas juntos que al final se han resuelto a favor.

—Ya, ya... Con los gemelos se montó un buen pifostio, ¿no?

—Ni me lo mentes, que todavía no lo tengo superado. Pero es que meses más tarde tuvimos un secuestro que, ahora que lo pienso, no se resolvió muy a favor. También nos tocó enfrentarnos a una red de trata de mujeres, y, ya en la Interpol, a una organización masónica chunga. Luego hubo un atraco en el Museo Nacional de Escultura que se tiñó de sangre, y por último lo del escritor tarado que se inspiraba matando... Mil mierdas —resume.

—Lo que te decía antes, Sanchito, estás siempre en el lugar y el momento equivocados.

—Será eso. ¿Por dónde quieres que empecemos?

El de la Comisaría General de Información agarra la cucharilla, la introduce en su taza de café y golpea el fondo varias veces.

—Sancho, no te lo tomes por donde no es, pero esta vez te va a tocar mirar los toros desde la barrera.

El pelirrojo frunce tanto el ceño que sus pobladas cejas se abrazan.

—Venga, no me jodas, Antón. ¿Estás de coña?

—No. Y no es cosa mía, créeme. Viene de muy arriba, pero si quieres que te dé mi opinión, lo entiendo.

—¡¿Qué es lo que entiendes?!

—Eres un portaaviones torpedeado. No te digo que vayas a hundirte, y menos ahora, pero si lo haces, en Canillas no quieren que arrastres al fondo a nadie más.

—¡Déjate de analogías, cojones, y dime qué pasa!

—Coño, Sancho, que tienes a tu mujer en el hospital como consecuencia de una de las explosiones. Estás implicado en lo emocional, y que tu comisario no te haya apartado de la investigación en el minuto uno no lo entienden los que lo tienen que entender.

Sin retirar la mirada de los ojos de su interlocutor, Sancho se tira de los pelos del bigote.

—Ya, lo que tú digas, pero no es solo por eso, ¿verdad?

Anchorena calibra su respuesta al tiempo que le da un sorbo al café. Apenas percibe el sabor del coñac.

—Siempre tuviste muy buen ojo, eso no puedo negarlo. Supongo que sabes que tu nombre y el de Sara circulan como posibles investigados en una causa que está en manos de Asuntos Internos.

—Sí, lo sé, pero no tienen una mierda donde agarrarse.

—Algo tendrán cuando los anacletos han metido el hocico. Imagínate el chocho que se puede montar si trasciende que estáis siendo cuestionados y participas en la investigación del caso que tiene en vilo a todo el país. ¿Entiendes ahora la analogía del torpedo?

Frustrado, el pelirrojo da un manotazo en la barra.

—Mira, Sancho, yo no sé ni quiero saber qué pasó con Vázquez de Aro, pero ellos sí, y ese es un problema que no puede salpicar al

resto. ¿Tú crees que yo he levantado la mano cuando han elegido al pringado que iban a poner al frente de esta gran mierda? No, para nada. Estaba yo bien a gusto con las cuatro cosas que manejo. Pero me quieren a mí, y a mi edad no pienso complicarme más de lo estrictamente necesario.

—Y yo soy una complicación para ti —murmura entre dientes.

—Para mí no, para ellos. Suficiente. Entiendo que no lo veas de este modo, pero te aseguro que quedarte fuera es lo mejor para ti en este momento. ¿Recuerdas nuestro encuentro en aquella taberna de San Juan de Luz?

Sancho contesta de inmediato.

—Julio de 1993. Semanas después del atentado de López de Hoyos.

—Exacto. Tú estabas convencido de que lo había ordenado Iñaki de Rentería y estabas obsesionado con demostrarlo.

—Y sigo convencido de ello.

—Ya, pero para ello tocaba meter las manos en el fuego, y tú ya estabas bastante quemado por aquel entonces. Pero tú insististe, y ahí fue cuando me di cuenta de que tu labor en el País Vasco había terminado, ¿te acuerdas?

—Perfectamente.

—Me costó un huevo y la yema del otro hacerte entrar en razón, pero tengo grabado el día que coincidimos en el funeral de Goyo Requena y a la salida me diste las gracias por haberte sacado de allí.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues esto es igual, hostias. Hoy y mañana estarás jodido, pero pasado me lo vas a agradecer.

Sancho inspira por la nariz y desvía la mirada.

—Pasado mañana ya te diré, ahora estoy tan de mala hostia que no me aguanto a mí mismo.

El teléfono le vibra en el bolsillo. Es Sara.

—Cuqui, cóbrate aquí —dice dejando un billete de cinco euros sobre la barra.

—Sancho...

—Ni Sancho ni hostias —se despide.

Calle Gerona

Desde donde se encuentra, sin posibilidad de registrar las palabras que están saliendo de la boca del inspector Sancho, deduce por su gestualidad que no ha recibido buenas noticias. Apostado dentro del coche de alquiler, lo había visto salir de la comisaría acompañado por un hombre al que no conocía. A distancia, los había seguido a pie hasta ese garito que es cafetería, restaurante y karaoke al mismo tiempo. Minutos más tarde ha salido con el rostro crispado para atender una llamada que parece haberle alterado todavía más.

Acto seguido, Ramiro Sancho camina a paso ligero hasta donde tiene el Audi A5 y cruza el Arco de Ladrillo como si estuviera en medio de una persecución. Al Témpano le cuesta seguirle sin exponerse demasiado. El final del trayecto tiene lugar en un garaje de la plaza del Salvador. Allí se ve obligado a abandonar el seguimiento, dado que es un área peatonal y no puede arriesgarse a que le identifique la Policía Municipal antes de multarle.

—No serás ese río rebelde que abandona su cauce, ¿verdad, inspector? —se pregunta al perderlo de vista.

Satisfecho —aunque con la intriga de no saber qué le ha podido pasar a su rival—, el Témpano se dispone a abordar el siguiente objetivo del día.

El restaurante Las Aldabas, ubicado en la céntrica calle Teresa Gil, está mucho menos concurrido que de costumbre. Aún es pronto, por lo que decide acomodarse en la barra y pedir una tónica. A su lado, un hombre lee el ejemplar del día de *El Norte de Castilla*, cuya portada reza: «Toda una ciudad en jaque». Le gusta, pero evita darle más importancia de la que tiene para que esa dosis de ego no le haga perder tensión. Introduce el pulgar en el bolsillo relojero del pantalón para comprobar que tiene el bote con el americio-241 en polvo y se encomienda a Adro para que le brinde la oportunidad de usarlo.

La idea germinó el mismo día que volvió de visitar a su antiguo compañero, Gerardo Méndez, en su lujoso apartamento del Duque de Lerma, el edificio más alto de la ciudad. Había ido con la excusa de hablar sobre la tragedia de Cristina, pero la realidad es que nunca

lo ha soportado. Ya en la primera misión que compartieron en el Líbano percibió en él algo impostado, incómodo, como si todo en Méndez fuera una versión exagerada de sí mismo. Años más tarde, cuando coincidieron de nuevo en un curso de explosivos que él impartía para el Ejército de Tierra, la relación habría quedado en un mero saludo cordial, pero en una charla trivial descubrieron que Méndez había estudiado con Cristina en un colegio de Valladolid. Al preguntarle a ella lo describió como el típico baboso con las mujeres —y con ella muy especialmente—, un ser apocado que vivía convencido, en su miserable fuero interno, de que él le había arrebatado a la mujer de su vida. Ese único amor verdadero que jamás llegó a corresponderle.

Un auténtico imbécil.

El caso es que ahora le había venido muy bien su miserable existencia porque ocupaba el cargo de responsable de inventario del polvorín del cuartel de Caballería de Valladolid. Tenía que aprovecharlo, y para ello había forzado ese acercamiento previo antes de actuar. El encuentro se había desarrollado por los cauces previstos, y cuando regresaba al lugar donde había estacionado la California pasó por delante de un local del barrio de la Victoria que estaba en traspaso. A través del escaparate reconoció los detectores de humo iónicos, y en ese preciso instante supo cómo acabaría con él. El pobre desgraciado tendría un final parecido al que tuvo Tahir Yalil al-Habbush con las semillas de abrina. Similar, pero más agónico aún.

Casi inhumano.

Que se joda.

Ese mismo día esperó a que cayera la madrugada. No le costó forzar la entrada de un local en el que no habían activado la alarma, y en menos de seis minutos ya tenía en su poder los dos detectores que iba a necesitar. Le resulta curioso que la gente desconozca la peligrosidad de lo que compra e instala en sus negocios. Te venden que ese tipo de detectores funcionan a las mil maravillas, que son ideales para cualquier bolsillo y que, además, requieren muy poco mantenimiento. Y vas tú y los compras sin saber que en su interior contienen un isótopo radioactivo como el americio-241. Es cierto que

la radiación alfa que irradia es de baja penetración, pero resulta del todo letal si se ingiere o se inhala. Sin embargo, para el Témpano, lo atractivo del americio no es que mate sino cómo mata.

Como una plaga de langostas con las cosechas.

Lo único que tuvo que hacer fue tomar precauciones a la hora de manipularlo. Guantes y mascarilla. Extraerlo es para principiantes, pero sí debió empeñarse a fondo en machacar las dos placas lo suficiente como para convertirlas en un polvo negruzco muy parecido al residuo de carbón. Solo le restaba lograr que su objetivo ingiriese una cantidad microscópica para causar el efecto que buscaba. La muerte que merecía.

A falta de diez minutos para las dos y media, Marco Antonio Gavilán empieza a notar un cosquilleo cercano a la impaciencia. Sabe que ese estado no le beneficia y trata de sofocarlo observando el entorno. El local, amplio y bien organizado, no destaca por su decoración, sino por cómo exprime cada metro cuadrado. En las dos ocasiones anteriores en las que ha estado allí le ha sorprendido la destreza del personal para acomodar a los clientes en lugares inverosímiles. Servicio rápido y profesional, carta variada, con especial atención a los pescados del día, los fuera de carta y los arroces. Excelente bodega. Ahora bien, barato no es, y aun así siempre está lleno, salvo cuando la población se siente amenazada y prefiere quedarse en sus casas.

La mesa que suele ocupar su objetivo de hoy se encuentra al fondo a la izquierda, en un ensanchamiento del local que ofrece un espacio más reservado, perfecto para comidas de negocios o para personajes públicos que buscan no ser molestados. Pasados seis minutos de la hora prevista, lo ve entrar acompañado de un hombre y una mujer. Y entonces sí, sonríe. Y en ese instante irrumpe sin permiso la voz de Arube Mbemba recordándole cuál es el destino de los ríos que se desvían de su cauce:

—Cuando Adroa creó el mundo se dio cuenta de que necesitaba agua para que se desarrollara la vida. Así, creó los ríos para que pudieran trasladarla a todos los rincones. Sin embargo, uno de los ríos más caudalosos se reveló contra su naturaleza y decidió salir de su cauce para conocer otros lugares. Arrasó con todo lo que

encontró a su paso, pero llegó el día que se encontró de frente con una inmensidad inabarcable de agua de la que no pudo huir y que lo terminó devorando antes de tiempo. Esa inmensidad era el mar.

—Eso significa que, hagamos lo que hagamos, no podemos huir de nuestro destino, que es la muerte —concluyó él.

—Exacto, pero si nos mantenemos en nuestro cauce es probable que dispongamos de más tiempo.

Y el tiempo del hombre que acaba de pasar a su lado ya se ha agotado.

Residencia de Ramiro Sancho y Sara Robles

Sentados uno frente al otro, ambos tratan de analizar con frialdad la situación que se les viene encima.

El proceso de elaboración de la famosa tortilla de patata de José María les ha regalado un tiempo precioso para poder hablarlo sin que él sea partícipe. Antes no han podido. Porque seis minutos después de que Sancho entrara en casa con la idea de tranquilizar a Sara tras recibir la llamada de la inspectora jefe de Asuntos Internos, ha llegado su suegro. A ojos de Sancho cargaba con un petate demasiado grande, lo cual, de entrada, no le ha hecho mucha gracia. Pero el hombre, al margen de comprobar el estado físico de su única hija, lo que quería era conocer a sus nietas. Lógico. Así las cosas, no les ha quedado más remedio que poner rumbo de nuevo al Río Hortega, visita que les ha servido para canalizar la situación de un modo diferente. José María se ha emocionado hasta tal punto que no ha sido capaz de verbalizar nada coherente durante los quince minutos que le han permitido estar en la zona de neonatos. Únicamente balbuceaba algo que podría traducirse como: «Pero qué bonicas son mis pequeñas». Mientras les daba el pecho a las niñas, Sara ha ignorado todo lo que no tenía que ver con Asia y Greta, a quienes ha visto —o ha querido ver, más bien— algo más grandes que esa misma mañana. Con respecto al padre, el efecto causado ha sido distinto, y lejos de olvidarse de todo, se ha conjurado en silencio con sus hijas para focalizarse solo en lo importante.

«Por mis santos cojones pelirrojos», ha zanjado para sí.

Ya de regreso en casa, y para celebrar el alumbramiento con su suegro, Sancho ha abierto una botella de crianza, y esa que tiene delante es su segunda copa de vino. Sara, por su parte, agua. Hasta el momento, lo único que han hecho ha sido conjeturar con lo que puede tener Asuntos Internos en su contra.

—Sí, yo creo que solo puede ser eso: que puedan demostrar que estuviste conmigo en San Cristóbal y Nieves —repite Sancho—, otra cosa no se me ocurre. Listado de pasajeros, ingresos en el país o incluso por la geolocalización de tu móvil, vete tú a saber. Pero qué más da, a ti nunca te preguntaron, por lo que, si es solo eso, podrías reconocerlo y no pasaría nada.

—Sí, porque en aquel entonces yo estaba apartada del cuerpo, expedientada, lo cual no implica que no pudiera viajar al extranjero. Habría que hablarlo con el abogado que me asista durante la declaración, pero sí, yo creo que lo que más me conviene es reconocer que te acompañé a la maldita isla cuando me pidan exponer los hechos.

—Estamos de acuerdo. Por cierto, mañana mismo debemos informarnos en el sindicato de quién es el mejor abogado en estas lides. O la mejor.

—Lo tenía previsto. Hablaré con Ricardo Montero a ver qué me dice.

—Bien. Tenemos que construir una versión muy sólida sobre lo que hiciste..., hicimos —rectifica de inmediato—, durante nuestra estancia allí. Lo más importante es que concuerde con lo que yo alegué en su día. Que llegamos a Barbados con el propósito de demostrar que Álvaro Rodríguez López, alias Álvaro Vázquez de Aro, había entrado con un pasaporte falso y que contábamos con indicios suficientes para pensar que se trataba del Torturador Risueño. Que su intención era trasladarse a un país sin tratado de extradición con España para huir de los crímenes que estábamos investigando.

—Que no dimos con él —continúa Sara—, y que después del intento de atraco que sufrimos en la calle, en el que perdí el ojo, tuvimos que regresar a España y no supimos más del asunto hasta que encontraron sangre de Vázquez de Aro en el yate, y bla, bla,

bla...

—Eso es. Si te mantienes firme en esa versión, por mucho que se empeñen en jodernos van a tener que...

—Joderme —le corrige—, van a por mí.

—Sí, cariño, sí —reconoce—. Van a por ti para joderme a mí. Es decir, que quieren jodernos a los dos. Te recuerdo que todo esto tiene que ver con las ampollas que ha levantado la adjudicación de tu plaza en un tipo con contactos y muy mala baba.

—Lo que sea, pero me toca a mí responder preguntas incómodas.

—Y solo pensarlo me revienta, porque tengo muy presente que fui yo el que condujo hasta Jaca para convencerte de que me acompañaras. No sabes cuánto me arrepiento.

—De nada sirve. Además, la decisión la tomé yo, no te tortures con eso. Lo que deberías hacer es centrarte en lo tuyo, que para ti tienes.

Un leve mohín, casi imperceptible, modifica el semblante de Sancho.

Casi.

—¿Qué pasa? —quiere saber Sara.

El pelirrojo toma aire.

—En Canillas no me quieren al frente del caso. Me han apartado de la investigación.

—No me lo creo.

—Créetelo.

Los siguientes minutos los emplea Sancho en explicarle la charla que ha mantenido con Antón Anchorena.

—Al final, aunque sé que no ha sido cosa suya, le he tenido que mandar a la mierda. Pero ya está, este sapo me toca zampármelo a mí solito. Míralo por la parte buena: así puedo centrarme en esto y en las niñas.

—¡En nada está! —oyen anunciar a José María desde la cocina.

Sara agarra la copa de Sancho por el fuste y hace girar el vino. Luego se lo acerca a la nariz y aspira el aroma a frutos rojos, vainilla y pimienta negra que desprende el caldo.

—No tiene parte buena, y lo sabes —dice al cabo—. Vas a estar insoportable y con razón, porque se equivocan y es injusto.

—Bueno, de momento no está la cosa para sacar mucho pecho. Te recuerdo que no tenemos nada de nada.

—Porque no os han dado nada donde rascar. Ni tú ni nadie en tu situación habría llegado más lejos con lo que hay.

—Bueno, lo que sea. Todo lo que yo piense no es más que abono para el campo. La situación no va a cambiar, así que lo único que tengo que hacer es masticarlo, digerirlo y defecarlo cuanto antes. Y tal día hizo un año.

El teléfono de Sancho vibra en el bolsillo del pantalón.

—Joder, otra vez este número desconocido. ¡Putos periodistas!

Sancho apura la copa.

—Bloquéalo y listo —sugiere ella.

Y eso hace.

—Hale, a mamarla de una vez. Por cierto, a tu padre le vas a...

—Nada —responde ella tajante—. Por ahora ni una palabra, porque ya sabes cómo se toma las cosas. Dejemos que disfrute de sus nietas.

—Me parece bien. ¿Y sabes lo que voy a hacer yo?

—¿Emborracharte?

—Hasta que me patine la lengua.

—Tienes mi beneplácito, tú que puedes. Fíjate, me viene a la cabeza una frase que le escuché decir a un tipo en la radio y que pensé «mira qué apropiado»: «Si tu mundo va a estallar, sé tú la chispa».

El pelirrojo agarra la botella y asiente con la cabeza.

—Bum.

Despacho de Omar Fuentes

—No me pases más llamadas —le dice el alcalde a Alfonso, su asistente, tras consultar el reloj—. Y si puedes, por favor, consígueme algo para el ardor de estómago, que me está matando. Y ya de paso un paracetamol, gracias.

No ha tenido un buen día. En realidad, lleva una racha pésima en casi todas las facetas de su vida. Con Patricia, su pareja, discute día

sí, día también. Antes no era de esa manera, pero ahora la nota mucho más irascible. Está todo el rato con las uñas afiladas, y en cuanto encuentra la ocasión, le suelta un zarpazo. Ella, que ocupa un alto cargo en una entidad financiera de renombre, está acostumbrada a tratar así a su equipo, pero él hace tiempo que no le consiente ni media. Antes tenía más manga ancha con sus arrebatos, pero desde que un día le tiró la taza del café de un manotazo la cosa cambió. Al margen de eso, la cama ya no les funciona como lugar de reconciliación, y tendría que hacer un esfuerzo para recordar la última vez que se acostaron. Hoy mismo ha estado a punto de llamarla varias veces para tratar de arreglar el cisco que han organizado entre los dos antes de salir por la puerta, pero no tiene la certeza de que vaya a obtener ningún resultado, por lo que ha preferido jugársela al momento en el que vuelvan a verse esta noche en casa. Lo suyo con Patricia tiene muy mala pinta, pero mucho más oscuro aún es el panorama en lo profesional.

Todo lo que siempre ha logrado mantener en pie ahora se tambalea.

Desde que se sentó por primera vez en ese sillón hace más de siete años no había tragado tanta mierda como ahora. Mierda que cae de arriba y mierda que brota de abajo. Mierda, mierda y más mierda. En ningún caso imaginaba que un alcalde tuviera tan poco que decir en una situación tan crítica como la que están atravesando. De hecho, ya ha recibido una fuerte reprimenda desde Ferraz pocas horas después de comparecer en público. Incluso ha llegado a sus oídos que hay una corriente en el partido que defiende que el atentado del sábado es una evidente respuesta por parte del tipo que está poniendo patas arriba Valladolid a su emotiva intervención ante los medios. Como si él lo hubiera provocado al decir que se iba a encargar personal y encarecidamente de que se hiciera justicia. Hasta el ministro del Interior le ha dicho que no había estado acertado al tildarlo de perturbado mental. ¿Y qué es si no ese malnacido?

Un maldito loco.

Pero está claro que si algo es susceptible de empeorar, empeora, y ayer mismo por la tarde recibió una llamada del presidente del

Gobierno instándole con muy buenas palabras a que se quedara al margen de todo. Dicho de otra forma: que se pusiera de perfil para no cagarla más. ¿De verdad piensan que él tiene la culpa de que un tipo haya decidido sembrar el caos en Valladolid?

Cabrones. Desleales.

Un fuerte pinchazo en el estómago le obliga a doblarse sobre sí mismo.

—Joder —masculla—. Joder, joder.

De inmediato levanta el teléfono de sobremesa y marca el 1.

—Carlos, por favor, ¿me traes eso antes de que me dé un chungo?

—En el botiquín no hay nada para el estómago, así que Justi ha bajado a la farmacia a ver si está abierta.

—Pues que se dé prisa, que me estoy muriendo.

Nunca le ha pasado. Encima hoy apenas tenía apetito y solo ha comido ensalada de tomate con ventresca y un trozo pequeño de corvina al horno. Sin embargo, es evidente que algo le ha sentado mal, porque desde que ha terminado de comer ha empezado a notar cierto regusto metálico en la boca que ha achacado al estrés. No le ha dado demasiada importancia, pero está empezando a sudar y tiene náuseas. Quizá haya sido la porción de tarta de cinco chocolates, y no obstante le resultaría extraño, porque es, ha sido y será su postre favorito en Las Aldabas, y una de las razones principales por las que reserva en ese restaurante una vez por semana. Incluso en ese lugar, que suele funcionar como refugio, ha tenido que lidiar con varios comensales que se han acercado a su mesa a manifestar su preocupación por la situación que les está tocando vivir. El colmo ha sido una señora de unos setenta años que le ha llegado a increpar por salir a comer por ahí sin haber atrapado al terrorista. También es verdad que ha habido un hombre que le ha expresado su apoyo total y le ha animado a mantenerse muy firme para que el pánico no cunda entre la ciudadanía. Visto en perspectiva, ha sido un error pueril ese empeño de seguir con su actividad habitual, y ahora admite que tendría que haber hecho caso a las voces que le aconsejaban que no se dejara ver tanto mientras durara la crisis.

Otro aguijonazo, esta vez en el bajo vientre, le avisa de que tiene

que ir al baño con urgencia. El siguiente le hace aullar de dolor.

Cuando se dispone a levantarse, Omar Fuentes nota que todo se mueve a su alrededor y que las piernas no le responden. No le queda otra que agarrarse al escritorio para evitar perder la verticalidad, pero al sentir una nueva puñalada, que le obliga a echarse las manos a la barriga, cae a plomo. Retorcido por el dolor en el suelo y con la vista nublada, no encuentra otro recurso que pedir auxilio, pero cuando da la orden al cerebro, este ya está ocupado tratando de gestionar las alarmas que le llegan desde innumerables puntos de su sistema nervioso central.

Algo más tarde, cuando entra Alfonso con las medicinas, se lo encuentra tirado en posición fetal; inconsciente. Tiene la tez cerosa, un espeso líquido amarillento con vetas oscuras ha brotado de su boca y presenta evidencias claras de haber perdido el control de sus esfínteres.

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

Carne de cañón

Goma, Kivu del Norte,
República Democrática del Congo
Jueves, 11 de abril de 2013, a las 11.50

Ese día se había levantado arrastrando un malestar generalizado que incluía fatiga muscular, dolor de estómago y de cabeza, pero lo achacaba al período habitual de aclimatación que exigía viajar al corazón de África.

Un peaje más.

Era la tercera vez que el subteniente Gavilán regresaba a la región de los Grandes Lagos, pero la primera que lo hacía integrado en la MONUC, la misión de paz que lideraba la ONU en la República Democrática del Congo. En esta ocasión, sin embargo, la tensión prevalente y la violencia que se había vuelto a adueñar de la región habían llevado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a autorizar la creación y el despliegue de una brigada de intervención militar con el fin de mitigar el daño que estaban provocando los grupos de milicianos en el este del país.

Porque, si había algún dios protegiendo aquellas tierras, llevaba siglos distraído.

Conformada por tres batallones de infantería, uno de artillería y otro de reconocimiento, la mayor parte de sus miembros procedían de países africanos, excepto una sección de fuerzas especiales integrada por lo mejor de cada casa. Tal era el caso del subteniente Gavilán y otros tres suboficiales a su cargo, pertenecientes a la II Bandera de la Legión Española, todos del Batallón de Zapadores.

Habían aterrizado hacía cinco días y aquella era su primera salida. Su misión consistía en verificar la presencia de varios grupos del M23 que seguían operando en la zona a pesar de que, supuestamente,

habían entregado sus armas después de ser expulsados de Goma —ciudad que habían tomado a sangre y fuego en noviembre del año anterior— tras la milagrosa recuperación del Ejército congoleño. Lo que se sabía sobre el Movimiento 23 de marzo era que se trataba de una agrupación armada tutsi cuyo ámbito de actuación principal se hallaba en Kivu del Norte y que contaba con el apoyo nunca reconocido del Gobierno de Ruanda. Lo que no se sabía era que atesoraba una dilatada experiencia en combate y que no se iba a marchar con los bolsillos vacíos de una de las regiones con más riqueza mineral del planeta.

La partida de reconocimiento estaba formada por dieciséis hombres distribuidos en cuatro vehículos a los que habían llevado en dirección norte hasta Buhumba. Desde allí debían continuar a pie para adentrarse en una zona de bosques tropicales donde la civilización apenas había dejado rastro de su legado.

Tardaron dos días en llegar a las inmediaciones del volcán Nyamuragira, donde acamparon con la idea de reemprender la marcha hacia el este con las primeras luces del día. Esa noche aparecieron unas décimas de fiebre, y lo poco que ingirió antes de meterse en la tienda su estómago lo expulsó en las tres veces que tuvo que levantarse a vomitar. El soldado tanzano encargado del botiquín le administró un antitérmico y paracetamol, pero le advirtió de que los síntomas eran coincidentes con los de la fiebre amarilla, y que lo único que podía hacer era hidratarse continuamente y controlar los picos de fiebre.

A última hora de la tarde llegaron a Kahe, la población que había reportado la presencia de una partida de entre treinta y cuarenta milicianos rebeldes hacía cuatro días. Según les informaron, después de pasar por allí y apropiarse de lo poco que habían encontrado, habían continuado la marcha hacia el noroeste en dirección al lago Vita, un área muy despoblada y, por su naturaleza orográfica, de difícil acceso, y en la que solo existían pequeños asentamientos de tribus lugbara.

Aquella fue la primera vez que el Témpano escuchó ese nombre que tanto le iba a marcar el resto de su vida.

El jaleo empezó sobre las diez de la mañana del día siguiente. En

la mitad de la nada, todo. Emboscada de manual por ambos flancos, varios caídos por ráfagas de ametralladoras pesadas bien dispuestas y ocultas entre la vegetación. Él, que no estaba en las mejores condiciones físicas, cerraba la marcha y logró ponerse a cubierto junto con cuatro soldados sudafricanos con escasa experiencia en combate. Como oficial de mayor rango condujo al grupo ladera arriba con el propósito de evitar el fuego cruzado y buscar una buena posición en la que defenderse. Unas rocas alineadas en uve les sirvieron para apostarse y recuperar el aliento mientras seguían oyendo disparos.

El sudor febril que le empapaba el cuerpo le hacía sentirse vulnerable y le costaba fijar la vista en los objetivos, cada vez más borrosos, que ya se aproximaban a su posición. Cuando ordenó abrir fuego, los sudafricanos abatieron a tres enemigos y él confiaba en que, como solía ocurrir, aquello provocara la retirada del resto, pues se trataba de grupos muy poco proclives a luchar en desventaja. No fue así. Espoleados por el alcohol y las drogas, los milicianos seguían llegando en oleadas, y poco a poco lograron recortar la distancia. Una granada de mano estalló en la posición que defendía uno de los cascos azules sudafricanos, lo cual hizo que su compañero decidiera abandonar la suya, cayendo a los pocos metros. Con ese flanco expuesto, y sin apenas munición para hacerles frente, no le quedó otra opción que ordenar la retirada hacia un afluente bastante caudaloso que habían cruzado poco antes de caer en la emboscada. Incentivado por el sonido de las balas que silbaban sobre su cabeza, corrió todo lo que pudo sin mirar atrás hasta que se parapetó junto a un árbol para comprobar que, en efecto, estaba solo.

Las voces de sus perseguidores se escuchaban demasiado cerca, por lo que tomó aire y corrió a la desesperada para alcanzar esa corriente de agua que, en su deteriorado estado físico, era su única vía de escape. Justo antes de lanzarse desde una altura de unos seis metros, giró la cabeza y pudo ver a un niño de no más de quince años con un pañuelo rojo en la cabeza apuntándole con su Kalashnikov. En su mirada descubrió un vacío que no volvería a ver hasta que se encontró con la suya reflejada en el espejo varios años después.

El impacto de la bala en la parte trasera del muslo le desequilibró en el aire, y la entrada en el agua no fue ni se pareció a como le habían enseñado que debía producirse en casos como ese. Se fracturó el tobillo en el lecho del río, pero logró mantenerse a flote, y la corriente salvadora le ayudó a convertirse en un blanco cada vez más complicado para los milicianos del M23 que querían acabar con él.

Todavía no podía saberlo, pero el agua cobraba protagonismo por primera vez en su segundo nacimiento.

El Témpano se dejó arrastrar varios kilómetros hasta que sintió que se le agotaba el depósito y corría el riesgo de perder la consciencia. Las últimas gotas de energía las empleó en alcanzar la orilla y practicarse un torniquete con una rama y su cinturón. Cuando volvió a abrir los ojos, la noche, auspiciada por una luna a la que no le tocaba brillar en el firmamento, lo teñía todo de negro. Tenía frío, notaba los músculos entumecidos y el parte de daños que ordenó realizar al cerebro le devolvió un pésimo diagnóstico de su tren inferior. Aun así, reunió lo que le quedaba de fuerza y logró ponerse en pie, pero al intentar dar un paso se desplomó como un títere al que le cortan los hilos. El panorama no podría ser más desalentador: perdido en algún punto de un inabarcable bosque tropical, muy mermado físicamente, incapacitado para desplazarse, desarmado y rodeado por enemigos.

Carne de cañón, sí, pero carne viva.

Su instinto de supervivencia le forzó a arrastrarse unos metros para encontrar cobijo en un enorme tronco de árbol con una oquedad en la base. Sumido en un estado febril, semiinconsciente, permaneció acurrucado durante horas hasta que vio que ese oscuro telón que todo lo cubría empezaba a rasgarse con la llegada del amanecer. Animado por la luz del sol, el Témpano se otorgó una última oportunidad y exploró su entorno en busca de algo que le permitiera caminar. Una rama que tardó una vida en arrancar le sirvió de muleta; y resolvió que la mejor opción, o la única, era desplazarse siguiendo el cauce del río. En su estado, ganar un metro era un suplicio, pero su código genético no había sido programado para rendirse, por lo que siguió avanzando sin pensar en nada más.

La fatiga no tardó en aparecer de nuevo, y a la tercera vez que perdió la verticalidad ya no logró levantarse. Tumbado boca arriba, con la mirada clavada en las nubes, que se desplazaban muy despacio en un mar azul turquesa, se dejó llevar en un último pensamiento que bosquejaba los rasgos de Cristina. Y justo antes de perder la consciencia notó que algo se le endurecía por dentro.

Como el agua cuando se transforma en hielo.

Lo primero que escuchó al llegar al otro mundo fue el sonido de unas voces extrañas que se expresaban en un idioma que desconocía. Los rostros sonrientes de quienes le fueron a recibir, tallados entre luces y sombras, le hicieron pensar que igual había llegado al paraíso.

Y, en cierta medida, no se equivocaba.

El paraíso lugbara.

Soltar lastre

Residencia de Sara Robles y Ramiro Sancho, Valladolid
Viernes, 2 de diciembre de 2022, a las 7.24

Nueve días para la traca final

No sabría precisar cuánto tiempo lleva mirándola. Contemplarla así, rendida al sueño, es el mejor remedio para lograr que la garra que le oprime el estómago afloje un poco la presión.

Desde el lunes —cuando, tal y como le advirtió a Sara, se metió en la cama si no borracho, sí al menos bastante tocado— no ha conseguido descansar del tirón ninguna de las cuatro noches. Más que preocupado, está agitado. Rebotado con el mundo. Su mundo. Ese que pensaba que tenía bajo control hasta que alguien decidió hacerlo saltar por los aires a bombazos.

Tiene demasiados frentes abiertos.

En la comisaría, de puertas adentro, está centrado en que no se le note la frustración que le genera no participar en la investigación que tiene ocupados a casi la totalidad de los recursos disponibles. Del Grupo de Homicidios han implicado a todos menos a él, a Álvaro Peteira y a Áxel Botello, que siguen con las gestiones de los casos que tenían en curso. La labor que le han encomendado al resto es hacer seguimiento de las llamadas que recibe el 112 de particulares que creen saber quién es Adro, como lo han bautizado después de que se filtrara a los medios el significado de la firma del hombre más buscado del momento.

La brigada está tomada por la gente de la Comisaría General de Información, que va y viene, y reina en el ambiente una especie de psicosis colectiva alimentada por la prensa y los mandos, pese a que, por suerte, no ha habido más explosiones desde la de la plaza

de España del sábado. Los intentos de acercamiento que ha probado Anchorena se han quedado en los límites que marca la buena educación, aunque bien es cierto que el navarro le mantiene al día de los escasos avances que se han producido. Al parecer, han centrado todos sus esfuerzos en establecer un perfil, y los expertos que se encargan de ello han acotado la búsqueda en torno a militares o exmilitares con dilatada experiencia en el manejo de explosivos y que hayan participado en alguna campaña en el África subsahariana. El listado de nombres no es reducido, pero el instinto de Anchorena le dice que ese es el camino que deben seguir y, por lo que ha llegado a los oídos de Sancho, han empezado a escarbar en los que tienen o han tenido algún tipo de vinculación con Valladolid. Zetazeta también le informa de las novedades que se producen en el análisis de los restos de explosivos enviados al laboratorio, pero en este aspecto no hay nada nuevo: los fabrica con componentes que se pueden adquirir en cualquier comercio o, más sencillo aún, comprar por internet. Por lo demás, Herranz-Alfageme da la impresión de estar a punto de colapsar en cualquier momento, y el pelirrojo trata de evitar cualquier roce con él que los lleve a un punto de no retorno.

En definitiva, y utilizando terminología militar, podría decirse que este frente sufre un estancamiento total cuando deberían haber obtenido avances importantes aprovechando la inactividad del enemigo.

En cuanto a Sara, hoy es el día. Hace dos días lograron mantener un encuentro con el abogado del sindicato que la va a asistir durante todo el procedimiento, y lo cierto es que a ambos les ha causado buena impresión. Él les insistió en que lo que más le conviene a Sara es contestar solo a las preguntas que no resulten comprometidas, y que si en alguna no lo ve claro siempre puede acogerse a su derecho a no declarar. Para ellos, el objetivo de este primer interrogatorio no es otro que averiguar qué tienen en su contra y qué pruebas podrían aportar en el caso de terminar en los tribunales. La mala noticia es que, por lo que ha podido averiguar el abogado, la inspectora jefe Nieto es un hueso duro de roer y, según las malas lenguas, está reuniendo méritos que la aúpen a ocupar el

cargo que en un futuro no muy lejano quedará vacante. Hasta cierto punto le sorprende y le genera cierta envidia no ver a Sara demasiado preocupada por tener que enfrentarse a un proceso que podría quedarse en nada o bien convertirse en un auténtico infierno. Y no sabe si eso es bueno o malo. Es positivo en tanto en cuanto lo va a afrontar con la entereza de quien no tiene nada que esconder; y es negativo porque, en realidad, sí tiene mucho que esconder.

En definitiva, y utilizando de nuevo terminología militar, podría decirse que en este frente, todavía inactivo, están a punto de entrar en combate y no son capaces de medir las fuerzas del enemigo ni el armamento con el que cuenta.

Lo mejor, sin duda, tiene que ver con las pequeñas. Sancho ha aprovechado la libertad forzosa que le han impuesto para pasar más tiempo con Asia y Greta, incluso a pesar de que la presencia de su suegro le resta algunas horas que le cede gentilmente. Bien es cierto que el bueno de José María les ha comunicado que al día siguiente tiene previsto volver a Jaca, lo cual, para ser honesto, a Sancho le ha parecido una excelente decisión por su parte.

La jefa de Pediatría del hospital les ha comunicado que, de seguir evolucionando así, podrían salir de Neonatos en dos o tres días y que, como mucho, en una semana las podrían tener en casa. Según les ha explicado, depende de que los sistemas respiratorio y digestivo se desarrollen con normalidad y no aparezcan complicaciones de última hora. El optimismo que les transmite la doctora es el arma secreta que Sara y Sancho necesitan para ganar la guerra, por lo cual, si algo tienen claro y decidido en el plano estratégico es que no van a escatimar recursos en ello.

—¿Vas a seguir mirándome mucho rato? —pregunta Sara sin abrir los ojos.

—Joder, ¿ahora ves a través de los párpados?

—No me hace falta, siento tu respiración en la cara. Y ya que estás tan cerca podrías darme un beso, ¿no crees, rancio?

Sancho cumple.

—No quería despertarte.

—Llevas toda la noche dando vueltas en la cama. Menos mal que no guardo el arma en la mesilla de noche.

—Ya, joder. Ojalá pudiera desconectar la cabeza con la facilidad con que tú lo haces.

—Otro de mis superpoderes.

—Lo digo en serio. Eso de poder aislar las emociones en compartimentos estancos es una ventaja competitiva que ya quisieran muchos. Yo, por ejemplo.

—Hay que entrenarlo, no funciona chasqueando los dedos.

—Otra decepción que me llevo.

Sara bosteza al tiempo que se frota los párpados.

—Esta noche podríamos ir a cenar por ahí con mi padre, como despedida, que siempre que viene lo tenemos encerrado en casa —propone ella.

—Bien, así celebramos lo que haya que celebrar. ¿Sentados?

—Sí.

—Te lo pregunto porque si vamos pronto podemos pillar sitio en la barra del MQ y darnos un homenaje.

Sara sonríe, le agarra por la barba y le atrae hacia sí para devolverle el beso.

—Ves como cuando quieres ser útil... Por cierto, ayer estaba pensando en que ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que nos dimos un homenaje de los de sudar en la cama.

—Pero ¿estás en condiciones de...?

—No —le corta—, pero eso no tiene pinta de ponerse bueno de hoy para mañana, y la verdad es que, aunque suene muy raro saliendo de mi boca, muchas ganas no tengo.

—Me imagino.

—No, creo que no te lo imaginas. Independientemente, si a ti te apetece soltar lastre, solo tienes que decírmelo, ¿vale?

De manera no consciente, pero sí inmediata, el cerebro del pelirrojo envía una orden sicalíptica que se recibe de muy buen grado en destino.

—¿Qué hora es? —quiere saber ella al tiempo que se estira en la cama.

—La hora de soltar lastre.

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

La doctora Sánchez Alegría, especialista en Medicina Interna del Hospital Clínico Universitario de Valladolid, no puede dejar de mirar al monitor. En concreto, a dos palabras: «Elemento radioactivo». La página tres del informe toxicológico que le acaba de llegar del laboratorio no deja lugar a la duda: «Detectada presencia de americio-241 en sangre y orina con afección directa en el hígado y los riñones».

La doctora se frota la cara y resopla.

En sus treinta y cuatro años de carrera nunca se ha encontrado con un caso así, por lo que no tiene la menor idea de qué tratamiento debe aplicar al paciente. Por ahora, lo único que ha podido hacer es administrarle calmantes para paliar las fuertes contracciones abdominales y antitérmicos, además de tratar de mantenerlo estable. Sin embargo, lejos de presentar alguna mejora, ha empeorado, y cuando está consciente se retuerce de dolor. De momento, su gabinete ha decidido no comunicar nada a los medios más allá de que sufre una indisposición médica transitoria, pero ya han transcurrido cuatro días desde su ingreso y le han insistido en que necesitan un diagnóstico claro.

Lo siguiente que hace es buscar su teléfono móvil y seleccionar el contacto del doctor Ambrosio, del Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses.

Al tercer tono le responde.

—Ángela, qué alegría —bromea haciendo uso de su apellido en un juego de palabras que dejó de funcionar cuando salió de la facultad —. ¿Cómo va todo?

A pesar de que lo conoce desde hace años y mantiene con él una relación cercana, la doctora decide ir directamente al grano.

—Perdona las horas, sé que es algo temprano. ¿Te pillo en tu despacho?

—Pues sí, acabo de sentarme. ¿Pasa algo?

—Te acabo de enviar por email un informe que he solicitado de un paciente que ingresó de urgencia el pasado día 28 con una fuerte afección gastrointestinal. En las primeras analíticas de sangre y orina

no detectamos nada más que un descenso muy brusco de glóbulos blancos, pero, como no éramos capaces de localizar el origen del problema, solicité un análisis toxicológico. ¿Lo tienes?

—A ver, un segundo..., aquí está. Dame un segundo...

Silencio.

—Joder, Ángela —dice al cabo—. Americio. Jo-der.

—Ya, ya, eso mismo he pensado yo, pero ¿podrías ser más explícito?

—El americio-241 es un isótopo radioactivo que emite partículas alfa. En determinadas dosis resulta letal, pero es muy complicado intoxicarse de forma accidental, porque solo resulta dañino si se inhala o se ingiere.

—¿Y esto cómo ha podido suceder? Es decir, ¿cómo pudo el paciente entrar en contacto con el americio?

—Que yo sepa se ha utilizado bastante en los detectores de humo de tipo iónico, pararrayos, antenas de telecomunicaciones, satélites y otros dispositivos, pero va siempre encapsulado, y aunque lo tocaras no te afectaría porque no se absorbe por vía cutánea. ¿El afectado a qué se dedica?

—No te lo puedo decir, Alejandro, pero no se trata de ningún operario, técnico o similar.

—Entiendo. Entonces, ¿no crees que se trate de una intoxicación accidental?

—Por lo que me estás contando, no, no lo creo.

—Vaya.

—¿Existe algún tipo de tratamiento para favorecer su eliminación del organismo?

—No, ese es el problema. Para que te hagas una idea, el americio-241 es cerca de cincuenta veces más radioactivo que el plutonio en términos biológicos.

—¿Ni siquiera una terapia agresiva de quelación?

—Los agentes quelantes funcionan bien en una intoxicación con metales pesados tipo plomo, aluminio, cobre, pero con agentes radioactivos lo único que hacen es favorecer la eliminación a través de la orina de lo que todavía no haya sido absorbido por las células y, por el tiempo que ha transcurrido, diría que resultaría del todo

ineficaz.

—¿Y una transfusión?

—Tampoco, porque si el hígado y los riñones están afectados significa que también lo está el tejido óseo. Igual ralentiza el proceso, pero no lo revertiría. Todo va a depender de la cantidad de americio que tenga en el organismo.

—Viene en alguna parte del informe.

—Vamos a ver...

Durante el tiempo que el doctor Ambrosio permanece callado, su interlocutora piensa en cómo demonios va a comunicar la noticia al paciente. Nerviosa, tamborilea con el bolígrafo sobre el escritorio.

—Sí, aquí está. Se han detectado 0,19 microgramos en sangre y 0,27 en orina. ¿Cuándo fue ingresado?

—El día 28, a última hora de la tarde.

—¿Y las muestras cuándo fueron tomadas?

—El 30.

—Vale. Eso quiere decir que buena parte del americio fue expulsada a través de la orina y las heces, por consiguiente, tenemos que pensar que ingirió al menos el doble de la cantidad que se le ha detectado en sangre. Doy por hecho que fue vía oral por los dolores gastrointestinales, si lo hubiera inhalado tendría muy afectadas las vías aéreas y los pulmones.

—De momento el paciente respira con normalidad.

—Tendría que consultar a otro especialista, porque, así de cabeza, no te sé decir en qué cantidad resulta letal. Ahora bien, para estar seguros, y si su estado clínico lo permite, me tendrías que hacer llegar una muestra de tejido óseo, que es donde se deposita el americio, y otra del hígado, por ejemplo.

—Cuenta con ello.

—La cuestión es que una vez que ha entrado en el organismo no se puede tratar. Afecta al tejido celular y se va expandiendo por todo el cuerpo hasta que provoca un fallo multiorgánico letal.

—¡Coño, Alejandro, no me digas eso, que se trata del alcalde de Valladolid! —se le escapa a la doctora Sánchez Alegría.

—¡No me fastidies! Pues como el americio esté ya extendido, me parece que muy pronto vais a tener elecciones municipales

anticipadas, Ángela.

Plaza del Salvador

Lleva más de una hora sentado en el banco de la plaza frente al parking en el que el inspector Sancho aparca el coche. A su lado, una bici de alquiler con la que piensa seguirle esa mañana con el propósito de conocer más en profundidad a su rival.

En este sentido, no le ha gustado nada que la prensa haya anunciado la incorporación de personal especializado procedente de la Comisaría General de Información, pero no porque crea que vayan a desequilibrar la balanza, sino porque no tiene forma de saber qué papel desempeñará en la investigación el barbudo pelirrojo, a quien ha elegido como némesis. A pesar de defender intereses opuestos, es capaz de empatizar con el infierno que le está tocando vivir, y lo necesita al frente para que todo encaje como lo ha planificado durante esas ocho semanas y tres días de preparación. No puede estar completamente seguro, pero intuye que carga con un peso parecido al suyo, por lo que será más probable que conecten. Es ese animal herido que se empeña en seguir avanzando. Como él.

Se acerca el momento de decidir con quién establecer la comunicación, y ahora mismo el inspector Sancho es su candidato principal.

En los medios de comunicación todavía no han proporcionado detalles sobre la hospitalización de Omar Fuentes, pero asume que su entorno no estará demasiado tranquilo. Qué poco le costó echarle el polvo de americio en la porción de tarta con la que sabía que solía rematar sus comilonas en Las Aldabas. En cuanto vio que el camarero que atendía su mesa salía de la cocina con el postre fue a su encuentro y captó su atención con una pregunta absurda que le hizo desviar la atención del plato mientras él espolvoreaba el isótopo radioactivo sobre la deliciosa cobertura de chocolate negro. Es verdad que el alcalde no se la acabó del todo, por lo que el plazo que va a tardar su organismo en sucumbir es todavía una incógnita.

Su final, en cambio, es una certeza.

Para matar el tiempo repasa de nuevo su cuaderno de operaciones, aunque tiene muy claro cuál será la sucesión de acontecimientos que está por llegar. Revisar sus anotaciones le hace retroceder en su memoria hasta el 21 de octubre, día en el que realizó su segunda visita guiada a la torre de la catedral.

—Aquí pueden ver la imagen del proyecto del arquitecto Juan de Herrera: un templo destinado a convertirse en uno de los más grandes de toda la cristiandad —continuaba explicando la guía.

En la mochila portaba los dos kilos de PG3 —menos veinte gramos que había reservado para otros menesteres—, el detonador y el reloj despertador de la marca Casio que había encontrado en la mesilla de noche de Cristina. No tenía la certeza de si surgiría la oportunidad de colocarlo, pero sí sabía que el único momento para hacerlo era cuando llegaran a la cúpula de la torre y todo el grupo saliera a la terraza panorámica a contemplar las vistas de la ciudad desde una altura de setenta metros.

No le quedaba otra que tragarse de nuevo toda la visita. Su mayor preocupación consistía en pasar del todo desapercibido, por lo que iba ataviado con ropa cómoda y se cubría la cabeza con una gorra deportiva negra de los Yankees, la más usada en este planeta plagado de ovejas de dos patas.

—Les puedo asegurar que estar aquí dentro cuando suenan las campanas no resulta nada agradable. Acompáñenme ahora a la cúpula —les invitó la guía—. Ustedes deciden: escaleras o ascensor.

El Témpano aguardó a que todos subieran por las escaleras y se quedó en la última fila mientras la mujer les explicaba cómo se había coronado la cúpula de la torre con la escultura del Sagrado Corazón de Jesús, de ocho metros de altura y diez toneladas de peso. El latido se le aceleró cuando uno tras otro los visitantes fueron saliendo al exterior. Había que jugársela, pero no tomó la decisión hasta el último momento, cuando regresó sobre sus pasos y se escondió en el único sitio que había localizado en la anterior visita. Se trataba del lado posterior de la plataforma sobre la que está erigida la estructura que soporta la estatua, que la guía había definido como «su columna vertebral». Tumbado en el suelo escuchó cómo se apagaban las voces de los turistas al descender de nuevo al

nivel inferior y, entonces sí, puso el cronómetro en marcha. Contaba con unos cuarenta y cinco minutos hasta que llegara el siguiente grupo, tiempo más que suficiente para lo que él había calculado que le iba a llevar la operación. Escaló por la estructura hasta llegar a la rejilla que, dedujo, utilizaban los técnicos de mantenimiento para acceder al interior del Sagrado Corazón. Siete fueron los minutos que invirtió en adherir el explosivo plástico a la base de la estatua de hormigón armado y configurarlo como carga hueca para lograr el efecto deseado. Luego solo restaba conectarla al detonador y programar el reloj en la fecha y hora establecidas.

Si sus cálculos eran correctos, la ciudad vería por segunda vez la destrucción de una de sus torres más insignes, ciento ochenta y un años después del derrumbe de su hermana gemela en 1841. Por último, buscó el lugar idóneo para dejar su impronta: fuera del alcance de la vista, pero donde pudiera ser encontrada en el momento oportuno. El techo de las escaleras que conectaban los dos primeros niveles fue el punto elegido, y sin perder un segundo regresó a su escondite. Se le hizo larga la espera hasta que empezó a oír las voces del siguiente grupo. Sereno, aguardó hasta que salieron al exterior, instante que aprovechó para unirse a ellos como uno más en el que nadie había reparado.

Desde aquel día han transcurrido seis semanas, y aunque esa no es la mayor sorpresa que tiene preparada para los vallisoletanos, no le cuesta reconocer que arde en deseos de que llegue la hora de asistir al espectáculo.

Un movimiento le hace levantar la vista, y es entonces cuando ve aproximarse a Ramiro Sancho desde la esquina de la librería Oletvm. Va acompañado por una mujer cuyo rostro, a pesar de cierta crispación en los rasgos, le resulta atractivo. El inspector accede al portal que está junto a la puerta del garaje mientras la mujer espera fuera, por lo que deduce que no viven en esa comunidad. Transcurridos un par de minutos aparece el Audi A5 con el pelirrojo al volante, ella se sube y continúan la marcha.

Toca pedalear.

El cazador nunca pierde el rastro de su presa.

Comisaría de distrito de Las Delicias

En el despacho que le han improvisado en comisaría, Antón Anchorena revisa varios documentos bajo una fría luz fluorescente que convierte la estancia en un espacio casi quirúrgico.

O de penitenciaría.

Ensimismado en sus pensamientos, apenas percibe el ruido que se cuela desde el exterior. Hace unos minutos ha recibido la llamada del comisario general de Información, Fernández Villanueva, que le ha comunicado la necesidad de encontrar algún avance de consideración que pueda vender al secretario de Estado de Seguridad. Anchorena, cuya experiencia le otorga un máster en leer entre líneas, sabe que «de consideración» se puede traducir en «cualquier cosa que cause un efecto placebo en el Gobierno». Así y todo, se ha quedado con ganas —como casi siempre que le toca hablar con él— de mandarle a ese lugar del que no se retorna oliendo del mismo modo. De buena gana se encendería un cigarro, pero hace años que dejó de fumar, después de que su cardiólogo le dijera que estaba asfaltando una autopista de nicotina hacia la tumba. También tuvo que dejar de tomar café de forma compulsiva, pero nota que sus neuronas necesitan algo de estímulo, por lo que está a punto de levantarse de la silla cuando se abre la puerta.

Inés de Marcos, una de las últimas incorporaciones a su equipo y que destaca por su capacidad analítica tanto como por su incapacidad para saber cuándo demostrarla, agita unos papeles por encima de la cabeza.

—Jefe, hemos encontrado algo.

Minutos más tarde, Anchorena, al que ya se le han pasado las ganas de fumar, contacta con Villanueva por teléfono.

—Dime que tienes algo —le contesta.

—Diría que sí. En el informe ha aparecido un nombre. Exmilitar apartado del cuerpo con probada experiencia en el manejo de explosivos y varios despliegues en misiones de paz en África. Coincide con la descripción morfológica que tenemos. Se le retiró por causas psicológicas y tiene vínculos probados con Valladolid. De hecho, tenemos una dirección.

—¿Y qué quieres hacer?

—Detenerle e interrogarle.

—Así, sin pasar por vicaría.

—Exacto, del tirón. Lo que tenemos es más que suficiente para que nos autoricen una detención preventiva. Si está de acuerdo, preparo la operación para esta misma noche.

Durante los segundos que tarda en contestarle, Anchorena se muerde el interior de los carrillos.

—Me encargo de hablar con el juez. Tomad precauciones, si es nuestro hombre no nos lo va a poner fácil.

—Lo sé. Le mantengo informado.

En cuanto termina la llamada, suelta el teléfono y descarga una palmada en la mesa.

—¡Vamos, cojones! —grita eufórico entre dientes.

Acto seguido sale del despacho y hace una seña a Inés para que regrese a su despacho. Es justo entonces cuando ve pasar a Sancho y Sara por delante de la puerta de la brigada. Por unos breves instantes se siente tentado de hacerle partícipe de las buenas nuevas.

Pero la tentación, en este caso, no resulta suficiente.

Sala de interrogatorios

Cuando Sara entra en la sala acompañada por el abogado del sindicato que la va a asistir, la inspectora jefe Nieto ya está sentada en la mesa junto a un hombre diez años más joven que su jefa, pero con la misma expresión circunspecta, muy ensayada, de asistencia obligada a un velatorio. Viste ella un traje de falda marrón oscuro de corte beato, sin una sola arruga, y lleva el pelo recogido en un moño que soporta más presión que un hombre que ha sido infiel con su cuñada. Pómulos marcados, mirada severa de ave rapaz, labios finos y rectos, poco acostumbrados a la concavidad. Sus piernas y su espalda forman un ángulo perfecto de noventa grados. Ni ochenta y nueve ni noventa y uno: noventa. A Sara le da la sensación de estar frente a una escultura policromada del barroco cuyo autor ha

fracasado en su intento de humanizarla.

El cruce de «buenos días» podría helar el ecuador.

—Gracias por su puntualidad —arranca Aurora Nieto mientras abre una carpeta de tapas negras repleta de folios—. Trataré de ser breve. Lo primero que les tengo que decir es que esta conversación va a ser grabada. Como ya habrán leído en la citación, está aquí en calidad de investigada por un presunto delito cometido en el ejercicio de sus funciones como funcionaria del Cuerpo Nacional de Policía con el cargo de inspectora de Homicidios de Valladolid.

La inspectora jefe Nieto prolonga un silencio forzado.

—Los hechos se remontan a mayo de este año, y contamos con indicios que nos invitan a pensar que cometió irregularidades en el curso de la investigación del caso conocido como el del Torturador Risueño.

—Indicios, no pruebas —recalca Francisco Ortigosa, el abogado de Sara.

Este, cuya estrategia es desnudar la acusación para averiguar qué tienen en contra de su clienta, recibe una mirada reprobadora de la de Asuntos Internos.

—Eso he dicho. Indicios suficientes como para formalizar esta citación. Los hechos se produjeron cuando usted, suspendida en el ejercicio de sus funciones, viajó a Bridgetown, Barbados, acompañada de Ramiro Sancho, por aquel entonces miembro de la Interpol, a quien se le había encargado dar soporte en la investigación. ¿Es correcto?

Sara, que aparenta estar algo distraída, asiente con la cabeza. En realidad es un mecanismo natural de defensa para ocultar que se siente incómoda. Lo sabe porque le sudan las manos y nota cierta sequedad en el paladar.

—Conteste, por favor, para que quede constancia.

—Es correcto.

—Mi primera pregunta es: ¿cómo averiguaron que el sospechoso, Álvaro Vázquez de Aro, tenía una cuenta bancaria a su nombre en el Central Bank of Barbados?

—Eso se lo tendrán que preguntar a Ramiro Sancho y a la Interpol.

La inspectora jefe Nieto mira a su subalterno y chasquea la lengua.

—Reformulo la pregunta: ¿usted era consciente del propósito del viaje a Barbados?

—Yo me limité a acompañar a mi pareja, dado que necesitaba un cambio de aires por el estrés que estaba viviendo por la apertura de un expediente que consideraba infundado e injusto, y que, como sabe, se resolvió con una falta leve.

—Cuatro días de suspensión y un apercibimiento —completa—. Tenemos razones para pensar que dicha información se obtuvo de forma ilegal a través del portátil del abogado de Vázquez de Aro, el señor Mateu, asesinado por este según se probó en las diligencias del caso por unas huellas encontradas en una botella de coñac.

—Tienen razones para pensar, pero no pruebas —interviene de nuevo Ortigosa.

—No crea. Durante el registro de su domicilio se halló una copia del disco duro del señor Mateu en la que aparecía dicha información.

—Lo cual no prueba nada en contra del señor Sancho, pero mucho menos de mi clienta, la señora Robles.

Aurora Nieto libera un suspiro con aire de hastío.

—Solo quiero que quede constancia de ello. Por otra parte, contamos con el testimonio del señor Trotman, director del departamento legal del banco anteriormente citado, en el que asegura que un hombre cuya descripción encaja con la del inspector Sancho lo coaccionó con el propósito de que le facilitara la dirección de Vázquez de Aro en la isla de San Cristóbal y Nieves. ¿Es usted conocedora de estos hechos?

—No.

—Muy bien. Por lo tanto, insiste en que su papel durante las semanas que estuvo allí se limitó al turismo, y que en ningún caso participó en la investigación del caso que fue la razón que llevó al inspector Sancho a aquel rincón del planeta.

—Así es —contesta ella en un tono de voz menos firme de lo que le habría gustado.

La inspectora jefe Nieto invierte unos segundos en revisar la documentación. Durante el proceso frunce los labios como si no

estuviera del todo conforme con lo que está leyendo.

—Sí, aquí está. Como sabe, a Vázquez de Aro se le dio por desaparecido tras ser hallados restos de su sangre en la cubierta de una embarcación. Restos que nos invitan a pensar que se produjo algún tipo de enfrentamiento físico que conllevó la muerte del sospechoso. Y, dado que no se le ha vuelto a ver ni se han registrado movimientos en sus cuentas bancarias, se sumó uno más uno y dio dos.

Sara se hace la sorprendida.

—¿Sugiere que Vázquez de Aro podría estar vivo?

—Bien sabe usted que no, pero eso ahora carece de importancia. Veamos. En esas mismas fechas usted denunció un intento de robo que terminó con la pérdida de un ojo. ¿Es cierto?

—Sí, así fue.

—No lo pongo en duda, pero alguien suspicaz podría pensar que por la coincidencia de ambos hechos, es decir, la desaparición de Vázquez de Aro y su incidente, podrían estar relacionados.

Sara se encoge de hombros. Sus dedos se entrelazan con fuerza bajo el tablero de la mesa.

—No me corresponde a mí valorar eso.

—Por supuesto. Por tanto, usted asegura que nunca estuvo en esa embarcación de recreo.

—Así es.

De nuevo, un silencio prolongado.

—¿Y si le dijera que se recogieron dos tipos más de sangre en la cubierta de ese barco?

Sara tarda en reaccionar.

—Diría que es indicativo de que había más de una persona en ese barco.

La interrogadora fuerza una mueca empática.

—Buena respuesta. ¿Estaría dispuesta a proporcionar una muestra de sangre de manera voluntaria para descartar que sea suya? Si asegura que usted no estuvo en ese barco, no debería tener ningún inconveniente.

—No debería —interviene el abogado—, pero mi clienta no se va a comprometer a ello en este interrogatorio.

Aurora Nieto gana distancia, como si las palabras del abogado le hubieran impactado en la cara.

—¿Ah, no? ¿Me explican por qué? ¿Es que podría comprometerla de forma milagrosa?

Sara quiere intervenir, pero Ortigosa frustra el intento agarrándola con suavidad del antebrazo.

—Porque no tiene ninguna obligación. Simplemente por eso.

—Vaya. Pues yo, en su tesitura, si todo lo que ha declarado fuera cierto, lo haría sin dudarlo, porque de ese modo se zanjaría este asunto. De negarse a ello, podrían complicarse mucho las cosas para su cliente.

—O no. Para que un juez ordenara la toma de una muestra a mi cliente tendría que presentar claros indicios, no suposiciones ni conjeturas, de que la señora Robles pudo estar en esa embarcación de recreo. Así que o nos cuenta o muestra algo más sólido o me temo que vamos a tener que dar por concluido este interrogatorio, señora Nieto.

La inspectora jefe sonríe satisfecha, esta vez de verdad.

—Por mi parte he terminado, pueden marcharse cuando lo estimen oportuno. Tendrán noticias nuestras.

Algo desconcertada, Sara abandona la sala contenta pero con mal cuerpo, como un roedor regurgitado por una *Boa constrictor*. Sancho, que la aguarda fuera, va a su encuentro y lee la preocupación en su rostro, que ha adquirido cierta tonalidad cárdena.

Antes de que pueda abrir la boca, ella se anticipa.

—Llévame a ver a las niñas.

Zerocafé

En cuanto pone un pie en el local, Sancho tiene la sensación de que la garra con la que convive en su estómago ha dejado de apretar, o, por lo menos, tiene las uñas menos afiladas.

En la pantalla, un vídeo de una banda española que no conoce. Hay gente, pero bastante menos de lo habitual. Las siguientes

palabras que va a pronunciar ya están prefabricadas en sus cuerdas vocales.

—Jameson con hielo.

Ella le ha insistido. Resulta evidente que necesita espacio.

Sara no ha abierto la boca desde que han salido de la comisaría hasta el hospital y Sancho no ha querido preguntar. Durante esos prolongados silencios puede oír los engranajes de su cabeza dando vueltas y más vueltas. La conoce lo suficiente para saber que solo habla cuando tiene algo que decir. Y no era el caso. Tampoco lo necesitaba. Sabía que la cosa no había ido bien, pero le reconcomía no conocer los detalles. Ha sabido esperar al momento adecuado para preguntar: después de estar cuarenta minutos con las pequeñas y notar que sus rasgos volvían a la normalidad.

—¿Me tengo que preocupar o directamente me tengo que ocupar de algo?

Sara le ha mirado, ha extendido el brazo y le ha acariciado la mejilla. Luego ha enterrado los dedos en la frondosidad de la barba y, tras unos segundos, ha compuesto una sonrisa endeble, inestable.

—No tengo la menor idea, pero sí sé que la inspectora jefe Nieto no se va a conformar con las migajas. Quiere el pan entero.

—Ya, bueno, me parece muy bien, pero resulta que ese pan es de este otro perro viejo —ha dicho él golpeándose en el pecho con el índice—, y como se acerque a olisquearlo le voy a meter una dentellada en el cuello.

—Ojalá fuera tan fácil, pero, mira, en este momento no voy a dedicarle un minuto.

Sara ha consultado la pantalla del móvil.

—Vamos a movernos, que hemos quedado con mi padre en media hora.

Hacía tiempo que no iban al Martín Quiroga, el restaurante de Valladolid con más demanda por metro cuadrado. De hecho, el mismo día del año que abren el libro de reservas lo cierran, porque las cuatro mesas que tienen en el restaurante se llenan para toda la temporada. Cocina tradicional sofisticada, producto de temporada y servicio impecable a cargo de los hermanos Nica y Marcos, propietarios del negocio. Como sus nombres no eran de esos

privilegiados que estaban apuntados en la agenda, no les ha quedado otra opción que ir a las 20.30 y ocupar tres taburetes en la barra antes de que lo hagan otros. Incluso una noche como la de hoy, en la que la mayoría de los vallisoletanos han decidido refugiarse en sus casas, la sala estaba llena.

De todo lo que les ha cantado Nica desde los fogones han elegido las colas de gambón estilo *thai*, el *carpaccio* de gamba blanca, la palometa escabechada y el rabo de toro estofado al vino tinto. Botella de Carmelo Rodero 9 para ellos y un blanco de Menade verdejo para ella, que lo ha degustado como si fuera la última vez. A Sara la ha notado bien, diría que más participativa de lo normal durante las conversaciones a tres, pero sabe que está preocupada. Lo advierte en su mirada, en determinados gestos que intenta evitar, en ausencias fugaces durante las cuales su semblante se ensombrece. No obstante, podría decirse que han disfrutado de la cena y que les han venido muy bien a los tres esas dos horas y media de desconexión.

De regreso, a la altura de la calle Platerías, Sara se ha detenido y le ha dicho que se pasara por el Zerocafé para despejarse un rato. Al principio le ha dicho que no, pero ella ha insistido con la excusa de sacar un rato para charlar a solas con su padre.

—Venga, una copa y voy para casa —ha accedido Sancho.

Con el Jameson en la mano se ha acercado a saludar a Paco Devotion, quien le ha recibido, como siempre, estrechándole la mano.

—¿Estos modernos quiénes son? —pregunta señalando a la pantalla.

—Siloé. Son de aquí y lo están petando bastante.

—Ah, sí, he oído hablar de ellos. Me lo anoto.

Sancho se acoda en su hueco preferido de la barra y se moja los labios con el whisky irlandés. Es al hacer el barrido visual rutinario cuando sus miradas se cruzan. Está acompañado por una pareja de su edad y todos sostienen un botellín de cerveza en las manos. Sancho levanta la mano para saludarlo y es él quien toma la iniciativa de acercarse.

—Muy buenas —le saluda Hernán Zunzunegui.

—Buenas. ¿Cómo tú por aquí?

—Peteira me habló de este lugar el otro día, y como han venido unos amigos de Bilbao a pasar el fin de semana, los he traído a ver si era cierto eso de que es el mejor garito de la ciudad.

—Buen fin de semana para visitar Valladolid —comenta Sancho.

—Ya, bueno, a estos se la suda bastante todo. El padre de ella, empresario, estuvo muchos años amenazado por ETA y nunca se movieron de Galdácano.

—Dos cojones.

—Oye, no sé si te has enterado de lo del alcalde.

—Sé que está hospitalizado. ¿Le ha pasado algo?

—Una amiga de una amiga que es enfermera de la UCI me ha dicho que está fatal, y que al parecer lo han envenenado con un producto radioactivo, tipo lo que le hicieron al espía ruso que terminó palmando.

Sancho tarda en procesar la noticia.

—Hay que joderse.

—Sí, lo que pasa es que todavía no lo han contado.

La charla, lógicamente, se alimenta de conjeturas y divagaciones sobre el caso. Zetazeta augura que en algún momento el tipo va a querer darse a conocer porque a nadie le gusta vivir en el anonimato, y que ese será el principio de su final. Sancho no lo tiene tan claro, pero tampoco cuenta con un argumento sólido al que agarrarse. El tédax está a punto de regresar con sus amigos cuando ocurre.

Un prolongado estruendo que llega del exterior anticipa la llegada de un mazo gigante e invisible que sacude el edificio.

Quietud absoluta generalizada.

Pero efímera.

Gritos.

Sancho y Zetazeta se miran, pero enseguida se dirigen a la puerta, donde hay varias personas señalando hacia el lugar de donde creen que ha provenido la explosión.

—¡Ha sido cerca de la catedral! —chilla alguien.

Sin necesidad de intercambiar palabras, Zetazeta y Sancho corren hacia allá.

Barrio de Covaresa

Seis minutos antes de que la estatua del Sagrado Corazón de Jesús que corona la torre de la catedral estalle en mil pedazos, Antón Anchorena se encuentra en el asiento del copiloto de un vehículo camuflado que está estacionado en el lateral del inmueble que se disponen a asaltar. Dentro está el sospechoso que tiene orden de detener. Está confirmado por el equipo al que ha encargado verificarlo visualmente, y, desde que él accedió a la casa, a las 20.14, nadie ha entrado o salido. No hay duda: se trata del tipo cuyo perfil encaja como un guante en el que han establecido los especialistas de la Comisaría General de Información.

A su lado, con expresión neutra, Inés de Marcos.

—Equipo uno, preparado —escucha por el equipo de transmisión.

—Equipo dos, preparado.

La operación es simple. Dos equipos, conformados por cinco miembros del Grupo Especial de Operaciones, accederán de manera simultánea por las dos entradas que tiene la vivienda, un chalé unifamiliar. De ese modo se reduce de forma considerable el riesgo de que se produzcan heridos civiles en el caso de que la cosa se ponga fea. El equipo uno tiene orden de limpiar la planta principal —distribuidor, salón, cocina, habitación de invitados y aseo— y la bodega. Por su parte, el equipo dos se dirigirá al piso superior, donde hay tres habitaciones y dos baños. Se pretende que la detención sea quirúrgica, pero se ha dado permiso para abrir fuego en el caso de encontrar resistencia armada por parte del sospechoso.

—Atención, equipos uno y dos: a mi orden —dice Marcos Domingo, el jefe del GEO.

Anchorena comprueba su reloj. Faltan tres minutos para la medianoche y, en el exterior, hace tiempo que no se registra ningún movimiento de vehículos ni transeúntes.

El veterano policía inspira hondo por la nariz.

—Adelante —ordena.

Los sonidos que registra a continuación los ha escuchado un millón de veces, por lo que le resulta relativamente sencillo

reconstruir en imágenes lo que está sucediendo. Ambos equipos han accedido a la vivienda, y cada uno de sus miembros se ha dirigido a comprobar las estancias que le han asignado. Confía en que sea el equipo dos el que lo detenga en la habitación principal, y, durante los dieciocho segundos que tarda en llegar la confirmación, Antón Anchorena no puede evitar contener la respiración.

—Sospechoso identificado y detenido —escucha al fin.

Lo siguiente que oye son los gritos de protesta del sospechoso, que se cuelan a través de los equipos de transmisión de los geos, y una voz firme que le informa de los motivos por los que está siendo detenido y de los derechos que le asisten.

—Bueeeeeno, pues ya estaría —dice para sí Anchorena al tiempo que sale del vehículo para comunicárselo a su superior.

Un lejano pero prolongado rugido le hace fruncir el ceño. Inés, que también está fuera, arruga la nariz como si hubiera detectado un mal olor.

—¿Eso ha sido...? —pregunta ella.

—Un puto bombazo, sí.

Silencio.

Terraza de Los Ilustres

Seis minutos antes de que la torre de la catedral sufra daños irreparables, el Témpano está sentado en una terraza ubicada en la esquina de la calle Arribas con la calle Cascajares. Es, sin duda, el mejor lugar posible para asistir a lo que solo él sabe que va a suceder en breve. Le resulta curioso contemplar la normalidad con la que se comporta la poca gente que pasea por la calle o los que están tomando algo en las mesas aledañas. Una calma de cartón piedra que está a punto de desmoronarse.

Lleva ahí desde las diez y media de la noche, y para matar el tiempo se ha traído el diario de Cristina. Ha leído varios pasajes, pero se ha guardado el que justifica la voladura de la torre de la catedral para el último momento.

28 de junio de 2019

Querido diario:

Hoy culmina una de las peores semanas que recuerdo. Asco de vida. Asco de gente. Asco de todo. Desde el lunes a vueltas con los malditos proyectos de las fuentes. Le he presentado cinco variaciones diferentes al tiquismiquis de Ángel Luis, pero al tipo no le convence ninguna. Venga ya. Dice que no quiere arriesgarse a que el concejal le vuelva a rechazar la propuesta y ha tenido la desfachatez de sugerirme que le ponga más corazón al asunto. ¿Más corazón? Lo que le pongo es horas y horas. Desde que entro hasta que salgo del curro más el tiempo que le estoy dedicando en casa.

¿Por qué me habrá tocado un jefe tan idiota?

Pero lo peor ha pasado esta mañana. Teníamos que acompañar al alcalde a la catedral por un proyecto de iluminación que están valorando para la torre. Gustavo Cuadrado quería que yo estuviera presente y allí nos hemos plantado. Lo que no sabía es que me iba a tocar salir al exterior porque el puto alcalde se ha empeñado en que era la mejor forma de hacerlo. Maldita sea mi suerte. Con el vértigo que yo tengo. Al principio he intentado con todas mis fuerzas que no se me notara, pero resulta que son más de setenta metros de altura y una barandilla de mierda que me separa del vacío. A pesar de que en ningún momento he mirado hacia abajo y no he perdido contacto físico con la pared, me temblaban las piernas, y, claro, no era capaz de anotar una sola palabra de lo que estaban diciendo. Pero ¡qué iba a anotar si estaba luchando por no tirarme al suelo y arrastrarme hasta la puerta!

—Jodidos cabrones —verbaliza el Témpano entre dientes.

El caso es que en cuanto el alcalde se ha dado cuenta de que estaba a punto de entrar en estado de shock se ha empezado a partir de la risa. El muy gilipollas va y me dice: «Pero... ¿cómo es posible que un arquitecto tenga vértigo?», se descojonaba. «¿Te

imaginas a Juan de Herrera sin poder subirse a un andamio?» «A ver, Gustavo, la próxima vez que vayas a hacer selección de personal incluye algo así como: abstenerse cagones.» Y el tragaldabas del concejal venga a reírse. Qué mal lo he pasado. Tendría que haberme arrojado al vacío delante de ellos, o mejor aún, tirarlos a ellos por graciosos de mierda. Si todavía estuviera con Marco le pediría que pusiera un buen petardazo en la torre y que la mandara a tomar por el culo.

—¿Quieres un buen petardazo, preciosa? —musita al tiempo que consulta su reloj—. Pues espera unos minutitos.

Al final, ha sido el propio alcalde el que me ha dicho: «Anda, cariño, baja antes de que te dé un telele». *¡¿Cariño?!* Pero ¡¿quién se cree que soy?! ¡¿Su putita arquitecta?! He bajado llorando de la rabia y me he venido para casa sin despedirme de esos dos mierdas. Seguro que el lunes Ángel Luis me dice algo y, entonces sí, le clavo el bolígrafo en el ojo, lo juro.

Asco de semana, a ver si se termina de una santa vez.

A la mierda el que lo lea.

Sin prisa, el Témpano guarda el diario en su mochila y saca unos tapones para los oídos que ha comprado esa mañana en una farmacia. Acto seguido fija su mirada en la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, que, tal y como colocó en su día la carga de PG3, confía en que salga proyectada. Al ser hueca por dentro, la onda expansiva la dirigirá hacia arriba, provocando una lluvia de trozos de hormigón y, por supuesto, la destrucción de la cúpula. Eso está garantizado. Lo que no puede saber, pero va a averiguar de inmediato, es cómo afectará al resto de los cuerpos que conforman la torre.

Vuelve a consultar su reloj, sincronizado con el Casio de Cristina que colocó en su día como temporizador. Los últimos diez segundos los desgrana mentalmente, y, cuando quedan cinco, abre mucho la boca para equilibrar la presión interna del oído con la presión externa y reducir así el daño potencial que la onda expansiva podría

ocasionarle en el tímpano.

—Tres, dos, uno...

Plaza de Portugalete

En cuanto sobrepasan la iglesia de Santa María de la Antigua lo certifican: la cúpula de la torre de la catedral y la estatua del Sagrado Corazón de Jesús han desaparecido.

—¡Hostia, hostia, hostia! —repite Zetazeta.

Los gritos de la gente se funden con el ulular de las sirenas. La mayoría de las personas con las que se cruzan corren en dirección contraria, algunos están parados con la atención puesta en lo que ya no está, otros se sujetan la cabeza con las manos, pero en los ojos de todos ellos hay miedo e incredulidad. Una densa nube de polvo gris que avanza hacia la plaza de Portugalete marca el lugar. Al entrar en la calle Arribas se encuentran con los primeros escombros esparcidos por el suelo, trozos enormes de piedra caliza que antes conformaban una torre, cristales y otros restos irreconocibles.

—¡Joder, no se ve una mierda! —dice Sancho al tiempo que se tapa la nariz y la boca con la camiseta.

El polvo suspendido en el aire es un muro infranqueable.

—Ahí hay una persona tirada en el suelo —señala Zetazeta entre toses.

En posición fetal, un hombre de mediana edad permanece inmóvil. Tiene los ojos entornados, cubiertos de una fina capa blanquecina, y su cráneo parece un mapa orográfico imposible. No necesitan ser médicos para saber que el golpe que presenta en la cabeza ha resultado mortal.

—No se puede hacer nada por él —estima Sancho.

—¡Mierda, joder! —protesta el tédax—. Casi no puedo respirar.

El pelirrojo toma la decisión.

—Tenemos que esperar a que se disipe la nube de polvo.

Una pareja de policías municipales llega al lugar a la carrera.

—¡Tienen que salir de aquí! —les gritan—. ¡Nos han ordenado acordonar la zona!

Ambos avanzan casi a ciegas por la calle Cascajares. En el cruce con Núñez de Arce distinguen una dotación de bomberos y una ambulancia.

—¡Hacia allá, hacia allá! —les indica un bombero con máscara.

El aire no se vuelve respirable hasta la mitad de la calle Cánovas. A Sancho le vibra el móvil en el bolsillo del pantalón. Tiene dos llamadas perdidas de Sara. Al deslizar el dedo por la pantalla se percata de que un ligero temblor se ha adueñado de sus manos.

—Perdona, no había visto que...

—¡¿Estás bien?! —le corta.

—Sí, sí, tranquila —responde en el tono más calmado que es capaz de fingir.

—¡Joder! ¡El hijo de puta ha volado la torre de la catedral!

—Lo sé, lo sé. Acabo de estar ahí, pero...

—¡Ha retumbado toda la maldita casa!, ¡pensé que reventaban los cristales del salón!

—Pero ¿estáis bien?

—Sí, ha sido solo el susto. A mi padre casi le da un infarto, el pobre está blanco todavía. ¿Qué vas a hacer?

—Aquí no puedo hacer nada, así que voy a pasar por comisaría por si puedo ser de utilidad. Luego te escribo.

—De acuerdo.

—Trata de descansar. Te quiero.

Sobre las fachadas se reflejan las luces de los vehículos de emergencias, que no dejan de llegar a la zona. Algunos incautos asoman tímidamente la cabeza por las ventanas que dan a la calle. En sus rostros, perplejidad y pavor.

—Yo me voy a quedar por aquí —le dice Zetazeta, que parece haber envejecido varios lustros.

—¿Estás bien? —se interesa Sancho.

—Me pican los ojos y la garganta.

—Me refiero a...

—Sí. No. No sé. Es que no tengo ni la menor idea de si estoy preparado para tragar con lo que nos vamos a encontrar ahí.

Sancho le pone la mano en el hombro.

—Pues es lo que toca. Luego hablamos.

Zetazeta se dirige hacia un grupo de policías que tratan de mantener alejadas a las personas que se acercan al lugar y les muestra su identificación. Sancho carraspea para intentar sacarse del interior de la boca el polvo y se frota los párpados. La capa de partículas en suspensión opaca la luz de la decoración navideña que resplandecía hasta hace escasos minutos.

Antes de ponerse en marcha dedica una última mirada a la torre de la catedral, mutilada, desnuda en su fragilidad, desamparada por completo.

Como él.

Como todos.

La piel de una gota

Algún lugar de Kivu del Norte,
República Democrática del Congo
Viernes, 13 de diciembre de 2013, a las 7.20

Mientras se abría paso en la espesura, recordaba las palabras que Arube Mbemba le había repetido tantas veces: «No intentes ser silencioso, intenta ser selva». El anciano le había enseñado a entender los sonidos de la Madre Naturaleza para comunicarse con su entorno. No le había resultado sencillo, ni siquiera estaba seguro de haberlo conseguido, pero desde que lo ponía en práctica cazaba más. De hecho, esa mañana ya se había cobrado un duiker y estaba siguiendo el rastro de un antílope macho que se había separado de la manada. La suya —una tribu lugbara conformada por treinta y seis miembros— todavía se desperezaba en el asentamiento que habían levantado cerca del lago Eduardo, pero ese día él había decidido salir de caza antes del alba con la intención de que desayunaran carne.

Se habían cumplido nueve meses desde que fue acogido por los lugbara después de que lo encontraran moribundo en las cercanías del río Rutshuru. Tardó semanas en recuperarse de las heridas con las que se había saldado aquel enfrentamiento con los guerrilleros del M23, y solo gracias al empeño de Mami Mujinga y su dilatado conocimiento de los remedios naturales consiguió salir adelante.

Al principio se limitó a observar y escuchar, aprendiendo palabras y gestos que le sirvieron para empezar a comunicarse con los miembros más curiosos de aquella minúscula comunidad. Por suerte, uno de los más ancianos —a quien llamaban Arube Mbemba— hablaba francés, y, sin entender muy bien el porqué, adoptó la figura de mentor con el único propósito de que pudiera encajar en el

grupo. Aquel hombre había logrado en muy poco tiempo romper el hielo que recubría su corazón y atravesarlo con palabras cargadas de simbolismo y calor. La imposibilidad de pronunciar bien Marco Antonio y la tendencia lugbara a simplificarlo todo hicieron que fuera rebautizado con el nombre de Mako Nonio. Fue él quien empezó a hablarle de Adroa y de sus creencias a través de fábulas y cuentos que garantizaban la transmisión de su cultura y de su modo de entender el mundo. Para los lugbara, Adroa era el dios creador, distante pero omnipresente, cuya fuerza recorría cada río, árbol y montaña. Creían que los espíritus de sus ancestros y de la naturaleza habitaban en todo lo que los rodeaba, protegiendo y guiando a la comunidad. Los rituales, sacrificios y cánticos mantenían el equilibrio entre el mundo visible y el invisible, buscando la armonía con la naturaleza y su protección. En esa visión, la vida era un ciclo eterno donde lo sagrado se entrelazaba con lo cotidiano, y cada acto tenía un peso espiritual profundo. La otra cara de Adroa era Adro, la encarnación del dios celestial en un ser maligno, la contraparte oscura y más temida de su divinidad. Representaba la muerte, la destrucción y el caos, pero también la justicia implacable que castigaba a quienes rompían el equilibrio sagrado. Se manifestaba a través de tormentas violentas, enfermedades y desgracias, recordando a los lugbara la fragilidad de la vida y la necesidad de obedecer las leyes divinas. Aunque aterrador, su poder era necesario para mantener el orden y purgar lo que amenazaba la armonía del mundo.

Todo aquel aprendizaje supuso para él un renacer espiritual, un hogar al que no estaba dispuesto a renunciar por nada del mundo. Y mucho menos por el mundo que había dejado atrás. Por primera vez en su vida estaba experimentando eso que en Occidente definían con la palabra *felicidad*, que no era otra cosa que no necesitar nada más que estar en paz con uno mismo.

Pero todo aquello estaba a punto de esfumarse.

El Témpano, convertido ahora en Mako Nonio, se notaba exultante. La noche anterior, Arube Mbemba le había llevado junto al fuego y por fin le había contado la fábula que, según el anciano, hablaba de él.

—Tú eres ese cazador, hijo, y tu condena es creer que la piel de una gota te hace invulnerable —le resumió—. Tu don es tu maldición, y tu destino es el eco de las decisiones que has tomado en el pasado. La buena noticia es que todavía está en tus manos.

Como el cazador de la fábula, él sostenía su arco cuando localizó al antílope al que perseguía. Este, inquieto, reorientó los pabellones auditivos y tensó los cuartos traseros antes de salir huyendo fuera de su rango de visión. Él tardó unos segundos en entender el motivo.

Disparos.

Se oían lejos, pero no tanto como para no poder localizar la procedencia: el poblado. Calculó mentalmente que se encontraba a más de una hora a pie si seguía la ruta que le había llevado hasta allí, por lo que decidió acortar cruzando el río, cuyo caudal había descendido de modo considerable en esa época del año, así que la corriente no representaba ningún peligro. De nuevo, el agua se aliaba con sus designios. A unos cinco kilómetros de distancia divisó una columna de humo que se elevaba por encima de los árboles, y, aunque el corazón estaba a punto de salírsele por la boca, apretó la marcha. Al llegar al poblado se cumplieron sus peores presagios. Los aromas que solían reinar en el poblado —arcilla, resina, hierbas vivas, leche agria y manteca de karité— habían sido sustituidos por el olor metálico de la sangre y el humo destructor del fuego. Llegaba tarde, y quienesquiera que hubieran perpetrado el asalto habían actuado siguiendo el manual del exterminio.

Sin supervivientes.

Los hombres, asesinados por arma de fuego; las mujeres, ancianos y niños, masacrados a golpe de machete. A Mami Mujinga, como sanadora, la habían desfigurado a pedradas, mientras que a Arube Mbemba se lo encontró en el interior de su choza con la garganta abierta, como los ojos, recubiertos estos por una fina capa de barniz que opacaba su brillo natural. Los suyos, a pesar de estar anegados de lágrimas, registraron el resto de las imágenes macabras como alimento para el odio y la rabia que crecían en su interior.

No había tiempo que perder.

Convertido en selva, mimetizado con el entorno y guiado por Adro, siguió el rastro de la partida de milicianos con relativa sencillez, dado que llevaban consigo el ganado que habían robado a los lugbara. Treinta y seis vidas a cambio de cinco cabras famélicas y una vaca. Él se lo haría pagar mucho más caro. El grupo lo componían tan solo ocho guerrilleros Mai Mai que, dedujo él, se dirigían a Shabunda, cerca de la frontera con Uganda, donde se ubicaba uno de sus campamentos base. Esperó a que cayera la noche para actuar y sacar partido del estado de embriaguez con el que solían abrazar el sueño. Al primero lo degolló mientras dormía con su cuchillo de caza y le arrebató un AK-47 con el que eliminó a los seis siguientes, que apenas si se percataron de que les había llegado la hora. Se dejó para el final al que identificó como el líder por los distintivos que llevaba en la guerrera. Con este se tomó su tiempo. Tras neutralizarlo y atarlo a un árbol, le clavó el cuchillo treinta y cinco veces en zonas no vitales al tiempo que le susurraba los nombres de los miembros de su tribu, hasta que por fin se lo hundió en el corazón. No sintió rabia, ni culpa, ni mucho menos arrepentimiento.

Simplemente, no sintió.

Arube Mbemba fueron las dos últimas palabras que escuchó aquel malnacido.

Una vez restablecida la armonía, regresó al poblado con la idea de incinerar los cuerpos, pero, abatido por el cansancio físico, se entregó al sueño rodeado de los cadáveres de quienes se habían convertido en su familia durante los últimos nueve meses y le habían enseñado lo que nunca hubiese aprendido en nueve vidas. Se despertó al sentir la presencia de la que se convertiría en su compañera de vida los próximos años. Un cachorro de *basenji* lo miraba expectante desde la puerta de una cabaña en la que habían sido asesinados un matrimonio y sus tres hijos. Ambos se habían quedado sin manada, por lo que en ese instante tomó dos decisiones: llamarlo Kivu, para respetar sus orígenes, y protegerlo con su vida hasta que algún día se reuniera con Adroa, su creador.

Tras cumplir con su cometido, emprendió la marcha junto a Kivu hasta Goma, donde sabía que se iba a reencontrar con un pasado que detestaba, un pasado oscuro, turbio, falaz.

En cuanto se presentó a los mandos de la MONUSCO y certificaron con incredulidad la reaparición del subteniente Gavilán, Marco Antonio se despidió de Mako Nonio sin funeral ni sepelio, pero convertido en selva.

Y en el cazador de la última fábula que le había contado Arube Mbemba.

Maldito karma

Comisaría de distrito de Las Delicias, Valladolid
Sábado, 3 de diciembre de 2022, a las 8.10

Ocho días para la traca final

Que él recuerde, ha sido una de las peores noches de su vida, y eso que Antón Anchorena las ha tenido muy malas. Pero como esta que acaba de dejar atrás no conserva ninguna en su memoria, y la tensión acumulada se refleja en las manchas negras que, como un vertido petrolífero en el océano, se extienden bajo sus párpados.

Acaba de terminar la llamada que ha mantenido con Fernández Villanueva, en la que le ha reconocido que van a poner en libertad al detenido tras comprobarse que no se encontraba en la ciudad en la fecha en la que se había colocado el explosivo en el árbol de Navidad y que el día que se produjo la matanza de plaza de España había pasado toda la noche en compañía de su pareja. En el registro de la vivienda tampoco se ha encontrado nada que le vincule con los atentados, y lo cierto es que durante el interrogatorio —que ha durado tres horas— el hombre se ha mantenido firme y sereno en su declaración.

—Antón, nos va a caer mucha mierda, pero nosotros a lo nuestro —le ha dicho—. Si tal como parece ha utilizado explosivo plástico en la catedral, lo vamos a terminar trincando.

—Sí, yo también lo creo —le ha respondido por responder.

—Otra cosa. El ministro se está planteando decretar el estado de excepción en Valladolid.

—No me digas...

—Sí te digo, sí, pero el decreto tendría que pasar por la aprobación del Congreso, así que, si se concreta, no será inmediato.

Esperemos que se quede en un gigantesco globo sonda para distraer la atención de lo importante.

—Entiendo.

—Lo dicho, tú a lo tuyo. Mantenme informado.

—Por supuesto.

En cuanto ha terminado la llamada, ha recibido un wasap de Inés con un enlace a la noticia que acaba de publicar *El País* en su edición digital. La foto que ilustra el artículo, con la torre parcialmente derruida, es por sí sola descorazonadora.

Al menos tres muertos y nueve heridos en Valladolid tras un nuevo atentado que ha reducido a escombros la torre de la catedral

Valladolid, 3 de diciembre de 2022

La histórica catedral de Valladolid fue escenario anoche de una violenta explosión que dejó un saldo provisional de tres personas fallecidas y otras nueve heridas de diversa consideración, así como graves daños materiales. El estallido, ocurrido a las 0.00 horas, destrozó la cúpula y la estatua del Sagrado Corazón, provocando un derrumbe parcial y cubriendo las calles aledañas con una nube de polvo y escombros.

Los servicios de emergencia trabajan con intensidad en la zona para atender a los afectados y controlar el perímetro, que ha sido acordonado por la Policía Nacional mientras se desarrolla una investigación para esclarecer las causas y responsabilidades del incidente que, aunque todavía está sin confirmar, se relaciona con los graves sucesos que han agitado la capital castellana los últimos días. Además de las víctimas, los daños materiales son cuantiosos, afectando no solo al monumento, sino también a edificios colindantes. Las autoridades mantienen la alerta máxima y solicitan a la ciudadanía prudencia y colaboración. Por el momento no se han producido declaraciones oficiales de ningún representante municipal, dado que el alcalde de la ciudad, Omar Fuentes, sigue hospitalizado con pronóstico reservado por causas

que aún se desconocen.

La catedral, un emblema arquitectónico y cultural de Valladolid, declarado bien de interés cultural, enfrenta ahora un arduo proceso de evaluación y restauración tras el impacto de esta tragedia que ha golpeado el corazón de la ciudad. Se esperan nuevas informaciones oficiales en las próximas horas, así como posibles medidas extraordinarias para garantizar la seguridad de los ciudadanos y del patrimonio de Valladolid.

Hay otros dos artículos relacionados, pero, con un movimiento del pulgar, Antón Anchorena declina leerlos. Necesita pasar por el hotel y darse una ducha. Le convendría dormir unas horas, pero sabe que eso no va a ocurrir, al menos hasta que los especialistas de los TEDAX que trabajan sobre el terreno le entreguen el informe técnico de lo sucedido. Por la magnitud de la explosión —que se ha sentido en todo el casco histórico de la ciudad—, se sospecha que ha debido de utilizar explosivo plástico, el cual es prácticamente imposible de fabricar de forma manual. Eso acota la búsqueda, y en este preciso instante es la línea de investigación con más posibilidades de dar algún resultado.

O más bien la única.

Dos golpes en la puerta preceden a la aparición de un viejo amigo, devenido ahora en un incómodo viejo amigo.

—Sancho, de verdad que no es el momento.

—Serán solo cinco minutos.

Anchorena se tapa la cara con las manos y asiente.

—Cinco, pero, por favor, no me recrimines que no te haya contado lo de la detención de un posible sospechoso porque ya sabes cómo funciona esto.

—No van por ahí los tiros. Has estado allí, ¿verdad?

—Sí, he vuelto hace una hora, más o menos.

—¿Y?

—Terrible. Como terribles han sido otros muchos escenarios en los que me ha tocado estar, Sancho. ¿Dónde quieres llegar?

—Quiero entender. Lo estamos tratando como un asunto de terrorismo, pero tú y yo sabemos que detrás de cada atentado hay

un propósito. Sembrar el terror para conseguir equis. ¿Es o no es así?

—Generalmente sí.

—¿Generalmente? ¿Te viene a la memoria alguna cadena de atentados terroristas que se haya producido en algún rincón del planeta sin reivindicar?

El de la Comisaría General de Información sacude la cabeza.

—No.

—Estos. Y eso es justo lo que más miedo provoca, que no sabemos qué quiere y por tanto por qué cojones lo está haciendo. El terrorismo está vinculado a factores políticos, ideológicos, religiosos, culturales o incluso bélicos, pero en este caso estaremos de acuerdo en que responde a un factor personal que desconocemos.

Anchorena se dispone a decir algo, pero el pelirrojo levanta la palma de la mano.

—Un segundo, por favor, que ya termino. Llevo toda la noche dándole vueltas a esto. He leído toda la información que he encontrado sobre casos de lobos solitarios que provocaron atentados por motivos personales asociados a la idea de venganza. No hay muchos, la verdad. Al margen de Unabomber, que pretendía cambiar el mundo, me he encontrado otros como el de Breivik en Noruega, o el de los hermanos georgianos en el maratón de Boston, y varios otros cuyo objetivo era, por resumirlo, castigar al Gobierno por alguna causa concreta.

En ese instante, fiel a su peculiar modo de actuación, Inés de Marcos irrumpe en el despacho.

—Jefe, tenemos algo que...

Anchorena se revuelve en la silla.

—Inés, por lo que más quieras, deja de hacer eso. Sea lo que sea, dame un minuto.

—Pero...

—Pero ¡nada! Siéntate ahí y escucha —le ordena sin necesidad de levantar la voz. Ella obedece—. Continúa, Sancho.

—En nuestro caso, yo diría que lo que quiere es castigar a Valladolid, y vaya si lo está consiguiendo. Ahora mismo la ciudad entera está acojonada. Si te asomas por la ventana verás que no

hay ni Dios por la calle, y es lógico, porque el nivel de riesgo que percibe la gente es muy elevado. En menos de una hora va a trascender que tenemos que poner en libertad a un sospechoso, lo cual se va a entender como un fracaso de quienes tienen que protegerlos. La cosa se va a poner muy fea ahí fuera, y los que estamos aquí dentro vamos a empezar a sudar tinta china.

—¿Empezar? Yo llevo así varias horas.

Sancho sonríe.

—No me extraña. Bien, donde quiero llegar es que estamos siguiendo el manual, pero en este caso no va a funcionar porque no se ajusta al modelo. Tenemos que cambiar el punto de partida, y, en vez de intentar dar con él, debemos centrar nuestros esfuerzos en averiguar por qué quiere castigar a la ciudad de Valladolid.

—Muy bien, perfecto. ¿Y cómo?

—De la única forma que existe: consiguiendo que él nos lo cuente.

Anchorena da una palmada.

—Ah, perfecto, perfecto. ¿Me pasas el contacto, por favor, que le llamo ahora mismo?

—No va a hacer falta —interviene Inés.

Las miradas de Sancho y Anchorena convergen en ella.

—Es lo que venía a contarle. Alguien se ha puesto en contacto con la redacción de *El Norte de Castilla*, y todo parece indicar que se trata de él.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Anchorena.

—No he querido interrumpir hasta comprobarlo. Les ha dicho que ha firmado su última obra en un lugar concreto del interior de la torre de la catedral, y que junto a la firma encontrarían un mensaje suyo. He llamado a Juanjo, que está allí, y acaba de comprobarlo.

—¡¿Y qué es lo que quiere?!

Ella duda.

—Quiere hablar con él y solo con él.

El dedo índice de Inés de Marcos señala al pelirrojo.

Plaza de San Salvador

El dispositivo que le va a permitir comunicarse con garantías con el inspector Sancho mide veinte centímetros de largo por seis de ancho y dos de alto. Su función es emitir ondas de radiofrecuencia en las mismas bandas que usan las compañías de telefonía móvil con el objetivo de confundir a las torres de telefonía. De este modo evita que localicen el origen de la llamada y, por supuesto, que triangulen su posición. El *jammer* lo tiene desde los tiempos en los que trabajaba como mercenario para Executive Outcomes, dado que le obligaban a usarlo siempre que contactaba con ellos vía telefónica. Se quedó con él cuando regresó de la última operación que firmó con los sudafricanos pensando que algún día podría serle de utilidad. No se equivocaba, aunque nunca se imaginó que sería en la tesitura en la que ahora se encuentra.

Con la llamada a la redacción del periódico da por iniciada la siguiente fase de su plan, toda vez que ha sembrado el pánico absoluto en la ciudad, ha obtenido la repercusión en medios que esperaba y tiene la sartén por el mango. Sin embargo, igual que hacen los francotiradores de primer nivel, conviene cambiar de posición aunque no haya sido detectado por el enemigo. Es una cuestión prioritaria que afecta a su seguridad y, por tanto, obligatoria.

Por todo ello, tras asistir al espectáculo de la torre de la catedral, el Témpano ha regresado a casa para trasladar a la furgoneta todo el material que va a necesitar los próximos días. Lo ha ocultado con esmero en un falso doble fondo y, después de dormir unas horas, se ha marchado de la casa de los padres de Cristina, no sin antes eliminar cualquier vestigio de su paso por allí. Ahora le toca adaptarse a las nuevas condiciones, pero sabe que el final está cada vez más cerca y, por el momento, todo se está desarrollando según lo planeado.

Tiene la fecha grabada en su memoria: 11 de diciembre, a las 18.28.

Él considera que lo mejor para no llamar la atención es actuar con total normalidad, por lo que ha buscado una antena de telefonía en un lugar poco concurrido y ha estacionado lo más cerca que ha podido dentro del rango de alcance del *jammer*. La conversación ha

durado más tiempo del que a él le habría gustado, pero, claro, no ha resultado sencillo convencer a la mujer que le ha atendido de que él era ese Adro del que hablaban los periódicos. Y hasta cierto punto le ha resultado divertido. La razón por la cual ha llamado a la redacción del periódico en vez de a la comisaría es que de esa forma se asegura de que los medios estén informados de que se va a producir un contacto entre el hombre que tiene agarrada por el pescuezo a toda la ciudad y la policía.

Un policía en concreto.

Y eso le garantiza que vuelvan a incluir esa pieza en el tablero.

Hasta las cinco de la tarde, hora a la que ha quedado en llamar al inspector Sancho, quiere aprovechar el tiempo para averiguar algo más sobre la mujer con la que lo vio la última vez. No es curiosidad, es necesidad. Cuanto más sepa de él, más ventaja tendrá en la partida que van a empezar a jugar. Con esa idea, el Témpano ha estacionado en el área para autocaravanas que está frente a la Feria de Muestras y ha cambiado la furgoneta por una bicicleta de alquiler.

Son las 9.05 cuando la ve salir de un portal de la calle San Felipe acompañada por un hombre de edad avanzada; se dirigen de nuevo al garaje. Maximiza las precauciones durante el seguimiento debido a la escasez de tráfico, y a punto está de perderlos de vista cuando enfilan la avenida de Soria. Los semáforos se convierten en aliados. Antes de llegar a su destino acierta al pensar que van al hospital Río Hortega, donde ya estuvo el inspector Sancho el día que terminó coincidiendo con él en el Zerocafé.

Interesante.

Aprieta el paso al llegar al aparcamiento exterior para no perder la oportunidad de despejar la incógnita, y los sigue a distancia hasta el Área de Pediatría. Allí ve a la mujer hablar con una enfermera, quien los acompaña hasta una puerta que él no va a poder traspasar.

Ni falta que le hace. Solo necesita leer el rótulo para confirmar sus sospechas: Unidad de Neonatología.

De regreso al aparcamiento, el Témpano agradece a Adroa que lo esté regando de buena fortuna, señal inequívoca de que está con él en su empeño de restablecer el equilibrio que le han arrebatado.

Hospital Clínico Universitario

Se siente huésped de un cuerpo ajeno, una carcasa dolorosa que no reconoce como propia. No puede ser el suyo porque debería ser imposible que todo ese dolor que está sufriendo le corresponda solo a él.

Es demasiado.

Le duelen desde las pestañas hasta las uñas de los pies, pero si hay una parte de su organismo que le molesta más, esa es el estómago. Ahí dentro nota como si un diminuto ejército de seres invisibles con dientes muy afilados le estuvieran devorando poco a poco.

Omar Fuentes desconoce cuánto tiempo lleva ingresado porque no le han dado la oportunidad de hablar con nadie de su entorno desde que ha despertado hace poco más de una hora. Lo único que le han dicho es que le han retirado la sedación para que esté consciente y la doctora que lo trata pueda comunicarle lo que le ocurre. Tampoco le han querido contar nada de lo que está sucediendo en Valladolid, pero su sexto sentido le dice que las cosas no van nada bien.

La ausencia de noticias le molesta casi más que el dolor físico.

Casi. Porque un nuevo mordisco en el bajo vientre le obliga a buscar el pulsador para volver a llamar a la enfermera. Le cuesta estirar el brazo, pero derrochando esfuerzo consigue atraparlo. Está a punto de pulsarlo cuando entra una mujer en su habitación. Unos cincuenta y cinco, media melena rubia no natural y cara de circunstancias.

Mala señal.

—Buenos días, señor Fuentes. Soy la doctora Sánchez Alegría y...

—Por favor, deme algo para el dolor. Me está matando. Por favor —insiste.

—Enseguida le harán efecto los calmantes que le estamos suministrando vía intravenosa. Le he retirado la sedación porque necesito que sea consciente de su estado.

El alcalde percibe la gravedad en el tono de la facultativa y se prepara para lo peor.

—De acuerdo.

La doctora tarda poco más de tres minutos en transmitirle la extrema gravedad de su estado. Omar Fuentes, que no la ha interrumpido en ningún momento, tiene la boca torcida, y se diría que le han aparecido más arrugas de las que tenía antes de la conversación.

—Me gustaría poder darle otras noticias. Lo siento mucho —termina la doctora.

El alcalde aprieta los dientes para combatir una nueva oleada de dolor.

—¿Cuánto tiempo me queda? —pregunta con la voz quebradiza.

La doctora Sánchez Alegría tarda unos instantes en contestar, un vacío que duele más que cualquier diagnóstico.

—No hay forma de saberlo. Ayer mismo solicité unos análisis al Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses para determinar la cantidad de americio-241 que ingirió, porque me temo que todo va a depender de eso.

—¿Y dice que no existe ningún tratamiento que sea efectivo? ¿Ni en España ni en ningún sitio?

—No. Solo podemos retardar el proceso y centrarnos en mitigar el dolor lo máximo posible. A este respecto tengo que preguntarle algo importante.

Omar Fuentes se limita a sostenerle la mirada.

—Necesito saber si prefiere una sedación completa y ser ajeno al proceso o estar consciente y que le administremos calmantes.

El diagnóstico le cae como una enmienda a la totalidad: no hay margen, no hay negociación posible, solo administrar el dolor mientras el tiempo se le agota.

—Es decir, que toda mi capacidad para tomar decisiones se acaba de reducir a morirme ya pero sin sufrimiento, o vivir quién sabe cuánto soportando este calvario. Es eso, ¿verdad?

La doctora introduce las manos en los bolsillos de la bata y aprieta los labios.

—Me temo que sí.

Omar Fuentes inclina la cabeza hacia la izquierda y deja que su mirada se escape por la ventana de la habitación. En ese silencio obligado, desfilan los rostros que dejó en segundo plano, las manos

que no sostuvo el tiempo suficiente, y ser consciente de lo mucho que ya no va a poder reparar le pesa más que su aciago destino. Repasa las opciones que tiene y no tarda en decidir que, si ha llegado su final, él se va a encargar de ser recordado como merece.

Pero antes de tomar una decisión en firme necesita más información.

—¿Ha pasado algo en Valladolid mientras yo estaba sedado? —pregunta.

Ella le pone al día.

—Entonces no me queda otra que tragar con ello, a ver si, al menos, durante el tiempo que me queda somos capaces de dar con la persona que me ha envenenado. Solo le pido que haga todo lo que esté en su mano para que sufra lo menos posible.

—Por supuesto.

—Y ahora, por favor, ayúdeme a encontrar mi teléfono.

Exterior de la comisaría de distrito de Las Delicias

Le ha costado reaccionar. Tres segundos, quizá cuatro.

Ha sido como si su cerebro necesitara reiniciarse. Bien es cierto que han transcurrido casi diez años desde la última vez que se vieron, pero su rostro no ha cambiado tanto como para no haber sido capaz de superar antes el bloqueo. Puede que haya influido el hecho de tener su mente volcada en la conversación que va a mantener con el tipo al que han bautizado como Adro, aunque lo más probable es que tenga que ver con el bloqueo emocional que le ha provocado volver a encontrarse con ella.

Quién sabe.

Sea como sea, en este instante, sumido en una parálisis profunda, Sancho solo se ve capaz de verbalizar su nombre entre interrogantes.

Antes de eso, el pelirrojo se ha visto envuelto en el tsunami burocrático provocado por el requerimiento de Adro para hablar con él. Sin duda supone un vuelco radical de una situación hasta el momento nada halagüeña. Que el tipo que ya ha causado trece

víctimas mortales quiera hablar lo cambia todo, porque ello implica que va a reivindicar sus actos o a exigir una serie de absurdas peticiones. Todos coinciden en que, con independencia de lo que vaya a ocurrir, es mucho mejor que no tener ni la más remota idea del perfil psicológico de la persona a la que se enfrentan.

De ahí la importancia de sacar el máximo partido a la conversación, y, por eso, en Canillas se han cuestionado, y mucho, la idoneidad de que sea Sancho quien se ocupe de ello. De haber podido elegir, habrían preferido que fuera Antón Anchorena quien asumiera ese papel, incluso haciéndose pasar por Sancho, dada la elevada posibilidad de que Adro no sepa con quién está hablando en realidad. Sin embargo, ha sido el propio Anchorena el que ha insistido en no arriesgarse a que se percate de la jugada y dé por finalizada la charla. Porque lo que les conviene, y mucho, es alargarla lo máximo posible.

Otro debate no menos farragoso ha sido el que tenía por objetivo resolver una única incógnita: ¿por qué ha impuesto la condición de hablar solo con el inspector Sancho? ¿Acaso se conocen? ¿Hay o ha habido alguna relación entre ambos? A la postre, el criterio del navarro se ha impuesto, y, con el apoyo de Herranz-Alfageme, a Fernández Villanueva no le ha quedado otra opción que autorizar a Ramiro Sancho a ser quien esté al otro lado de la línea cuando se produzca la llamada. Eso sí, supervisado y ayudado en todo momento por Anchorena, que ya ha dispuesto todos los medios técnicos existentes para grabar y, sobre todo, para tratar de localizarla.

En cuanto han zanjado el asunto, ambos se han encerrado en el despacho de Anchorena para preparar la llamada, y han fijado los objetivos básicos que van a tratar de conseguir. El primero consiste en diagnosticar la amenaza a la que se enfrentan, y para ello Sancho tiene que lograr que Adro hable lo máximo posible. También es de suma importancia averiguar cuál o cuáles son sus propósitos: por qué lo está haciendo y qué pide para dejar de hacerlo. Todo ello sobre el papel, claro, porque lo que ambos reconocen es que no tienen ni idea de qué pretende lograr con ello.

Tras más de dos horas de debate, Anchorena y Sancho han salido

a comer algo juntos y han intentado sin éxito desconectar de la situación recurriendo a pasajes jocosos de un pasado en común que, en realidad, a ninguno le hace especial gracia recordar. Después, el de la CGI se ha marchado a hacer unas cuantas llamadas y el pelirrojo ha aprovechado para hablar con Sara y ponerla al día.

—¿Y se puede saber por qué quiere hablar contigo? —le ha preguntado.

—Pues eso es lo que le voy a preguntar de tu parte. ¿Quieres que le diga algo más?

—Sí, dile que tiene suerte de que yo esté a medio gas, porque si estuviera al frente ya estaría lamiéndome las suelas de los zapatos.

—De tu parte.

Al terminar la llamada se encontraba a escasos metros de la entrada de la comisaría. Ha sido justo en ese instante cuando ella se ha plantado frente a Sancho y él se ha bloqueado.

Tres, quizá cuatro segundos después:

—¿Gracia?

Gracia Galo, inspectora jefe de la Questura di Trieste. La conoció en el año 2011 cuando tuvo que trasladarse a la ciudad italiana siguiendo los pasos de Augusto Ledesma. Rostro de corte ovalado, frente estrecha y mentón ligeramente aguzado; ojos oscuros y alargados bajo unas cejas finas y cortas; nariz afilada y algo pronunciada; labios finos rematados por un solitario lunar sobre la comisura izquierda.

—¿Tanto he cambiado?

Sancho sonríe al fin y extiende los brazos. Gracia lee el gesto y completa el abrazo, que dura lo suficiente como para dar a entender que entre ellos hay un vínculo emocional que trasciende la amistad.

—Pero, dime, ¿qué haces por aquí? —quiere saber Sancho.

—Pues, mira, te he llamado un millón de veces para avisarte de que venía a España, pero nunca me atendías o me cortabas la llamada. Hasta que me bloqueaste.

Sancho da una fuerte palmada.

—¡¿Así que eras tú?! Pensé que se trataba de algún periodista. Hay que joderse...

—Llegué el miércoles para hacerme cargo de la seguridad de la

embajada italiana en Madrid. Empiezo el lunes.

Sancho no oculta su sorpresa.

—Necesitaba un cambio de aires.

—Lo es, desde luego que lo es.

—El caso es que, en cuanto me he enterado de lo de la catedral, no me lo he pensado. He buscado billetes a Valladolid y... ¿Cómo están las cosas?

Se expresa en castellano con corrección, pero su acento italiano suena bastante más pronunciado de lo que recordaba.

—Entre mal y muy mal. De hecho, en unos minutos me tengo que meter en un jaleo cojonudo, y antes debo pasar por el despacho de mi comisario.

—Tranquilo. Solo quería verte, pero ya me marcho.

—¿A Madrid?

—Depende. ¿Luego vas a tener un rato para tomar aunque sea un café? Sin compromiso, que supongo que andarás hasta arriba de todo.

Sancho cavila unos instantes.

—Claro, pero no sé a qué hora será.

—No te preocupes. Yo voy a buscar algún sitio donde poder quedarme esta noche y espero tu llamada. Anota mi teléfono.

Se despiden con otro abrazo. Algo descolocado, Sancho la sigue con la mirada mientras piensa en lo mal que lo tiene que haber hecho en otra vida para que el maldito karma se lo esté haciendo pagar en esta.

Calle Enrique Cubero

A falta de ocho minutos para hacer la llamada, el Témpano ya ha conectado el *jammer* y ha verificado que está interfiriendo en la antena de telefonía móvil que tiene a solo seis metros y medio de distancia. De las doscientas treinta y nueve que hay desplegadas en Valladolid, ha elegido esa en concreto por varias razones. Puede estacionar en el parking de un antiguo centro comercial con el que se intentó potenciar la vida del joven barrio de Parquesol, pero que

apenas funcionó bien unos años. Hoy es la sede de una de las empresas de telemarketing más potentes de la ciudad, de un megagimnasio y de varios pequeños negocios, por lo que, a pesar de ser una antena que está bastante aislada, registra un tráfico muy por encima de la media. Al ser horario laboral, hay decenas de vehículos en el parking, y, aunque son muchos menos de los que anotó el día que fue a verlo —el miedo a salir de casa ha hecho mella—, son suficientes para pasar desapercibido. Otro punto a favor es que a escasos metros de donde está hay una comisaría de policía, lo cual no hace sino más descartable su posicionamiento desde el punto de vista del sentido común.

Ha configurado el *jammer* para que no bloquee toda la banda, solo para que la contamine y no ofrezca un registro nítido que facilite la localización de su terminal. Con la tranquilidad de saber que la policía no va a poder rastrear la llamada y que puede alargarla el tiempo que él estime oportuno, el Témpano se acomoda en el asiento y repasa mentalmente los objetivos que quiere conseguir con la llamada.

Igual que el efecto que produce el dispositivo antirrastreo, lo que él pretende es distorsionar la realidad mediante una verdad tan inverosímil que solo puede parecer verdad, como en el caso de Omar Mateen, autor de la masacre de Orlando en 2016, en la que un joven de origen afgano asesinó a tiros a cincuenta personas en una discoteca gay antes de ser abatido por la policía. En principio se dio por hecho que se trataba de un acto terrorista islámico, pero al profundizar en el perfil de Mateen averiguaron que se trataba de un homosexual reprimido por las creencias familiares, sobre todo por su padre. Se odiaba tanto a sí mismo por ser gay que decidió hacérselo pagar con sangre a los de su misma condición sexual.

Les va a pedir algo tan ridículo e imposible de conseguir que ellos mismos se van a encargar de legitimar sus actos.

Sencillo.

El sonido de su teléfono le provoca un sobresalto. Hace mucho tiempo que nadie le llama y eso le hace fruncir el ceño. Las cejas se elevan al comprobar que se trata de Gerardo Méndez, de quien se ha valido para hacerse con el PG3 y los detonadores.

¿Qué demonios puede querer ahora?

En un primer impulso se decanta por no atender la llamada, pero enseguida cambia de opinión por no dejar la incógnita sin resolver justo antes de mantener la conversación con Ramiro Sancho.

—Gérar, buenas tardes —responde.

—Dime que no has sido tú.

El Témpano traga saliva.

—Creo que no te estoy entendiendo —dice en un tono neutro.

—Que no eres tú el que está reventando Valladolid.

—¿Te has vuelto a colocar o qué?

—Hace años que no fumo, pero resulta que me parece muy extraño que un día aparezcas por aquí como si tal cosa con la excusa de hablar de Cristina y que al cabo de un rato me digas que un día te gustaría que te enseñara el polvorín para ver qué compuestos estamos utilizando ahora. Que yo te diga que los de siempre y tú insistas. Que me tenga que ausentar un rato y te deje solo allí dentro. Y que semanas después alguien se dedique a causar el caos a bombazos. ¿Tú te crees que soy gilipollas o qué?

—Vamos a ver, Gérar, relájate.

—¡¿Que me relaje?! —grita Gérar—. Que sepas que cuando me enteré de la explosión de la fuente de plaza de España ya me vino tu imagen a la cabeza. Lo que pasa es que te tengo en tan alta estima que lo descarté al instante y por eso no te he llamado antes.

El Témpano fabrica una risa que suena bastante forzada.

—A ver, Gérar, puedo entender que hayas pensado en mí, pero yo estoy en mi casa del cabo de Gata, y básicamente no hago otra cosa que salir a pescar. ¿En serio crees que yo haría algo así?

—Ya te he dicho que me ha costado mucho hacer esta llamada, pero... ¿tú has visto lo que pasó anoche en la catedral?

—Por supuesto. Por eso deberías saber que yo no puedo haber sido, porque yo no habría dejado piedra sobre piedra.

—No me toques los cojones con sobradas, Marco. Acaban de decir en el informativo que se sospecha que se utilizó explosivo plástico. Pero ¡¿quién tiene acceso a explosivo plástico?!

—Tú y muchos como tú. ¿O soy yo el único experto en explosivos de este país?

—El único no, el mejor —asevera en un tono más calmado—. Mira, Marco, ahora mismo no puedo comprobarlo porque ando de maniobras en Huesca, pero el lunes a primera hora voy a actualizar el inventario. Y como falte un solo gramo de PG3 te juro por lo más sagrado que me voy a plantar en comisaría. Ojalá me equivoque, te lo digo de corazón, pero si se confirman mis sospechas a mí me echarán del Ejército, pero tú terminas en prisión. Torres más altas han caído.

—Gérar, de verdad que...

Pero Gérar ya no le está escuchando.

Lo que escucha el Témpano es su corazón latiendo a un ritmo inusitado, demasiado fuerte, demasiado rápido, porque es muy consciente de que las cargas explosivas que controla el azar no se pueden desactivar.

Es probable que tenga que ponerse a cubierto.

Pero no ahora.

Sala de interrogatorios de la comisaría de distrito de Las Delicias

Los cuatro minutos y nueve segundos que pasan de la hora fijada se traducen en decenas de hipótesis, centenas de conjeturas, miles de suposiciones y millones de posibilidades sobre si se va a producir o no la llamada.

Han elegido esa sala de interrogatorios como lugar de aislamiento. Pequeña, sin ventanas, con una mesa y dos sillas enfrentadas como único mobiliario. Dentro, Antón Anchorena y Ramiro Sancho se miran sin decir nada. De hecho, podrían estar un mes sin hablarse y ambos lo agradecerían, porque todo lo que tenían que tratar acerca de la dichosa llamada ya lo han diseccionado en profundidad. El zumbido del fluorescente acuchilla el silencio de la sala como si estuviera conteniendo la respiración.

Ambos llevan un auricular en la oreja. El de Sancho está conectado al teléfono al que van a pasar la llamada, y el del inspector jefe de la Comisaría General de Información a la sala

técnica, donde hay tres miembros de su equipo con el IMSI Catcher preparado para localizar la procedencia de la llamada. Fuera, el dispositivo se compone de catorce zetas y ocho motos en movimiento repartidos por distintos barrios y a la espera de recibir la orden de acordonar determinada área de la ciudad. Si todo sale bien, en menos de dos minutos esperan obtener la ubicación de la antena a la que se ha conectado el móvil emisor, y si la llamada se alarga —objetivo primordial de Sancho—, confían en poder triangular su posición exacta en menos de cinco. Dan por hecho que la llamada se realizará desde un móvil desechable o uno con tarjeta prepago sin identificar, aunque tampoco han descartado que pueda hacerla a través de una red VoIP con origen enmascarado.

Todas las variables técnicas también están contempladas, pero nada de eso preocupa en este momento a Sancho. Lo que ocupa la cabeza del pelirrojo es intentar limpiar la distorsión que le ha provocado el reencuentro con Gracia Galo y centrarse única y exclusivamente en su cometido.

Un leve asentimiento con la cabeza de Antón Anchorena le saca de sus cavilaciones de inmediato.

—Aquí lo tenemos —le dice al tiempo que le señala con el índice.

Sancho se presiona los lagrimales antes de contestar.

—Inspector Sancho —contesta al segundo tono.

—Buenas tardes. Lo primero que voy a hacer es cerciorarme de que estoy hablando con la persona indicada. ¿Sobre qué hora llegó usted a la plaza Mayor el día del encendido de las luces?

Como esperaban, usa un distorsionador de voz a través de alguna de las muchas aplicaciones que existen para proporcionar ese efecto.

Sancho hace memoria y encaja algunas piezas. No puede saber que estuvo allí con Sara en el momento de la explosión, pero sí habría podido estar observando la zona después de que ocurriera.

—Diría que sobre la una y media de la madrugada.

—Muy bien.

—¿Así que estaba allí contemplando su obra?

—No le voy a contestar a eso. Dígame, ¿por qué no está usted al frente de la investigación?

—Eso lo deciden en Canillas. Al tratarse de una cadena de actos

terroristas les corresponde a mis compañeros de la Comisaría General de Información. Yo también necesito asegurarme de que es usted quien dice ser.

Al levantar la vista ve cómo se nubla el rostro de Anchorena. Es evidente que algo no va bien, pero eso ahora no es de su incumbencia.

—Pregúnteme.

—¿Qué cantidad y tipo de explosivo utilizó en la fuente de plaza de España?

—TATP plastificado. Un kilo doscientos.

Anchorena asiente.

—De acuerdo. ¿Me puede decir un nombre para dirigirme a usted?

—Me han llamado de muchas maneras, pero el nombre con el que me han bautizado en prensa me parece bien.

—Adro, dios de la muerte y la destrucción.

—Y la regeneración. Ya veo que se han informado. Mi labor es restablecer el equilibrio, pero si tiene que ser a través de la destrucción, que así sea. Les felicito por ese avance, es importante que sepan a lo que se enfrentan.

—¿A qué nos enfrentamos?

—A la destrucción, si no se restablece el orden.

Anchorena le hace el gesto de las tijeras para que cambie de tema.

—¿Puedo saber por qué me ha elegido a mí?

Silencio.

—Le he investigado, y lo cierto es que me han sorprendido sus méritos. Quiero tener enfrente a un rival a la altura, no a un cualquiera.

—Le aseguro que mis compañeros no son unos cualquieras, pero usted manda y yo no tengo ningún inconveniente en ser su interlocutor. ¿En qué le puedo ayudar?

Anchorena levanta el pulgar en señal de aprobación, aunque por su expresión no podría decirse que la cosa se esté desarrollando por los cauces esperados.

—Hasta el momento, todo lo que he hecho ha sido para captar su atención, pero, a partir de ahora, si no cumplen con mis exigencias

voy a desencadenar un infierno en la ciudad que todavía no son capaces de imaginar.

—Déjeme decirle que son demasiadas las víctimas como para que solo quiera captar nuestra atención.

—Eso es muy complicado de manejar. Podrían haber sido menos, pero también más. Preocúpese por lo que está por llegar.

—¿Por qué Valladolid?

—Buena pregunta. En las últimas ferias salí a pasear con Kivu, mi perra, el único ser vivo que me importaba. Lo único que me quedaba. Y por culpa de sus malditos fuegos artificiales la perdí. Ustedes me la arrebataron. Y mientras yo sostenía su pequeño cuerpo sin vida, contemplaba desde lo alto cómo Valladolid entera se divertía. Ese desequilibrio hay que corregirlo, y como ustedes no piensan hacerlo, me tengo que encargar yo.

Su compañero dibuja una espiral con los dedos para que siga hablando.

—¿A qué se refiere?

—Quiero que se apruebe una ley por la cual se prohíban en todo el territorio español los fuegos artificiales, así como el lanzamiento de petardos y similares en la vía pública.

Anchorena y él intercambian muecas de incredulidad.

—Les doy un plazo de cuarenta y ocho horas para que el Gobierno empiece con los trámites de la propuesta de ley. Si no me toman en serio, esta ciudad lo va a pagar muy caro.

—Escúcheme, por favor. Yo no soy experto en leyes, pero me parece que el plazo que nos solicita no es posible.

—Por supuesto que lo es. Depende del interés que tengan en que yo deje de actuar. Además, quiero que la ley tenga carácter permanente y no sea derogable, por lo que requiere que se legisle mediante una ley orgánica o reforma constitucional, y que entre en vigor en un plazo máximo de diez días. En sus manos lo dejo.

—Anotado. Ahora bien, no sé hasta qué punto mis superiores van a poder satisfacer...

—Ellos sabrán. Lo que sí les aseguro es que si no cumplen con su parte se van a arrepentir. Además, quiero que mis demandas trasciendan a los medios de comunicación de todo el país, que los

ciudadanos sepan a lo que se atienen si el Gobierno no me toma en serio.

—Yo lo que le puedo decir es que voy a transmitir sus demandas a mis superiores y ellos se encargarán de elevar sus peticiones a quienes correspondan, pero le agradecería que nos diera más tiempo para poder...

—No —le corta—. De hecho, volveré a llamar el lunes a esta misma hora, y les pediré pruebas de que han empezado con los trámites. Si no es así, antes de que acabe el día habrá otra tragedia.

—Es mi obligación decirle que si vuelve a atentar el Gobierno se va a negar a...

Pitido continuo.

Antón Anchorena se quita el auricular y lo deja caer sobre la mesa.

—Nada. Ha utilizado algún tipo de dispositivo para interferir en la señal, no había ni una sola celda limpia. El IMSI Catcher solo ha recogido ruido y *handovers* fallidos.

—No entiendo una sola palabra.

El de la CGI libera un suspiro de desesperación.

—Como si hubieran tirado una manta de interferencias cubriendo la antena —aclara.

—Su puta madre. ¿Entonces?

—Nada. Bueno, nada no. Vamos a exprimir la conversación a ver cuánto zumo sacamos. Yo tengo que hacer varias llamadas.

El de la CGI se levanta.

—Buen trabajo, Sancho, lo has hecho perfecto.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Vete a casa con tu mujer, tú que puedes. No creo que vayamos a tardar mucho en saber a qué atenernos. Descansa.

En cuanto abandona la sala, el pelirrojo fija su mirada en la pared que algún día se pintó de blanco y hoy luce un deslucido tono amarillento. Sobre esa superficie su mente proyecta el rostro de una mujer.

Una mujer que no es la suya.

—Maldito karma —murmura.

Antiguo centro comercial de Parquesol

En cuanto sale de la furgoneta estacionada en el aparcamiento, inclina la cabeza hacia atrás, inspira profundamente por la nariz y suelta el aire muy despacio por la boca. En esa posición, se fija en que el cielo parece estar languideciendo, como si estuviera mal iluminado por cuatro velas a punto de consumirse.

Ha conseguido mantener el control hasta el último momento y, a pesar de que sus peticiones rozan el absurdo, ha resultado creíble, que era lo único que le importaba. La policía va a pensar que se enfrenta a alguien que no tiene la cabeza bien amueblada, y, al margen de entretenerlos en unos menesteres imposibles de conseguir, en cierto modo él gana legitimidad de cara a la opinión pública para seguir actuando. Más problemas para sus oponentes. Por esa parte, todo marcha según lo ha escrito en su cuaderno de operaciones. Sin embargo, no se puede quitar de la cabeza que su mayor amenaza no son Sancho ni el equipo de investigación que han traído de Madrid.

Es Gerardo Méndez.

«Como falte un solo gramo de PG3 te juro por lo más sagrado que me voy a plantar en comisaría», escucha en su cabeza.

Uno, y mil novecientos noventa y nueve gramos más.

Tiene que calmarse y pensar, como le explicó en su día el sargento Canales.

Enfriarse por dentro.

Y, como si ello fuera a ayudarle, apoya la frente contra la fría chapa de la furgoneta y cierra los ojos. Siempre ha sido consciente de que existía la posibilidad de que alguien de su entorno más cercano atara cabos y sospechara de él, pero confiaba en que no ocurriera tan rápido. Solo le quedan dos días para preparar el siguiente movimiento, porque el lunes, después de que Gérar lo delate en comisaría, es más que probable que el GEO registre la casa de Cristina. No hay otra alternativa que pasar antes de lo previsto a la última fase, para lo cual tendría que deshacerse de la California —a algún vecino le habrá llamado la atención—, trasladar todo el material a la madriguera y convertirse en un fantasma.

Y, de improviso, sucede.

Una luz muy tenue se enciende al final del oscuro pasillo que es ahora su mente.

Una luz que va ganando en intensidad e ilumina una palabra clave: fertilizante.

—¿Se encuentra usted bien? —oye a su espalda.

Al girarse, se encuentra con el rostro pecoso de una veinteañera.

El Témpano le sonríe.

—Sí, muy bien, gracias.

Sin cruzar más palabras con la chica, el Témpano se sube a la furgoneta y teclea en el navegador de su móvil: «Almacenes agrícolas Valladolid». Sin prisa, dedica el tiempo que merece a elegir uno de los ocho resultados que aparecen en la pantalla y comprueba en su tienda online que tienen la mercancía que va a necesitar. Luego busca dónde hacerse con bidones de plástico de al menos doscientos litros de capacidad. El fertilizante lo tiene que robar, y para ello lo más indicado es hacerlo al día siguiente, domingo, con las instalaciones cerradas. Sin embargo, los bidones y el gasoil los puede comprar ya, por lo que arranca el motor y se pone en marcha. No tiene ni un minuto que perder, dado que después de eso tendrá que encontrar un puesto de observación idóneo.

Las palabras amenazantes de Gérar resuenan de nuevo en su interior.

«Ojalá me equivoque, te lo digo de corazón, pero si se confirman mis sospechas, a mí me echarán del Ejército, pero tú terminas en prisión. Torres más altas han caído.»

—Torres más altas han caído, ¿eh? —repite para sí—. No lo sabes tú bien, basura.

Estación del Norte

Sara acompaña a su padre hasta el control de seguridad con una calma impostada, como si despedirse fuera un trámite y no un nudo difícil de deshacer. Él le aprieta las manos y le pide que le llame a diario. Ella accede con un abrazo y un beso. Cuando se da la vuelta

y lo ve desaparecer, siente un tirón breve y seco, como si algo se hubiera tensado en el pecho.

Sale al exterior y el aire frío le despeja la cara. Se queda quieta unos segundos, observando el vacío que impera en una ciudad amputada, escuchando un silencio desabrido, roto por algún claxon lejano, por alguna voz cercana. Decide caminar hasta casa, despacio, con la esperanza de que esos pensamientos que le molestan se coloquen solos.

No quiere llamar a Sancho. Sabe que está al límite, y no quiere ser una voz más reclamando espacio en su cabeza. Aun así, lo extraña con una intensidad inesperada, casi física. De otro modo más doloroso aún echa de menos a las niñas, a pesar de haber pasado casi todo el día en el hospital entrando y saliendo para estar con ellas. De tanto contemplarlas tiene la sensación de haber memorizado cada curva de sus pestañas, pero el caso es que las ha dejado hace apenas un rato y ya le parece demasiado tiempo.

No le importa dar un rodeo con tal de evitar la plaza de España, por lo que enfila el paseo de Recoletos. En la plaza de Zorrilla ve un banco vacío y, sin ninguna prisa por llegar a un hogar vacío, se sienta, toma aire y mira al cielo, ya algo embetunado y atravesado por una terca claridad que se niega a desaparecer. La baja temperatura le invita a introducir las manos en los bolsillos del abrigo, donde nota la presencia del móvil. Le invade de nuevo el impulso de escribir a Sancho algo neutro, algo que no moleste.

No lo hace.

Tras unos minutos de vacío mental, reemprende la marcha. En la calle Santiago se detiene frente al escaparate de una mercería y se fija en los carretes de hilos para coser.

Hilos, como esos invisibles que unen las cosas que importan.

Como los que le unen a ella con su padre, con Sancho y ahora con las niñas.

Hilos indestructibles.

Sorpresa, sorpresa

Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, Valladolid
Lunes, 5 de diciembre de 2022, a las 8.15

Seis días para la traca final

El titular de *El Norte de Castilla* es concluyente y confirma lo que todo el mundo sospechaba: «La torre de la catedral no puede salvarse». Según desarrolla el artículo, el informe de los peritos que la han examinado es concluyente: los daños estructurales son irreversibles y, por consiguiente, existe un alto riesgo de que colapse en cualquier momento. Ello podría causar más víctimas mortales, que se añadirían a las cinco del atentado del viernes, que por ahora elevan la cifra a dieciocho.

Y justo ahí, donde debería alzarse la imponente figura del Corazón de Jesús —cuya cabeza fue encontrada en la plaza de la Universidad —, Ramiro Sancho mantiene la mirada clavada.

Una mirada cansada.

No puede decirse que hiciera caso del consejo de Anchorena y aprovechara la jornada dominical para descansar. En primer lugar, porque la cita con Gracia Galo se dilató más de lo que esperaba. El café inicial dio paso a varias cervezas y, con el estómago vacío, se atrevió con un par de Jameson con hielo, enfrascado en una conversación que le hizo olvidar por un instante que la mierda le llegaba hasta el cuello. En un Valladolid casi desierto pudieron rellenar los espacios en blanco de los años en los que habían perdido el contacto, y se conjuraron para que no volviera a suceder en el futuro. El reencuentro con la mujer que, en otra vida, podría haber ocupado el sitio de Sara le sirvió para desconectar del presente, pero no le supuso un conflicto moral ni emocional, lo cual era la prueba

definitiva para zanjar el asunto de Gracia Galo.

Al llegar a casa Sara estaba transitando por el décimo sueño, y tras amarrarse a ella como un chaleco salvavidas, se hundió en las profundidades de los dominios de Morfeo. A la mañana siguiente, con la cabeza puesta en la conversación con Adro, tampoco había encontrado el momento idóneo para contarle nada al respecto.

Caso cerrado. O eso necesitaba creer.

Todavía no eran las diez de la mañana del domingo cuando llegaron juntos al hospital para ver a las niñas y recibir la mejor noticia de las últimas semanas —y, casi con total seguridad, de las siguientes—: si las pequeñas seguían evolucionando positivamente podrían llevárselas a casa el viernes. A Sara le cambió la cara. Poco o nada le importaba ya la respuesta de la inspectora jefe Nieto a su negativa de dejarse tomar una muestra de ADN de manera voluntaria, aunque, según le auguró su abogado, lo más probable es que la acabasen solicitando a través del juzgado que instruye el caso. Pero eso será un problema de la Sara del futuro. La del presente se había mostrado emocionada con la noticia, y no hay nada que haga más feliz a Sancho que verla cargada de ilusión.

El resto de la jornada se la entregó al Cuerpo. En comisaría pudo ponerse al día con los suyos, a pesar de que la labor de su equipo se limita a filtrar las llamadas de ciudadanos que creen saber quién es el tipo que tiene a toda la ciudad aterrorizada. Álvaro Peteira le contó que había atendido a un hombre que llamaba de Tamariz de Campos y aseguraba que pilló a un extraño que, según él, estaba estudiando la posibilidad de volar la estatua de don Purpurino, ubicada en plena plaza del pueblo.

—Los pueblos nunca quieren ser menos que la capital —concluyó Matesanz entre risas.

Durante el café, Zetazeta le ha informado de que en el atentado de la catedral se habían usado cerca de dos kilos de un explosivo plástico de uso militar llamado PG3, cuyo acceso es muy limitado. Ello acotaba mucho la búsqueda, pero al mismo tiempo abría una nueva ventana de intranquilidad en el caso de que el tipo estuviera en posesión de un arsenal de explosivos, lo cual no era descartable. Algo más tarde, Anchorena le ha informado de forma oficial de que

la superioridad había resuelto pasarse por el arco del triunfo las peticiones de Adro. Ni siquiera iban a considerar la que exigía que sus demandas salieran publicadas en los medios de comunicación. En resumen: al terrorista ni agua. De hecho, había llegado a sus oídos que el ministro del Interior, muy valenciano él, había comentado que prefería ser quemado vivo que prohibir una mascletá de las Fallas de su ciudad. En contraposición a eso, lo que sí estaban debatiendo era la posibilidad real de decretar el estado de excepción en la ciudad, hecho que sería inaudito en la historia democrática de España.

Así las cosas, el trabajo policial se ha focalizado en el análisis de la conversación que mantuvo el sábado con él, y, lejos de llegar a alguna conclusión provechosa, las opiniones de las voces competentes convergían en un mismo punto: están tratando con un desequilibrado mental. Sea como fuere, Anchorena le ha citado a las nueve de la mañana para preparar la conversación de esa tarde con Adro. Esta vez, con un cambio de táctica.

Sorpresa, sorpresa.

—Señor, le tenemos que pedir que salga del perímetro —le dice el municipal a quien se ha identificado antes—. Nos han comunicado que los bomberos van a acceder a la torre para apuntalar alguna estructura que está muy afectada, así que debemos despejar la zona de inmediato.

—¿Van a entrar los bomberos? —se extraña el pelirrojo—. Pero ¿no han dicho los técnicos que hay riesgo de derrumbe?

—Sí, pero al parecer va a venir algún político a hacerse la foto de turno. Si alguien más tiene que palmar, que no sea uno con traje y corbata —zanja con sorna.

—No, no..., eso nunca, por favor, que son los imprescindibles —se despide Sancho.

En la comisaría reina un ambiente pesaroso. Hay demasiado silencio para ser lunes, y en las expresiones apagadas de quienes saluda de camino a las dependencias de la brigada echa en falta alguna señal de optimismo. Incluso Antón Anchorena, que suele transmitir la frescura de un verde prado, le recibe con un semblante de roca antigua erosionada por el inexorable paso del tiempo.

—Vaya careto me traes —le espeta el navarro al entrar.

—Estás tú precioso. Tienes peor aspecto que cuando ibas a trabajar de empalmada.

Anchorena suspira.

—Ojalá fuera así. Siéntate, anda. Lo hemos escrito todo aquí —dice mientras le entrega una carpeta—, pero a ver si consigo sintetizar bien el enfoque en el que he estado trabajando con los míos.

—Te escucho.

Hora y media más tarde, el resumen es el siguiente: hay que decirle que están avanzando en sus peticiones, pero que se trata de un proceso que implica a muchas partes y va a llevar tiempo. Para seguir adelante le piden que él les dé algo a cambio, como la ubicación de los explosivos o algo que permita tranquilizar a la opinión pública. Sin embargo, no es esta la parte importante. Lo principal es que Sancho apele a su conciencia religiosa, para lo cual le han realizado un esquema con las bondades que proclama la creencia lugbara, sobre todo en la armonía que debe reinar entre los seres humanos y el entorno que habitan.

—«El árbol al que hoy dañas mañana te negará su sombra y sus frutos» —lee Sancho en una de las páginas—. ¿Y tú crees que un tipo que derriba catedrales y envenena alcaldes se va a entregar para rezar con nosotros?

—Joder, Sancho, supongo que no, pero hay que intentarlo todo.

—Lo que le pasa a este cabrón es que confunde justicia divina con venganza mundana. No es la primera vez que pasa, pero resulta que este al que nos toca enfrentarnos es un jodido experto en explosivos.

El de la CGI mantiene la compostura.

—Sí, todo eso es cierto, pero déjame terminar, por favor.

El pelirrojo le hace un gesto de consentimiento que lleva implícita una disculpa.

—No sabemos hasta qué punto puede estar influido por estos dogmas, pero creemos que va a ser positivo que él vea que nos hemos preocupado por entenderle. Hay que hablarle en su idioma, Sancho. El del equilibrio, el respeto a la tierra, la vida y la puta

armonía universal si hace falta.

—Igual es mejor que contactemos con un chamán africano y que sea él quien trate de comerle la cabeza, porque este tiene de cura...

La broma la interrumpe Inés apareciendo en el despacho sin pedir permiso. Anchorena ya ni se inmuta.

—Cuéntanos, no te cortes.

—Ha venido un hombre que asegura saber quién es Adro.

—Cuñado suyo, claro —dice el de la CGI.

—No, es un cabo primero del Ejército encargado del polvorín de un cuartel de aquí, de Valladolid. Asegura que le han robado dos kilos de explosivo plástico. Y que sabe quién ha sido.

Un impulso eléctrico recorre la columna vertebral de Anchorena.

—Tráemelo.

Parking del edificio Duque de Lerma

Al cerrar la puerta de la furgoneta se gira y extiende la mano para tocar por última vez su fría piel metálica. El Témpano odia las despedidas, y esta prefiere acortarla al máximo. La compró en un concesionario de segunda mano de Almería con el convencimiento de que era el complemento ideal para la casa del cabo de Gata. Que recorrería la costa con ella acompañado de Cristina. Que era sinónimo de libertad e independencia. Que era la llave que abría la puerta de sus nuevas vidas.

Y ahora, a punto de entrar en la última fase de su plan, no le queda otra que sacrificarla.

Así es la lealtad: siempre exige algo a cambio.

Sube las escaleras desde el segundo sótano hasta el nivel de planta calle y sale del portal para cruzar el puente Mayor y establecerse en el puesto de observación. De todas las tareas que dispuso el sábado por la tarde tras recibir la llamada de Gérar, quizá esta haya sido la más tediosa. Necesitaba ver sin ser visto: un lugar elevado, cercano —para no salirse del rango de alcance—, pero lo suficientemente alejado para no verse afectado por la onda expansiva. Por suerte, los edificios del otro lado del río cumplían

esos requisitos, pero la cuestión era encontrar un piso *disponible*. La página de Idealista le resultó de mucha utilidad, y seleccionó ocho que estaban a la venta o en alquiler. Fue a la tercera llamada cuando encontró uno que no estaba habitado y que daba al exterior: paseo Isabel la Católica, 28, 16B.

Ese mismo día completó otras dos tareas que no requerían ningún esfuerzo. Comprar los tres bidones de doscientos veinte litros de capacidad apenas le llevó media hora y, de camino al polígono industrial de San Cristóbal —donde estaba el almacén agrícola que había seleccionado—, se paró en una gasolinera para hacerse con los litros de gasoil que iba a necesitar al día siguiente. Tal y como esperaba, Agrival no parecía contar con medidas de seguridad más allá de dos cámaras de vigilancia que cubrían el acceso principal y el almacén. Dio por hecho que habría alarmas conectadas en puertas y ventanas, por lo que lo único que tenía que hacer era localizar el cajetín de telecomunicaciones para dejarlos ciegos y mudos. Cuando lo hizo, visualizó en su mente varias posibilidades, y al final se decantó por una en la que podría hacerlo en menos de veinte minutos si no surgían inconvenientes.

Veintinueve minutos fue lo que había tardado en salir de Agrival con los veinticuatro sacos de veinticinco kilos de fertilizante a un porcentaje del veintidós por ciento de nitrato de amonio.

Todo al veinte.

Tardó algo más de lo previsto porque se entretuvo buscando la marca que tuviera mayor enriquecimiento en nitrógeno, y lo único que realmente le costó esfuerzo fue transportar los sacos a la furgoneta. Tocaba entonces empezar la nitración del fertilizante, proceso que le iba a llevar entre tres y cuatro horas. Cuando hubo terminado, probó la mezcla con una lata de refresco que tenía en la furgoneta y sonrió al comprobar lo rápido que se enfriaba. La viscosidad de la textura también era satisfactoria e indicativa de que había alcanzado el nivel que esperaba. Todo ello sin tener que recurrir al nitrometano, compuesto muy fácil de rastrear y que fue lo que hizo que Timothy McVeigh —autor del atentado de Oklahoma City contra un edificio federal que se llevó las vidas de ciento sesenta y ocho personas en abril de 1995— fuera ejecutado. El

propósito de McVeigh, exmilitar y veterano de la guerra del Golfo, era causar el mayor daño posible para protestar por las injustas políticas gubernamentales que, a su juicio, cometía el Estado contra la ciudadanía. El suyo, más concreto, más tangible, más real, es restablecer la armonía castigando a los que se llevaron las vidas de los únicos seres vivos a los que ha logrado amar en su vida: Cristina y Kivu.

Así lo haría Adro, así lo va a hacer él.

Legítimo.

Y mientras tapaba los bidones con el ANFO ya preparado, el Témpano sentía que estaba cada vez más cerca de lograrlo. Solo restaba por tanto regresar a casa de Cristina y preparar la escenografía que había previsto. El plano, rudimentario pero preciso, lo dibujó a mano alzada sentado en el asiento del conductor de la furgoneta al tiempo que se cercioraba de que no había movimientos sospechosos en los alrededores de la vivienda. Cuando estuvo seguro de que no había peligro, bajó con la mochila en la que portaba las muestras que quería que encontraran y buscó una papelera cercana. Necesitaba algo de basura para que el engaño surtiera efecto, y con todo ello entró en la casa y lo colocó en menos de seis minutos.

Esa noche podría haberla pasado en la casa de Cristina, pero existía la posibilidad de que Gérar hubiera decidido encomendar a otro la comprobación del stock del polvorín, y no quiso exponerse a que lo atraparan mientras dormía. Así, buscó un lugar tranquilo y apartado y releyó algunos pasajes del diario en los que mencionaba a Gérar y lo tildaba de pesado y baboso. Pero no porque quisiera reafirmarse en su decisión, que no lo necesitaba, sino solo por recordar. En cuanto se ha despertado, con la idea de llegar cuando más movimiento de entrada y salida de vehículos hay en el edificio, se ha dirigido al Duque de Lerma y ha estacionado la furgoneta en el segundo sótano, en el espacio reservado para los servicios de mantenimiento. Finalmente ha colocado el detonador eléctrico con su carga primaria y lo ha conectado al sistema de control remoto.

Frente a la mole de ladrillo rojo en la que va a pasar las siguientes horas, el Témpano toma aire y se concede unos segundos antes de

pulsar un timbre. Una voz de mujer de avanzada edad le contesta al tercer intento.

—¿Quién es?

—Paquetería.

El zumbido de la puerta le suena a pistoletazo de salida.

Plaza de Poniente

Al volante del Toyota Land Cruiser, Juan Olmedo, veterano de cuarenta y pocos. De complexión fuerte, barbirrubio con paños canosos y ojos claros, es tan querido como repudiado en el parque de bomberos por su agibílibus, cimentado en un humor sagaz tirando a hiriente. A su lado, el sargento Fede Arranz, más musculado aún, de rasgos helenísticos y mirada suspicaz, lleva el ceño tan fruncido que los pelos de las cejas se le entrelazan. Se conocen desde que militaron en el segundo equipo de rugby del Quesos Entrepinares, y si no llegaron al primero no fue por falta de ganas ni de talento, sino porque Diego Merino, su entrenador, prefería jugar los partidos con quince jugadores que con trece.

Juntos suman más que dos.

Dos tarados de esos que incomodan de forma natural, pero que cualquiera de sus compañeros querría tener cerca en cualquier intervención.

—Es que me cago hasta en su puta madre —protesta Fede.

—¿De quién?

—De Calvo. La llamada del ayuntamiento ha entrado antes de las ocho, pero el muy miserable se lo ha comunicado al jefe justo en el relevo de la guardia para que sus santos cojones no tengan que salir de paseo.

—Fijo, siempre ha sido una rata —corrobora Juan.

—Y como Fede es más gilipollas que sargento, se sube al UMC y a tragar. ¡Me cago en toda su puta madre! —repite.

Juan, que conoce a Fede desde hace dieciocho años, sabe que, a pesar de que se lo pida el cuerpo, es mejor no hacer ningún comentario jocoso sobre el tamaño de sus testículos por no haber

intentado oponerse a Calvo. Ni mucho menos acerca del tamaño de sus gemelos, único grupo muscular del organismo de Fede que no está sobredimensionado, lo cual le genera un profundo malestar hacia el prójimo.

Por lo que sea.

—¿Has metido la saca de cuerdas y los arneses? —quiere saber Fede.

Juan le contesta con la mirada.

—Pero ¿tú estás tonto o qué hostias te pasa?

—Oye, no me jodas —se defiende Juan—, que antes de ser sargento, es decir, anteayer, esas mariconadas te sudaban bien fuerte los huevos. Haberte llevado a Tito Listito, que a ese seguro que no se le habrían olvidado.

Fede toma aire.

—Qué cojones, a pelo. Entramos, echamos un vistazo a los muros de carga, vigas y demás mierdas y nos piramos.

—Pero ¿toda esta historia a qué viene?

—Viene del puto ayuntamiento. El alcalde, el presidente de la Diputación y el de la Junta quieren hacer una declaración conjunta a los medios. ¡Y la tienen que hacer al pie de la catedral porque no hay ningún otro sitio mejor que se les pase por la cabeza! —se enerva Fede.

—El alcalde no creo, porque según he oído está casi muñeco en el hospital.

—¿En serio?

—Y en sirio.

—Pues que vaya Calvo en su sustitución, a ver si con un poco de suerte se derrumba en ese momento la torre y le sepulta vivo. A él y a sus huevos de maricona.

Juan no puede aguantar la carcajada justo en el instante en el que llegan al cordón policial.

—Pilla los bártulos, que yo voy a hablar con el pelele de turno.

Algo más tarde han revisado los tres primeros cuerpos de la torre y registrado las anomalías estructurales que han encontrado. Mientras suben por las escaleras de caracol hasta el nivel superior, a Juan le viene a la cabeza un dilema.

—Oye, Fede, imagínate que te dicen que la vida de tu familia depende de que tomes una decisión.

—¡¿Qué coño dices?!

—Escucha, hombre. Hay dos sillas enfrentadas. En una hay una tarta y en la otra una polla. Te tienes que sentar en una y comerte lo de la otra. ¿Qué haces?

Fede llega arriba y se detiene. Mira a su alrededor y contempla la densa capa de polvo que cubre las superficies horizontales. La pared frontal, en la que estaba una de las cuatro esferas del reloj, ha desaparecido, aunque aún le sorprende más que no haya escombros repartidos por la planta octogonal.

—El comepollas de Calvo se sentaría en la tarta seguro. Yo no.

Juan está a punto de orinarse encima.

—Yo en tu lugar preguntaría primero de qué sabor es la tarta, no vaya a ser de mango y te dé arcadas —dice Juan con lágrimas en los ojos.

Fede estalla de risa.

—¡Sí, pero más arcadas me da comerme una polla!

Tardan varios minutos en detener la hemorragia humorística.

—Bueno, qué, ¿bajamos de una puta vez? —propone Juan.

—En la siguiente está el campanario. Me gustaría ver cómo ha quedado.

—Pues reventado, joder. ¿No lo has visto desde abajo?

—Desde abajo, sí. Vamos, no me seas huevines. Esa escalera parece que está intacta.

—Ya, pero ¿y si solo lo parece?

—¿Y si te obligo a sentarte en la tarta?

—La madre que te parió, Fede. Venga, vamos, pero subes tú primero.

Ambos intercambian frases apocalípticas cuando contemplan el panorama que tienen delante. Da la sensación de que las ráfagas de viento que se cuelan entre los destrozos ocasionados por la explosión son gritos de dolor de la torre. Como una sonrisa desdentada, faltan cinco de las ocho campanas que conformaban un campanario muy bien dotado, orgullo ahora mudo de la ciudad. Tres de ellas cayeron al vacío y otras dos se desprendieron de sus

soportes, aunque han permanecido en el vano.

—Bueno, pues ya lo hemos visto —comenta Juan.

—Menudo destrozo.

—Haberte sentado en la tarta.

Un nuevo conato de risa precede a una desmesurada concatenación de desgracias. Una fuerte ráfaga de viento le hace perder el equilibrio a Juan. Este duda durante unas décimas de segundo entre las opciones que se le presentan. Elige la peor: agarrarse a una de las muchas sogas que conforman el sistema de acción automático del campanario. Esa en concreto, la que está soportando sus noventa y cuatro kilos de peso en ese momento, pasa por una argolla que decide rendirse ante la llegada de un nuevo suplicio.

Un chasquido desencadena el desastre.

Resulta que la soga a la que Juan ha recurrido para evitar caerse está conectada con la campana bautizada como el patrón de la ciudad, san Pedro Regalado. Es una de las que se han desprendido de sus soportes, y ahora descansa al borde de un sillar muy afectado por la explosión. Descansaba. Su tonelada y media de peso es más que suficiente para que, al caer sobre otro más dañado aún, provoque el calamitoso efecto de un castillo de naipes.

Y después, silencio.

Por suerte, ninguno de los dos se ha percatado de que se les venía una pared encima y, antes de que Fede pudiera reprocharle algo a Juan, se han convertido en las víctimas número diecinueve y veinte del hombre al que están a punto de arrancarle la careta.

Comisaría de distrito de Las Delicias

—¿Da usted su permiso?

La primera impresión que se lleva Sancho acerca del hombre que acaba de entrar en el despacho de Anchorena es de mediocridad. Viste con el uniforme del Ejército de Tierra, pero es evidente que necesitaría una talla más o diez kilos menos, sobre todo los que le sobran en la zona abdominal. La frente, demasiado despejada para

las pocas arrugas que la surcan, está perlada por gotas de sudor, y las pequeñas acumulaciones de saliva reseca en las comisuras de los labios generan un rechazo natural hacia él. Sin embargo, a pesar de tener la apariencia de un cuarentón venido a menos, hay algo en su mirada que invita a pensar que no es tan zoquete como parece.

—Pase y siéntese. Mi nombre es Antón Anchorena, inspector jefe de la Comisaría General de Información, y estoy al frente de esta investigación. Él es el inspector Sancho, jefe del Grupo de Homicidios. Y a la subinspectora De Marcos ya la conoce. Le escuchamos.

—Gerardo Méndez, cabo primero de Caballería. Estoy asignado al polvorín del cuartel de Calatrava, aquí en Valladolid, y, como le he dicho antes a la señora, o señorita —corrige sobre la marcha—, estoy seguro de saber quién es el responsable de todos estos atentados.

Anchorena, impasible, parpadea dos veces.

—¿Por qué está tan seguro?

El otro se engalla.

—Porque lo acabo de comprobar —responde con cierto aire arrogante que no es del agrado de Anchorena—. El pasado 7 de octubre recibí la visita en el cuartel de alguien que consideraba un amigo. Andaba pasando una mala racha, y unos días antes estuvo en mi apartamento del Duque de Lerma tomando un café y charlando.

Suena un desagradable chasquido cuando logra despegar la lengua del paladar.

—¿Quiere un poco de agua? —le ofrece Sancho.

—Sí, por favor.

Inés, que permanece de pie tras el militar, se encarga.

—El caso es que él insistió en ver el polvorín. Es un experto en explosivos, quizá el mayor de este país, sin exagerar, y bueno... Yo me tuve que ausentar y ahí aprovechó para darme el palo. Al escuchar lo de la catedral comprobé las existencias y me faltan dos kilos de PG3.

A Sancho le viene a la cabeza una frase que solía decir su padre: «El mal no entra forzando la puerta, entra porque alguien la deja

entreabierta».

—¿Descarta al cien por cien que ese material explosivo haya salido del polvorín por cauces normales? —pregunta Anchorena.

El cabo primero endereza la espalda como si se hubiera puesto en entredicho la honorabilidad de su árbol genealógico.

—Sí, lo descarto al doscientos por cien.

Anchorena y Sancho se miran brevemente.

—Háblenos de él —sigue Anchorena, cuyo interés ha crecido de forma sustancial.

—Se llama Marco Antonio Gavilán. El segundo apellido no lo sé. Tiene cincuenta y pocos, pero lleva toda la vida en la Legión. Llegó a subteniente de Zapadores, si no me falla la memoria. Si hablan con cualquier militar que sepa algo de explosivos les dirá que conoce o ha oído hablar del Témpano. Lo llaman así porque jamás se pone nervioso.

Méndez bebe un sorbo de agua.

—Tiene un millón de cursos de especialización, y no solo en el manejo de explosivos. Coincidí con él en el Líbano y fue mi instructor en un curso, por eso sé quién es. Al margen, ha intervenido en más conflictos que cualquier marine norteamericano. Pero en conflictos chungos de verdad. En una de esas misiones en el Congo estuvo desaparecido varios meses y luego regresó como si nada.

—¿En el Congo? —interviene Sancho.

—Sí, pero que yo sepa también ha estado en Siria, Irak, Afganistán..., sitios chungos —repite—. En algún momento perdió la cabeza. Se dice que lo licenciaron de la Legión por problemas psicológicos y que nunca lo superó. De hecho, su mujer, que fue compañera mía de clase aquí en Valladolid, se separó de él porque no lo aguantaba más.

—¿Su mujer es de Valladolid?

—Era. Se suicidó hace unos años, la pobre.

Antón Anchorena se pasa la mano por la cara y vuelve a mirar al pelirrojo.

—¿Y él de dónde es? —pregunta Sancho.

—Pues eso no lo sé, sinceramente. Pero hay más. El otro día, cuando me enteré de la explosión en la catedral, le llamé por

teléfono y le dije que...

—Anote aquí su número de teléfono —le interrumpe Anchorena, en cuya voz se advierte cierta excitación.

—Y el nombre completo de su mujer —añade Sancho.

—Se llamaba Cristina Mendoza Asenjo. Ya le digo que fuimos compañeros en...

—Anótelo —le insta el navarro.

El cabo Méndez saca su móvil y busca en sus contactos. Cuando apunta el número, Anchorena le hace una señal a Inés de Marcos y esta sale del despacho con el papel en la mano.

—Continúe.

—Le dije que el lunes iba a comprobar el stock y que si faltaba un gramo de explosivo plástico lo iba a denunciar. Y aquí estoy.

—¿Y él qué dijo?

—Lo negó, claro.

—Háganos una descripción física de Gavilán.

El cabo Méndez desvía la mirada hacia su izquierda.

—A ver. Medirá metro ochenta y cinco, complexión delgada pero fuerte como el vinagre. Siempre ha llevado el pelo cortado a cuchillo, ¿sabe cómo le digo? Ahora lo tiene todo canoso, como la barba, que la lleva perfectamente cuidada. Qué más... Tiene los pómulos bastante marcados, ojos castaño oscuro. Ah, y tiene la nuez muy prominente.

—¿Cicatrices, tatuajes?

—Cicatrices tendrá por todo el cuerpo, tatuajes ni idea.

—¿Y por qué cree usted que un hombre como él, con una carrera intachable, estaría cometiendo estos actos? —pregunta Sancho.

—Si no me llega a hacer esa visita al cuartel jamás habría sospechado de él. Que yo conozca en el Ejército, y miren que llevo años, es de los tipos más respetados. Y admirados —añade—. Jamás habría sospechado de él —repite nervioso—, pero de verdad que, si no me equivoco, y estoy seguro de que no, tienen un problema gigante. Tenemos —corrige—. Y aquí necesito pedirles algo.

Gerardo Méndez hace una pausa.

—No sé cómo reaccionará cuando se entere de que he sido yo el que le ha denunciado, pero es muy peligroso. Capaz de cualquier

cosa, por lo que necesitaría...

—Ahora no se preocupe por eso —le corta Anchorena—. Primero tenemos que dar con él y verificar todo lo que nos está contando. Una vez detenido no representará ninguna amenaza para usted ni para nadie.

—Ya, bueno..., ese es el problema.

El de la CGI agita la cabeza.

—¿Qué problema?

—Que no les va a resultar tan sencillo atraparle aun sabiendo quién es.

—Eso déjenoslo a nosotros.

La puerta del despacho se abre. Desde fuera, Inés le hace una indicación a su superior para que salga.

—Un minuto.

Cuando regresa, Antón Anchorena se concede unos instantes para cavilar.

—Le agradecemos mucho su valentía. Por favor, manténgase localizable estos días por si...

Ahora es el cabo primero Méndez el que le corta.

—Una última cosa. Ni siquiera he dado parte a mis superiores. Me la estoy jugando tanto en lo personal como en lo profesional, porque alguien podría pensar que he cometido una negligencia. Confío en que tendré su apoyo en el caso de...

—Lo tendrá. No hable de esto con nadie hasta que yo se lo autorice. Es muy importante que esta información se mantenga en el terreno de la confidencialidad. Lo comprende, ¿verdad?

—Por supuesto.

—La subinspectora De Marcos le acompaña. Gracias de nuevo.

Tan pronto como desaparece el cabo Méndez, Antón Anchorena se incorpora y da una sonora palmada.

—¡Tiene que ser él, joder! ¿Qué opinas?

—Que tiene toda la pinta —confirma Sancho—, encaja como un guante en el perfil. Su desaparición en el Congo le cortocircuita aquí arriba —se señala la sien—, y lo del suicidio de su mujer, primero, y la muerte de su mascota, después, podrían haber funcionado como detonante.

—Seguramente. Más cosas: el teléfono que nos ha proporcionado está muerto, claro, pero tenemos la dirección de la mujer aquí en Valladolid. Tengo a todo el equipo buscando información sobre Gavilán y le he dicho a Inés que llame al juez cagando leches. Con un poco de suerte, la conversación de las cinco la mantenéis en persona y te ahorras el numerito de la parte religiosa.

—Y si ese gañán no le hubiera llamado, tendríamos más oportunidades de trincarle. Porque, o Gavilán es idiota perdido, que no parece, o habrá tomado medidas.

—Seguramente —vuelve a repetir el de la CGI como si su cerebro necesitara un reseteo.

Sancho se tira de los pelos del bigote. Anchorena le lee el pensamiento.

—Suéltalo —le insta alargando la última vocal.

—Por lo que nos acaban de contar, es un perro viejo, Antón, y los perros viejos no ladran antes de morder ni se dejan atrapar con un lazo.

—Pues igual hay que tirar de escopeta en vez de pensar en atraparlo, amigo.

Bar El Barco

Han quedado ahí porque a ambas les parece mucho más sensato evitar lugares más céntricos y transitados. Se nota mucho que ha descendido la actividad cotidiana en la ciudad. Podría decirse que Valladolid vive en una perpetua mañana de domingo. Sin embargo, se respira una atmósfera agónica parecida a la que se vivió durante los meses de pandemia en los que solo se permitían salidas controladas.

Ese ambiente angustioso no parece tener su reflejo en los rostros de Sara y María, dos amigas que han quedado para tomar café pese a que, honestamente, no podrían considerarse como tales ni están tomando café. La iniciativa ha corrido a cargo de Sara, que, aburrida desde las siete y cuarto de la mañana, cuando se ha despertado, le ha escrito a la mujer que le ayudó a traer a sus hijas al mundo. No

es consciente de ello, pero ahora cumple una función de anclaje vital que antes no necesitaba. A María, que hoy libra, le ha parecido una excelente idea, y el único motivo por el que sostiene un agua con gas en vez de una caña es que todavía no son ni las once de la mañana.

—Las mamitas del colegio de mi hija están histéricas —comenta la matrona forzando una mueca seráfica—. El condenado WhatsApp es un incendio perpetuo. El grupo de padres y madres que han decidido no llevar a sus hijos al colegio arremeten contra los que sí y viceversa.

—Esos grupos de WhatsApp habría que perseguirlos como instigadores de la violencia.

María se ríe.

—Bueno, no te creas, que en el hospital pasa más de lo mismo. Están los que defienden que la gente se quede en sus casas por muy personal sanitario que sean. Si todos hiciéramos lo mismo..., imagínate.

—El tipo que está haciendo esto ganaría la partida, porque su propósito no es otro que sembrar el terror y que se deje de vivir con normalidad.

—¿Y cómo lo lleváis vosotros?

—Sancho es poco amigo de compartir sus emociones, pero se le ve muy tenso, alterado. No saber quién es ni qué demanda los está volviendo locos. En casa trata de disimularlo, pero yo sé leerlo por dentro y lo está pasando mal.

—¿Y tú?

Sara abre mucho los ojos, pensativa, como si no se hubiera planteado esa cuestión.

—Ahora mismo mi única prioridad son las niñas, pero te engañaría si te dijera que no estoy preocupada por Sancho y por otro asunto que me concierne a mí y que no sé por dónde va a salir.

María entiende que ese *asunto* no le incumbe.

—Claro, es que vuestro trabajo se tiene que hacer muy complicado en momentos así. Por cierto, vi a Sancho el sábado por la noche en una cafetería, pero estaba muy enfrascado en la conversación con su amiga, o su compañera, y no quise

interrumpirle.

Sara frunce el ceño, extrañada, justo en el instante en el que vibra su móvil sobre la mesa. Enseguida reconoce el número entrante.

—Es del hospital.

—Tranquila, atiéndela.

—Diga.

—¿Sara Robles? —pregunta la voz de una mujer.

—Soy yo.

—Verá, no tengo buenas noticias. Han surgido complicaciones con Greta.

La rigidez se apodera de Sara.

—¿Qué tipo de complicaciones? —consigue decir.

A María le cambia la cara.

—Le hemos detectado cierta distensión abdominal y sangre en las heces, por lo que le hemos hecho unas pruebas para descartar que tuviera alguna perforación en el intestino y lo que hemos visto no nos ha gustado. Tenemos que intervenirla de inmediato para extirparle el segmento afectado, por lo que necesitamos el consentimiento verbal de uno de los progenitores.

Sara se levanta del taburete.

—¡¿A qué se refiere?! —pregunta del todo superada.

—Al ser neonata existe la posibilidad de que no supere la intervención, por eso es tan importante operarla cuanto antes.

A Sara se le anegan los ojos en lágrimas.

—¿Sigue ahí?

—Sí, sí, de acuerdo —balbucea—, hagan lo que tengan que hacer. Estoy de camino —es lo último que dice.

—¿Qué pasa?

A sus cuerdas vocales les cuesta fabricar palabras.

Esas palabras.

—Tienen que operar a Greta de urgencia por algo del intestino, y dicen que es grave. Tengo que llamar a Sancho.

—Bueno, tranquila, Sara, le llamas de camino. Vamos a coger un taxi aquí a la vuelta.

Sara la agarra con fuerza del brazo y busca consuelo en la mirada de María.

—No le va a pasar nada, ¿verdad?

—Claro que no, Greta está en muy buenas manos. Vamos, cariño.

Pero Sara ya no escucha. Un zumbido constante se apodera de su cabeza al tiempo que el rostro que tiene delante pierde nitidez. María se ve obligada a sujetarla de la cintura para que no se desvanezca.

—¿Está bien? —se interesa Luis, el propietario de El Barco.

—Tenemos que ir al hospital Río Hortega —responde María—. ¡Es urgente!

—Tengo la furgo aquí mismo, que estaba descargando. Os llevo.

En once minutos María y Sara, algo más recuperada, bajan del Citroën Berlingo en el que las ha traído Luis emulando la mejor versión de Max Verstappen. Durante el trayecto, Sara ha tratado sin éxito de contactar con Sancho en cinco ocasiones. En el mostrador de atención al paciente le informan de que Greta ya está en el quirófano.

Sara nota que las rodillas no soportan su peso.

—Necesito sentarme.

María la acompaña hasta unos asientos.

—Quédate aquí, voy a por agua.

Sara asiente de manera mecánica. Intenta contactar de nuevo con Sancho pero no lo consigue. Entonces deja caer el móvil sobre su regazo y aprieta los párpados con fuerza como si quisiera exprimir el pernicioso zumo de sus ojos. Confusa, mira a su alrededor. Gente que va y viene, rostros desconocidos, murmullos lejanos, pitidos rítmicos, asepsia total en el aire. Nada a lo que agarrarse.

Sola.

Sola de una forma distinta a cualquier otra: definitiva y cruel, como si el mundo entero hubiera dado un paso atrás, incluso Sancho. Avergonzada por su propia debilidad, se tapa la cara con las manos y permanece inmóvil, contenida, temblorosa, esperando a que alguien le certifique que todo ha salido bien.

Paseo Isabel la Católica, 28, 16B

Siente un hormigueo en el coxis como consecuencia del tiempo que lleva en esa misma postura, sentado, contemplando la esbelta figura del Duque de Lerma mientras aguarda a que el programa matinal conecte con el Hospital Clínico Universitario.

La cerradura —de tambor, antigua— no había ofrecido ni veinte segundos de resistencia ante su pericia con la ganzúa. Esa, la de forzar puertas, es otra de las habilidades que había adquirido en uno de los muchos cursos que había completado a lo largo de su carrera. Saber que el piso está deshabitado le ofrece una dosis de tranquilidad que se manifiesta a través del ritmo pausado de sus constantes vitales. Sostiene una tableta conectada al servicio de datos de un teléfono con tarjeta prepago sobre la que ya actúa el *jammer*. La noticia de la intervención del alcalde ha saltado a primera hora de la mañana, y, por supuesto, no piensa perdérsela. Aunque sabe que es muy improbable, mantiene la esperanza de que sea él quien se encargue de transmitir sus absurdas peticiones a la opinión pública.

«Parece que ya tenemos conexión en directo con Valladolid, donde está nuestra compañera Carmen Corazzini. Carmen, ¿qué nos puedes adelantar acerca del mensaje que tiene previsto comunicar el alcalde, Omar Fuentes, en breves minutos?»

Plano medio. Rostro circunspecto. Sobriedad en el atuendo.

«Buenos días, compañeros. Os hablo desde el exterior de la habitación 615 del Hospital Clínico Universitario donde permanece ingresado Omar Fuentes, alcalde de Valladolid. Aquí aguardamos los distintos medios que hemos sido convocados para...»

El Témpano minimiza la pantalla y se conecta a X con un perfil falso para seguir los comentarios del hashtag #OmarFuentes. Casi más que el previsible mensaje del político, le interesa conocer las reacciones de la gente.

«Atención, compañeros —anuncia la periodista—, porque acaban de darnos paso. Mantenemos la conexión para transmitir de forma íntegra el mensaje del alcalde.»

En la pantalla, Omar Fuentes aparece en un plano medio postrado en una silla de hospital, con un respirador insertado en las fosas nasales, un gotero colgando del brazo izquierdo y varios cables

conectados a monitores que lanzan pitidos intermitentes. El tono ceroso de su tez pegada al hueso, los ojos vidriosos recubiertos de una pátina amarillenta y su apariencia cadavérica son claros indicativos de que el americio-241 sigue cumpliendo con su aniquiladora labor.

Con la mirada fija en la única cámara que graba para todos los medios presentes, el alcalde se humedece los labios con dificultad y traga saliva como si quisiera engrasar sus palabras.

«Conciudadanos de Valladolid, familia y amigos. Apenas tengo fuerzas para hablar, así que seré muy breve y conciso. Como saben, el 28 de noviembre fui ingresado de urgencia en este hospital, y, después de varios análisis y diversos estudios, se descubrió que había sido envenenado de forma deliberada con un compuesto radioactivo llamado americio-241. Aunque aún no se ha podido probar, todo apunta a que ha sido obra del desalmado que está atentando contra nuestra ciudad.»

El alcalde hace una pausa para llenar los pulmones.

«No tiene curación posible, y los especialistas que me están tratando no saben cuánto tiempo me queda. Horas, días o semanas. Por eso quería aprovechar mientras siga respirando para lanzar un mensaje a toda la ciudadanía. El veneno más letal es el miedo. Miedo a salir a la calle, a acudir a nuestros puestos de trabajo, a disfrutar de la vida tal y como la conocíamos antes...»

El alcalde se ve obligado a parar de nuevo para coger aire.

«... antes de que empezara esta ola de explosiones que ya se ha cobrado las vidas de veinte personas, contando a los dos bomberos que han fallecido hace unas horas sepultados por un nuevo derrumbe de la torre de la catedral.»

El Témpano eleva las cejas sorprendido. Sin quitar la vista de la pantalla, ladea la cabeza de un lado a otro para relajar la tensión que nota en el cuello.

Nueva pausa. Una enfermera aparece para ajustar el oxígeno, pero él la detiene con un gesto suave y una sonrisa furibunda.

«Por ello, lo que les quiero pedir es que no se dobleguen frente al miedo. Luchen, revélense contra la barbarie, demuestren, ustedes que pueden, que todos juntos somos más fuertes que él. Que si

permanecemos unidos, jamás conseguirá que nos rindamos a la violencia.»

Omar Fuentes deja caer los párpados y se mantiene en silencio durante unos largos segundos, hasta que vuelve a abrir los ojos e intenta levantar la mano, que, temblorosa, cae a plomo sobre el apoyabrazos.

«Valladolid no se arrodilla.»

—Tremendo discurso, alcalde —dice el Témpano a la pantalla—, precioso. Pero no confunda seguir de pie con seguir vivo. De todos modos, le felicito: podría haber sido así de magnánimo con Cristina, siendo consciente de que estaba atravesando una depresión, en vez de buscar la forma de quitársela de encima, hijo de puta.

La cámara se centra de nuevo en el compungido rostro de Carmen Corazzini, que retoma la conexión una vez terminado el discurso.

—Ya veremos si Valladolid se arrodilla o no cuando se mueran de sed y les falte el aire para respirar. Igual le da tiempo a verlo desde el infierno, señor alcalde.

Acto seguido minimiza la pantalla para chequear los comentarios en X. Hay varios hashtags más: #FuerzaOmar, #ValladolidNoSeArrodilla, #GraciasAlcalde, en los que ya se acumulan cientos de mensajes de apoyo, tipo: «Gracias, Omar, no nos arrodillaremos nunca», «Resiste, alcalde», «Grande. Siempre te llevaremos en el corazón», «Valladolid, lucha». Hay otros que se mofan de su situación o la ponen en duda: «Más dramático que una obra de Shakespeare», «Menudo montaje que se han currado estos cabrones», «Tenía peor cara que yo los domingos por la mañana». Pero también hay bastantes que arremeten contra él: «A ver si trincan rápido a ese cabrón y nos lo entregan en la plaza Mayor», «Al hijo de perra ese le tenía que explotar una de sus bombas en los huevos», y otros, los menos, en los que le muestran su apoyo: «Adro, mucho ánimo desde León».

Con la voz de la enviada especial de Telecinco como sonido de fondo, Marco Antonio Gavilán vuelve a centrar su atención en el edificio Duque de Lerma mientras acaricia, con la yema del pulgar, el pulsador del control remoto.

—Gérar, querido amigo, ¿ya has perdido el culo en ir a la policía o

todavía lo estás pensando?

Exterior de la residencia de Cristina, barrio de Girón

Alrededor de las 13.30 ha llegado la confirmación del juzgado. Media hora más tarde, en el interior de la furgoneta táctica camuflada del GEO, Anchorena y Sancho guardan silencio a la espera de que Marcos Domingo —jefe de la operación que va a ejecutar el GEO— dé luz verde.

El silencio que reina en el habitáculo no es calma, es contención.

El barrio, concebido como una ciudad jardín en los años cuarenta, conserva un aire de pueblo dentro de la ciudad: calles estrechas, casas bajas con patios delanteros y pequeñas zonas verdes que han sobrevivido al paso del tiempo. Los bloques de viviendas añadidos décadas después rompen la armonía original, pero, así y todo, el conjunto mantiene un pulso casi imperceptible aunque independiente de lo urbano. Un oasis en el que casi puede escucharse el latido de quienes han aprendido a vivir sin llamar la atención.

Como es el caso de Marco Antonio Gavilán.

Su currículo profesional les ha helado la sangre cuando todavía no habían recibido la autorización del juez para poner en marcha el operativo. A pesar de que todos tenían una copia del informe, Inés de Marco ha sido la encargada de hacer la presentación.

—Marco Antonio Gavilán Garrote, alias el Témpano. Nacido en Cartagena, Murcia, el 6 de agosto de 1968. Ingresó en la Legión el día que cumplió la mayoría de edad y no ha hecho otra cosa en su vida más que meterse en todos los charcos bélicos habidos y por haber. En su hoja de servicios figuran Afganistán, Irak, Mali, Siria, República Democrática del Congo, el Líbano con la UNIFIL... El catálogo completo, vaya.

Durante la exposición, el pelirrojo se ha hecho daño al tirarse de forma inconsciente de los pelos de la barba.

—¿No tenemos una foto más reciente? —ha preguntado Sancho—. En esta calculo yo que tendrá menos de treinta.

La imagen, en la que aparece de frente, muestra a un tipo enjuto, con los pómulos marcados, ojos oscuros de mirada desafiante, barba espesa bien cuidada, pelo castaño cortado a cepillo y expresión neutra. Nada que llame en exceso la atención.

—Es la que figura en su expediente militar. Estamos tratando de conseguir más, pero no tiene redes sociales, y en la Legión no se estila eso de hacerse fotitos, creo yo. He mandado que la envejezcan con IA; cuando estén los resultados habrá que decidir si la hacemos pública o no.

—Esa decisión me temo que no nos va a corresponder tomarla a nosotros —ha apostillado Anchorena—. Sigue, por favor.

—Alcanzó el rango de subteniente, jefe SEDEX del Batallón de Zapadores, Brigada de Infantería Ligera Rey Alfonso XIII, II Bandera de la Legión con la especialidad EOD, que son las siglas en inglés de desactivación de artefactos explosivos. Y si revisáis su expediente, comprobaréis que colecciona cursos como cromos de fútbol.

El nivel de preocupación en la sala aumentaba por momentos.

—Veamos —ha continuado leyendo De Marco—: Desactivación de Explosivos niveles I y II en el CENAD San Gregorio; Experto en Técnicas NRBQ, que son las siglas de nuclear, radiológico, biológico y químico; Especialista en Explosivos de la Infantería de Marina, instructor EOD en el centro de excelencia de la OTAN en Eslovaquia.

Anchorena chasqueaba la lengua cada vez que Inés de Marco añadía uno más.

—Habla inglés y francés, y ha viajado por el mundo porque tiene acreditados Procedimientos Avanzados de la OTAN en Eslovaquia y Hungría, Neutralización de IED en el Reino Unido, Combate Urbano con Explosivos en Fort Leonard Wood, Estados Unidos, y Reconocimiento de Artefactos Caseros en Tel Aviv con los israelíes. Además, está certificado como jefe de equipos EOD en misiones de la OTAN.

—Sus muertos —se ha desinflado el navarro enfatizando en cada sílaba.

—Pero es que eso no es todo. Atención a su formación complementaria: Entrenamiento en Ambientes Hostiles, Buceo de Combate con Capacidad EOD Subacuática, Manipulación de

Municiones Enemigas, Robótica Aplicada a la Intervención EOD, Desactivación de Municiones sin Detonar, y, por último, formador acreditado para el programa PICAS, por sus siglas Preparación Integral para el Combate en Ambientes Subterráneos.

—Un angelito de hielo —ha calificado Sancho.

Anchorena ha pasado una página y ha señalado un párrafo.

—Al loro con la conclusión que nos regala José Manuel Rivas, el cerebrito de Canillas que ha elaborado el informe: «Nivel de amenaza extremo. El sujeto está sobradamente capacitado para preparar y ejecutar atentados de gran complejidad logística y alto impacto destructivo». Nos ha jodido mayo con las flores. Esto me encanta: «Se recomienda su localización inmediata, la adopción de medidas especiales de autoprotección y la intervención de unidades especializadas». ¿Y qué hostias te crees que llevamos intentando hacer desde que hemos llegado, José Manuel?

—Esto no lo entiendo —ha intervenido Sancho—: «Licenciamiento: baja voluntaria forzada por pérdida de aptitudes psicofísicas, señalado como posible origen de cuadro de estrés postraumático no tratado». O la baja es voluntaria o forzada, ¿no?

—Pregúntale al jodido José Manuel —le ha respondido Anchorena —, pero tienes razón. Inés, tenemos que saber más sobre las razones que motivaron su salida del Ejército. Ah, y quiero que se contacte con su círculo más cercano para elaborar un perfil psicológico en profundidad de Gavilán.

—Me encargo.

—En definitiva —ha concluido Anchorena soltando la carpeta encima de la mesa—, que nos enfrentamos a un tipo que nos da mil vueltas a todos los que estamos aquí en Valladolid, en Canillas y seguramente en el reino de los cielos. Una mezcla entre el puto MacGyver y el jodido Chuck Norris —ha bromeado el de la CGI sin pretender hacer gracia—. Aunque, si miramos el lado positivo, conocer la talla del enemigo al que te enfrentas es un gran avance.

—Yo no quisiera pecar de pesimista, pero muy positivo no lo veo —ha concluido Sancho.

Dentro de la furgoneta estacionada en la acera de enfrente de la casa de Cristina desde hace quince minutos, Antón Anchorena y

Ramiro Sancho han asistido al momento en el que Marcos Domingo ha dado órdenes explícitas a los dos jefes de grupo. La mala noticia es que el sensor térmico no ha detectado ninguna presencia en la planta calle; la buena, que su rango de actuación no llega al sótano. La prioridad es detenerlo vivo, pero dada la peligrosidad del sospechoso se ha autorizado el uso de armas de fuego si la situación así lo requiriera.

—Atención, Seguridad Ciudadana: cortamos ya los accesos al tránsito de vehículos. Jefe uno y jefe dos, treinta segundos.

—Jefe uno, copiado. En posición.

—Jefe dos, copiado. En posición.

No lo verbalizan, pero tanto Sancho como Anchorena darían un riñón para que la jornada de hoy terminara con la detención de Marco Antonio Gavilán. Paralelamente, se ha ordenado el allanamiento y registro de la última vivienda conocida donde está empadronado, en el cabo de Gata, pero ambos saben que poco o nada van a sacar de allí.

—Diez segundos.

Silencio absoluto.

—Adelante.

—¡Grupo Especial de Operaciones! —se oye gritar casi al unísono a ambos grupos cuando acceden a la vivienda utilizando el ariete.

—Equipo uno, planta calle y jardín despejado.

—Equipo dos, bajando al sótano.

Anchorena entorna los párpados, toma aire y desvía la mirada hacia el techo de la furgoneta.

—Equipo dos, sótano despejado.

Sancho frunce los labios al tiempo que su compañero se quita el auricular visiblemente decepcionado.

—Equipo uno y dos, proceded a asegurar los accesos. Los de la Científica pueden proceder al registro. Muy atentos los del perímetro por si detectamos alguna actitud sospechosa. Si algún curioso coincide con la descripción del sujeto lo detenemos en el acto.

—Equipo uno, copiado.

—Equipo dos, copiado.

—Vamos dentro —le conmina el navarro.

La primera sensación que le invade a Sancho en cuanto entra en la vivienda es que ya ha estado allí y, sin embargo, está seguro de que no. De un manotazo mental descarta la idea, y se fija entonces en que el interior está amueblado con bajo presupuesto pero con gusto, y la decoración refleja un estilo cálido y personal a pesar de que hay muchas plantas que hace mucho que dejaron de hacer la fotosíntesis.

—Jefe, tienen que ver esto —oyen decir a una voz que viene del sótano.

A Marcos Domingo le siguen Anchorena y Sancho. A mitad de escalera ya se percibe el olor a humedad y a taberna con solera. El sótano, transformado en bodega, tiene unos veinticinco metros cuadrados, pero lo primero que llama la atención es una mesa tipo camping en el centro de la estancia.

—Yo diría que eso —señala un miembro del GEO— es parte de un detonador. Y en esa estantería hay varios componentes químicos.

Anchorena se acerca para examinarlo.

—Ni más ni menos —certifica—. Antes de que los de Científica procesen todo esto, que el TEDAX lo revise, no nos vayamos a encontrar con alguna sorpresa.

—Bueno, pues ya sabemos dónde preparaba sus pócimas —comenta el pelirrojo.

—Sí, eso parece. Ahora solo necesitamos atrapar al maldito druida. Dejemos espacio a los que les toca hacer su trabajo.

Están a punto de abandonar la vivienda cuando oyen que alguien levanta la voz.

—¡Aquí, en la cocina!

Acuclillado, un miembro de la Científica sostiene con el índice y el pulgar de la mano enguantada un papel arrugado.

—He encontrado esto en la basura. Creo que puede ser importante —avisa.

—Extiéndelo en la encimera. Con cuidado —le pide Anchorena—. Déjame ver.

Ambos se inclinan al unísono para acercarse a la cuartilla, sobre la que aparece un plano dibujado a mano alzada con trazos de bolígrafo azul y líneas rectas pero torpes, propias de quien lo ha

hecho con prisa y sin instrumental técnico.

—Parece la sección de una planta de edificio, ¿no? ¡¿Alguien sabe algo de arquitectura o delineación?! —vocea el de la CGI.

Una mujer de la Científica se aproxima.

—Yo empecé Arquitectura, pero...

—Venga aquí, dígame qué ve.

La elegida se acerca con precaución.

—Cinco viviendas por planta. Entradas independientes conectadas por un pasillo central que cruza de extremo a extremo. Aquí, la escalera comunitaria y los tres ascensores. Es muy rudimentario, pero tiene que ser de un edificio bien hermoso para tener tantos apartamentos. Lo que no se puede saber son las dimensiones porque no hay medidas ni escalas. Al parecer solo interesa esta vivienda de aquí —señala—, la que tiene el trazo más grueso y está marcada con la G. Pero..., qué raro, ¿no?

—El qué —quiere saber Anchorena.

—Pues que hay cinco viviendas por planta, no entiendo que esta tenga la letra G, que es la séptima del abecedario.

—Bien visto.

—¿Y esta nomenclatura de aquí qué significa?

Sancho le señala una línea que viene escrita en el margen izquierdo del papel: «P5. Ed DdL».

La de la Científica se encoge de hombros.

—Pues no sabría decirle, la verdad.

De improviso, Sancho da un fuerte golpe en la encimera con la parte blanda del puño y se echa las manos a la cabeza. La inesperada epifanía no es bien recibida por los presentes.

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder! —repite manteniendo la postura y sin dejar de mirar el plano.

—Joder, ¿qué?, Sancho, joder, ¿qué? —le presiona Anchorena ansioso.

—¡Planta 5, edificio Duque de Lerma! Y la G no es la letra del piso.

—¿Y qué coño es?

—¡El piso del cabo Méndez, Gerardo Méndez! Lo ha mencionado esta mañana.

Anchorena endereza la espalda.

—Vamos, no me fastidies. No tendrá los cojones de...

—Cojones no sé, pero mala hostia le sobra. Y esto es algo personal entre los dos. Hay que evacuar el edificio a la voz de ya —zanja Sancho.

Avenida de Salamanca, 1

Han transcurrido dos horas desde que Anchorena ha hablado con el comisario general Fernández Villanueva para que le autorizara la activación del protocolo de emergencia y evacuar así el edificio Duque de Lerma.

En cuanto lo ha hecho se han puesto manos a la obra, con el propósito de movilizar a los distintos intervinientes y conformar el Centro de Coordinación Operativa bajo el mando único del delegado del Gobierno de Castilla y León. Poco después, la Secretaría de Estado de Seguridad, dependiente del Ministerio del Interior, ha aprobado la aplicación del Plan de Prevención y Protección Antiterrorista para la ciudad de Valladolid, que en este momento está en el punto de mira del Gobierno.

Toda esa es la parte burocrática; sin embargo, sobre el terreno es Antón Anchorena el encargado de tomar las decisiones correctas con el fin de garantizar la seguridad de la evacuación. Por y para ello está ya en el interior de la furgoneta táctica estacionada en la esquina de la calle Olma con la avenida de Salamanca. Comparte espacio con Sancho y con Hernán Zunzunegui, ambos en apariencia tranquilos para el riesgo que asumen.

En apariencia.

El motivo esgrimido para justificar la operación de cara al exterior es la detección de una serie de daños en las canalizaciones de gas que dan servicio al Duque de Lerma. En este momento ya no queda nadie en el edificio, se ha establecido un perímetro de seguridad de cincuenta metros y se ha cortado el tráfico rodado y de transeúntes en varios puntos estratégicos: puente Mayor, avenida de Salamanca y avenida de Gijón.

Llegados a este momento, cuando el reloj de Antón Anchorena

marca las 16.57, les toca intervenir a los TEDAX comandados por Hernán Zunzunegui.

—Tu turno —le indica el navarro.

Da la sensación de que Zetazeta se enfrenta cada lunes a este tipo de situaciones extremas. Con la expresión laxa, se sienta frente al monitor que tiene delante como si fuera a jugar un rato al *GTA*. La imagen, partida a la mitad, se alimenta de las cámaras que llevan los dos experimentados miembros de los TEDAX que él mismo ha seleccionado para la operación. Una operación en la que, si Hernán Zunzunegui es el cirujano, no tiene la menor idea de lo que se va a encontrar cuando abra al paciente.

Mientras trata de calmar los nervios previos a la intervención, la pareja de tédax aguarda en la primera planta del sótano para evitar estar a la vista de los muchos curiosos que pueblan las ventanas de los edificios colindantes y, de este modo, no incrementar la tensión social.

—Aquí Zetazeta, ¿estáis en posición?

—Afirmativo.

—Pues venga, para arriba. Pablo, tómate tu tiempo. Haz los descansos que tengas que hacer, pero tienes que llegar con la cabeza despejada. No pensar en lo que te vas a encontrar arriba es la mejor forma de pensar en ello.

—Lo tengo claro —responde el tédax, embutido en el equipo de protección integral EOD9.

Diseñado para resistir ondas expansivas, impactos de fragmentación y otros efectos derivados de una deflagración, el EOD9 es el ángel de la guarda de quienes tienen como oficio desactivar artefactos explosivos. Treinta y nueve kilos de tejido balístico multicapa reforzado con placas rígidas, un casco con visor antibalas y protección facial integral. Integrado en el traje, un sistema de ventilación y comunicaciones. Un seguro de vida que solo admite el pago en una moneda: presión térmica. Porque a cada paso que da su portador, con cada latido de su corazón, la temperatura del interior asciende hasta convertirse en un horno de cocción lenta.

Pablo del Fresno porta consigo material muy básico, ligero, con el propósito de no dificultar más aún el ascenso por las escaleras. Es

Samuel Martín, su binomio, quien le asiste cargando con material más pesado por si lo tuviera que necesitar. Zetazeta le ha ordenado a este que permanezca a la espera dos plantas más abajo que Pablo, por lo que se permite el lujo de llevar un traje de protección mucho más liviano. Desde donde se encuentra Samuel, a algo más de quince metros de distancia, Pablo parece un gigante verde acorazado.

—Iniciamos subida por las escaleras —informa el tédax, que ya avanza a pasos cortos y firmes.

—Nos lo tomamos todo con mucha calma —le recuerda Zetazeta.

En el lado opuesto del interior de la furgoneta, junto a los técnicos que los acompañan, Sancho y Anchorena aguardan a que les deriven la llamada que, supuestamente, va a efectuar Marco Antonio Gavilán a las cinco de la tarde, a quien han decidido ocultarle que conocen tanto su identidad como sus intenciones en el Duque de Lerma. Otra cosa es que se haya enterado de la evacuación del edificio y encaje las piezas, circunstancia que han asumido como probable, dado que a estas alturas el desalojo es *vox populi* en la ciudad.

Ninguno de los dos ha disfrutado de un solo segundo de descanso, pero a Anchorena lo que más le pesa no es el agotamiento físico, sino la certeza de que cualquier error podría tener consecuencias fatales. Sancho, por su parte, ni siquiera ha sido capaz de encontrar un instante para sacar el móvil y contactar con Sara para ponerle al día de la situación. Es consciente de que ese silencio no suma, pero hay veces que conviene restar.

—¿Apostamos como en los viejos tiempos? —le pregunta Antón Anchorena con la idea de aliviar la tensión.

Sancho desvía la mirada y suelta un suspiro.

—¿Qué nos jugamos?

—Lo de siempre: cena con vino bueno.

—Venga.

—Yo digo que lo sabe y, aun así, llama —augura el de la CGI.

—Yo digo lo mismo.

—Haberlo dicho primero.

—Que te jodan.

—¿Cómo vas, Pablo? —oyen preguntar a Zetazeta.

—Empezando el primer tramo del segundo piso. De momento, bien.

—¿Samuel?

—Yo voy ligero, no he roto ni a sudar.

—Yo no puedo decir lo mismo.

—Descansa las veces que necesites —insiste Zetazeta.

—Lo sé, lo sé.

El teléfono de Sancho vibra.

—¡Atención todo el mundo! —advierte Anchorena.

Este espera a que su compañero le haga la indicación.

—Sancho —responde.

Silencio.

—¿Si le pregunto dónde está me contestará con sinceridad?

—Solo si antes me lo dice usted.

—Bien, bien... Es usted rápido, inspector. Ahora cuénteme cómo han sido recibidas mis peticiones.

Su voz suena firme y sosegada.

—Pues no le voy a engañar; con mucha sorpresa. Lo que pide no es nada sencillo de conseguir porque requiere la intervención política, y no hace falta que le diga que esa gente muy rápida no es. Pero le puedo asegurar que estamos trabajando en ello y que si mantiene su palabra y no se producen más...

Sancho duda en qué palabra utilizar. Anchorena se toca el auricular y niega con la cabeza.

—¿Atentados? —completa el Témpano.

—... actos violentos. Si no se producen más actos violentos seguiremos adelante con los trámites.

—¿Y pretende que le crea así sin más? ¿Por qué no se han comunicado mis peticiones a los medios?

Zetazeta levanta la mano y muestra tres dedos, lo cual indica que al tédax le quedan dos pisos para llegar a la vivienda de Gerardo Méndez.

—Eso no depende de nosotros. Al parecer, la Secretaría de Estado de Seguridad cree que es contraproducente que reconozcamos que estamos inmersos en una negociación con alguien que ha cometido delitos de sangre. Los muertos ascienden ya a veinte.

—Sí, ya me enteré de lo de esos bomberos. Pero... ¿a quién se le ocurre ordenar un peritaje desde el interior?

—Eso no es cosa mía, pero, volviendo al asunto anterior, no podemos comunicar sus peticiones a los medios porque se abriría un gran debate social que perjudicaría la redacción de la propuesta de ley.

—Es que, precisamente, lo que yo quiero es que se abra un debate social en torno a este asunto. Estoy convencido de que habría mucha más gente a favor que en contra de la aprobación de esa ley. Subestimar la opinión mayoritaria es otra forma de violencia.

Anchorena le hace un gesto para que continúe por ese camino.

—¿Usted cree?

—Sin duda. Solo entre perros y gatos suman más de quince millones en España, y muchos de ellos sufren con el sonido de los fuegos artificiales y los petardos que lanzan cuatro idiotas descerebrados.

—Puede ser. ¿De qué raza era su perra?

El Témpano tarda en contestar.

—*Basenji.* Es poco conocida.

—Lo siento mucho. ¿Y fue aquí en Valladolid? ¿Es por eso por lo que está...?

—Deje de hacerme preguntas tan dolorosas, inspector —le corta endureciendo el tono.

Sancho busca la mirada de Anchorena para salir de esa, pero no les da tiempo.

—¿Qué le parecería si le preguntara yo por el estado de salud de sus hijas?

Pablo del Fresno nota los cuádriceps y los gemelos cargados. Siempre ha tenido un buen tren inferior gracias a los muchos kilómetros de pedaleo que tiene encima, pero no son las piernas sino el calor lo que le ha obligado a detenerse antes de afrontar el último tramo de escaleras. El esfuerzo físico le ha hecho perder mucha agua y, a pesar de que se ayuda del pasamanos para subir, los últimos peldaños le han costado demasiado. Sabe que tiene que

controlar la frecuencia respiratoria para impedir que las pulsaciones sigan subiendo, pero el infierno que se ha desatado dentro del traje le impide pensar con claridad. No puede permitir que el EOD9 deje de ser su ángel de la guarda para convertirse en diablo.

Por el equipo de transmisión se escuchan sus jadeos, cortos, constantes.

—Pablo, ¿estás bien? —le pregunta Zetazeta.

—Sí, pero necesito recuperar el aliento —responde. Entre palabra y palabra hay medio segundo de inhalación.

—Vas muy bien. Tómate el tiempo que necesites y respira despacio. Piensa en la montaña esa a la que me has dicho que te vas a ir en Navidades con tu familia.

—Ojalá estuviera allí ahora —dice—. Sigo.

—Venga, que ya lo tienes —le anima—. Samuel, ¿alguna novedad?

—Ninguna. En posición.

—Pablo, cuando estés en la planta quiero que descanses hasta que bajes las pulsaciones, ¿estamos?

El tédax no responde.

—¿Estamos? —insiste.

—Estamos —responde al fin.

Todos dicen que acabará presentando los informativos. Carmen Corazzini no solo es una cara atractiva, es la futura cara de la cadena de televisión más importante del país. Cuenta con una legión de seguidores en Instagram, que se ha ganado a pulso en cada una de las apariciones que ha hecho como reportera intrépida y pertinaz del momento. Los que la conocen saben que Carmen no busca la fama; busca la noticia y la encuentra antes que nadie.

Y hoy la noticia está en Valladolid.

Ha cubierto el lacrimógeno mensaje de Omar Fuentes de esta mañana y ha ofrecido en exclusiva una entrevista con la teniente de alcalde, quien muy presumiblemente ocupará el cargo en cuanto se confirme la tragedia. A punto estaba de tomar el AVE de vuelta a Madrid cuando ha recibido el soplo: la policía está desalojando el edificio más alto de la ciudad, y no parece que sea por los motivos

que han esgrimido las autoridades. No se lo ha pensado y con Pedro, su cámara, se han subido a un taxi y se han dirigido hacia allí.

El problema es que han colocado el cordón policial demasiado lejos del edificio, y desde ahí no tiene manera de saber qué está sucediendo. Su instinto le dice que hoy toca mojarse el culo, y no ver a nadie de la competencia cerca la empuja a tomar la decisión.

—Pedro, ¿te ves capaz de bajar por ahí con la cámara?

—A ver, capaz sí me veo, pero no me gustaría que me metieran otro porrazo como el día de la manifa de tractoristas.

—Venga, Pedrito, que no fue para tanto. Además, aquel día te invité a tres cañas.

—Un porrazo, tres cañas..., no sé si me compensa.

—Lo subo a cinco y botella de vino.

Pedro sabe que diga lo que diga le va a tocar pringarse —y mantiene un hilo de esperanza de poder acostarse con ella después de alguna noche tonta de cañas—, así que compone un gesto sumiso y asiente con la cabeza.

—¡Ese es mi Pedrito!

A Sancho le ha dado un vuelco el corazón.

Está preparado y mentalizado para escuchar cualquier cosa que provenga de semejante malnacido, pero no se esperaba que le mencionara a sus hijas recién nacidas.

Anchorena, muy atento a todo, abre mucho los ojos y hace un movimiento con las manos para indicarle que cambie de tema. El pelirrojo toma aire, aprieta con fuerza los puños y acude al cuaderno que tiene delante con algunas anotaciones.

—Hay algo que no termino de entender de usted. Su religión establece que ha de existir un equilibrio entre el ser humano y el entorno en el que vive. Sin embargo, usted parece empeñado en destruirlo.

—Le felicito, inspector, a usted y a quienes le hayan convencido para abrir una especie de debate moral sobre mis actos, pero no va a poder ser, porque, por mucho que haya leído acerca del tema o le

hayan asesorado sobre lo que tiene que decir, no comprendería nada.

—Pues explíquemelo.

—Traté de hacérselo entender en la anterior conversación, pero si necesitan que se lo aclare, ahí va. Es muy sencillo: la destrucción se concibe como un restablecimiento del equilibrio espiritual en momentos de transgresión y desorden. No es el final, sino un estado intermedio necesario, un mecanismo para devolver la armonía a la naturaleza, y de ello se encarga Adro.

—Y con todo lo que está haciendo, de algún modo, usted ha adoptado el papel de Adro.

—Alguien tiene que hacerlo.

Sancho sopesa lo siguiente que va a decir.

—¿Y se puede saber qué cojones tiene que ver el estado de salud de mis hijas en todo esto?

Antón Anchorena le toma del brazo y niega con la cabeza. Sancho se limita a sostenerle la mirada.

—Tiene que ver con usted, claro.

—Si quiere seguir manteniendo esta conversación conmigo, no vuelva a mencionarlas.

—En este juego no hay normas, inspector, solo ingenio. Y usted y los suyos no están demostrando estar a la altura. ¡Si ni siquiera han sido capaces de averiguar el motivo real por el que he exigido hablar con usted!

—Estoy —le escucha decir a Pablo.

Por primera vez, en el rostro de Zetazeta se refleja una grieta, un gesto de disconformidad relacionado con la anomalía en las transmisiones que están tratando de solucionar los dos técnicos de la furgoneta. La cámara de Pablo del Fresno está fallando, y la imagen que le llega al monitor carece de la nitidez que necesita. Las consecuencias de ese error conllevan el aislamiento de sus compañeros, lo cual, como responsable al mando, no puede consentir.

—Estupendo —responde con voz firme—. Tómate unos segundos

mientras tratamos de solucionar un problema con la señal de tu cámara.

—Los aprovecharé al máximo.

No sin asumir riesgos, Carmen Corazzini ha logrado burlar el cordón policial y se ha parapetado junto a su cámara a unos veinte metros del acceso principal del edificio. Lo que observa desde allí no hace sino confirmar sus sospechas: el desalojo del edificio no tiene nada que ver con ningún problema de sus infraestructuras. Carmen es muy consciente de que no debería estar allí.

Y por eso, precisamente, está allí.

—Hay más policía aquí que en Ávila —comenta Pedro al tiempo que se enciende un pitillo y lo sujeta en la comisura del labio.

—¿Tienes que ponerte a fumar ahora?

El cámara le da dos caladas seguidas y lo tira al suelo.

—Joder, ni que estuviéramos en una trinchera. ¿Qué quieres hacer?

—Estoy esperando a que me den paso desde el estudio. En cuanto entremos en directo, vamos a levantar la liebre y se nos van a echar encima.

—Sobre todo de mí.

—Tú no dejes de grabar, que yo te aviso.

—A sus órdenes. Oye, no te lo dije, pero tengo un colega que se leyó tu último libro de asesinos y asesinatos y me dijo que, a pesar de no ser una novela, le gustó bastante.

—Pues le das las gracias de mi parte —dice por decir, más pendiente de lo que escucha por el pinganillo que del halago de su compañero.

—Ahora estás escribiendo una novela, ¿no?

—Sí, en ello estoy, pero, por lo que más quieras, Pedro, no te distraigas, a ver si va a pasar algo y nos lo vamos a perder.

El cámara chasquea la lengua.

—Lo que mande la jefa.

—Esa pregunta ya me la contestó —le dice el inspector Sancho.

Al igual que el Témpano, hay muchos vecinos asomados a sus balcones para seguir en directo lo que ocurre en los aledaños del Duque de Lerma. Él, sin embargo, lo hace de forma discreta con el fin de no llamar la atención de alguno que pueda darse cuenta de que ese piso debería estar vacío.

—Pero igual no le dije la verdad —contesta él.

—Eso solo usted lo sabe.

—Podrían haberlo descubierto si no hubieran desviado su atención hacia el lugar equivocado.

—No le sigo.

—Ya veo. Muy pronto sabrán a qué me refiero. De momento, solo saben mi nombre, obra y milagros, pero eso no es trascendente, créame.

El Témpano esboza una sonrisa perversa a la espera de comprobar cómo reacciona el inspector Sancho ante la noticia.

—Marco Antonio Gavilán Garrote.

—Ese soy yo —reconoce—. Doy por hecho que el mierda de Gérar no tardó mucho en convencerlos esta mañana, y que ya han puesto patas arriba la casa de Cristina y la mía del cabo de Gata. Ahora los de la Científica estarán recogiendo las pruebas que necesitan para relacionarme con las explosiones, así que ya solo le resta detenerme para ponerse la medalla.

—Yo no busco ninguna medalla.

—Todos buscamos reconocimiento por lo que hacemos, y usted no es ninguna excepción. Igual ha llegado el momento de quitarse la careta.

—Se la hemos quitado nosotros.

—Gérar, en todo caso. Pero estaba previsto, créame. De hecho, todo lo que ha pasado, lo que va a pasar hoy y lo que va a pasar mañana está previsto.

De repente, un movimiento extraño que detecta entre unos arbustos le hace forzar la vista: un cámara de televisión y una mujer que sujeta una alcachofa.

«La curiosidad mató al gato», piensa.

—Así que lo tiene todo bajo control, ¿eh?

—Que no le quepa la menor duda, inspector.

En el interior de la furgoneta la presión va en aumento. Los técnicos no solo no han conseguido restaurar la imagen de retorno de la cámara de su compañero, sino que también les están fallando las comunicaciones del equipo de transmisión.

—Pablo, nosotros aquí te escuchamos muy mal, pero si me oyes, procede según lo hablado mientras tratamos de solucionarlo —le dice Zetazeta.

Este, que ahora sí tiene el rostro demudado por la tensión, clava la mirada en los dos técnicos, que no están siendo capaces de solucionar los problemas.

Es en ese contexto cuando le llega a Antón Anchorena una noticia que le hace tragar saliva con un cierto sabor acerbo. El navarro duda unos instantes a la vez que se seca el sudor de las manos en los muslos, pero enseguida llama la atención de Zetazeta.

—Ahora no puedo —le dice este.

—Acaban de denunciar el robo de quinientos kilos de fertilizante de un almacén agrícola.

Inmóvil, el jefe de los TEDAX parpadea dos veces.

—No —es lo único que dice.

—Me temo que sí.

—¿Quinientos kilos? ¡Si ha fabricado esa cantidad de ANFO, es imposible que lo haya subido hasta el quinto, hostia!

—¡¿Entonces?!

Sancho, que sigue tratando de alargar la conversación con Gavilán, frunce el ceño al oír gritar a Zetazeta.

—¡Atención, Pablo, sal de ahí inmediatamente! ¡Es una trampa!, ¿me oyes?

Anchorena se echa las manos a la cabeza.

—Hijo de la gran puta —murmura el de la CGI—, va a volar el puto edificio.

Zetazeta toma una decisión incorrecta: ir a avisar a sus compañeros.

—¿He perdido su interés, inspector?

—No, para nada, para nada. Todo lo contrario. Solo me preguntaba si de verdad es capaz de...

—¿De tirar el Duque de Lerma? ¿A eso se refiere?

—Gavilán, por favor, escúcheme. Hay gente dentro. ¡Gente inocente! ¡No lo haga, por lo que más quiera!

—Lo que más quería ya no lo tengo, inspector. Pero no se preocupe demasiado, porque, después de esto, todo sigue. Aún no he terminado. Por ahora lo único que he hecho ha sido captar su atención y que me tomen en serio, pero prepárense para sufrir de verdad cuando les robe la libertad, los mate de sed y envenene el aire que respiran.

Desde el balcón, el Témpano ve que un hombre sale de una furgoneta aparcada al otro lado de la avenida de Salamanca y la cruza corriendo en dirección a la entrada del edificio. Suma dos más dos y le da cuatro, un resultado que le obliga a actuar de inmediato. Regresa al interior, cruza el salón y apoya la espalda en la pared del pasillo. Luego alarga el brazo de la mano con la que sostiene el pulsador y apunta hacia el exterior.

—Por favor, Gavilán —insiste el inspector Sancho, ahora en un tono que pretende ser conciliador—, deje que saquemos a nuestros hombres del edificio. Por favor, tenga un poco de compasión.

—Compasión, ¿eh? Como le dijo Adro al cazador: «Eso lo tendrías que haber pensado antes de disparar la primera flecha al sol». Ya hablaremos, inspector.

Carmen Corazzini espera impaciente a que le den paso desde el estudio. Sabe que se va a ganar unas cuantas felicitaciones por parte de los suyos, y, por qué no, de la competencia. Como en una tragedia griega, ha pasado por la *hýbris* al cruzar el cordón policial, como los héroes que desafiaban a los dioses, y por la anagnórisis al intuir con acierto que ahí estaba la noticia.

Solo le falta llegar a la catarsis.

Desde donde está ve a un hombre cruzar la avenida de Salamanca

como si le persiguiera el diablo y dirigirse hacia el Duque de Lerma.

—Adelante, Carmen —oye por el pinganillo.

Carmen toma aire por la nariz y lo suelta muy despacio por la boca.

—Buenas tardes a todos desde Valladolid, donde estamos viviendo momentos cargados de tensión durante el desalojo de uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad. Según nos han informado, todo se debe a un fallo en las canalizaciones de gas, pero no se descarta que tenga que ver con la oleada de atentados que...

A su espalda, un estruendo absorbe las palabras de la reportera.

Carmen Corazzini nota que el aire desaparece a su alrededor y, aturdida, pestañea dos veces sin dejar de mirar al objetivo de la cámara. La onda expansiva es la catarsis que arrasa con su sueño de presentar los informativos de la cadena y de publicar su primera novela. Pedro tampoco cumplirá el suyo de acostarse con ella.

Pero lo peor, aunque ellos ya no estén vitalmente capacitados para experimentarlo, está aún por llegar.

El colapso.

Un condenado abrazo de verdad

Algún lugar en el subsuelo de Valladolid
Martes, 6 de diciembre de 2022, a las 7.40

Cinco días para la traca final

No es la primera noche que pasa allí. Durante la fase de preparación, antes de decidir dónde establecer la madriguera, Marco Antonio Gavilán recorrió muchos tramos del subsuelo vallisoletano. En algunos de ellos, como es el caso, decidió pernoctar solo por vivir y medir la experiencia a la que se tendría que enfrentar llegado el momento.

Ese espacio, ubicado bajo la gran bóveda de lo que un día fue el ramal norte del río Esgueva, cumplía con los requisitos que buscaba: fácil acceso desde el exterior a través de dos arquetas situadas en calles poco transitadas; buena conexión con el resto de la red de saneamiento y abastecimiento de la ciudad; espacio amplio con presencia continua de aire renovado y un índice de humedad asumible. Pero, por encima de todo lo anterior, ese lugar bajo el cemento urbano tenía una característica única que fue lo que le hizo decantarse por él: era el epicentro de un entramado de túneles y galerías que no figuraban en ningún plano del subsuelo y que, en caso de necesidad, podrían sacarle de un buen apuro.

No puede decirse que la madriguera sea confortable, pero sí que se ha ocupado en acondicionarla para que los cinco días que tiene pensado pasar ahí abajo no se conviertan en una tortura. No en vano le ha costado prepararla y adaptarla a sus necesidades casi diez noches. Diez duras jornadas nocturnas durante las cuales entraba desde distintos accesos cargando en mochilas y bolsas de obra todo el material que había previsto utilizar.

Allí dentro, optimizar el espacio es fundamental. Alineadas contra la pared, seis garrafas de agua de cinco litros —que le costó horrores transportar a través de la galería— más cuatro blísteres de pastillas potabilizadoras. En dos cajas de plástico guarda botes de comida en conserva variados, tabletas de chocolate negro, bolsas de frutos secos, café soluble y azúcar. Sobre una losa plana, un hornillo Esbit con un cacillo de acero. El botiquín incluye analgésicos, antibióticos y antihistamínicos, así como el material necesario para tratar alguna herida de poca consideración.

Cerca de lo que ha llamado el «área de descanso», compuesta por una esterilla aislante de espuma de célula cerrada y un saco de dormir con capucha, ha colocado un ventilador portátil, el *jammer*, mascarillas con filtro P3, varias lámparas LED, linternas, tres baterías de ciclo profundo y pilas, muchas pilas. Y justo al lado, la pala plegable que va a necesitar el día de la traca final. En un perchero improvisado, cuatro camisetas térmicas, un forro polar, dos pantalones tácticos, cuatro pares de calcetines gruesos, cuatro calzoncillos, unas botas de campaña y otras botas tácticas para desplazarse con garantías por los colectores y galerías del subsuelo. También tiene colgados el mono de trabajo azul y la gorra que tiene pensado utilizar muy pronto. No pueden faltar la navaja multiusos, una caja de herramientas, un cuchillo de combate y dos armas cortas no registradas que en su día le fueron entregadas por Executive Outcomes: una SIG Sauer P365 y una Glock 19 con la munición suficiente como para someter al ejército de ratas con las que tiene que cohabitar, y a las que respeta más que a los seres que viven en la superficie.

Casi en penumbra, con la mirada puesta en lo que un día fueron los sillares del antiguo puente de Poniente, el Témpano dedica unos minutos a recordar algunos de los buenos momentos que pasó con Cristina. Imágenes fugaces que, sin saberlo, había guardado en algún rincón de su memoria. En la mayoría de ellas la ve riendo a carcajadas, dando rienda suelta a esa risa tan estridente —y a la vez tan contagiosa— que tanto le gustaba. A él, sin embargo, le costaba sonreír. «Joder, Marco, parece que te cobran por reírte», solía recriminarle ella. Era cierto. Porque en su cabeza también albergaba

otras remembranzas de sus misiones en el extranjero, escenas crueles, feroces, y que pesaban mucho más que las otras. Así, conforme avanzó la relación y sus ausencias se hicieron más frecuentes y prolongadas, esos instantes de felicidad compartida se fueron marchitando hasta que simplemente dejaron de existir.

Transcurridos unos minutos, introduce la mano en la mochila y saca el diario de Cristina. El pasaje que quiere leer lo tiene localizado porque la fecha coincide con la de la muerte del dictador de Zimbabue y genocida Robert Mugabe. Alarga el brazo para llegar a la lámpara LED de campamento con la que baña de luz el rincón que ocupa, gira la ruleta para que le proporcione más iluminación y aplica el filtro ámbar, como si quisiera dotar de mayor calidez ese espacio tan luctuoso.

6 de septiembre de 2019

Querido diario:

Hoy empiezan las ferias. Son más de las nueve de la noche y aquí estoy, encerrada en casa, amargada de la vida. Desde ayer he llamado a todas y cada una de las que puedo considerar amigas, pero está claro que no tiene pinta de ser recíproco. Están todas liadas. Todas con sus planes. Planes que no me incluyen a mí. Gracias, gracias, gracias. Para más INRI (no sé si se escribe así), el baboso de Gérar me ha enviado un mensaje preguntándome si hago algo, que si me apetece ir de casetas. Por supuestísimo que me apetece, chapas, pero no contigo. Le he contestado que gracias, pero que ya había quedado con gente. Qué pena doy.

¿Y cuáles son mis planes? Trabajar como una idiota.

Ya te he contado que el lunes Gustavo Cuadrado me comunicó a través de un email que el proyecto de las fuentes se paralizaba porque tenían que revisar a la baja las partidas presupuestarias, presentarlo de nuevo y que fuera aprobado en el pleno del ayuntamiento. En otras palabras, que todas las horas que le he dedicado estos meses no han servido para nada. Como no sé cuándo el condenado tragaldabas miente, no tengo ni idea de si

será cierto o no, pero te estaría engañando si te dijera que me la ha sudado.

Para compensar el bofetón, me han hecho un regalo fantástico, inigualable, en forma de nuevo proyecto. Lo han llamado «Valladolid bajo tierra», y al parecer viene de la Concejalía de Turismo, que está superinteresada en llevarlo a cabo. Consiste en rehabilitar varios kilómetros del antiguo cauce del Esgueva para convertirlo en un circuito turístico que atraiga a muchos visitantes a la ciudad. Flipas. Lo que ellos digan. El tema es que el jeta de Ángel Luis me lo ha empaquetado a mí, y hoy, justo antes de irme, me ha entregado cuatro tubos que contienen decenas de planos. Planos de saneamiento, abastecimiento de agua, gas, electricidad y telecomunicaciones. Pero es que el anormal también ha incluido planos de infraestructuras subterráneas tipo túneles, galerías, estacionamientos... ¡Ole, ole y ole! No los he contado, pero igual son treinta o cuarenta planos detallados. ¿Y qué narices quiere que haga yo con todo eso? ¿Que me lo aprenda de memoria? ¿Que los ponga tipo póster en mi habitación? De verdad que no puedo con más incompetentes.

—No te preocupes, cariño, que yo me encargo de darle buen uso —dice el Témpano.

El caso es que, como no tenía otra cosa que hacer, me he entretenido toda la tarde con los dichosos planos como buena pringada que soy. Y mañana, que es sábado de ferias, sola todo el día. Me pregunto qué coño estará haciendo Marco, pero claro, a él los planes que incluían fiesta se la sudaban. Hace tiempo que no sé nada de él, y no voy a decir que le eche de menos, pero me acuerdo de su cara más de lo que me gustaría. Y no lo entiendo. Bueno, sí, que soy imbécil y eso lo explica todo. Porque, en realidad, mi problema siempre ha sido ese: que a pesar de todo le echo mucho de menos.

Hale, me voy a revisar unos planitos, a ver si me aficiono y todo.

A la mierda el que lo lea, sobre todo si eres una de las que yo

consideraba amigas.

Un picor que nota en el interior de los párpados le recuerda que no ha dormido mucho. Ni bien. Cierra el diario, lo devuelve a la mochila con sumo cuidado y regresa a sus pensamientos. Ahora su cerebro le invita a realizar un viaje mucho más corto en el tiempo. Ni siquiera han transcurrido doce horas desde que asistió al momento en el que, tras el golpe feroz de la onda expansiva, regresó al balcón para disfrutar de su obra. El primer fotograma que registró su cerebro le hizo pensar que frente a sus ojos tenía un gigante de hormigón que, de repente, hubiera perdido su capacidad para mantenerse erguido. Por desgracia, el efecto dominó hizo que esa idílica imagen se desvaneciera de inmediato. Los forjados se arrugaron antes de ceder por completo, y el peso de toda la estructura venció la resistencia de los pilares. Todo el conjunto se inclinó ligeramente hacia el río como un árbol podrido que rugía de forma agónica. El impacto final contra el lecho del Pisuerga levantó una nube de polvo y agua que al disiparse reveló la miseria que se escondía en su interior bajo esa apariencia esbelta y arrogante.

Ya lo decía Arube Mbemba: «Hasta el árbol más robusto puede estar podrido por dentro».

El aislamiento digital que envuelve la madriguera le ha impedido informarse de la repercusión mediática del acto de ayer que, en buena medida, dependerá de las víctimas mortales que haya provocado. No obstante, solo por lo estético y simbólico da por hecho que su primer objetivo está más que cumplido, y la libertad de los vallisoletanos se verá limitada más pronto que tarde. Tampoco es lo que más le preocupa en ese momento teniendo en cuenta lo que tiene planificado para esa noche. Si pudiera elegir le gustaría descansar, pero tiene que aprovechar el caos absoluto en el que está sumida la ciudad y el hecho de que sea un día festivo en todo el territorio nacional.

Con ese fin, el Témpano se pone en pie y va a buscar uno de los tubos de planos que encontró en la habitación que Cristina había habilitado como despacho. Dentro están los ocho que son útiles para él, pero de todos ellos es uno en concreto el que ahora tiene que

memorizar para llegar a su destino dentro de unas horas.

Antes de extender el plano y colocarlo sobre sus rodillas dedica una última mirada a los botes de fluoruro de sodio granulado al noventa y nueve por ciento de pureza y se masajea la nuca.

—Ya nos estamos acercando a la meta, cariño.

Hospital Río Hortega

No es el rostro que hubiera elegido ver al abrir los ojos.

Sentado junto a la cama, Antón Anchorena niega con la cabeza mientras teclea en su teléfono móvil. La luz artificial, aunque tenue, se le clava en las sienes cual taladro percutor, y al respirar nota como si tuviera un ladrillo encajado entre las costillas. Es un dolor firme, constante, pero son las incógnitas que tiene en la cabeza las que más le afligen.

Sancho trata de decir algo, pero después de varias horas bajo los efectos del cóctel de fármacos que le recorre el organismo tiene la lengua adherida al paladar. Molesto consigo, se ve obligado a levantar la voz a su cerebro para ordenarle que la despegue.

Un gruñido llama la atención de Anchorena.

—Vaya, has vuelto —le dice el navarro—. Igual estabas mejor donde estabas, compañero.

El pelirrojo señala el vaso de agua que descansa sobre la mesilla.

—Solo mójate los labios.

—Incorpórame... —balbucea.

El de la Comisaría General de Información pulsa el botón, y en cuanto el mecanismo se pone en marcha, Sancho aprieta los dientes para soportar el dolor de cientos de agujas clavándose en el costado.

—Dos costillas fisuradas. También te diste un fuerte golpe en la cabeza cuando la onda expansiva nos mandó a todos a tomar por culo; por eso tienes ese bonito turbante. Igual te tienen que realizar un par de pruebas para ver si te has quedado tonto. Más tonto —corrige.

En su esfuerzo por recuperar el último recuerdo que alberga en su

memoria, Sancho se ve tratando de convencer a Gavilán de que no llevara a cabo otra masacre.

—Te lo cuento del tirón para que te lo administres tú como quieras. Un puto desastre —resume Anchorena—. El muy cabrón había aparcado una furgoneta, probablemente la suya, en el segundo sótano con, creemos, al menos quinientos kilos de nitrato de amonio. Al detonar esa carga en un lugar tan confinado, el efecto se multiplicó y... sus muertos, Sancho. Sus putos muertos.

Anchorena inclina la cabeza y se presiona el tabique nasal con el índice y el pulgar.

—Continúa, cojones —balbucea Sancho.

—El edificio entero se fue abajo. Todavía no hemos encontrado los cuerpos de los dos tédax que estaban en el interior, pero, vamos, no albergamos ninguna esperanza de hallarlos con vida.

—No...

—Y hay más. A Zunzunegui la onda expansiva lo pilló de lleno y lo reventó por dentro, igual que a cinco municipales que estaban en el cordón y a dos periodistas que se lo habían saltado. Hay otros dos civiles muertos, un piragüista y un vecino de avanzada edad con problemas cardíacos cuyo corazón no lo aguantó. Más de cincuenta heridos en las viviendas cercanas, varios de ellos niños. En total, ese malnacido ya se ha llevado por delante a treinta y dos personas, Sancho. Un puto desastre.

Al pestañear, Sancho nota que los ojos se le han humedecido y, como si se avergonzara por ello, gira la cabeza hacia el lado contrario.

—A nuestra furgoneta la desplazó casi diez metros, y tú te has llevado la peor parte al golpearte en la cabeza y el costado. Otro de los técnicos también está ingresado con pronóstico leve. A ti te han hecho un TAC y, afortunadamente, no tienes nada grave.

—Zetazeta, joder —dice apesadumbrado.

—Quería sacar a sus compañeros del edificio cuando se dio cuenta de que la habíamos cagado. Ese Adro nos tendió una trampa, nos hizo creer que iba contra el cabo primero ese cuando en realidad quería atraernos al lugar para mandarnos al otro barrio. Nos la hemos comido enterita.

—Qué hijo de su putísima madre —murmura—. ¿Qué fue lo último que me dijo? Era algo relacionado con una flecha al sol o qué sé yo.

Anchorena toma aire y niega con la cabeza.

—Qué más da... Yo estoy fuera, Sancho: esta mañana me ha llamado Fernández Villanueva para citarme en Madrid. Todavía no me lo han dicho, pero me van a sustituir. Estaba esperando a que despertaras para que te enteraras por mí.

—Pero...

—Sí, bueno, yo haría lo mismo. Nos tiene tomada la medida, así que lo mejor es que venga otro y se coma este marrón.

—Le pedí que no lo hiciera, traté de hacerle entrar en razón, pero...

—Pero nada, Sancho. No te comas la cabeza con eso. Por cierto, una chica ha asegurado haberlo visto en el aparcamiento de un antiguo centro comercial del barrio de Parquesol junto a una furgoneta. Fue el día y a la hora que hizo la primera llamada que no pudimos localizar. Pues resulta que estaba a menos de cincuenta metros de una comisaría.

—Los tiene bien puestos o realmente es un tarado mental.

—Lo primero. En fin, hemos hecho lo que hemos podido, pero está claro que no ha dado resultado. Yo estoy fuera, no sé qué querrán hacer contigo. De todos modos... —Anchorena se rasca la pantorrilla incómodo—. Hay otro asunto que te tengo que contar. Pero no quiero que te alteres.

El pelirrojo ladea la cabeza para enfrentar la mirada del navarro.

—Sara ha venido a verte a primera hora y como estabas grogui me lo ha contado a mí. Al parecer, ayer te estuvo llamando para decirte que tenían que intervenir a una de las niñas por...

Sancho se tensa a la vez que agarra la sábana como si fuera a impulsarse para salir corriendo.

—¡¿Intervenir de qué?! ¡¿Cuál de las dos?!

—¡Tranquilo! —le dice al tiempo que le pone la mano en el pecho —. La niña está bien. Déjame que te lo cuente, hostias.

—¡Qué niña, joder!

—Greta. La han intervenido por una complicación intestinal, pero, como te digo, la operación ha salido bien. Le están haciendo

pruebas, pero, según me ha dicho Sara, el equipo de cirujanos estaba muy contento porque lo han pillado a tiempo. Así que tranquilo, ¿vale?

—Tranquilo mis cojones, Antón, mis cojones. ¿Estamos en el Río Hortega?

—Sí.

—Vale. Avisa al médico que me esté atendiendo y luego ya te vas a Madrid si quieres. Pero llama al médico, por favor.

—Sancho, escúchame, joder. Greta está con su madre y tú lo que tienes que hacer es recuperarte. En cuarenta y ocho horas te darán el alta y...

El pelirrojo reúne todas sus fuerzas para extender el brazo y agarrar a Anchorena de la mano.

—Antón, por lo que más quieras, avisa al médico.

Complejo policial de Canillas, Madrid

Huele a ambientador de pino. No hay nada que le genere más repugnancia que eso. Bueno, en realidad sí: el hombre que es titular del despacho en el que está sentado, que viste traje y corbata. Lo detesta tanto que ni siquiera es capaz de respetarlo. Para él, es un burócrata de mierda cuyo único mérito es haber acertado a la hora de elegir delante de quién arrodillarse y bajarle la bragueta. Un error administrativo con corbata. Encaja a la perfección en el perfil de auténtico *chupatampones* que tanta animadversión le genera.

Tanto es así que en ese instante tiene toda su energía focalizada en no exteriorizar lo que siente mientras le escucha hablar por teléfono con el secretario de Estado de Seguridad. Se pregunta por qué le ha hecho pasar ya. Seguramente para que vea cómo se codea con las más altas esferas.

Cuatro minutos más tarde —tiempo que Celso Malpica Barrachina aprovecha para volcar todo su odio sobre él—, el comisario general Fernández Villanueva termina la llamada, hace un par de comentarios para sí —y para él— y se acoda en su mesa recién encerada.

—Muy bien, inspector jefe. Una curiosidad, ¿a usted cómo le gusta que le llamen?

Celso Malpica lo mira como si de repente hubiera aparecido frente a él de la nada.

—De ninguna forma, señor —responde barbián—. No me gusta que me llamen, pero aquí la gente me conoce como Malpica.

Fernández Villanueva no sabe cómo reaccionar.

—¿Sabe por qué le he hecho llamar?

—Lo puedo intuir, sí.

El comisario general, tirando de ataraxia, permanece a la espera.

—Entiendo que quiere que me haga cargo de lo de Valladolid.

—Entiende bien. Quiero que sustituya a Anchorena sobre el terreno. Y quiero que sea ya. Anchorena está de camino, en cuanto llegue se lo comunicaré personalmente y se hará oficial la sustitución. ¿Puede viajar hoy mismo?

—Puedo.

—Supongo que ha visto las imágenes de ayer.

—En este país es imposible no ver ni escuchar otra cosa que no sea eso.

—Ya... ¿Hasta qué punto está al corriente del caso?

—Sé lo que creo que sabe todo el mundo, que espero que sea bastante menos de lo que sabemos nosotros.

El comisario general de Información le entrega una carpeta de cartón marrón.

—Juzgue usted mismo.

—Lo haré. ¿Con qué equipo cuento?

—Con el que contaba Anchorena en Valladolid. Los conoce a todos.

—Por eso. Igual no me sirven.

—Pues se va a tener que conformar con lo que hay porque tiempo para hacer cambios no tenemos.

—¿Qué pasa con el inspector de Homicidios ese que se comunica con el terrorista?

—Mientras nos sea útil, cuente con él.

Malpica mueve los labios hacia los lados insatisfecho.

—Se lo tengo que preguntar: ¿por qué este cambio? Es decir, ¿hay

algo que Anchorena haya hecho mal o simplemente se le sustituye porque hay que cortar alguna cabeza?

Fernández Villanueva no oculta su incomodidad.

—Mal no diría, pero está claro que muy bien tampoco, porque la única detención que ha hecho salió rana y ayer mismo le han tirado un rascacielos delante de sus narices.

—Ya, bueno, pero el mérito de una parte no siempre conlleva el demérito de la otra. Hasta donde yo sé, han averiguado la identidad del terrorista, lo cual no ha sido sencillo. Ahora solo hay que localizarle y detenerle.

—Pues eso es precisamente lo que se espera de usted, que lo localice y lo detenga.

—Que *solo* haya que hacer eso no significa que vaya a resultar sencillo, porque no creo que el fenómeno que está haciendo esto me lo ponga fácil por mi cara bonita.

Malpica sonríe por dentro cuando ve a Fernández Villanueva tratando de aliviar un picor que acaba de nacerle en la entrepierna.

—Una cosa más —prosigue el comisario general con ganas de terminar el encuentro—. Esta misma tarde el Consejo de Ministros va a aprobar el estado de excepción para la ciudad de Valladolid. El presidente la presentará a primera hora de la mañana en el Congreso, entrará en vigor a las cero horas de esta noche y permanecerá en vigor, mientras dure la amenaza, durante un plazo de treinta días prorrogable según las circunstancias. Confío en que usted y su equipo lo remedien.

El otro no se inmuta.

—¿Y eso en qué lugar me deja a mí? Es decir, ¿voy a tener que aguantar que un general de brigada me tenga agarrado por los cojones? Y disculpe el lenguaje.

—No. Usted solo me rinde cuentas a mí, y únicamente usted está al frente de la investigación. Al Ejército se le encomienda la misión de garantizar que se cumplan las restricciones que conlleva la suspensión de determinados derechos fundamentales. Nada más.

«Los que mandan no tienen miedo de dejar de hacerlo, temen que la gente se acostumbre a desobedecer», piensa Malpica al tiempo que se levanta de la silla.

—Entendido. ¿Algo más?

—No, nada más. Bueno, sí. Al parecer desde Moncloa están valorando la posibilidad de que el presidente del Gobierno haga un viaje relámpago a Valladolid, pero de ser así no se le comunicaría la fecha hasta horas antes por cuestiones de seguridad.

—No sé yo si está la ciudad para recibir visitas, pero, claro, la foto es la foto.

—Exacto. Lo que sea será.

—Mateo, 13. Salgo ahora mismo para Valladolid. Ya sabe cómo localizarme.

Fernández Villanueva contempla cómo ese hombre de aspecto hético, que podría pasar por cualquiera de los mendigos que duermen en la Gran Vía, abandona su despacho. Sacude la cabeza cuando antes de desaparecer por la puerta le parece escuchar una palabra larga que termina en «hampones» y se pregunta qué demonios habrá querido decir.

Hospital Río Hortega

No ha dejado de mirarla desde que trasladaron a Greta a la planta pediátrica después de superar el postoperatorio en la UCI. Las últimas horas que le han tocado vivir a Sara Robles han sido las peores de su vida.

Un auténtico suplicio.

Durante las casi tres horas que duró la intervención quirúrgica, su cerebro entró en modo latente. Era como si alguien hubiera bajado el volumen de su entorno para evitar que el exceso de ruido la rompiera. Una manera de defenderse ante las implicaciones que tendría un desenlace fatal. Tanto fue así que Sara había tenido la sensación de que todo ese sufrimiento agónico por el que le tocaba pasar, en realidad, no le correspondía a ella. Recuerda haber mantenido varias conversaciones con María —que no se movió de su lado hasta que terminó la cirugía—, pero no sabe sobre qué. Tampoco tenía noción alguna del paso del tiempo, y cuando un hombre de bata blanca se les acercó para informarlas del desarrollo

de la operación, ella lo recibió como quien oye el parte meteorológico. Sin embargo, y esta es la parte que no logra entender, tan pronto como el doctor se dio media vuelta, ella se echó a los brazos de su acompañante y rompió a llorar como si esa coraza invisible que la había protegido se estuviera licuando a través de los lagrimales.

Estaba despidiéndose de María en la puerta del hospital cuando le vibró el teléfono y pensó que por fin era Sancho, que le devolvía las llamadas.

Nada más lejos de la realidad.

Al ver que se trataba de Patricio Matesanz se le arrugó de nuevo el estómago.

—Dime —contestó, a punto de sumergirse de nuevo en modo latente.

—Sara, es Sancho. No es nada grave, pero ha sufrido una fuerte conmoción y lo están trasladando al hospital.

—No es grave —sintetizó ella.

—No. Por suerte estaba dentro de la furgoneta cuando se produjo la explosión.

—Otra explosión —repitió sin inflexión, como si hablara del tiempo.

—Sí, en el Duque de Lerma. Ya no existe.

—¿No existe?

—No, ese malnacido lo ha reventado.

—Vaya...

—¿Estás bien?

—Acaban de operar a Greta de urgencia.

La conversación no se extendió mucho más, pero cuando quiso darse cuenta el hospital se había convertido en un auténtico caos en el que reinaban la anarquía y el desconcierto. El personal médico del centro no daba abasto para atender a las decenas de heridos que llegaban casi de forma simultánea, pero, sin duda, lo peor era la desesperación de los familiares que se agolpaban en el mostrador de urgencias en busca de una información que no iban a obtener. Los llantos se solapaban con los gritos, y los primeros empujones y amenazas verbales no tardaron en aparecer. Algunos miembros de la

empresa de seguridad privada trataban de poner orden sin ningún resultado, y cada minuto que transcurría la tensión iba en aumento a pesar de que por megafonía se hacían continuas llamadas a la tranquilidad.

Pero en ese reducido espacio no se podía reconstruir todo lo destruido horas antes.

Desde la óptica de Sara, sobrecargada emocionalmente, aquel escenario dantesco la superaba por completo, por lo que salió del hospital y empezó a caminar sin rumbo. Al regresar y comprobar que la policía había logrado calmar los ánimos entre los presentes, dedujo que había transcurrido más tiempo del que pensaba, circunstancia a la que no dio ninguna relevancia, y con inusitada calma se dispuso a esperar a que llegara su turno. El parte médico de Sancho era, como le había anunciado Matesanz, leve, y siguiendo las instrucciones de la mujer que la había atendido se dirigió a la sala que habían habilitado para los familiares. Allí, entre esas cuatro paredes en las que se respiraba desesperación y congoja, Sara encontró una esquina en la que sentarse a esperar sin saber muy bien qué.

En algún momento cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta que la despertaron los sollozos de una mujer que acababa de recibir una mala noticia de una doctora con semblante compungido. La noche se deslizó entre sobresaltos hasta que alguien dijo su nombre en alto para comunicarle que, tras pasar el postoperatorio sin complicaciones, procedían a trasladar a Greta a planta. Algo más tarde le confirmaron que las pruebas realizadas a su marido no habían detectado daños cerebrales, por lo que en cuarenta y ocho horas recibiría el alta. Le ofrecieron pasar el resto de la noche en cualquiera de las dos habitaciones y ella no se lo pensó. Antes pasó a ver a Sancho, al que encontró dormido y con un aparatoso vendaje en la cabeza, visita que liquidó en unos minutos con un tembloroso beso en los labios antes de bajar a Pediatría.

Sin poder despegar la mirada de Greta, tan pequeña, tan vulnerable como ella, no se percata de que alguien ha entrado en la habitación.

—Sara, cariño —oye.

Tarda más de la cuenta en reconocer al hombre que la mira. Pero no es por el vendaje que le cubre la cabeza, sino porque la expresión que sostiene no se la ha visto jamás. No sabe cómo calificarla, pero algo en su interior le dice que necesita lo mismo que ella: un condenado abrazo de verdad.

De esos que, en silencio, traspasan la piel.

Comisaría de distrito de Las Delicias

Todavía no le han comunicado de forma oficial su sustitución y a Antón Anchorena ya le ha llegado un nombre a través de una llamada de teléfono que le acaba de hacer un colega de la Comisaría General de Información.

—No me jodas —ha reaccionado el navarro.

—Sí te jodo, sí. Aquí estamos a punto de abrir una botella de cava.

—No me extraña. Lo conozco de toda la vida y creo que he cruzado dos palabras con él.

—Estar una temporada sin ver el careto del Sintecho no tiene precio.

Así es como conocen en Canillas a Celso Malpica Barrachina, nacido en 1969 en Tarancón, Cuenca. Hijo de un guardia civil toledano y una maestra de escuela oscense, el padre le había educado con mano de hierro; y, no obstante, en cuanto a severidad y rectitud, su esposa le dejaba a la altura del betún. La infancia la pasó Malpica de cuartel en cuartel, lo cual le enseñó que no convenía apegarse a nada ni a nadie. Magnífico estudiante con marcada vocación universitaria y conducta acendrada, cambió de rumbo tras fallecer sus padres en el atentado contra la casa cuartel de Zaragoza perpetrado por ETA. Su ascenso meteórico en la Policía Nacional fue consecuencia de su gran determinación y excelentes aptitudes, cualidades que, sin embargo, no destacaban tanto como su carácter hosco e impenetrable. Lo apodan Sintecho no tanto por su aspecto físico descuidado rayano en lo desagradable y su dejadez en el vestir, sino porque se diría que no tiene casa a la que volver después de las intensas jornadas maratonianas de trabajo que

dedica al Cuerpo. Porque para Celso Malpica no existe frontera entre lo personal y lo profesional.

Para finalizar, su colega le ha confirmado lo que ya era un secreto a voces: en breve se va a decretar el estado de excepción en Valladolid.

—Se veía venir. Gracias por la llamada, te debo una.

Antón Anchorena ha pasado por comisaría para despedirse de su equipo, del comisario Herranz-Alfageme y del resto de los compañeros con los que ha compartido espacio y disgustos. Pero la razón principal tiene que ver con un mensaje que quiere dar a Inés de Marco, y del cual no puede quedar constancia alguna.

—Antón, le estaba buscando —irrumpe Inés, regalándole el enésimo sobresalto.

—No, soy yo quien te andaba buscando a ti.

—Acabo de colgar con la psicóloga del Ejército que trató a Gavilán y...

—Luego me lo cuentas —le corta—. Siéntate un segundo.

Ella tuerce el gesto anticipándose a las malas noticias.

—Me devuelven a toriles.

—No me diga. ¿Ahora? ¡¿Les parece que tal y como va el partido es el momento de hacer cambios?!

—No vamos a perder el tiempo en apretar una tuerca que no tiene tornillo. Viene Malpica.

—¡Bueno, bien...! ¡¿El jodido Sintecho?! ¿No había otro?

—Otra tuerca sin tornillo. Inés, escúchame, porque conociéndole seguro que ya está de camino en su Mercedes clase C del 2000 antes de Cristo y no quiero cruzarme con él. Fernández Villanueva no me quiere aquí, estupendo, pero ya sabes que no es tan fácil deshacerse de este perro viejo. El problema es que Malpica va por su cuenta y es lo más hermético que ha parido madre. Necesito que me informes puntualmente de todo.

—Entendido.

—Pero, además, quiero que estés del lado de Sancho, porque en cuanto llegue Malpica va a tratar de dejarlo fuera, y mi olfato me dice que ese jodido pelirrojo tiene la clave para llegar hasta Gavilán.

—¿Y eso?

—Es con el único con el que quiere hablar, por algo será.

—Pero Sancho está ingresado, ¿no? Y me he enterado de que han tenido que operar de urgencia a una de las niñas. ¿Usted cree que está en condiciones de seguir adelante?

—Pregúntaselo al médico al que le estaba comiendo la cabeza cuando me he ido para que le diera el alta inmediata. Ese pelirrojo es terco como una mula. Y duro de cojones.

—No sé a quién me recuerda...

Anchorena sonríe.

—Se repondrá.

—Eso espero.

—Confía en mí. ¿Harás esto que te pido por este carcamal?

Inés compone un gesto pícaro.

—Cuente con ello.

—Bien, ahora cuéntame qué te ha dicho la loquera de uniforme. Resumido al máximo, por favor.

—La evaluación es de septiembre de 2018 y el motivo fue lo que nos mencionó el cabo primero Méndez sobre la desaparición de Gavilán en la República Democrática del Congo durante nada más y nada menos que nueve meses.

—Joder, pero ¿la desaparición no fue en el 2013? ¿Le evaluaron cinco años después?

—Eso parece. Igual los mandos no querían prescindir de un tipo como él, así que imagínese cómo estaría de la cabeza el tipo para que...

—Sonaja total —completa Anchorena—. Por cierto, ¿qué sabemos de Méndez?

—Lo han puesto bajo protección, pero lejos de estar contento por haber salvado el pellejo está llorando por las esquinas porque su pisito ya no existe.

—Yo en su caso estaría igual. Sigue.

—Al parecer, cuando se reincorporó mostraba una conducta cada vez más errática e irascible, y su superior solicitó la intervención de los servicios médicos. Se le hicieron varios test y una entrevista en profundidad, y las conclusiones se las leo: «El subteniente Gavilán presenta un cuadro persistente de trastorno de la personalidad

esquizoide no atribuible a factores circunstanciales o adaptativos».

—¿Has dicho trastorno de la personalidad esquizoide? ¿Y eso qué coño es?

—Luego le cuento, que para eso he hablado con la psicóloga que le trató. Termino. «Dicho perfil de tendencia atrabiliaria —continúa leyendo Inés— compromete seriamente su capacidad para desempeñar una actividad específica de alta peligrosidad como es el manejo de explosivos. Y dado que cuenta con personal a su cargo, se considera que su permanencia en el Batallón de Zapadores de la Legión constituye un riesgo elevado tanto para el evaluado como para sus subordinados. Se recomienda por tanto declarar a Marco Antonio Gavilán Garrote no apto para el servicio activo, y se aconseja iniciar el expediente para su licenciamiento por insuficiencia de condiciones psíquicas.» A los cinco meses lo mandaron para casa con una pensión y una palmadita en la espalda.

—Cojonudo —evalúa Anchorena—. Lo del trastorno ese, explícamelo.

—Que vive desconectado del mundo. Rechaza las relaciones sociales y huye del contacto con la gente, incluso con su círculo más cercano. Pero cuidado, no es que esté loco ni nada parecido, es como si estuviera muerto por dentro y lo de fuera no le importara una mierda.

—Cojonudísimo.

Hospital Río Hortega

Tras el estallido emocional que se acaba de producir, Sancho, tocado en lo físico y lo anímico, ha tenido que sentarse en el borde de la cama mientras Sara le explicaba a su manera la intervención a la que había sido sometida Greta. Luego le ha tocado el turno a él, y la ha puesto al día de los hechos que ha vivido en las últimas horas, incluido el fatal desenlace en el Duque de Lerma y la dolorosa muerte de Zetazeta.

—Me siento como una auténtica mierda por no haberte podido atender las llamadas. No sé en qué momento puse el móvil en

silencio y después... Después todo me pasó por encima.

—No puedes culparte por eso, estabas haciendo lo que tenías que hacer. Lo que pasa es que me he sentido muy desamparada. E inútil —añade—. Menos mal que estaba con María cuando me llamaron del hospital.

—Esa mujer es tu ángel de la guarda, pero debería haber sido yo el que estuviera a tu lado.

—Eso ya no se puede cambiar y...

—Sí, claro que se puede —la interrumpe—. Le voy a decir a Herranz-Alfageme que por motivos personales no estoy en condiciones de seguir en el caso. Él lo entenderá.

Sara lo mira como si tuviera delante a un extraño.

—Ni se te ocurra. Es la mayor estupidez que te he escuchado decir en mucho tiempo, Sancho.

—No, no lo es —se enroca él.

—¿Me puedes decir qué conseguirías con eso?

—Estar con vosotras, eso conseguiría.

—¿Y qué habría cambiado? A Greta la hubieran tenido que operar igualmente, y la operación habría salido del mismo modo estuvieras o no presente. No, Sancho. No ganamos nada.

—Al menos no hubieras tenido que afrontar este trago tú sola.

—Es lo que toca. Yo también he pasado mucho miedo, pero el miedo no puede decidir por nosotros.

Sancho se tira de los pelos del bigote como si de esa manera aliviara parte de la consternación que le embarga. Sara se levanta de la silla, se sienta a su lado y le agarra con suavidad por la nuca.

—Esto va a sonar muy épico, pero es la verdad —arranca ella bajando el tono de voz—. Valladolid te necesita más que nosotras. Ese tipo te ha elegido a ti por algún motivo, y si no conseguís pararle los pies, las cosas se van a poner cada vez más feas. Ahora no puedes darle la espalda a la gente. Ahora no.

El pelirrojo busca sus ojos con la mirada como si quisiera escrutar la veracidad de sus palabras.

—Además, estoy segura de que tampoco me conviene demasiado tenerte cerca todo el rato, ¿sabes? Te pones un poco bastante moñas, y verte así me cabrea.

—¿Que me pongo moñas?

—Un poco bastante.

—Jodida cabrona.

—Lo prefiero a moñas —bromea ella—. En serio, quítate ese ridículo turbante que te han puesto y ve a comisaría. Ese Gavilán no sabe que hay otras aves rapaces más peligrosas que él.

—¿Eso quieres?

—Eso quiero. Y tú también.

Sancho se frota los muslos antes de levantarse y, sin muchos miramientos, se quita el vendaje de la cabeza. Luego extiende la mano y la posa sobre el cristal de la incubadora en la que duerme Greta.

—Vuelvo más tarde —dice.

—Ni se te ocurra irte sin darme un beso, jodido moñas —le reclama ella.

Algún lugar en el subsuelo de Valladolid

No es un sitio en el que pueda permanecer mucho tiempo, pero necesitaba conocer el alcance de sus actos. No es una cuestión de ego, sino de practicidad.

Decía el sargento Canales que la mejor manera de conocerse es a través de la autoevaluación, pero que solo es posible si uno logra despojarse de todas las capas que distorsionan la imagen de uno mismo. Y sus capas, que las tenía, las perdió todas en la selva tropical de Kivu del Norte.

En la pantalla de su móvil lee titulares de la prensa internacional acerca de lo que está sucediendo en Valladolid. En YouTube, el vídeo en el que un particular capta el colapso del Duque de Lerma acumula más de tres millones de visitas. Hasta cierto punto le sorprende de forma positiva que todavía no haya trascendido su identidad, pero asume que es solo cuestión de tiempo que su foto aparezca en los medios.

Satisfecho, desciende con cuidado por los barrotes hasta el colector principal que discurre bajo la calle San Quirce. Con el haz de

luz de la linterna frontal como guía, camina sobre los talones para evitar hundir las suelas de las botas en el fango y va lo más encorvado que puede con el fin de no rozar la cabeza con la parte superior. Las paredes ovoides están recubiertas de la flora infecta que crece bajo tierra: hongos, mohos microscópicos y biopelículas bacterianas. La fauna es más variada, y está compuesta principalmente por invertebrados, siendo las cucarachas la especie dominante por encima de moscas y mosquitos, arañas, lombrices y sanguijuelas. Pero son las ratas, sin duda, sus mayores enemigas ahí abajo. Agresivas por naturaleza, se han adaptado a ese medio hostil durante años y consideran al resto de las especies como amenazas susceptibles de ser atacadas.

Se detiene un instante para retirar con el antebrazo el copioso y denso sudor que le chorrea por la frente y evitar que le entre en los ojos. Cualquier desplazamiento, por corto que sea, requiere máxima concentración, y tiene muy claro que no debe confiarlo todo a lo que se percibe a través de la vista, sino también al olfato y al oído. Las ratas, por ejemplo, no son nada sigilosas, sobre todo cuando se disponen a atacar y emiten un chillido intermitente y agudo, pero el olfato es vital para evitar tramos especialmente contaminados. Predomina el olor a detergente, fruto de las descargas domiciliarias de los electrodomésticos y las duchas, pero eso no termina de matar el hedor de la putrefacción y las heces fecales que flotan por los cauces húmedos de la red de saneamiento. Nada distinto a otros subsuelos que ha tenido la *fortuna* de visitar. De todos ellos, el de Bagdad fue el que más impresión le causó. Recorrer cada galería suponía un viaje a través de los miles de años de historia que contemplaban la ciudad. Tanto fue así que, a pesar de que a su unidad le tocó pasar cinco días ahí abajo, a la espera de que los sudafricanos les dieran la autorización para volar el depósito de agua más importante de la ciudad, él supo disfrutar a su manera de aquella inhóspita experiencia.

El itinerario de regreso lo tiene memorizado, y, aunque el paseo no es plato de buen gusto, las prisas —que jamás son buenas— ahí abajo son nefastas. Conviene optimizar el consumo energético por si surge cualquier imprevisto que requiera un extra. Además, debe

guardar fuerzas para llegar lo más entero posible a su destino de esta noche, con la dificultad añadida de tener que cargar con los quince kilos de fluoruro de sodio y los cinco del líquido inhibidor de cloración. Al divisar el final del colector que conecta con la galería, sonríe aliviado por dentro. Toca descansar y volver a repasar los planos.

Hoy, más que nunca, puede ser un gran día.

Para algunos.

Comisaría de distrito de Las Delicias

Durante el trayecto en taxi, Sancho ha podido comprobar los estragos que ha causado el pánico entre la población, que vive aterrorizada. Es verdad que es festivo, pero no es en absoluto normal que a esa hora del día apenas circulen coches que no sean de la Policía Municipal o Nacional y no haya podido contar más de diez personas caminando por la calle.

Caminando rápido, como si un ente invisible las persiguiera.

En comisaría, sin embargo, parece un día de diario. La actividad es frenética pese a que prácticamente todos los miembros de Seguridad Ciudadana están en la calle, y en los rostros de los compañeros con los que se cruza se percibe el peso que recae sobre los que, se supone, tienen que proteger a los ciudadanos. Con Herranz-Alfageme ha hablado por teléfono con la excusa de ponerle al día acerca de su estado de salud y el de Greta, pero, en realidad, quería testar cuánto crédito le quedaba por parte de la superioridad.

Y la conclusión es clara: del comisario hacia abajo, todo; hacia arriba, nada.

Suficiente.

Lo que no le ha dicho a Copito es que tiene un dolor constante localizado en el costado y otro palpitante en la cabeza. El primero se intensifica con el sobresfuerzo que le supone subir cada peldaño de las escaleras hasta la brigada; el segundo se convierte en un martillo neumático en el momento en el que Carmen Montes y Álvaro Peteira lo abordan al unísono y, sin ni siquiera preguntarle cómo está, le

llevan a rastras a una de las salas de reuniones vacía.

—¿Se puede saber qué mierda os pasa? —pregunta extrañado.

—Será mejor que nos sentemos —propone Montes.

—Joder, jefe, menuda avería tienes en la cabeza —comenta Peteira.

—Ya te digo —corrobora Montes—. ¿Seguro que estás en condiciones de currar?

—Depende de lo que me toquéis los cojones.

Es Carmen Montes quien toma la iniciativa.

—Pues al lío. ¿Recuerdas que nada más incorporarte en octubre te pusiste a revisar todo lo que teníamos abierto?

—Sí.

—¿Y te acuerdas de que pusiste especial atención en dos suicidios que, bajo tu punto de vista, no estaban del todo claros?

—Un chaval joven que se había arrojado por la ventana a un patio interior y una mujer hallada muerta en su casa a causa de un cóctel de pastillas y alcohol —rememora.

—Exacto. Quédate con ella.

Sancho se masajea el lado de la cabeza que no tiene dañado como si así avivara sus recuerdos.

—Mujer de mediana edad, envió un mensaje al exmarido, que andaba pescando por León, y este se puso en lo peor. Al llegar al domicilio se la encontró con un hilo de vida y, aunque llamó a emergencias, cuando llegaron no pudieron reanimarla. Creo que fue Matesanz el que le tomó declaración, porque Sara andaba con otro jaleo, y anotó que le había parecido muy frío y distante. Poco afectado para haber vivido un hecho tan...

Silencio.

Palmada en el aire.

—Me cago en mi vida. ¡Me cago en mi puta vida! —grita—. ¡Me cago un millón de veces en mi putísima vida! ¡Gavilán!

—Gavilán —corrobora ella.

Sancho se tapa el rostro con las manos.

—Por eso me sonaba la casa de la mujer cuando entramos el otro día, joder, porque la había visto en las fotos que tomó la Científica.

—*Manda carallo* —comenta Peteira.

—Le cité para tomarle de nuevo declaración aquí en comisaría y le apreté un poco para asegurarme de que no había tenido nada que ver. Sabía que era militar retirado, pero no profundizamos en su hoja de servicios. Simplemente quería descartarlo por completo y ya. Lo que pasa es que su conducta era tan extraña que el tema se alargó bastante. Igual más de una hora.

—Pues ya sabemos por qué te ha elegido a ti como interlocutor —apunta Carmen Montes.

—Me acuerdo de que en casa lo comenté con Sara. El tipo me pareció sincero, pero vacío por dentro, muerto. Era como interrogar a un androide.

—Pues igual no le sentó bien y ahora quiere hacértelo pagar —elucubra Peteira.

Sancho cavila durante unos segundos.

—El último día que hablé con él me hizo un comentario sobre mis hijas. ¡Sabe que están en el hospital! ¡¿Y si lo siguiente que tiene preparado es...?!

Ni a Montes ni a Peteira les da tiempo a reaccionar antes de ver salir a Sancho como si le persiguiera el diablo.

Algún lugar en el subsuelo de Valladolid

Ahí abajo le invade la sensación de ser un intruso explorando las entrañas de un ser abyecto, enfermo terminal, que parece tener las horas contadas pero nunca muere.

Tiene que reconocerlo: está más fatigado de lo que pensaba, y eso le incomoda porque sabe que corre el riesgo de que el cuerpo empiece a poner en duda decisiones que toma el cerebro. Nota la zona lumbar muy cargada como consecuencia de caminar encorvado cargando más de veinte kilos a la espalda; sin embargo, no se arrepiente de no haber optado por la opción más cómoda. Una ruta alternativa que le habría ahorrado la hora y media que lleva respirando inmundicia —si bien lo hace a través del filtro P3 de la mascarilla— de la red primaria de saneamiento que atraviesa la ciudad de este a oeste. Hubiera sido tan sencillo como haber salido a

la superficie y cruzar el Pisuerga por el puente Mayor o incluso por el de Poniente. Luego solo habría tenido que elegir una arqueta del colector principal que atraviesa el barrio de Huerta del Rey para bajar de nuevo al subsuelo y recorrer los poco más de trescientos metros que le restarían hasta su destino final. Esa elección le habría hecho llegar más entero, pero, a cambio, habría tenido que pagar el riesgo de ser identificado por la policía o los militares que, a buen seguro, pueblan las calles de Valladolid.

Demasiado caro.

Por ello, ahora se dispone a cruzar el río a través del colector que conecta los barrios de La Rubia con Arturo Eyries, a treinta metros de profundidad por debajo del lecho fluvial. Invierte otros veinticinco minutos en hacerlo sin paradas —solo ha tenido que detenerse una vez para evitar un nido de ratas—, por lo que al llegar se ve obligado a concederse un respiro para beber agua y recuperar el aliento. Según sus cálculos, aún le queda más de un kilómetro de distancia hasta la meta, pero ha memorizado las localizaciones de los pozos de registro y las cámaras de enlace donde poder descansar.

Casi dos horas más tarde, el Témpano alcanza el túnel de servicio que desemboca en la Estación de Tratamiento de Agua Potable enclavada en la calle de las Eras, responsable de suministrar agua apta para el consumo humano a más del setenta por ciento de la ciudad. Allí, el agua es tratada en varias fases con reactivos, decantadores y filtros desde su captación a través del canal de Castilla. Pero donde él va a intervenir para lograr su propósito es en la fase de cloración final, justo antes de su almacenamiento y bombeo a la red de distribución.

Los cálculos no han sido complicados. Le ha bastado con acudir a las tablas de la OMS para conocer los límites de potabilidad y trabajar con dos componentes básicos: fluoruro de sodio concentrado —altamente tóxico a pesar de ser insípido, incoloro e inodoro—, que puede resultar letal si se ingiere en altas dosis, sobre todo para individuos con afecciones gastrointestinales, y por otra parte, el tiosulfato sódico, que le sirve como inhibidor del proceso de cloración, favoreciendo la proliferación bacteriana en el agua. Combinados los efectos de ambos compuestos, y una vez disueltos

en uno de los depósitos con capacidad para un millón de litros, obtendrá una toxicidad hasta diez veces por encima de lo admisible por el organismo. Es cierto que no va a afectar al cien por cien de la población de Valladolid —solo espera que alguna de las falsas amigas de Cristina se vea afectada—, pero, en cuanto se produzcan los primeros casos y se identifique la causa, a las autoridades sanitarias no les va a quedar otro remedio que cortar el suministro de agua en toda la ciudad.

Pánico transformado en caos.

Tras reventar la cerradura de una de las puertas del acceso subterráneo —no le importa dejar evidencias del asalto—, sube por una escalerilla víctima de la oxidación hasta una compuerta de registro que solo tiene que empujar. Una corriente de aire más limpio le confirma que ha llegado al corazón de las instalaciones. Sabe que el poco personal que esté de turno en un festivo se concentrará en la parte superior de la estación, donde se ubican las salas de control, pero así y todo se toma unos segundos para escuchar, y sus oídos solo recogen el ronroneo lejano de las bombas de suministro. El pasillo es estrecho y está mal conservado, con tuberías de acero que recorren las paredes y gotean formando charcos brillantes en el suelo fruto de la condensación. Camina amortiguando sus pasos en la dirección que marcan los rótulos en los que se puede leer: DEPÓSITOS DE REGULACIÓN. Al llegar, asciende por otra escalera vertical hasta la pasarela que rodea uno de los tanques. El eco del agua golpeando contra las paredes le envuelve. Se agacha, abre la trampilla de inspección, se quita la mochila y respira hondo para no inhalar aire durante el proceso. Los quince kilos del granulado de fluoruro de sodio desaparecen en un parpadeo engullidos por la corriente.

—Esto por Cristina.

Acto seguido hace lo propio con los cinco litros de tiosulfato sódico, que se extienden como una mancha aceitosa y semitransparente sobre la superficie antes de difuminarse.

—Y esto por Kivu.

Luego cierra la trampilla y permanece unos segundos observando cómo el agua arrastra el veneno.

Su veneno.

No baja la guardia durante la retirada, y, ya sin el lastre de la mochila, regresa ligero a la madriguera. Una vez allí, agotado, se tumba sobre la esterilla y rememora una de las frases de Arube Mbemba:

—«Más cruel que el sol abrasador es el río cristalino del que no puedes beber».

Hospital Campo Grande

—Voy a por agua, ahora vuelvo —le dice a Sara.

No ha resultado nada sencillo que les autoricen el traslado de las pequeñas a otro hospital, tanto por las delicadas circunstancias de las niñas como por la tesitura general del sistema hospitalario, a punto de saturarse por las decenas de heridos del atentado del Duque de Lerma que han precisado atención médica de urgencia. Más difícil aún ha sido explicarle a Sara los motivos que los fuerzan a tomar esa decisión, y, aunque enseguida ella ha comprendido los porqués, no puede decirse que haya accedido de buena gana.

Con un palpitar constante en la cabeza, agotado por completo pero con la sensación del deber cumplido, Sancho sale de la habitación y camina apenas tres pasos. De pronto, el aire se espesa a su alrededor y se vuelve irrespirable. Los pulmones, arrugados, son incapaces de cumplir con su función y el pecho se contrae como si alguien se lo atornillara. La luz fluorescente que se escurre del techo, acusadora, le deslumbra al tiempo que las paredes del pasillo se estrechan cada vez más. Quiere moverse, pero las piernas no le responden, por lo que se deja caer de rodillas y apoya las palmas contra el suelo.

Jadea.

Sabe que está vivo porque nota el corazón en la garganta, como si necesitara huir de ese cuerpo a punto de colapsar. Gotas densas de sudor despegan de la frente y se estrellan contra el suelo a cámara lenta. Los contornos de sus manos se difuminan a la vez que siente un frío aterrador.

Tiembla.

Cree estar hundiéndose en un líquido oscuro y viscoso del que no va a poder salir. O más bien ser absorbido. Le encantaría perderse en sus profundidades, pero fuera le necesitan. Sara le necesita. Greta le necesita. Asia le necesita. Tiene que regresar. Es entonces cuando aprieta con fuerza los párpados y, enfadado, cierra los puños. Se concentra para enderezar la columna y lo consigue. Luego extiende los brazos en cruz con el propósito de inhalar el oxígeno que necesita. Conseguirlo le aporta una dosis extra de confianza, y, al abrir los ojos, aunque borroso, reconoce el entorno.

—Vamos, cojones —se exige.

Con un gruñido logra incorporarse y se ayuda de la pared para no volver a perder la verticalidad. En esa postura permanece unos segundos hasta que se siente con fuerza para llegar a un banco que está a unos diez metros y sentarse. Aún no ha recuperado el oremus del todo cuando un molesto pitido que viene del bolsillo del pantalón le hace dar un respingo.

Es su móvil.

En la pantalla, un triángulo amarillo con un signo de admiración negro.

ALERTA 112

Debido al elevado riesgo para la población, se informa de que a partir de las 0.00 del 7 de diciembre y hasta nuevo aviso entra en vigor el ESTADO DE EXCEPCIÓN en toda el área metropolitana de la ciudad de Valladolid.

Siga en todo momento las instrucciones de las

autoridades y fuerzas del orden.

Gobierno de España

—Hay que joderse.

La constelación del miedo

Distintos puntos de la ciudad de Valladolid
Miércoles, 7 de diciembre de 2022, a las 7.18

Cuatro días para la traca final

Sentada en el sofá del salón, Andrea Montalvo trata de aliviarse el picor que se ha adueñado del interior de los párpados. Se ha pasado toda la noche pegada a la pantalla de su teléfono móvil intercambiando mensajes con distintos grupos de WhatsApp. El más activo, sin duda, es el de padres del colegio.

Terrible.

Se ha convertido en un agujero negro que absorbe toda la rumorología del universo parental con respecto a la entrada en vigor del estado de excepción y sus consecuencias. Cada uno de los miembros del grupo es un planeta que orbita alrededor de una estrella llamada confusión. Entre todos han creado una gran constelación rodeada por energía oscura que se expande sin control alimentada por el miedo.

La constelación del miedo.

Esa, junto con otras constelaciones con las que también se comunica, conforman una galaxia inabarcable en la que Andrea se siente perdida.

Y sola.

Por suerte, hoy no es día lectivo y no tiene que llevar a las niñas al colegio, y aunque a ella no le han concedido el puente, su jefe la ha autorizado a trabajar desde casa, de la que no piensa salir al menos hasta el próximo lunes. Su ex —con el que mantiene una relación bastante cordial— le ha propuesto llevárselas al pueblo, pero ni siquiera saben con seguridad si se puede o no salir de la ciudad

porque se han reportado cortes en distintas carreteras por parte del Ejército y, a esa hora, la desinformación es el plato preferido en los menús que se sirven por internet.

—Mami, me duele mucho la tripa —oye decir desde la puerta a Jimena, la pequeña, de seis años.

Andrea resopla. Es la más débil de las dos, con problemas gastrointestinales desde los tres años.

—Vaya, lo que faltaba. Ven conmigo, cariño.

Jimena está pálida, tiene los ojos demasiado brillantes y el flequillo pegado a la frente. Con los párpados entornados, camina como un zombi hasta donde está su madre y se deja caer sobre su regazo. Lo primero que nota Andrea es la elevada temperatura y que está empapada en un sudor que huele bastante fuerte y en el que se aprecian trazas metálicas.

—Madre mía, estás ardiendo.

—Tengo cacas.

—Venga, que te llevo.

Conforme se va a poner en pie con la niña en brazos, escucha una arcada profunda y nota que un líquido viscoso le empapa el pecho. Sin inmutarse —no es la primera vez que una de sus hijas le vomita encima—, avanza al trote hacia el baño del pasillo y enciende la luz.

—Tranquila, cielo, no pasa nada. Siéntate aquí un segundo mientras preparo la bañera.

Nerviosa, deja a Jimena sobre la alfombra para quitarse la sudadera pensando en que es muy probable que termine en la basura. Al mirarse al espejo detecta algo que le hace arrugar la nariz. La mancha es demasiado roja. Nerviosa, lo primero que hace es intentar recordar lo que les dio de cenar. Patri, la preadolescente, se terminó el pollo asado que había sobrado de la comida; Jimena, sin embargo, solo cenó leche con cereales.

Nada de color carmesí.

—Ay, por favor —murmura asustada.

Se agacha de inmediato para interesarse por ella y se la encuentra tumbada en posición fetal y con la parte de abajo del pijama manchada de otro color que desprende un olor fétido aún más desagradable que el vómito.

—¡Jimena, cariño! —grita.

Pero la niña, inconsciente, no reacciona.

Ella sí. Regresa corriendo al salón en busca del teléfono, pero al pasar por la habitación de Patri oye que esta la llama. Por el volumen y el tono de desesperación nota que algo pasa, pero la prioridad es otra.

—¡¿Y ahora dónde coño está el móvil?!

En el primer barrido visual no lo encuentra y oír los berridos de Patri no la ayuda. Finalmente lo encuentra bajo un cojín, y con él en la mano se dirige a atender a la mayor. Cuando abre la puerta y enciende la luz se la encuentra de rodillas a los pies de la cama.

Sobre la alfombra blanca, una mancha de líquido viscoso.

La atmósfera de la sala, normalmente fría, apática y silenciosa, se ha convertido desde hace horas en un hervidero en el que reina el calor humano, la anarquía y el ruido.

El panel del *videowall* muestra un nivel de saturación muy por encima de lo que el centro de coordinación autonómico del 112 está diseñado para dar respuesta, a pesar de que hace más de dos horas que se han visto obligados a recurrir a todos los operadores fuera de turno.

En ese contexto, Cecilia Rodríguez, veterana con diecinueve años de experiencia, intenta mantener la calma que hace tiempo que ya han perdido Ángel y Marta, los compañeros que están sentados a su izquierda y derecha. Tiene muchas ganas de orinar de tanta agua que ha bebido para engrasar sus cuerdas vocales, pero sabe que no es momento de ausentarse aunque solo sea un minuto. Su monitor de registro de actividad refleja que ha atendido un total de doscientas cuatro llamadas en las siete horas y veintiocho minutos que lleva en su puesto, unas treinta por hora, casi el triple de lo habitual. Y en el ochenta por ciento de los casos se repite lo mismo: personas que llaman para pedir asistencia por fuertes dolores abdominales, vómitos, diarreas, fiebres altas y desmayos.

La llamada número doscientos cinco parpadea en la pantalla.

—Emergencias, dígame —contesta.

—¡Por fin! ¡Llevo una eternidad esperando a que me atiendan!

—Lo siento, señora, pero tenemos las líneas saturadas. ¿En qué puedo ayudarle?

—¡Mis hijas! ¡Las dos han vomitado sangre, están descompuestas y la menor está medio inconsciente! ¡Necesito una ambulancia urgente!

—Dígame su nombre para poder dirigirme a usted.

—¡Me llamo Andrea!

—Muy bien, Andrea. Lo primero que le voy a decir es que trate de calmarse. Los servicios de emergencias están saturados y si le pido una ambulancia no sabría decirle cuánto tiempo puede tardar.

—Pero ¡qué me está contando! ¡Tengo que llevarlas al hospital ahora mismo y no tengo coche para llevarlas al hospital!

—En ese caso, le aconsejo que pida ayuda a algún familiar o vecino cercano.

La angustia de la mujer se filtra a través de los auriculares.

Un aviso en letras rojas le salta en la pantalla: SERVICIOS DE URGENCIAS COLAPSADOS EN TODOS LOS HOSPITALES Y CENTROS DE SALUD.

—Señora, ¿sigue ahí?

—Entonces, ¿no pueden ayudarme? —le pregunta con un hilo de voz.

—Lo siento mucho, pero creo que, teniendo en cuenta lo que puede tardar una ambulancia, sería mejor que buscara otra alternativa.

Un pitido constante es lo siguiente que escucha. Y por encima de ese tono, las voces acongojadas de sus compañeros explicando lo mismo que ella.

Y a Cecilia —que nunca ha sido muy religiosa y tras escrutar su entorno concluye que no cuentan con recursos para dar el servicio que necesita la gente— lo único que se le ocurre es pedir la intervención divina.

Rezaría alguna oración si no estuviera parpadeando en su pantalla la llamada número doscientos seis.

Acongojado mientras espera a que le atiendan la llamada, Julio

Tomé contempla la entrada del hospital desde una distancia más que prudencial, donde se agolpan las personas que ni siquiera han podido acceder al mostrador de admisiones. En sus rostros, expresiones de desesperación y enojo a partes iguales. Le genera ansiedad pensar en lo que esa pobre gente se va a encontrar dentro en caso de que pueda entrar. Todos los boxes de urgencias están repletos de pacientes a los que el personal médico se ve obligado a tratar al mismo tiempo, y no hay metro cuadrado en el suelo que no esté ocupado por una o varias personas afectadas.

Él, como responsable del servicio de urgencias, ha reportado varias veces a la gerencia de salud la situación que están viviendo, pero la respuesta y la solución han sido siempre las mismas: «No contamos con recursos suficientes. Haz lo que puedas».

—Julio —le responde por fin una voz.

—¿Se sabe algo nuevo?

—Nada.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? Aquí no podemos atender a nadie más y en los centros de salud nos han pedido que no derivemos más pacientes.

—Julio, entre tú y yo: nos han insistido en que no digamos nada, pero ya se han confirmado varias muertes de pacientes con patologías crónicas o de edad avanzada.

—No me jodas.

—Aparte de la sintomatología que ya sabemos, en las analíticas hay un denominador común: hipocalcemia severa.

—Coño, de ahí los hormigueos que dicen notar muchos y los calambres musculares. Pues aquí no creo que tengamos gluconato cálcico para administrar por vía intravenosa.

Un hedor a alcantarilla le hace arrugar la nariz al tiempo que se gira para comprobar su origen. Un operario de una empresa de mantenimiento que ha pasado a su lado no parece que pueda ser el culpable de tanta pestilencia, por lo que se centra de nuevo en la conversación.

—Estamos esperando a ver qué nos dicen a nosotros desde el SACYL, pero si necesitamos hacer hemodiálisis para los casos más graves, tampoco vamos a ser capaces de... Julio, te tengo que dejar.

—Vale, vale, llámame si...

Pero ya no hay nadie al otro lado.

Un frenazo capta su atención al otro lado de la calle. De un coche gris plateado desciende una mujer con el semblante desencajado. Casi al mismo tiempo lo hace el conductor, y cada uno carga con una niña, que tendrán sobre los seis y los diez años, ambas inconscientes.

Julio enseguida reacciona tratando de ayudarlos a abrirse camino entre una multitud reacia a dejar pasar a cualquier recién llegado.

—¡Por favor, por favor, por favor! —vocifera la madre—. ¡Que se me mueren!

El hombre, más decidido, embiste contra un grupo de personas que se han conjurado para no apartarse. Una señora le agarra del jersey para impedirle que avance, y él reacciona golpeándola en la cara con la mano que tiene libre.

—¡Dejadnos pasar, hijos de puta!

Julio interviene para evitar que el altercado vaya a más, pero ni siquiera su bata blanca hace que se propague un efecto pacificador.

Gritos.

Empujones.

Más gritos.

Más empujones.

Y, entretanto, una niña de seis años llamada Jimena deja de respirar en los brazos de su madre.

A las nueve menos seis minutos, las dos puertas de acceso que dan a las calles Duque de la Victoria y Teresa Gil están abarrotadas de gente. Cuando ha entrado Carmen del Hoyo, encargada del supermercado, una señora le ha dicho que lleva allí plantada desde las seis de la mañana a pesar de que el toque de queda establecido por las autoridades es de diez de la noche a ocho de la mañana.

—Prefiero mil veces la multa que quedarme sin comer y beber —le ha justificado.

El marido de Carmen, que es funcionario de Justicia, le ha explicado que los militares que han sido desplegados por toda la

ciudad no están para multar a nadie sino para arrestar a quien se salte la prohibición si lo estiman oportuno.

Esa es la cruda realidad.

La suya, a la que ahora debe enfrentarse, es que faltan cinco minutos para abrir y José Miguel, el director de la tienda, no ha aparecido. El personal está preparado, pero ella no tiene la menor idea de cómo actuar cuando abra las puertas y la gente arrase con todo. Los encargados de sección han revisado las existencias en el almacén y hay lo que tiene que haber un miércoles normal.

Presionada por las constantes cuitas de los empleados, Carmen decide llamar a José Miguel desde la zona de oficinas.

Al cuarto tono contesta una mujer.

—¿Diga?

—Hola, pregunto por José Miguel, soy Carmen, su compañera del Lupa.

Su oído registra mucho ruido de fondo.

—Ah, hola, Carmen. José Miguel no se puede poner. Estamos en el hospital esperando a que nos atiendan, pero esto es una locura. Una vergüenza.

—¡No me digas! ¿Y qué le ha pasado?

—Pues no sabemos. Se levantó a medianoche con pinchazos muy fuertes en la barriga y dolor de cabeza. Se tomó un par de pastillas, pero no le han hecho efecto y ha ido a peor. Al final le he convencido para venir a urgencias, pero al parecer hay mucha gente con los mismos síntomas. Lo tengo aquí al lado, y si le vieras la cara...

—Vaya por Dios. Bueno, nada, es que yo tengo que abrir ya, y por la cantidad de gente que hay esperando esto puede convertirse en un campo de batalla.

—Pues nada, hija, suerte. Ya le digo que has llamado.

—Vale, gracias.

Al colgar consulta su reloj. Toma aire y da la orden.

La competición empieza con una lucha encarnizada por hacerse primero con los carros y luego con las cestas. A pesar de las advertencias de las cajeras, son muchos los que se han apoderado de dos, por lo cual los que se han quedado sin ellos protestan de forma airada hasta que se dan cuenta de que están perdiendo un

tiempo muy valioso. Las carreras por los pasillos convergen hacia las mismas zonas, y productos como el agua, la leche, conservas varias y artículos de higiene personal desaparecen en cuestión de minutos.

Cuando Cecilia Rodríguez consigue llegar a la estantería del agua embotellada, solo hay baldas vacías. En el *call center* del 112 circulaba el rumor de que el caos sanitario ha sido causado por una anomalía de origen desconocido en el agua, por lo que en cuanto ha terminado su turno ha decidido emplear las dos horas de descanso que les han concedido para ir a comprar alguna garrafa antes de incorporarse de nuevo. Agotada física y mentalmente, no se le ocurre otra solución que apelar al sentido común de una señora de pelo cano que, a duras penas, empuja hacia la caja un carro repleto de botellas de agua.

Cecilia, que siempre ha creído en lo más elevado y puro del término *justicia*, aprieta el paso y se pone a su altura para llamar su atención.

—Oiga, por favor, podría darme solo una botella, si es tan amable. Cuando he llegado ya no...

—¡Ni lo sueñes! —le espeta la otra—. Haber venido a las seis de la mañana a hacer cola como yo.

—Mire, yo a esa hora estaba trabajando en el 112 atendiendo llamadas de...

—¡Como si estabas en un guateque! —le corta—. A mí déjame en paz.

Frustrada, Cecilia deja de creer.

—Pero ¡¿no se da cuenta de que no es normal que usted se lleve el carro lleno y los demás no podamos comprar ninguna?! Sea un poco cívica, por favor.

La señora, ya en la cola de caja, se convierte en una hidra.

—Pero ¡¿quién eres tú para insultarme a mí?! ¡Mira, lárgate de aquí antes de que llegue mi marido y te parta la cara!

—¡Es que ella tiene razón! —interviene un hombre que está en la misma situación que Cecilia—. No puede ser que unos pocos acaparen todo y nos dejen a los demás sin nada.

—¡Coño, pues si no quieren por las buenas tendrá que ser por las malas! —se suma la mujer que le acompaña.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le reta la señora del pelo cano.

—¡¿Qué pasa aquí, Charo?!

El marido de la señora de pelo cano es un hombre de buena talla, espalda ancha y mentón cuadrado. Arrastra un carro repleto de latas, papel higiénico y botellas de lejía.

—¡Estos jetas, que me quieren quitar el agua porque se han dormido en los laureles, y ya les he dicho yo que por encima de mi cadáver!

Cecilia, que se ve respaldada por más personas, no se arredra.

—¡Una garrafa por persona hasta que se normalice la situación! —propone a voces.

—¡Una garrafa por persona! —repiten algunos.

El marido de la señora de pelo cano toma posición delante del carro y aprieta los puños.

—¡No! —se opone él—. Haber espabilado.

Es entonces cuando aparece Carmen para tratar de calmar los ánimos, pero con la pólvora ya esparcida, solo es necesaria una chispa. Y esta salta en el momento en el que una veinteañera que acaba de incorporarse a la fiesta agarra una de las garrafas por el asa y tira de ella hacia arriba.

Miles de años de civilización se olvidan en ese preciso instante.

El hombre trata de impedirlo, pero son muchas las manos que tiene que interceptar al mismo tiempo, y alentado por los gritos desesperados de su esposa fija un solo objetivo: la cara de Cecilia Rodríguez. Resulta paradójico que nadie sostenga a una persona que lleva toda una vida sosteniendo con su voz la esperanza de cientos de personas, pero el hecho es que el puñetazo la hace caer de espaldas sin encontrar ninguna oposición hasta que su nuca impacta contra la esquina de la balda inferior de una estantería. De este modo, la veterana operadora del 112 se convierte en la primera de las seis víctimas mortales que se producirán durante esa primera jornada de altercados.

Las cifras de los fallecidos por la ingesta de agua adulterada tardarán mucho más en hacerse públicas.

El operario de una empresa de mantenimiento accede por la puerta principal del Hospital Clínico Universitario esquivando como puede a las personas que allí se agolpan esperando a ser atendidas. No le resulta complicado que se aparten debido al hedor a alcantarilla que desprende su mono azul de trabajo, mezcla de humedad pútrida y amoniaco. Una gorra del mismo color y una caja de herramientas completan su disfraz. Evita sonreír cuando comprueba que dentro la situación es aún peor, y se centra en localizar la señalética del centro: ONCOLOGÍA RADIOTERÁPICA. PLANTA -2.

Con los ascensores colapsados, decide que es mejor bajar por las escaleras. Allí se cruza con grupos de personas que, desesperados por llegar a algún sitio, ni siquiera reparan en él. Al llegar a su destino se pierde el bullicio que reina en el resto de las instalaciones, e incluso percibe el zumbido casi sordo de los sistemas eléctricos. Deduce que la saturación hospitalaria ha obligado a interrumpir los tratamientos menos urgentes, porque apenas registra actividad mientras recorre el pasillo comprobando la rotulación de las puertas. Casi al final encuentra el almacén, que, como esperaba, está cerrado con llave. Antes de forzar la cerradura se asegura de que no hay nadie a la vista y entra casi sin variar el ritmo de sus pulsaciones. Dentro tiene que buscar uno o varios contenedores plomados. Los halla encastrados en la pared que tiene a su derecha y, con calma, se toma su tiempo para examinarlos y decidir la mejor forma de abrirlos. Le sorprende que no tengan cerraduras más sofisticadas, pero ¿quién querría jugársela con material radioactivo de emisión gamma?

En el primero de ellos encuentra las cápsulas selladas de iridio-192 que esperaba llevarse consigo, muy frecuentes en los tratamientos de braquiterapia, pero en el segundo le sorprende encontrarse cápsulas de cesio-137, casi en desuso por ser menos eficaz, pero con mayor longevidad y persistencia que el iridio. Un cóctel de ambos es la solución ideal para sus intereses. Dos de cada serán más que suficientes para lograr el efecto que busca.

Con el material a buen recaudo en el doble fondo de la caja de herramientas, el operario de mantenimiento deshace el camino sin que nadie se percate de su presencia más que por el olor que sigue

desprendiendo al cruzarse con la gente.

Antes de bajar de nuevo al subsuelo por la arqueta de la desértica calle Relatores, inspira profundamente para llenar los pulmones de aire limpio, siendo consciente de que va a pasar bastante tiempo sin hacerlo. Al cerrar la tapa metálica y descender por los barrotes metálicos, rememora la frase que le decía a Cristina cuando se despedía de ella antes de salir de misión:

«Un paso más, un paso menos».

Cafetería del Hospital Campo Grande

El palito de madera dando vueltas y más vueltas a un café muy poco prometedor es una analogía de lo que está sucediendo en el interior de la cabeza de Sancho.

Vueltas y más vueltas.

Es como si se estuviera persiguiendo a sí mismo. Porque tiene la sensación, diría que la seguridad, de que hay un interruptor al alcance de su mano, y si logra accionarlo terminaría con esa oscuridad que le tiene bloqueado. Sin embargo, por más que palpa la pared no da con él y, por consiguiente, sigue a ciegas. Es una sensación realmente frustrante que muy a su pesar ni siquiera puede achacar al cansancio físico.

Después de sobreponerse al ataque de pánico, su cuerpo le exigió una tregua, y Sancho no tuvo más remedio que doblegarse. Nunca mejor dicho, porque se vio obligado a acomodar su metro ochenta y siete de estatura a las dimensiones de un artilugio con forma de sillón que, desde luego, no está diseñado para descansar. A Sara no le ha querido contar nada del suceso para no sumar la salud mental de su marido a su listado de preocupaciones. La nota bastante fuerte de ánimo dadas las circunstancias, e incluso han compartido momentos durante la noche que podrían etiquetarse como divertidos. La risa se les ha acabado en el instante en el que se han percatado de lo que estaba ocurriendo en el hospital. Todo ha empezado con un goteo constante de personas que llegaban a urgencias con síntomas parecidos, pero, sobre las cinco de la

madrugada, se ha convertido en una riada de familias desesperadas que ha desbordado la capacidad del personal sanitario en muy poco tiempo. La información que llegaba desde otros puntos de la ciudad era similar, por lo que resultaba evidente que lo que estaba sucediendo no era algo puntual ni localizado. Tras asumir que no podía aportar nada positivo para revertir la situación, y pensando en la jornada que tenía por delante, el pelirrojo ha resuelto que le convenía intentar sumar algunas horas más de sueño.

Eran casi las nueve de la mañana cuando un dolor punzante en la espalda le ha zarandeado hasta hacerlo despertar. No sin esfuerzo ha logrado ponerse en marcha, y aprovechando que Sara y las niñas dormían, ha resuelto que lo siguiente era incentivar a su cerebro para arrancar de una vez. No quedaba un metro cuadrado libre en la cafetería para sentarse, por lo que ha pedido el café y ha salido fuera a tomárselo sentado en un saliente de hormigón cualquiera. Allí ha recibido la llamada de Patricio Matesanz, que en menos de cuatro minutos le ha puesto al día de los últimos acontecimientos antes de despedirse con un «te veo ahora» nada entusiasta.

Cansado de marear el café dentro de la taza, tira el palito a la papelera y se acerca el vaso de cartón a los labios. A medio camino se fija en que el contenido apenas desprende ningún olor que le incentive a probarlo y que por el color diría que es agua sucia.

—Agua sucia —verbaliza.

El interruptor.

Luz.

La concatenación de pensamientos la machihembra de inmediato con la información que le ha facilitado Matesanz. Acto seguido saca el móvil, abre el navegador y realiza una búsqueda. En cuanto lee los resultados, sonríe.

En su mente solo ve un grifo abierto.

—¡Eso es! Muy sencillo para un tipo como tú, ¿verdad? Y más teniendo experiencia en... Claro, joder, claro —se autoconvence.

Agitado por esas deducciones, que para él son indubitables, lo siguiente que hace es dar el aviso para que hagan las comprobaciones pertinentes, y acto seguido busca un contacto en su teléfono.

Necesita hablar con el tipo que más sabe de ese submundo: Nacho Llanes.

Sede de la Delegación del Gobierno

Dada la gravedad de la situación que atraviesa la ciudad y teniendo en cuenta la complejidad que supone la coordinación de todos los medios e instituciones afectados, la dirección del Centro de Coordinación Operativa (CECOP) ha sido dividida en dos con la idea de mejorar la gestión de la crisis. La dirección estratégica, de corte político e institucional, está en manos del delegado del Gobierno de Castilla y León, Nicolás San Esteban, mientras que la dirección operativa recae en el secretario de Estado de Seguridad, Pablo Jimeno, y afecta a todos los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado que se han movilizado para intervenir sobre el terreno.

Sus doce miembros llevan reunidos poco más de una hora en una sala mal acondicionada de la Delegación del Gobierno, pero si un experto analizara sus expresiones, comunicación verbal y gesticulación, diría que llevan ahí encerrados varios días. Lo babélico de la tesitura a la que tienen que enfrentarse hace que la tensión sea palpable, porque resulta evidente que, si pudieran elegir, ninguno de los presentes estaría allí. Por el momento, la prioridad ha consistido en evaluar los informes que les van llegando desde los distintos frentes que tienen abiertos con el propósito de tomar decisiones inmediatas.

Está hablando el delegado del Gobierno —quien se ha arrogado las funciones de anfitrión del CECOP— cuando la primera teniente de alcalde del Ayuntamiento de Valladolid levanta el brazo y le quita la palabra.

—Si me lo permiten, mientras esperamos a que nos traigan el informe que está elaborando el SACYL, me gustaría que dedicáramos unos segundos de atención al vídeo que me ha enviado Omar Fuentes, que, como saben, sigue convaleciente en el hospital.

Algo sorprendido, y visiblemente molesto, Pablo Jimeno accede con un fugaz movimiento de la mano. En la pantalla de la tableta

que sostiene la concejala aparece la cara del alcalde en un primer plano. No puede decirse que tenga cualidades telegénicas, pero presenta mucho mejor aspecto que cuando compareció en televisión.

—Queridos compañeros y compañeras, os robo solo unos minutos para trasladaros todo mi apoyo desde esta cama en la que estoy confinado. Todo esto por lo que estoy pasando es inefable, pero tengo muy claro que me encantaría poder estar ahí con todos vosotros y aportar mi granito de arena con el propósito de poner fin a esta locura que se ha desatado en Valladolid. Como veis, pese a que los pronósticos eran muy pesimistas, en las últimas horas he experimentado una notable mejoría, que es fruto del espíritu combativo que hay en mi interior. Y eso mismo es lo que os pido a todos y cada uno de vosotros: que luchéis por Valladolid y su gente. Si un compuesto radioactivo no va a poder conmigo, ningún Rambo de pacotilla va a conseguir doblegar a toda una ciudad. Muchas gracias y mucha fuerza.

Las miradas de los presentes, abúlicas la mayoría, convergen en el delegado del Gobierno.

—Trasládele al alcalde nuestro agradecimiento y deseo de una pronta recuperación —dice el político sin que se le aprecie el tono sardónico—. Sigamos. Tenemos ya los datos a los que aludía Roberto Sanz, del gabinete de comunicación del SACYL. Seré lo más breve posible.

El político se toma su tiempo para abrir la carpeta.

—Los primeros casos empezaron a aparecer entre las once y las doce de la noche, y desde entonces no han dejado de producirse. Hasta las diez de la mañana se han reportado tres mil setecientos treinta y dos casos de intoxicación a la sala de emergencias del 112. De ellos, se ha atendido a mil ochenta y cinco personas en urgencias, y se han producido quinientas treinta y una hospitalizaciones, de las cuales veintinueve corresponden a pacientes que permanecen ingresados en la UCI.

San Esteban, que compone una expresión ceñuda, hace una pausa.

—Hay un total de nueve fallecidos, pero mucho nos tememos que

esta cifra irá en aumento durante las próximas horas. A estos hay que añadir una víctima más que se acaba de producir en un supermercado del centro como consecuencia de un altercado entre clientes.

En la sala revolotean comentarios en voz baja.

—En efecto: todo lo que está ocurriendo es terrible.

Los murmullos cesan, sustituidos por el cavilar que implica el desconocimiento generalizado del significado de esa palabra.

—Estamos librando dos guerras —prosigue San Esteban—. Una es sanitaria y la otra civil. En la primera, la mayor preocupación es la saturación del sistema. En Valladolid hay mil quinientas cuarenta camas disponibles, con un porcentaje de ocupación que varía entre el ochenta y el ochenta y cinco por ciento. Eso quiere decir que normalmente tendríamos unas trescientas camas libres en la ciudad, pero resulta que los atentados precedentes han dejado un volumen de heridos que han elevado esa cifra de ocupación hasta el noventa y tres por ciento.

Para muchos de ellos, hablar de cifras era solo una forma elegante de no admitir su inoperancia.

—Por ello, nos hemos visto obligados a reforzar el servicio de ambulancias para facilitar los traslados a centros hospitalarios de la provincia y de otras ciudades cercanas. No obstante, y en previsión de lo que pueda pasar, urge habilitar un espacio para los casos leves, y ya estamos manos a la obra.

—¿Se sabe ya cuál será ese espacio? —pregunta la coronel Ramírez, la responsable de la UME.

—No, aún no nos ha dado tiempo —contesta la consejera de Sanidad de Castilla y León, Marta Murrieta, con aire fatalista—, pero será una decisión que estará tomada a lo largo del día.

—Todos conocemos ya los síntomas y los efectos que está provocando, pero las causas no las hemos determinado hasta hace unos minutos. Como se sospechaba, los análisis han revelado dos compuestos químicos nocivos presentes en el suministro de agua de la ciudad. Se trata del fluoruro de sodio y el tiosulfato sódico, que, dependiendo de la muestra, han sido hallados en concentraciones que varían entre quince y nueve miligramos por litro; es decir, unas

diez veces por encima de lo que tolera nuestro organismo.

—Madre de Dios —dice el jefe superior de Policía de Castilla y León, Martín Pisón—. Qué hijo de su...

—Luego, si tenemos tiempo, abrimos turno para comentarios y observaciones —le detiene San Esteban—. Continúo. Nuestros expertos nos aseguran que esta concentración tóxica en el agua irá disminuyendo con el paso de las horas, pero en este momento lo que está claro es que no es apta para el consumo humano y, habida cuenta de la saturación hospitalaria, nos aconsejan que se corte de inmediato el suministro en toda la ciudad.

En las muecas, comentarios y ademanes de los presentes se atisba una inminente e irrefrenable confrontación. Un choque conceptual y de formas de proceder que no nace aquí, pero sí crece y se reproduce porque nunca muere.

Cafetería del Hospital Campo Grande

Su nivel de ansiedad aumenta con cada tono de llamada.

—Sancho, dime —le contesta por fin el jefe de la Unidad de Subsuelo con la aparente sequedad que le caracteriza.

—Nacho, ¿qué tal te pillo?

—Pues de momento de una pieza, porque vaya cristo que se está montando. Supongo que estás al corriente.

—Sí, sí, por eso te llamo. Tengo una teoría que me gustaría compartir contigo. Al parecer, esta intoxicación masiva que está afectando a tanta gente viene por la ingesta de agua contaminada. Este cabronazo al que nos enfrentamos es un entendido en sustancias químicas y podría ser que hubiera encontrado algo para contaminar el suministro de toda la ciudad. ¿Cómo? Pues muy sencillo —se responde él mismo—: entrando en alguna de las dos plantas depuradoras y vertiendo su mierda. Pero, claro, por la puerta principal no lo ha hecho.

Nacho Llanes, que es de los que cuesta impresionar, no dice nada.

—¿Nacho?

—¿Sugieres que ha accedido a través del subsuelo?

—Sí. El tipo es experto en técnicas de combate subterráneo o algo así. Por eso te pregunto, ¿podría haberlo hecho de ese modo?

—Vamos a ver, Sancho. Por muy ducho en la materia que sea, si no sabe dónde se encuentra con exactitud difícilmente podría llegar a ningún sitio. Una cosa es saber moverse ahí abajo y otra muy diferente es cómo, no sé si me explico.

—Entiendo. Pero ahora lo que necesito que me confirmes es si se puede acceder a alguna de estas plantas potabilizadoras a través del subsuelo.

—Sí, a las dos. Ya comprobaste tú mismo la otra vez que se puede acceder a casi cualquier lugar a través del subsuelo.

Sancho aprieta el puño y lo agita como si acabara de ganar un punto decisivo en el *tie break* del último set de la final de Roland Garros.

—Pero te digo más —continúa Llanes—, si ese tipo es listo, que parece que lo es, y tu teoría se cumple, habría ido sin duda a la planta de la calle de las Eras, porque la de San Isidro da servicio a pocos barrios.

—Es listo, sí, pero es más dañino aún, así que sin duda habrá ido a esa. Y ahora no le hace falta volar un edificio para que cunda el pánico, le basta con que abran el grifo y beban.

Casi puede escuchar pensar a Nacho Llanes al otro lado del teléfono.

—Espera que hago memoria..., sí, estoy casi seguro de que el colector principal de Huerta del Rey conecta con un túnel de servicio que desemboca directamente en la planta.

—Cojonudo.

—¿Cojonudo, por qué? Ah, vale, que ahora es cuando me dices que quieres...

—Quiero —le interrumpe—. Dime dónde nos encontramos para bajar ahí.

Sede de la Delegación del Gobierno

Es Santiago Valtierra, el jefe de bomberos de la ciudad —cuyo cargo

oficial se denomina director del Servicio de Incendios, Salvamento y Protección Civil del Ayuntamiento de Valladolid—, quien lanza la primera objeción.

—Señores: cortar el suministro de agua a toda la ciudad puede no ser la solución al problema que tenemos sobre la mesa, pero lo peor de todo es que podría convertirse en la causa de otro todavía mayor.

—Explíquese, haga el favor —le conmina San Esteban.

Este se quita las gafas con aire cansado y se introduce la patilla en la boca.

—Nuestros camiones cisterna llevan unos cuatro mil litros. Eso nos da para sofocar unos quince minutos de fuego en un piso en llamas. Si cortamos el suministro de agua, con los hidrantes secos, estaríamos vendidos.

—¿Alternativas?

—Sin red de abastecimiento, solo podremos recargar en el Pisuerga, el canal de Castilla, piscinas y depósitos industriales. Pero eso implica tiempo y logística, y, sin querer ser alarmista, resultaría insuficiente. Tendríamos que solicitar el apoyo de la UME y de otras unidades de bomberos, pero...

Valtierra tamborilea sobre la mesa.

—Les hablo claro: si a ese desgraciado se le ocurre provocar un gran incendio, y ya hemos visto que es capaz de todo, sería peor que el de 1561. Bueno, no peor, pero sí muy jodido —rectifica—. Ya hemos perdido dos bomberos en acto de servicio, dos compañeros a los que ni siquiera vamos a poder despedir como merecen en un funeral. No creo que estemos en disposición de arriesgar más vidas. Sin agua no combatiremos incendios, los contemplaremos.

El delegado del Gobierno se revuelve incómodo en la silla. Nadie replica, y el eco de la última frase, abrasador, se queda flotando en el aire. A esa primera discrepancia se le suman la de la responsable de la UME, y acto seguido llega la de la primera teniente de alcalde, apoyada por su concejala de Movilidad y Seguridad, fundamentada en el pánico que generaría el corte de agua en los ciudadanos y en la posible falta de suministro de agua embotellada.

—Muchas gracias a todos —interviene el secretario de Estado de Seguridad, Pablo Jimeno—. Estamos aquí para escuchar las

opiniones de los responsables de cada área, pero hay que tomar una decisión y en este caso me corresponde a mí. Lo primero que tenemos que hacer es solucionar los graves problemas a los que nos enfrentamos ahora, y lo que no podemos permitirnos bajo ningún concepto es que aumente el número de intoxicados porque aquí estemos debatiendo escenarios hipotéticos. Recuerden que ya hay fallecidos. Por lo tanto, lo que vamos a hacer de inmediato es emitir una alerta por la cual se prohíba el consumo de agua corriente hasta nuevo aviso.

—Estoy de acuerdo —se pronuncia San Esteban.

Jimeno aprovecha el silencio para mojarse la garganta. Con el botellín de agua en los labios, se detiene, reflexiona y clava sus ojos en la concejala de Seguridad y Movilidad.

—Aseguremos, por favor, el suministro de agua embotellada a todos los barrios de la ciudad. Es prioritario.

La concejala, sintiéndose aludida, bizquea.

—Nunca hemos dejado de hacerlo desde que ha empezado la crisis —se defiende.

—Muy bien, avancemos por tanto en el otro frente: el civil —propone el delegado del Gobierno—. Tenemos que ser conscientes de que conforme avancen las horas y vayan llegando malas noticias, podrían producirse más altercados en las calles, o actos de pillaje, robos, asaltos..., etcétera. Bajo mi punto de vista, hay que cortarlos de raíz.

—Como informamos al principio —retoma la palabra Jimeno—, ya ha habido un caso en un supermercado de la calle Duque de la Victoria, y no queremos que se genere un efecto dominó. La entrada en vigor del estado de excepción nos otorga la potestad de controlar —hace el gesto de las comillas con los dedos— los medios, así que les hemos pedido que no reporten el caso —dice—. De momento —añade.

Clara Montes, responsable de Protección Civil, menea la cabeza en señal de desaprobación, gesto que no pasa desapercibido para el que habla. Sin embargo, para evitar generar más conflictos, el político hace caso omiso.

—Por parte de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, nos

acompañan el jefe superior de la Policía de Castilla y León, señor Martín Pisón; el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, señor Poveda; el teniente coronel del Ejército de Tierra, Luis Álvarez de la Vega y el inspector jefe de la Comisaría General de Información, Celso Malpica. Señor Álvarez de la Vega, ¿nos puede hablar del dispositivo que han desplegado en la ciudad?

El interpelado se explaya más de la cuenta al explicar el cometido de los mil cuatrocientos ochenta soldados del Ejército de Tierra encargados de garantizar el cumplimiento de lo establecido en el estado de excepción.

—Si me lo permiten —interviene Marta Murrieta, consejera de Sanidad de Castilla y León—, creo que sería muy interesante saber en qué punto nos encontramos exactamente en la investigación policial y qué sabemos sobre ese ser abyecto.

Las miradas de los presentes convergen en Gonzalo Martín Pisón, pero este, con un excelente *drive* de la cabeza, las deriva hacia Celso Malpica. Entretenido este desde que ha empezado la reunión haciendo anotaciones en su cuaderno —solo él sabe de qué naturaleza—, tarda en percatarse de que todo el mundo aguarda a que intervenga.

—Ah, sí —reacciona—. Buenos días. A ver, no sé qué esperan que diga, yo llegué ayer mismo a Valladolid para hacerme cargo de este jaleo que tienen aquí montado.

Malpica se expresa con extrema, casi desesperante, lentitud, como si le costara fabricar palabras en las cuerdas vocales o quisiera asegurarse de que la concurrencia entendiera su discurso. Su apariencia pacata genera desconcierto en la sala.

—Mi antecesor en el puesto, el inspector jefe Anchorena, logró identificar al individuo responsable de los atentados, que, casi con total seguridad, es quien ha intoxicado el agua. Por lo tanto, lo único que tenemos que hacer ahora es localizarlo y detenerlo. En este sentido, hemos distribuido una foto suya actualizada y...

—Sí, bueno —le interrumpe Murrieta, insatisfecha con la respuesta —, yo creo que eso ya lo sabíamos los que estamos aquí. Me refería a que si hay algún avance que...

—No, no lo hay —zanja Malpica—. De cualquier modo, tienen que

saber que en este tipo de circunstancias hay cosas que se pueden contar y cosas que no.

—En este foro —interviene el delegado del Gobierno—, yo creo que puede hablar con total libertad, señor Malpica.

El otro ladea la cabeza.

—Ya, pero eso es solo lo que usted cree, no sé si me explico. De todos modos...

El de la CGI hace un gesto raro con la boca.

—¿Qué es lo que quieren saber que no sepan ya? —pregunta Malpica.

—Evidentemente, a qué nos enfrentamos —responde Murrieta sin ocultar su indignación.

—Vaya, ahora sí que estoy sorprendido, señores. A estas alturas yo daba por hecho que las personas que tienen que tomar las decisiones correctas para afrontar esta crisis eran conscientes de que nos enfrentamos a un enemigo muy peligroso. De cualquier modo —compone una mueca de corte infantil—, el que más sabe sobre este individuo es el inspector Sancho, que es el único que ha tratado con él.

—¿El inspector Sancho? —repite el secretario de Estado—. ¿Y por qué demonios no está aquí el inspector Sancho?

Y de nuevo todas las miradas se centran en Martín Pisón, que esta vez no tiene ninguna posibilidad de derivar la pregunta.

—Lo solucionamos de inmediato —dice.

Estación de Tratamiento de Agua Potable, las Eras

Han descendido por una arqueta hasta un colector general que han recorrido durante unos treinta metros hasta llegar al túnel de servicio que conecta con la planta potabilizadora.

Esta vez Sancho no ha necesitado ningún cursillo básico de cómo moverse ahí abajo. Le ha servido el que hizo tres años atrás cuando le tocó enfrentarse a un robo en el Museo Nacional de Escultura, al que accedieron a través del subsuelo.

—Mira —le indica Nacho Llanes con el brazo—, ese muro de allí ya

es parte de la cimentación de la planta. Tiene que haber un acceso.

—¿Aquella puerta? —señala Sancho.

—Seguramente.

A varios metros de distancia para llegar, el pelirrojo sonríe a la vez que señala algo.

—¡Pues ya estaría! —grita.

—La cerradura está reventada —observa Llanes—. Tenías razón.

Sancho hace unas cuantas fotos con su móvil.

—Entró por aquí. Vamos a ver hasta dónde nos lleva.

Veinte minutos después, ambos salen de nuevo al exterior tras haber comprobado lo que Sancho sospechaba.

—Mil gracias por todo, Nacho.

—A mandar.

—Sí, pues prepárate, amigo, porque o mucho me equivoco o vamos a pasar más tiempo de lo que nos gustaría ahí abajo.

—Compadécete de otros, no de mí. Nos vemos —dice, y se despide con un apretón de manos.

Justo en ese instante le suena el teléfono. Es el comisario provincial Travieso.

—Sancho, ¿estás operativo?

—No sabes cuánto.

—Dos cosas: nos acaban de decir que la mujer de Herranz-Alfageme es una de las muchas personas afectadas por la intoxicación del agua, por lo que estará fuera de servicio hasta que la situación se resuelva.

—Hay que joderse.

—Dos: tienes que ir cagando leches a la Delegación del Gobierno.

—¿Y eso por qué?

—Te requieren allí, ellos te explicarán. Date prisa.

Sancho se mira de hito en hito. La siguiente palabra que verbaliza es la que mejor le define en ese momento.

—Mierda...

Sede de la Delegación del Gobierno

Las casi tres horas y media que llevan reunidos están haciendo mella en el manual de las buenas maneras. Los tonos de voz, en general, han ganado en crispación, y las interrupciones campan a sus anchas en esa sala cuya atmósfera está más intoxicada que el agua.

Han discutido sobre si el Gobierno debería aceptar o no las reivindicaciones de Gavilán, pero el principal enfrentamiento lo han mantenido el teniente coronel Martín de la Vega con los miembros del Ayuntamiento de Valladolid acerca de la política de comunicación que ha de seguir el CECOP. El militar, amparándose en los poderes que le otorga la aprobación del estado de excepción, ha abogado por controlar los medios e informar con cuentagotas a la población de lo que está sucediendo, política que ha horrorizado a los representantes municipales. El enfrentamiento ha terminado en tablas, pero ha quedado patente que en esa mesa hay demasiados caballos que tiran de un carruaje del que nadie se atreve a coger las riendas.

Es en ese terreno árido y pedregoso donde alguien decide arrojar una semilla pelirroja con el propósito de que de ella algo bueno germine, pero, en ocasiones, hasta las mejores intenciones son incapaces de florecer.

Cuando los presentes asisten al momento en el que un barbudo pelirrojo entra en la sala arrastrando la esencia aromática del subsuelo —las deportivas que calza están para incinerar—, un murmullo hostil va ganando en intensidad hasta que se convierte en un ruido molesto.

—¡Un segundo, por favor! —intercede el delegado del Gobierno—. ¡Por favor! —insiste.

El anhelado silencio tarda en aparecer.

—Antes la señora Murrieta expresaba su deseo de saber más acerca del sujeto que nos tiene a todos en jaque, y el señor Malpica aludía al inspector Sancho como la persona que mejor lo conoce. Pues aquí lo tienen. Por favor, inspector, tome asiento.

Sancho ocupa una silla que está libre entre Santiago Valtierra —que gira la cabeza al captar el olor que despide— y Celso Malpica. Sin importarle lo más mínimo la reacción de ese extraño, se acoda sobre la mesa, endereza la espalda y, tras unos segundos de

escrutinio, toma aire.

—Ustedes dirán.

—¿Qué nos puede contar de ese hombre?

Sancho deja caer la mirada pensando que es el tipo de pregunta que le hacen a un escritor cuando el periodista no se ha leído la novela: «Y, bueno, cuéntanos..., ¿de qué va tu nuevo libro?». Resignado, se acaricia los puntos que tiene en la cabeza con las yemas de los dedos y toma aire de nuevo.

—Es alguien cuyo propósito es destruir Valladolid por un motivo que aún desconocemos, y que tiene los conocimientos, la experiencia y los medios para conseguirlo. Tiene un plan y la voluntad suficiente para cumplirlo.

—¿Y ya? —insiste Murrieta, cuya naturaleza descontentadiza le obliga a ser beligerante en todo momento.

—¿Le parece poco? No sé si se ha percatado de que Marco Antonio Gavilán está mucho más cerca de conseguirlo que nosotros de atraparlo. Y, puede o no creerme, pero le aseguro que no se debe a la ineptitud de las personas que estamos empeñadas en ello.

—Pues estamos apañados —resume el subdelegado del Gobierno, que, de este modo estelar, interviene por primera vez en la reunión.

—¿Y por qué querría alguien destruir una ciudad? —pregunta el secretario de Estado de Seguridad.

—Esa sí es una buena pregunta —califica Sancho—. Y la respuesta es tan obvia como absurda: porque Gavilán la considera su enemiga. Y los motivos, aunque suene soberbio, tampoco nos interesan demasiado, porque no parece que sea alguien a quien se le pueda hacer cambiar de opinión. Está claro que es un hombre atormentado y que no está del todo bien equilibrado aquí arriba —se toca la cabeza— por el tipo de vida que ha llevado. Pero sin duda estamos en el punto exacto en el que Gavilán quería estar cuando lo planificó todo.

—Escuchándole hablar podría decirse que admira a ese hombre —comenta Murrieta.

—No, señora, no, en absoluto. Pero lo que no voy a hacer es cometer el error de pensar por un solo segundo que lo vamos a atrapar por arte de magia. Jefe —se dirige a Martín Pisón—, no sé

hasta qué nivel de profundidad me puedo expresar en este foro.

—Con total libertad —responde contundente.

—Entonces les puedo decir que la razón por la que tengo este aspecto tan, cómo decir..., desaliñado, es porque vengo de comprobar una sospecha, y para ello he tenido que hacer una breve incursión en la red de alcantarillado de la ciudad. Estoy casi seguro de que Gavilán accedió a la planta potabilizadora de la calle las Eras a través del subsuelo, y que allí vertió algún compuesto químico que ha provocado la intoxicación masiva del agua.

—Tiene todo el sentido del mundo —opina el teniente coronel Martín de la Vega—. Pero, por otra parte, y sin intención alguna de meterme en su trabajo, ¿si se revisan todas las cámaras exteriores de la zona podremos...?

—Sería irrelevante. Gavilán sabe que conocemos su identidad, por lo que ya no tiene por qué ocultarse, solo evitar que le atrapemos. Además, sabe moverse por el subsuelo porque le han formado para ello, se siente cómodo ahí abajo y no sería descartable que hubiera elegido ese entorno para operar desde ahí.

—Sería un error por su parte, ¿no? —conjetura el militar—. Sería cuestión de controlar los accesos, hacer bajar al número de hombres suficientes e ir cerrando el círculo hasta dar con él.

—Me temo que no sería tan fácil. Ahí abajo el gato es él, y nosotros los ratones, y, no se ofenda, pero creo que no se hace a la idea de las dimensiones que tiene el subsuelo de esta ciudad. Lo tendrían que evaluar los expertos en la materia, pero me da la sensación de que no sería tan sencillo como cabría pensar.

—Menudo panorama —comenta alguien en voz baja.

Sancho chasquea la lengua.

—Yo, con su permiso, si no me necesitan para nada más, tengo que ir a comisaría.

—Muchas gracias por su aportación, inspector —le dice el delegado del Gobierno.

Celso Malpica se levanta al mismo tiempo que Sancho.

—Yo le llevo. Les mantendremos informados —se despide.

Cuando ambos salen se genera un silencio engorroso, perturbador. Un silencio que se rompe con el sonido del móvil de San Esteban.

—Disculpen, tengo que atender la llamada.

El político se levanta y camina por la sala mientras escucha.

—Que Dios nos pille confesados.

—Y con una botella de agua en la mano —añade el secretario de Estado de Seguridad con un exceso de ironía que no es muy bien recibida.

Hospital Clínico Universitario

Acaba de terminar la llamada que ha mantenido con la primera teniente de alcalde, a quien ha encargado que le mantenga puntualmente informado de lo que está ocurriendo en el CECOP. Esta le ha hablado de la relación que existía entre una antigua empleada del ayuntamiento y el sospechoso, pero al alcalde le cuesta creer que esa sea la razón por la que él se ha convertido en un objetivo de ese perturbado. Tiene que responder a razones más elevadas, motivos que tiene pensado averiguar en cuanto le den el alta.

A Omar Fuentes le encantaría poder estar allí, y de algún modo piensa que su aportación podría ser fundamental para manejar la situación que le ha tocado vivir a su ciudad. No en vano, es su máximo representante, la voz que han elegido sus ciudadanos, y ese es el motivo por el cual un maldito enfermo se lo ha querido quitar de en medio cuanto antes. Porque está claro que lo es, el informe psicológico que ha leído sobre él le da la razón. Ojalá salga pronto de allí y pueda enfrentarse a ese cobarde.

Él se siente bastante mejor que en días precedentes, pero los especialistas que le están tratando siguen en su rol pesimista para que el paciente no se haga ilusiones. Se equivocan. Lo va a superar, y en cuanto ponga los pies fuera del hospital se va a poner al frente de todo, pese a quien pese. Y quién sabe si una vez finalizada esta crisis le servirá para catapultarse a Ferraz y ocupar el cargo que le corresponde en la dirección del partido.

Pensar en ello le anima.

Quizá sea el momento de volver a hacer unas declaraciones

públicas para que la ciudadanía le vea más entero, capaz de liderar la resistencia de los vallisoletanos. Sin pensarlo dos veces, busca el contacto de la persona que maneja el gabinete de prensa del ayuntamiento y la llama.

—Angélica, coge papel y lápiz, que tenemos tarea.

Centro urbano de Valladolid

Le sorprende que dentro del vehículo no huela mal. Más bien al contrario, se aprecia una fragancia muy sutil, elegante, hasta el punto de que parece haber sido secuestrada de otro entorno para meterla ahí. Y ahora que se fija, diría que el tipo que lo conduce bien podría ser el cerebro de una trama que se dedicara al blanqueo de capitales, no el hombre cualificado que viene a sustituir a Antón Anchorena. Lo que tiene claro es que Celso Malpica se ha ofrecido a llevarle a comisaría no por gentileza, sino para evaluarle de cerca.

—Es un Mercedes clase C —le informa—. Coche del año en el 2000. Una maravilla. Tiene casi trescientos mil kilómetros y tira como el primer día. Se lo digo porque no ha dejado usted de examinarlo como si acabara de despertar en una nave espacial.

—Burro viejo buen camino anda, que decía mi padre —responde Sancho.

—Razón tenía. Refrán que se puede aplicar perfectamente a todas las comisarías.

Sancho lo mira con interés justo en el momento en que pasan por Fuente Dorada tras veinte minutos de trayecto en el que han tenido que detenerse tres veces para identificarse en los controles que ha levantado el Ejército.

—Déjeme aquí, mi calle es peatonal y le multarían por entrar.

—A esta matrícula no. Indíqueme.

El coche se detiene en el portal.

—Tardo un cuarto de hora.

El pelirrojo se ducha y se cambia de ropa en doce minutos. Al volver a su asiento se fija en que Malpica comprueba la hora de su reloj y asiente.

—Anoche estuve revisándolo todo y le digo con sinceridad que considero que Anchorena y usted han hecho un buen trabajo.

—Sea como sea, insuficiente.

—Eso es harina de otro costal. Y le tengo que decir también que me ha gustado mucho cómo ha actuado frente a esa jauría de inútiles muertos de miedo. Esa gente tiene más peligro que el hombre al que tenemos que atrapar, créame.

—No sé yo si puedo estar de acuerdo con eso. Desde el principio he tenido la sensación de que hemos estado persiguiendo una sombra que caminaba muy por delante de nosotros.

—Y así ha sido. Es más que evidente que lo tenía planificado todo antes de volar por los aires el arbolito de Navidad. He leído las transcripciones de las conversaciones telefónicas que ha mantenido con usted, y, desde principios de septiembre, cuando perdió a su mascota, ha tenido casi dos meses para prepararlo todo. Eso, en un hombre programático y resolutivo como él, es demasiada ventaja.

Parado en un semáforo, el de la CGI fija la mirada en un supermercado de barrio en cuya puerta se agolpan decenas de personas.

—Antes —prosigue Malpica— ha dicho que desconocemos el motivo por el que quiere destruir Valladolid. Muy cierto, aunque creo que la clave está en el suicidio de su mujer. He mandado investigar el asunto, y lo único que sabemos es que ingirió benzodiacepinas, antidepresivos y alcohol, y que Gavilán se la encontró cuando fue a su casa tras recibir un mensaje de despedida. Él llamó a emergencias, pero, al parecer, tardaron más de la cuenta y murió en la ambulancia.

—Lo hemos comprobado en el informe, y desde que hizo la llamada hasta que llegó la ambulancia medicalizada transcurrieron once minutos. Según se apunta, les costó encontrar la vivienda, pero está dentro de los límites permitidos.

—Ya, bueno, eso es muy subjetivo. A él se le harían eternos viendo cómo se le apagaba la vida. Y, sin embargo, Gavilán nos ha escondido esta parte y nos ha contado lo de su mascota. Que no digo que no tenga que ver, pero si esta historia la ha ocultado es por algo.

—Supongo que para que no relacionáramos el hecho conmigo, ya que lo llamé a comisaría para volver a tomarle declaración algunas semanas después.

Malpica se gira para mirarlo.

—Esa no me la sabía yo.

—Lo descubrieron ayer los subinspectores Peteira y Montes.

—Interesante. ¿Y cree que tiene algo contra usted?

—Es evidente que no fue de su agrado, pero le he dado mil vueltas a esa conversación y de verdad que no encuentro motivos para que la tome conmigo.

—Volvemos a lo mismo: tal vez sí los haya desde la óptica de alguien que está afectado por un trastorno que le desconecta de la realidad. Él vive la suya, y eso es lo único que le importa. Por eso usted es nuestra mejor baza —añade.

Sancho lo mira esperando a que aclare ese punto.

—De algún modo, él considera que usted está legitimado para ser su altavoz ante un mundo con el que no quiere o no puede comunicarse. Y es posible que aquí sea donde Anchorena, o usted, o los dos, no lo han hecho bien del todo.

Lejos de ofenderse, Sancho se muestra interesado en conocer sus argumentos.

—Le escucho.

—Han cumplido a rajatabla sus deseos y, entretanto, él ha continuado ejecutando punto por punto su plan.

—¿Y qué se supone que deberíamos haber hecho?

—Sacarle del guion que él ha escrito, incomodarle. Esa es mi especialidad. Ahora, cuando lleguemos a comisaría, me gustaría darle algunas pautas que le podrían ser útiles para la siguiente vez que tenga que hablar con él.

—Da por hecho que va a volver a llamar.

—Que no le quepa ninguna duda. Hoy mismo, además.

—¿Cómo está tan seguro de ello?

—Porque lo tiene todo bajo control y, dado que hemos entrado en la última fase, es cuando más nos necesita.

—¿La última fase?

—Se lo anunció a usted: «Prepárense para sufrir de verdad

cuando les robe la libertad, los mate de sed y envenene el aire que respiran». Y las dos primeras ya las ha cumplido. Al tirar abajo el Duque de Lerma logró que se activara el estado de excepción, tesitura que aprovechó para intoxicar el agua y matarnos de sed.

—Entonces, ¿cree que su siguiente paso consiste en envenenar el aire?

—Lo va a intentar, seguro. El cómo tenga pensado hacerlo es lo que tenemos que resolver. Pero eso no es lo que toca hoy.

—¿Y qué es lo que toca?

—Averiguar si, como usted cree, se mueve bajo nuestros pies.

En algún lugar del subsuelo de Valladolid

Ya ha localizado tres puntos en los que tiene cobertura. Uno de ellos, que además es el más cercano a la madriguera, es una escalera metálica de caracol que asciende veinticinco metros hasta una arqueta que, aunque parezca increíble, está dentro de un servicio público del Centro Cultural San Agustín. Para evitar posibles incursiones de curiosos, está tapada por un gran bidón azul, por lo que las probabilidades de que le sorprendan son casi nulas.

Sentado en el último peldaño, y con cuatro barras de cobertura, el Témpano abre la aplicación de la SER Valladolid y se conecta a la retransmisión en directo.

Suena la voz de Carlos Flores.

«Volvemos a recordar la que es, a esta hora de la mañana, la noticia del momento en Valladolid, España, Europa y quién sabe si el mundo entero. Hace escasos minutos se ha ordenado el corte total del suministro de agua corriente en toda la ciudad. La medida se adopta como consecuencia de la intoxicación masiva que durante la madrugada de ayer ha colapsado hospitales y centros de salud, con más de quinientos ingresados y al menos nueve fallecidos confirmados. La decisión genera inquietud en la población: a los problemas sanitarios se suma ahora la incertidumbre sobre cómo afrontar la vida diaria sin agua corriente, a pesar de que las autoridades han garantizado el reparto de agua embotellada en

todos los barrios. La ciudad, bajo estado de excepción desde la pasada medianoche tras la cadena de atentados acontecidos días atrás, vive una situación sin precedentes en nuestro país.»

—Y lo que os queda —dice Gavilán.

«Tenemos conexión telefónica con Marta Murrieta, consejera de Sanidad de la Junta de Castilla y León. Buenos días, si es que pueden tener algo de buenos.»

«Buenos días, Carlos.»

«Señora Murrieta, ¿cuál es la situación en este momento?»

«Pues no vamos a poner paños calientes: la situación es crítica. Los análisis realizados en varias muestras de agua tomadas en diferentes puntos de la ciudad han revelado una alta toxicidad que la hace no apta para el consumo. Por ello, nos hemos visto obligados a cortar el suministro hasta que el ciclo de purificación indique que vuelve a ser potable.»

«¿Qué plazo se estima para que se restablezca el servicio?»

«Ninguno. No nos podemos aventurar a hablar de plazos, dado que es muy pronto para saber si los compuestos químicos han contaminado también las canalizaciones. No obstante, desde primera hora se está trabajando para garantizar el abastecimiento de agua embotellada en los puntos de venta.»

«Sin embargo, señora Murrieta, la información que nos llega a nosotros desde la calle es que está agotada en todos o casi todos los supermercados e hipermercados de la ciudad.»

«Sí. La gente se ha echado a la calle en cuanto se han conocido los primeros casos de intoxicación. Entendemos la reacción de la ciudadanía, pero desde las autoridades sanitarias queremos hacer un llamamiento a la calma para que entre todos podamos solventar esta crisis.»

«Sin duda, porque como se imponga el pánico reinará el descontrol.»

—Bien dicho, Carlos, porque eso es, precisamente, lo que va a pasar —comenta Gavilán.

«Y, ahora, por favor, cuente a la audiencia cómo está la coyuntura sanitaria en este momento.»

Murrieta no esconde la realidad, pero a oídos del Témpano no

resulta muy convincente a la hora de asegurar la cobertura hospitalaria a quienes lo van a requerir.

«Se rumorea que el presidente del Gobierno planifica una visita a Valladolid. ¿Qué información maneja la Junta de Castilla y León sobre este asunto?»

—Claro que sí. Cuantas más distracciones, mejor —dice Gavilán.

«Por ahora no hemos recibido ninguna información oficial desde la Moncloa.»

«Por último, porque no queremos robarle más tiempo, no podemos olvidar al causante del caos que los vallisoletanos estamos sufriendo. ¿Qué se sabe que nos pueda contar al respecto?»

«Poca cosa, Carlos. En primer lugar, no se ha confirmado que se trate del mismo individuo que ha atentado contra varios inmuebles de Valladolid, aunque no podemos negar que se trabaja en esa línea de investigación. Lo único que puedo decir es que ya hay cursada una orden de búsqueda y captura internacional contra Marco Antonio Gavilán, y que más pronto que tarde será llevado ante la justicia para pagar por sus actos infames.»

—Actos infames —repite Gavilán con sorna.

«Esperemos que tenga razón y sea cuanto antes. Muchas gracias, señora Murrieta, consejera de Sanidad de la Junta de Castilla y León. A continuación nos vamos a ir hasta el hospital Río Hortega, donde está nuestra compañera...»

El Témpano cierra la aplicación y, satisfecho, dedica un rato más a navegar por internet en busca de noticias relacionadas con él. En todas aparece la misma fotografía ridícula de cuando tenía veintiocho años junto a otra realizada con IA, que, para qué negarlo, guarda cierto parecido con su aspecto actual. No importa. En el punto en el que se encuentra, no tiene ninguna relevancia.

Para lo siguiente que tiene programado necesita vaciar su mente, por lo que guarda el teléfono en el bolsillo, intenta acomodarse como puede y deja que sus párpados se cierren. En cuanto lo hace se traslada a la frondosidad de la selva congoleña e imagina que sobre su cabeza se extiende el manto de estrellas que le cobijaba cada noche. Se esfuerza en recordar los sonidos que emitía aquella naturaleza salvaje y los olores, pero ahí abajo solo percibe las

esencias del inframundo en el que le toca vivir.

Se pregunta qué fábula le contaría Arube Mbemba para afrontar los retos que tiene por delante. Ojalá Adro le entregara una gota de su divinidad como hizo con los primeros hombres y él pudiera conseguir una nueva piel.

Comisaría de distrito de Las Delicias

Hasta el momento, la opinión que se ha formado sobre Celso Malpica nada tiene que ver con lo que le habían contado, aunque es cierto que se trata de un perfil muy diferente al de Anchorena, más encapsulado, agrio, hasta el punto de que a Sancho le da la sensación de que se empeña en esconder sus virtudes como si se avergonzara de ellas.

Lo primero que ha hecho cuando han llegado a la comisaría es reunir a su equipo y escuchar. Diría que ha pronunciado menos de veinte palabras durante las más de dos horas que llevan sentados en una pequeña sala, y ninguna de ellas ha sido para menoscabar la labor de su antecesor. Por ahora se han centrado en profundizar en la figura de Marco Antonio Gavilán, y lo más destacable, a la vez que sorprendente, es que las pocas personas de su entorno que han accedido a hablar de él —la mayoría compañeros de la Legión y superiores que lo tuvieron a su cargo— lo han hecho con orgullo y tristeza por cómo la vida le ha pagado su dedicación en cuerpo y alma al Ejército. Para la mayoría de ellos, el Témpano fue y será un mito, con independencia de que se haya convertido en un peligro para la sociedad. Patricio Matesanz ha remarcado la frase de un general de brigada de la Legión que aseguraba considerarlo como un hijo: «Si Gavilán se ha marcado un objetivo, no va a parar hasta lograrlo, así que no pierdan el tiempo tratando de impedírselo, solo manténganse lo más lejos posible de él», a lo que Peteira ha añadido:

—Tócate los cojones, Mari Loles.

Sancho ha estado presente en todo momento, menos cuando ha decidido salir para hablar con Sara y asegurarse de que todo está

bajo control en el hospital. Al pelirrojo le ha dado la impresión de que ella ha tratado de rebajar el nivel de desesperación por el que, con el centro desbordado y el personal hospitalario al borde del suicidio colectivo, les está tocando pasar. Pero Greta está evolucionando bien tras la intervención y Asia ha ganado ciento ochenta y tres gramos desde la última vez que la pesaron.

Con la mente puesta de nuevo en lo que ahora le ocupa, Sancho le da un sorbo a un café que hace bastante tiempo que dejó de ser bebible.

Malpica señala a Inés de Marco.

—Vamos con lo suyo.

—Cristina Mendoza Asenjo, natural de Valladolid, cuarenta y seis años cuando falleció en diciembre de 2021 por una parada cardiorrespiratoria provocada por la ingesta, según dice la autopsia, de fluoxetina, lorazepam y alcohol. Atravesaba un proceso de depresión diagnosticado en marzo del 2017. Hemos conseguido hablar con su hermana, tres amigas, dos compañeros de trabajo y su psicóloga. Hay cosas interesantes.

—Conclusiones, por favor —le pide Malpica, que entrelaza los dedos y apoya la cabeza en los índices sin quitar la mirada de su subordinada.

—Con veinticinco años conoce a Marco Antonio Gavilán, cuando ella se traslada a Almería para hacer prácticas en un estudio de arquitectura cuyo dueño es amigo del padre. Se casan tres años más tarde y ella consigue trabajos muy esporádicos. Con el tiempo, y debido a las continuas ausencias de su marido, la relación se deteriora y ella regresa a Valladolid en junio de 2018. Poco después aprueba un examen que convoca el Ayuntamiento de Valladolid para el puesto de arquitecta municipal. Enseguida empieza a tratarse con una psicóloga, la doctora Meléndez, quien la define como una mujer con muchas capacidades pero emocionalmente inestable, aunque reconoce que nunca atisbó en ella un perfil suicida. Un compañero suyo, Ángel Luis Figueroa, dice que era brillante, pero que no admitía bien la crítica. Atención a esto: en mayo de 2019 le encargan un proyecto para adecuar varias fuentes de la ciudad, pero según dice Figueroa no logró dar con la tecla y pasado un tiempo

congelan el proyecto.

—Pues ya tenemos una pieza que encaja —dice Malpica—. Continúa.

—En realidad dos —le adelanta ella—. Tras apartarla de este proyecto la involucran en otro que consiste en estudiar la viabilidad de la puesta en marcha de una ruta turística que recorra el antiguo cauce del Esgueva. Para ello le facilitan un montón de planos del subsuelo, planos que no se hallaron en el registro de la vivienda. Ni esta misma mañana, cuando he mandado comprobarlo de nuevo, tampoco.

—Ya sabemos cómo logró Gavilán llegar desde donde fuera hasta la estación potabilizadora de las Eras —aporta Sancho.

—Y aquí viene la jugada fea —retoma Inés—. En abril de 2021 la apartan de los proyectos en los que estaba trabajando y poco más tarde retoman el asunto de las fuentes. Pero, oh, sorpresa, utilizan las propuestas de Cristina, de lo cual ella se acaba enterando, según nos dice Figueroa.

—Un clásico —comenta Sancho.

—A partir de ese momento se aísla hasta tal punto que dos de sus amigas tratan de ir a verla a casa, pero ella no les abre. No contesta llamadas, ni mensajes... Nada. Deja de ir a la psicóloga y acude a un psiquiatra que le receta los medicamentos con los que se quitará la vida.

—¿Cómo era su relación con Gavilán antes y después de la separación?

—Hay algo que tengo aquí anotado que nos ha contado Sonia, la hermana. Marco nunca dejó de quererla ni renunció a ella. Aceptó la separación como quien acepta que le quiten una medalla o le degraden. Según ella, pasaron años muy felices, pero Cristina odiaba estar tanto tiempo sola porque se comía mucho la cabeza. Después de su muerte, fue Sonia la que le pidió a Marco que fuera a la casa de Cristina a recoger sus cosas el septiembre pasado, lo cual conecta con lo que le contó al inspector Sancho de la pérdida de su mascota, que se llamaba..., a ver, lo tengo por aquí anotado: Kivu.

—Otra pieza más —comenta Malpica.

—Lo he buscado y es el nombre de un lago importante de la

República Democrática del Congo que da nombre a dos provincias; al perro se lo trajo de allí cuando regresó tras estar desaparecido nueve meses por aquellos lares. Y hasta aquí —finiquita Inés de Marco.

—Gracias. ¿Alguien se atreve a construir un perfil completo sobre Marco Antonio Gavilán? —pregunta Malpica.

Un miembro del equipo con mirada sagaz pero expresión envejecida se aclara la garganta.

—Gavilán es un tipo extremadamente preparado y con unos valores muy marcados que le hacen ganarse el respeto de los suyos. Las continuas intervenciones en conflictos bélicos armados le terminan afectando, y su desaparición es el detonante que le provoca el trastorno de la personalidad esquizoide. Esos valores los sustituye por los dogmas de la religión lugbara, y cuando regresa a su cotidianidad todo ha cambiado para él. Pierde a Cristina, más tarde lo licencian del Ejército y lo apartan de lo que él consideraba su familia. La muerte de Kivu, que era lo último que le quedaba, cuando aún no había pasado el duelo por el suicidio de su mujer, es esa gota que colma un vaso que llevaba con el agua a punto de desbordarse bastante tiempo.

—Se lo compro. ¿Alguien quiere añadir algo más?

—Justicia —dice Sancho—. Lo que cree estar haciendo Gavilán es justicia, lo cual le convierte, aún si cabe, en más peligroso.

—Totalmente de acuerdo —coincide Malpica—. Bien, si les parece vamos a hacer un descanso de quince minutos y regresamos con el plan de acción. Inés, cuando tenga un minuto haga el favor de hacerle llegar toda la documentación a Antón Anchorena por el cauce no oficial y le dice que le llamaré a última hora.

Tan perpleja está la de la CGI que esta vez es ella quien se sobresalta cuando un uniformado golpea la puerta dos veces y, algo azorado, asoma la cabeza por la puerta.

—Disculpen por la interrupción. Inspector Sancho, estamos intentando localizarle, pero tiene el móvil fuera de servicio. Tenemos a Gavilán al teléfono. Quiere hablar con usted.

El pelirrojo hace el ademán de levantarse, pero la presión que nota sobre el antebrazo le detiene.

—Dígale, por favor —se dirige Malpica al agente—, que vuelva a llamar en unos veinte minutos.

El policía no oculta su sorpresa.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

A las 16.20, con los objetivos claros pero sin saber muy bien cómo alcanzarlos, Ramiro Sancho se sienta en una silla de la misma sala en la que atendió la primera llamada del Témpano.

De eso solo han transcurrido cuatro días, pero él tiene la sensación de que han sido cuarenta. Entre ambos momentos, su enemigo ha seguido avanzando en su plan de sumir a Valladolid en el caos y la destrucción, logrando tirar abajo el edificio más alto de la ciudad e intoxicando el agua. Decenas de muertos, centenares de heridos, miles de afectados. Ellos, por su parte, han podido identificarle y radiografiarle, pero les queda rematar la faena, y para ello deben averiguar de forma prioritaria si de verdad se esconde o no en el subsuelo como él y Malpica creen. El otro propósito, menos concreto, más etéreo, es dar la vuelta a las cartas que están sobre la mesa y, de algún modo, arrebatarle el turno: «Aunque no nos toque, tenemos que tirar nosotros primero», le ha dicho Malpica. Por eso ha rechazado la llamada inicial, para incomodarle, y de paso exprimir ese tiempo para trasladarle a Sancho lo que él considera que deben conseguir durante la conversación.

El de la CGI está sentado frente a él, con la escucha en el oído y con un cuaderno en el que le irá escribiendo notas solo si lo ve necesario. Sancho, con la mente en blanco, se aprieta las manos, como si así pudiera eliminar el ligero temblor que se ha apoderado de ellas, pero para su desgracia apenas si dispone de unos segundos antes de que el móvil le diga que acaba de empezar la partida.

—Sí.

—Le paso con él —le comunica una voz.

—Buenas tardes, Adro. O prefiere que le llame Marco, Marco Antonio o Témpano.

—Solo mi círculo más íntimo me llamaba Marco, pero supongo que eso ya lo sabrán, porque les ha dado tiempo de sobra para contactar con muchas personas que me conocían en mi anterior vida.

Malpica anota en su cuaderno «anterior vida» y lo subraya.

—Así que, menos de esa forma, llámeme como prefiera. ¿Le he pillado ocupado antes, inspector?

—Sí, la verdad es que de un tiempo a esta parte andamos todos muy ahogados en el trabajo —confiesa con sorna—. ¿Quiere saber dónde estaba?

—Tengo la impresión de que me lo va a contar de todos modos.

—Estaba en la planta potabilizadora de la calle las Eras.

—Le felicito, inspector, pero no tiene demasiado mérito. Era una o la otra, y esta tenía más probabilidades, ¿verdad?

—Sí, está claro, pero lo meritorio no era saber cuál, sino el cómo. Qué bien le han venido esos planos del subsuelo que le entregaron a Cristina, ¿verdad?

Silencio.

—¿Lo ha averiguado usted?

Malpica afirma con la cabeza.

—Sí.

—Vaya, está claro que no me equivoqué al elegirle. Muy bien —continúa en un tono más severo—, ahora lo que quiero que me diga es cómo avanzan las negociaciones de mis demandas.

—¿Qué tal se vive ahí abajo? Sabemos que sabe moverse bien en esos ambientes, pero otra cosa muy diferente es pasar noche y día metido entre tanta inmundicia.

—Responda a mi pregunta.

Malpica niega y le hace un gesto con la mano para que le insista en lo anterior.

—Cucarachas, ratas, aire viciado, oscuridad... No sé cómo puede aguantar ahí.

—Si no responde a mi pregunta me obligará a colgar y a dar el siguiente paso, inspector, y le aseguro que no le conviene forzarme a ello.

—Pero ¿de verdad cree que vamos a lograr algún avance si desde que nos comunicó sus peticiones no nos ha dado tregua? El Duque de Lerma, el agua de toda la ciudad...

—De ustedes depende.

—No, no..., en absoluto. Depende solo de usted, así ha sido desde

el principio. ¿Sabe lo que opino de todo esto?

—Le escucho.

—Que sus peticiones no son más que una excusa para distraernos y continuar con su sangriento plan. No digo que sea mentira que perdiera a Kivu y que considere que la ciudad tiene que pagar por haberle arrebatado lo que más quería, pero se equivoca si piensa que está haciendo justicia.

—El concepto de justicia es muy ambiguo, inspector. Para la mayoría se limita a lo punitivo, a hacer pagar con la libertad a quienes contravengan las normas establecidas. Sin embargo, para algunos pocos está vinculado con el restablecimiento de un orden que se ha roto, como es el caso. Y el dolor causado, inspector, solo puede ser compensado armónicamente del mismo modo: con el mismo dolor —concluye.

—¿El mismo dolor? ¿Es el mismo dolor el que sufre una persona por la pérdida de sus seres queridos que el de toda una ciudad? ¡¿Qué hay de armónico en igualar la muerte de una persona con la de varias decenas?!

Celso Malpica le hace un gesto para que intente recuperar la calma inicial.

—Yo no he dicho que tenga que ser proporcional ni equilibrado. Lo que es armónico y lo que no lo deciden quienes están capacitados para ello.

—La justicia, la verdadera justicia —recalca Sancho algo más calmado—, se encarga de encontrar al responsable de un delito y, de forma proporcionada, hacerle pagar por ello.

—Eso ya lo he hecho. Al máximo responsable de que Cristina cayera en un pozo del que no pudo salir se le está apagando la vida. Lo que pasa es que a ese hombre lo pusieron ahí la mayoría de los vallisoletanos con su voto. Y no una vez, sino varias veces, por lo que ellos también son cómplices.

—¿Cree que Omar Fuentes es el responsable de que Cristina decidiera quitarse la vida?

—Lo es. Fue quien tomó la decisión de robarle su proyecto y eso la mató.

—¿Y no tiene nada que ver que la relación que Cristina creía para

toda la vida se deteriorara hasta el punto de decidir separarse y poner distancia?

—También, pero mi momento de pagar por ello llegará más adelante, cuando haya restituido la armonía.

—¿Y quién le ha otorgado a usted la obligación de restituirla?

—Eso no se lo puedo decir, tendría que mentirle.

—No sería nada nuevo, ya me ha mentido una vez.

Silencio.

—Puede que no le haya dicho toda la verdad, que es muy diferente a mentir.

—No. Me mintió cuando le pregunté por qué me había elegido a mí para ser su interlocutor y me dijo que porque buscaba a alguien a su altura.

—Eso es cierto y lo sigo pensando.

—Me dijo que se había informado sobre mí, pero se le olvidó mencionar que me conocía.

Malpica levanta el dedo pulgar.

—No le dije toda la verdad, pero no le mentí. Me informé acerca de usted el mismo día que salí del interrogatorio al que me sometió como sospechoso de la muerte de mi mujer.

—No sospechaba de usted, pero mi obligación era cerciorarme.

—Así lo entendí, y por ello no le guardo ningún rencor. De otra manera, no estaría hablando con usted.

—¿Y qué es lo que realmente pretende con estas charlas?

En ese momento, Inés entra en la sala y le entrega un papel a su superior. Este lo lee y desvía la mirada pensativo. Luego modifica el semblante y libera un suspiro de pura desesperación.

—Tengo la esperanza de que termine entendiendo el porqué de mis actos, aunque no lo comparta. Eso para mí es indiferente.

Sancho trata de no distraerse.

—Mucho me temo que eso no va a pasar.

—No digo que vaya a ocurrir ahora. Puede que sea cuando llegue la traca final y todo haya terminado.

Malpica le hace el gesto de las tijeras para que, tal y como habían acordado, sea él quien termine la conversación. Sancho frunce el ceño tratando de entender por qué tanta prisa.

El otro insiste.

—Inspector, ¿sigue ahí?

—Sí, pero si usted no está por la labor de detener esta locura, yo no pienso ser su mono de feria para alimentarla día tras día. Hemos terminado por hoy —le suelta antes de colgar.

Sancho le pide explicaciones sin necesidad de articular palabra. El de la CGI le desliza el papel que le ha entregado Inés, en el que se puede leer: «Omar Fuentes acaba de fallecer en el hospital».

—Que siga la fiesta —cierra Malpica.

Adroa y Adro

Sede de la Delegación del Gobierno
Viernes, 9 de diciembre de 2022, a las 10.08

Dos días para la traca final

Transcurridas cuarenta y ocho horas desde que se hizo pública la intoxicación del agua corriente en Valladolid, la realidad ha evolucionado de manera muy diferente en los muchos frentes que siguen abiertos.

Lo social es, sin duda, lo que presenta peor pronóstico. Se contabilizan ya seis muertes violentas como consecuencia de los enfrentamientos que se han producido entre los ciudadanos a raíz de la escasez de agua potable y, sobre todo, de la deficiente distribución del agua embotellada. El personal militar y los miembros de la policía y de la Guardia Civil repartidos por la ciudad son insuficientes e incapaces de controlar el reparto equitativo en los puntos de recogida fijados en cada uno de los barrios. Aunque no de forma oficial, se sabe que se han establecido redes organizadas que han logrado acaparar cientos de garrafas, e incluso se ha denunciado el asalto a un camión de reparto de agua encargado de abastecer al barrio de La Rubia.

Se han producido cientos de detenciones, la mayor parte por saltarse el toque de queda, y la cantidad de incidentes acontecidos durante las dos noches precedentes, más los innumerables actos de vandalismo perpetrados por grupos de civiles, superan las previsiones más catastróficas. A pesar del continuo llamamiento a la calma por parte de las autoridades, el clima de tensión no parece que vaya a disminuir, y, dadas las circunstancias, en Madrid no se descarta declarar el estado de sitio en la ciudad si no se pone fin a la

violencia.

En el ámbito hospitalario, la saturación sigue siendo la tónica general, a pesar de que se ha habilitado el recinto de la Feria de Muestras para atender a los afectados con pronóstico leve. Al personal sanitario se han unido cientos de voluntarios desplazados desde otras provincias, y la buena noticia es que los nuevos casos de intoxicación han disminuido de manera radical. Así y todo, la última cifra de fallecidos que ha proporcionado la Consejería de Sanidad asciende a cuarenta y cuatro, de los cuales casi el setenta por ciento son personas de edad avanzada o con afecciones gastrointestinales previas. Hay cinco menores muertos, dos de ellos de menos de tres años. Una previsión realista que se baraja internamente en el Ministerio de Sanidad apunta a que se superarán las cien víctimas mortales, lo cual, sumado a las ocasionadas por las explosiones —que ascienden a treinta y dos— y al reciente y trágico fallecimiento del alcalde, deja muy tocada la imagen del país internacionalmente.

En el CECOP ha aumentado la fractura entre los que abogan por implementar medidas más estrictas para mantener el control y los que defienden políticas de actuación más moderadas. En lo que sí ha existido una postura unánime ha sido en transmitir su pesar por el fallecimiento de Omar Fuentes, quien, de forma póstuma, se ha convertido durante horas en *trending topic* mundial gracias a un vídeo que publicó en sus redes sociales minutos antes de sucumbir a los efectos del americio-241. Lo que no deja de sorprender a los sociólogos es el crecimiento radical que han experimentado los mensajes de apoyo a Marco Antonio Gavilán animándole a que siga resistiendo ante el poder opresor del sistema.

Por su parte, Ramiro Sancho se siente cada vez más cómodo navegando en medio de la tempestad. Ha dormido seis horas del tirón gracias a que Sara le ha prohibido quedarse en el hospital por la noche. El argumento que ha esgrimido es irrebatible: tiene que estar descansado para afrontar lo que se le viene encima. Hasta cierto punto, Sancho la envidia por la entereza que ha demostrado tener a pesar de estar atravesando un momento anímico complicado. Comparte toda la información del caso con ella, quien

coincide con el pelirrojo en el diagnóstico general: su rival tiene más piezas que ellos sobre el tablero y conoce mejor las reglas del juego porque las dicta él. Por tanto, y en la conclusión también están de acuerdo, si no hacen algún movimiento que él no tenga previsto, se llevará la partida.

El problema es que nadie sabe qué pieza mover ni hacia dónde.

Por suerte y contra todo pronóstico por lo que le habían contado de él, trabajar con Celso Malpica está resultando mucho más sencillo de lo que había pensado. Por encima de su aspecto trasnochado y su desprecio hacia la superioridad, el hombre ha demostrado ser un excelente capitán que maneja a su tripulación con respeto a pesar del nivel de exigencia que ha impuesto durante la travesía. Malpica mantiene contacto directo y continuo con Antón Anchorena, y gracias a su reptiliano poder de convicción ha conseguido persuadir al CECOP de la inmediata necesidad de poner en marcha la que han denominado operación Jaula Subterránea. La sencillez a la hora de bautizar a la criatura contrasta con la complejidad que implica llevarla a cabo. El objetivo no es otro que localizar, aislar y neutralizar a Gavilán en la red del subsuelo de Valladolid. Pero, además, hacerlo cuanto antes, dado que se teme una nueva acción por su parte.

Con este propósito se han reunido en la sede de la Delegación del Gobierno las ocho personas que Celso Malpica ha decidido que formen parte del centro de mando después de que Pablo Jimeno —en calidad de secretario de Estado de Seguridad— haya resuelto ponerle al frente del operativo. Entre todos ellos destaca el capitán Alejandro Torres, uno de los creadores del programa PICAS, en el que participó en su día de forma destacada el hombre al que ahora tienen que atrapar.

«Lo recuerdo a la perfección: quirúrgico, entusiasta sin necesidad de exteriorizarlo y con una capacidad innata para adaptarse a un medio tan complicado», lo ha definido Torres.

Predominan las camisas claras y las ojeras oscuras. Huele a hormonas torturadas por el estrés, a bollería endurecida y a café imbebible de máquina. Con apariencia de no haber dormido las tres últimas vidas, Celso Malpica da paso a Nacho Llanes para que se

encargue de explicar —sobre un indescifrable plano del subsuelo de Valladolid proyectado en una pantalla— cómo se van a desarrollar las distintas fases de la operación.

—Veamos. El problema principal al que nos enfrentamos es que existen más de cuatrocientas arquetas de acceso a la red subterránea y que hay más de ciento cincuenta kilómetros transitables a pie sin contar túneles y galerías. Por ello, no nos queda otra que decantarnos por las que tienen acceso a los colectores principales. A las veintidós horas, coincidiendo con el inicio del toque de queda, procederemos al sellado de estas ochenta y dos que hemos seleccionado. Con el resto lo único que podemos hacer es vigilarlas con personal militar.

Al teniente coronel Álvarez de la Vega se le escapa un bostezo.

—Al mismo tiempo se intensificarán los controles de carreteras por parte de la Guardia Civil y del tránsito viario urbano a cargo de la Policía Nacional y Municipal. La Brigada Logística del Ejército de Tierra se encargará de asegurar los aprovisionamientos y las comunicaciones entre los equipos de intervención y el centro de mando. Aproximadamente una hora más tarde dará comienzo la fase uno con la entrada simultánea a la red subterránea de los cuatro equipos primarios. Los puntos de...

—Disculpe, Nacho —interviene Marcos Domingo, jefe del GEO—. ¿Cómo estarán conformados cada uno de los equipos primarios? —le pregunta a Malpica.

—Todavía no habíamos llegado a esa parte —responde este—, pero aprovecho. Cada equipo estará conformado por ocho unidades. Dos policías de subsuelo, para lo cual contamos con el apoyo de una Unidad de Subsuelo de Madrid, tres miembros del GEO, dos zapadores experimentados del Ejército de Tierra y un tédax, por si nos encontramos con alguna sorpresa. Todos equipados como corresponde, y radios de alta ganancia con transmisión UHF para los jefes de equipo. Los hemos nominado con colores: verde, rojo, amarillo y azul, igual que sus rutas, como pueden ver en el plano.

—Entendido, gracias.

—Decía que los puntos de acceso a los colectores principales son estos cuatro que están marcados en negro —prosigue Llanes—. La

idea es avanzar despacio desde la periferia hacia el centro e ir asegurando los ramales secundarios, túneles de servicio, depósitos y otros espacios señalados en el plano en los que pensamos que el sospechoso podría haberse establecido.

Todas las miradas convergen en el plano, a pesar de que solo el de la Unidad de Subsuelo y el capitán Torres saben interpretarlo.

—La fase dos consiste en consolidar las posiciones aseguradas, que llamaremos estaciones, para lo cual accederán en binomios los miembros de los equipos de apoyo pertenecientes al Ejército, que han completado el programa PICAS. Y así iremos cubriendo todos los puntos de interés identificados en el mapa hasta que se produzca el contacto —simplifica Llanes—. No sé si me he explicado bien, que esto de hablar nunca ha sido lo mío.

—A la perfección —confirma Malpica—. Solo aclarar que si se produce el contacto con el sospechoso, el equipo implicado debe mantener la posición y comunicarlo de inmediato al centro de mando. No sabemos si va o no armado, pero la orden es acorralarlo y neutralizarlo, no eliminarlo. A las ocho horas del día 10 debe concluir la operación, sea cual sea el resultado —enfatiza—, para evitar que se genere más tensión social. Dudas, comentarios, observaciones.

—¿A qué edificios emblemáticos o públicos podría acceder desde el subsuelo? —pregunta el teniente coronel Álvarez de la Vega.

Nacho Llanes se rasca la barbilla.

—Directamente, solo al Centro Cultural San Agustín, pero esa arqueta la vamos a sellar.

—Bueno, un alivio —comenta el militar.

—Hasta cierto punto —corrige el de subsuelo—, porque de forma indirecta podría acceder a casi todos.

—Explíquese, por favor.

—Claro —confirma Llanes—. Con una buena lanza térmica, como nos hicieron en el Museo Nacional de Escultura, ¿verdad, Sancho?

El pelirrojo tuerce la boca.

—Hay que asumir que hasta que no lo detengamos seremos muy vulnerables —interviene Malpica—. Por eso es vital que esta noche tengamos éxito.

—¿Por qué están tan seguros de que lo encontraremos ahí abajo? —quiere saber Pablo Jimeno, secretario de Estado de Seguridad.

—El inspector Sancho se lo explica —responde Malpica.

—No tenemos la certeza, eso que quede claro, pero en la última conversación telefónica con él, y después de analizar la grabación, a todo el equipo nos pareció que quería eludir el tema a pesar de que yo insistía. Ya sabemos que en el subsuelo se mueve como pez en el agua, está formado para ello y tiene experiencia en combate subterráneo, y ahora que su cara está en todos los medios, no creo que se arriesgue a que alguien lo reconozca.

—Podría ocultarse en cualquier piso franco.

—Podría —responde Sancho con indiferencia—, pero no hay ningún arrendamiento ni propiedad a su nombre, lo hemos comprobado. Y aunque lo hubiera hecho con documentación falsa, correría el riesgo de que le hubiera visto entrar o salir alguien, o la persona a la que se lo alquiló lo reconociera... Un tipo como él minimiza al máximo las probabilidades de errar por intervención de terceros.

—Y no lo olviden —interviene de nuevo Malpica—: tampoco tenemos más vías abiertas.

El resto de las observaciones las resuelven en poco más de una hora, por lo que concluyen la reunión encomendándose a santos benefactores que no existen. Cuando todos se han marchado, Celso Malpica consulta su reloj —un Casio de los años ochenta—, como si quisiera asegurarse de que sigue funcionando.

—Ahora tengo que reportar con las altas estancias y luego he quedado en hablar con Anchorena.

—Dele recuerdos.

—De su parte. Por cierto, creo que hemos cruzado esa línea invisible que separa el usted del tú, así que si está de acuerdo...

—Lo estoy.

—Dispones de un par de horas, ¿por qué no las usas en condiciones?

Sancho le ofrece la mano.

—Eso tenía pensado hacer. Y te voy a pedir que, por si acaso nos sonríe la suerte y lo trincamos esta noche... En fin, que me gustaría

estar ahí abajo.

Malpica se alivia un picor que le acaba de nacer en el brazo mientras le aguanta la mirada.

—Cuenta con ello, pero entrarás en la fase dos e irás acompañado. No es negociable.

—Me sirve. Gracias.

En algún lugar del subsuelo de Valladolid

Su intuición no suele fallarle, y un susurro que oye en la cabeza le está diciendo que va a suceder algo importante. Se lo escuchó decir a Arube Mbemba: «Cuando el bosque calla, las serpientes bailan», y la voz de la sabiduría popular rara vez se equivoca.

Hay demasiada calma.

Y no es tranquilizadora, sino de esas que preceden a las tempestades. Lo único que se mueve ahí abajo es la colonia de ratas que anidan a unos trescientos metros de su madriguera y que, de momento, se mantienen alejadas de ese otro depredador de gran tamaño que se ha establecido cerca de ellas. La única gran molestia es que cada vez que tiene que alimentarse debe alejarse bastante, porque si huelen la comida le perderán el respeto en un abrir y cerrar de ojos. La frontera la establece el halo de luz que proyectan las dos lámparas LED que tiene conectadas a las baterías, pero las oye moverse en la oscuridad que las cobija y, aunque no son las vecinas ideales para la convivencia, hasta cierto punto le hacen sentirse acompañado.

La jornada de ayer la ocupó en recorrer una y mil veces el itinerario que tiene que seguir justo antes de que empiece el toque de queda, y en la última, sin ayuda del plano, consiguió completarlo en once minutos y nueve segundos. No obstante, sabe que la clave no está en el cronómetro, sino en no equivocarse, porque cualquier mínimo error podría provocar que todo desembocara en un estrepitoso fracaso.

Sentado sobre la esterilla, busca y encuentra en su mochila la mejor forma de matar el tiempo: el diario de Cristina. Tiene decidido

el pasaje que va a volver a leer, y es uno de los más dolorosos.

Además, él recuerda ese día a la perfección porque fue la penúltima vez que la vio.

Valladolid, 3 de mayo de 2020

Querido diario:

Vaya puente de mierda que me han dado entre todos. Pero, como dice mi psicóloga, es mejor asumir que es culpa de uno si no quieres volver a repetir los mismos errores.

Y yo he cometido muchos.

El primero fue decirles que sí a Carlos y a Mamen. Para que lo entiendas, son unos vecinos con los que mantuvimos una muy buena relación durante los años que viví en Almería. En realidad, eran los únicos con los que nos llevábamos bien, porque Marco no tragaba a nadie, ni había nadie que lo tragara a él, claro. Tenían una situación parecida a la nuestra, Carlos también era militar (aunque no pasaba tanto tiempo fuera como Marco) y Mamen trabajaba solo por las mañanas. Así que ella y yo pasábamos mucho tiempo haciéndonos compañía y encajamos muy bien. Tampoco tenían niños, por lo que los fines de semana hacíamos muchos planes juntos. Desde que yo me marché de allí había perdido algo el contacto con ellos, y cuando Mamen me llamó para que fuera no me pareció mala idea.

El caso es que durante la cena Carlos me soltó la bomba: «A Marco lo han licenciado del Ejército hace tres meses». ¡Boooom! Tenía que pasar. Que no andaba bien de la cabeza y se dieron cuenta. ¡No te fastidia! Marco era así de serie, pero cuando regresó del maldito Congo estaba hecho trizas. ¿Y qué hicieron? Nada, esperar a ver si se arreglaba solo y que lo aguante su mujer, que para eso está. Pues no. Y mira que lo intenté.

—Lo intentaste, sí, pero yo no quería arreglarme.

Bueno, que me lío. Entonces me di cuenta de que me habían hecho ir para ver si yo podía hacer algo por él. Que lo notaban

muy raro (más de lo normal) y que lo único que hacía era pasar tiempo con Kivu. ¡Me lo contaban como si no lo hubiera sufrido yo los cinco años que aguanté con él hasta que no pude más y me vine a Valladolid, no te digo! ¡Si me hubiera dado a mí una centésima parte de las caricias que le regalaba a su perra, igual hubiera aguantado otros cinco!

Lo que querían era que al día siguiente me viera con él y charláramos un rato. Al principio dije que ni de coña, pero estuvieron dándome la matraca hasta las tantas de la madrugada y después de varias copas les tuve que decir que sí.

Segundo error.

Mamen me acercó a la playa y allí estaba Marco, cómo no, paseando con Kivu. Hacía más de un año que no lo veía y me dio un vuelco el corazón. Era como si hubiera envejecido de repente. El pelo cano, la barba descuidada (lo cual era impensable antaño) y mucho más delgado. Me dio el abrazo más frío que he sentido jamás y le noté algo extraño en la mirada. Como apagada, ausente.

—Cris: estaba tan avergonzado de mí mismo que no me atrevía a mirarte a la cara.

Costaba sacarle las palabras y yo, la verdad, tampoco es que tuviera nada que contarle. En ningún momento reconoció que estuviera tan hecho polvo. Solo decía que estaba pasando una mala racha y ya. Yo que pensaba que todo aquello era porque Marco me iba a proponer que le diera una segunda oportunidad... Qué ilusa. No sé si lo hubiera hecho, ojo, que yo no tenía esa opción en la cabeza, pero es que ni siquiera me dijo que me echara de menos. Y yo solo quería escuchar eso, que me echaba de menos, al menos, tanto como yo. Pero no. Nada. ¡¿Te parece normal, querido diario?! ¡Anda y que te den, Marco!

—Lo siento mucho —musita.

Así que nada. Después de dos horas paseando como dos

auténticos desconocidos nos despedimos y ya. Encima, cuando se lo conté a estos, Carlos tuvo el valor de decirme que podría habérselo propuesto yo. Pero ¿los tíos son idiotas profundos o qué les pasa? El resto del fin de semana estuve tan ida, tan descompuesta y tan harta de todo que contaba las horas para que me llevaran a la estación y dejar atrás todo aquello.

Otra vez.

Y aquí estoy, de nuevo en casa, sola, encantada de la vida con mis planos del subsuelo, tratando de acondicionar lo inacondicionable para que el mermado de Gustavo Cuadrado no me aburra, que ya me ha dado un aviso: «Ponte las pilas, Cris, que tu nómina no se paga sola». ¿Cris? Pero ¿quién demonios se cree para llamarme Cris? Ojalá algún día ese gordo asqueroso reventara por dentro. Tragaldabas.

A la mierda el que lo lea.

A la mierda Gustavo Cuadrado.

Pero, hoy más que nunca, a la mierda tú, Marco.

—Aquel día ya estaba en la mierda, cariño. Ahora les toca a otros.

Hospital Campo Grande

—¿Te duele? —le pregunta Sara refiriéndose a la cicatriz de la cabeza.

—Me molesta más el costado, pero estoy mejor.

Sancho la besa en la boca. Antes la ha puesto al día, sin ahorrar detalles, de las últimas novedades del caso, información que ella ha escuchado con atención y, como acostumbra, sin interrupciones.

—Y de la mujer de Copito, ¿qué se sabe?

—Sigue ingresada con pronóstico reservado. No he podido hablar con él, pero sé que el hombre anda jodido.

—Lógico. Hace un rato me ha llamado mi padre. He estado a punto de colgarle el teléfono varias veces, porque mira que está pesado con que pida el traslado hospitalario a otra provincia.

—Bueno, es normal. Desde la distancia los problemas tienden a

verse más grandes. Y este que nos afecta lo es, así que...

—Pues nada, le pido que vuelva otra vez y listo.

—Tampoco te pases. Por cierto —dice cambiando de tercio el pelirrojo—, de camino me he dado cuenta de que no te he preguntado si has vuelto a tener noticias de Asuntos Internos.

—No, ni falta que hace. Supongo que la inspectora jefe Nieto se estará afilando las uñas, pero eso ahora mismo me importa muy poco, la verdad. Me preocupan otras cosas, cosas como esa.

Sara desvía la mirada hacia la mesilla donde reposan los informes que le ha facilitado Sancho.

—Después de zamparme todo ese tocho me ha dado por pensar algo: tú dices que Gavilán está haciendo todo esto porque tiene sed de justicia, pero al mismo tiempo sabemos que no anda muy bien de la cabeza, tal y como apunta el diagnóstico psicológico. Sin embargo, está claro que ha trazado un plan muy meticuloso, con un principio y un desarrollo cargado de simbolismo: los fuegos artificiales como causa de la muerte de su perro, el alcalde como causa de la muerte de su mujer, el excompañero que le delató y Valladolid entera como responsable de todos sus males.

—Te sigo.

—El final.

—El final qué.

—Habría que ponerse en su lugar y pensar en el final que ha diseñado para que el mundo entienda sus porqués. Gavilán no parece de esos que improvise finales, sino más bien de los que los tienen muy ensayados.

El pelirrojo se acaricia la barba.

—Pues tiene mucho sentido.

—Lo digo porque no creo que el final que él ha pensado tenga mucho que ver con dejarse atrapar en una jaula.

—Ya, joder, ya, pero es que no contamos con que intuya que esta noche vamos a bajar a por él.

—¿Y si es precisamente lo que ha pensado como su final —remarca— y os tiene preparada una trampa del copón bendito en la que se lleve por delante a todos los que estéis ahí abajo?

—En los equipos hay tédax expertos en la detección de posibles

artefactos.

—Sí, eso ya me lo has dicho, pero mira lo que pasó en el Duque de Lerma.

—Algún riesgo hay que asumir, Sara, ya lo sabes.

—Sí, pero...

—Dilo.

—Ya sabes lo que quiero decir, no me hagas verbalizarlo.

—Tengo que bajar, pero te prometo que me mantendré a salvo en todo momento.

—Más te vale, porque como me toque criar a estas dos bicharracas yo sola te voy a estar maldiciendo hasta el fin de mis días.

—Lo tendré muy presente, no querría estar removiéndome en mi tumba hasta entonces.

—Eso quería yo escuchar.

Sancho se levanta para estirar las piernas.

—Le estoy dando vueltas a lo que has dicho del final y del simbolismo. Encaja bastante en su forma de proceder, pero no consigo meterme tanto en su cabeza como para saber qué tiene pensado.

—Bueno, quizá se te encienda la bombilla en el momento menos esperado. Pero en ese instante lo único que te tiene que preocupar es cumplir con tu palabra, por la cuenta que te trae.

—A mí y a ellas, porque no quiero ni pensar la adolescencia que les espera con una bicharraca de madre como tú...

Sara fuerza un gesto de indignación y lo apunta con el dedo.

—Márchate ahora mismo, a ver si con un poco de suerte te vuelan tus pelirrojas pelotas...

Sancho, al que le encanta que Sara le hable de ese modo, se acerca para darle un último beso.

—Si así fuera, ordenaré que te las guarden en una bonita urna —se despide.

Calle Juan de Juni

Faltan once minutos para que empiece el toque de queda cuando regresa a casa malhumorado y con evidentes signos de agotamiento. Igual que ayer, anteayer y todas las noches precedentes desde que ese desalmado decidió poner Valladolid en el punto de mira. Podría decirse que vive por inercia.

Para colmo de males, con el toque de queda ya no puede cenar en el Mesón Julio como acostumbra a hacer desde hace más tiempo del que puede recordar. Y ahora no le queda otro remedio que ver qué tiene en el frigorífico y prepararse algo, porque cocinar, lo que se dice cocinar, no ha cocinado en su vida.

Ni falta que le ha hecho.

En el ayuntamiento sigue reinando el descontrol absoluto. Desde que ingresaron a Fuentes no ha habido un solo día en el que haya podido desarrollar sus funciones, pero lo que más le desgasta es tener que tomar decisiones para las que no está capacitado. Por lo menos él lo reconoce, no como el resto de los concejales, que piensan que han sido tocados por la mano de Dios y juegan a ser los arcángeles de sus conciudadanos. Malditos estúpidos engreídos. Él, sin embargo, lo único que quiere es que todo vuelva a la normalidad, aunque el hecho de haber perdido a Fuentes, su máximo valedor, impide que nada vuelva a ser *normal*. Si hace balance, lo único bueno que le ha sucedido en las últimas semanas ha sido enterarse de la hospitalización de su exmujer. Todavía recuerda las discusiones que tenía con ella por su empeño en consumir agua embotellada. Lo gracioso no es que ella se opusiera por cuestiones económicas ni de logística, sino porque le molestaba el espacio que ocupaban las garrafas en la galería de la cocina.

Pues toma agua, Mari Carmen.

Al introducir la llave en el bombín piensa que igual con un par de lonchas de jamón serrano, un huevo cocido y una lata de bonito lo arregla, pero en cuanto pone un pie en la casa percibe un olor rancio que le borra de golpe las ganas de comer.

—Pero i¿qué mierda...?!

Un fuerte golpe en el parietal le impide terminar la frase.

Cuando despierta nota un pinchazo en la parte posterior de la cabeza y algo que le molesta en el lado opuesto de la columna

vertebral, justo donde termina. Sin embargo, de inmediato su instinto de supervivencia se hace cargo de la situación, elimina esas variables y le obliga a centrarse. A pesar de que todavía ve algo borroso no tarda en reconocer el entorno. Está en su cocina, sentado en una silla, maniatado y con los pies inmovilizados. Tiene algo metido en la boca, un trapo o similar, sujeto con una cinta adhesiva que le tira de la piel de los carrillos. Está claro que alguien ha entrado en su casa y quiere robarle, pero al no ver a nadie a izquierda y derecha trata de liberarse.

—Puede intentarlo cuanto quiera —oye a su espalda—, pero es imposible que lo consiga, créame, señor concejal.

Tras superar el sobresalto, Gustavo Cuadrado se retuerce en la silla y balbucea algo que termina absorbido por el trapo que rellena su cavidad bucal. Un hombre vestido de negro que despide un fuerte olor a amoniaco mezclado con otras fragancias inmundas se coloca frente a él.

—Voy a ser muy rápido. Mi nombre es Marco Antonio Gavilán, por lo que ya sabe quién soy y qué le va a suceder. Lo que no imagina aún es por qué. Su jefe, el alcalde, dejó este mundo sin saberlo, pero usted va a correr otra suerte. Recuerda a Cristina Mendoza Asenjo, ¿verdad?

Un carrusel de imágenes se proyecta a través de los ojos del concejal, destellos que le sirven de confirmación.

—Usted la llamaba Cris y ella lo detestaba, ¿sabe por qué?

Cuadrado niega con la cabeza.

—Porque así solo la llamaba yo, jodido payaso. Solo yo.

El otro abre mucho los ojos, como si quisiera disculparse con la mirada.

—Entre los dos la arrastraron a un lugar del que nunca pudo salir, y ambos fueron en parte culpables de que decidiera quitarse la vida.

El concejal vuelve a agitarse sin lograr ningún resultado.

—Primero lo de las fuentes, luego el proyecto de iluminación de la torre de la catedral, después lo del subsuelo y finalmente la apartan a un rincón para que no moleste. Y en medio un trato indigno que Cris no estaba preparada para aguantar. Y como ella ya no está para restablecer el equilibrio y usted no piensa hacerlo, me toca intervenir

a mí.

Los lagrimales de Cuadrado comienzan a funcionar a pleno rendimiento.

—Mire esta foto con atención, se la he hecho cuando estaba inconsciente. No sé si lo reconoce, pero es su asqueroso culo. ¿Y ve estos cables? Bien, pues por un lado están conectados a un supositorio de veinte gramos de PG3 que le he introducido dentro del recto en un preservativo y por el otro a este aparatito que llamamos detonador —señala en la imagen.

Gustavo Cuadrado, entregado a su destino, aprieta los párpados, y dos lagrimones hacen acto de presencia. Le encantaría poder pedir perdón, pero no sabe a quién.

—A diferencia de su querido alcalde, usted morirá en el acto, por lo que, no se preocupe, no va a sufrir como usted hizo sufrir a Cris.

Cuadrado tiembla al tiempo que niega con la cabeza.

—En el río que lleva a la otra vida, los corazones puros se mantienen a flote, los impuros se hunden. Veremos dónde acaba el suyo. Ella así lo quería. Adiós, concejal.

Gavilán sale de la cocina con el pulsador en la mano. Sabe que la explosión no va a ser gran cosa, pero lo último que quiere es verse salpicado por la lluvia de restos orgánicos que va a producirse.

En los nueve segundos que tarda en sentir un pequeño chasquido en el interior de su recto, a Gustavo Cuadrado apenas le da tiempo a asumir que va a morir por no haber tratado del todo bien a aquella mujer con la que nunca llegó a encajar, como le ha ocurrido con el resto de las mujeres con las que ha mantenido algún tipo de relación.

La acústica le confirma a Gavilán que Cuadrado no es más que un montón de carne esparcida por la cocina. Antes de salir y regresar al subsuelo, comprueba que no hay nadie en el descansillo y abandona la casa.

En la calle no se ve ni un alma, circunstancia favorable que aprovecha para llegar hasta la arqueta de la calle Curtidores, por la que tiene que descender al inframundo en el que vive condenado. Sin embargo, el riesgo de que lo identifiquen por saltarse el toque de queda le obliga a estar muy alerta, así que camina pegado a los

portales de la acera de la derecha. Al llegar a la esquina, unos destellos azules que provienen de la plaza de Tenerías captan su atención. Oculto tras unos contenedores, contempla cómo varios hombres armados y ataviados con trajes adaptados al subsuelo acceden a *su mundo*.

Entonces lo comprende.

—Mierda. Joder —murmura.

En algún lugar del subsuelo de Valladolid

Abre la marcha Felipe Gámez, policía de la Unidad de Subsuelo de Madrid. Un compañero suyo cierra el equipo amarillo. Detrás de él, tres miembros del GEO, dos militares y un tédax. Por ahora, sin novedad. El silencio solo se rompe por el chapoteo irregular de las botas y el zumbido constante de los equipos de transmisión. Gámez tiene la impresión, vaga, incómoda, de que el aire está más cargado que unos metros atrás, como si el colector se estrechara con cada metro que avanzan.

Han alcanzado tres de las ocho estaciones que tiene marcadas en su ruta hasta el destino que han fijado, en la iglesia de San Benito. El resto de los equipos tampoco han reportado ningún contacto y, por el momento, la única dificultad que se han encontrado está relacionada con la adaptación al medio de quienes no están acostumbrados como ellos. A su espalda, los jadeos que escucha son cada vez más cortos y entrecortados, síntoma evidente de que el cansancio está empezando a causar efecto. También él nota cargados los gemelos por el hecho de caminar encorvado sobre los talones, y ya ha tenido que acuclillarse varias veces para aliviar la tensión acumulada en las cervicales.

—Equipo verde alcanzando la cuarta estación de su ruta —oye por el equipo de transmisión—. Esperamos órdenes.

—Esperen a que el binomio cuatro del equipo verde asegure ese punto y continúen —escucha decir a Malpica.

—Entendido.

Calcula que a ellos les quedan unos ciento veinte metros hasta el

siguiente, cuya equivalencia en tiempo no debería superar los cinco minutos. Más que el olor, le molesta el sudor que le gotea por la frente y que no piensa enjugarse con los guantes cubiertos de inmundicia.

—Gámez, ahí atrás tenemos un problema —le hace saber uno de los miembros del GEO, cuyo nombre no es capaz de recordar.

—¿Qué pasa?

—Uno de los zapadores parece que no puede seguir —le informa.

—Echaos a un lado.

Al llegar hasta donde está el militar comprueba que sufre los mismos síntomas que ha visto tantas veces: dificultad para respirar, fatiga y desorientación. Gámez no duda.

—No puede seguir. Usted —le dice a su compañero del Ejército—, acompáñelo hasta el anterior punto asegurado y que lo evacúen. Después reúnase de nuevo con el equipo en el siguiente, que está al final de este colector.

—Entendido.

Felipe Gámez permanece unos instantes para comprobar que pueden retroceder antes de regresar a su puesto.

—Sigamos.

Centro de mando de la operación Jaula Subterránea

—El jefe del equipo amarillo informa de que uno de sus miembros tiene que ser evacuado en el punto tres de su ruta —informa Inés de Marco a Celso Malpica.

Este la mira como si le hubiera mencionado un cambio en el parte meteorológico.

—Otro más.

Son ya cinco los integrantes de los equipos primarios que han dejado sus respectivas formaciones, y aún no han completado la mitad de las rutas establecidas. Sin ser un contratiempo demasiado relevante, maldice por dentro no haber previsto esta contingencia, dado que no cuentan con efectivos suficientes para suplir esas bajas.

A su lado, Ramiro Sancho le hace una solicitud formal con la

mirada que él entiende a la primera.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Ya he estado ahí abajo y...

—Que sí, que esa película ya me la sé.

Malpica resopla.

—Ya me advirtió Anchorena que eras más terco que una mula. Ve a que te equipen y que te trasladen a... ¿a cuál? —le pregunta a Nacho Llanes.

Este menea la cabeza dubitativo.

—Al equipo azul le faltan dos miembros, pero el punto de encuentro está lejos. Habría que decirles que esperaran.

—No podemos parar.

—Entonces al verde. El punto de evacuación está aquí al lado, en la calle Doctrinos.

—Pues hala, echa a correr —le dice.

Hospital Campo Grande

Se desplaza de un lado a otro de la habitación mientras lee de nuevo las transcripciones de las conversaciones telefónicas con Marco Antonio Gavilán. No lo hace con la esperanza de encontrar algo que ayude a finiquitar el caso, ni por satisfacer vicios adquiridos en una vida anterior; lo hace por mantener la cabeza ocupada, distraída en otra cosa que no sea prestar oídos a esa voz que le ha bisbiseado un mal augurio.

No es la primera vez que le sucede. No lo considera un superpoder, pero ha de admitir que le suele otorgar bastante credibilidad. La ha escuchado justo en el momento en que Sancho se ha marchado de la habitación bromeando sobre la posibilidad de que le volaran sus pelirrojas pelotas, y de improviso, la voz le ha preguntado: «¿Y si fuera esta la última vez que lo ves?». Al principio no le ha dado demasiada importancia a esa remota posibilidad, pero inmediatamente después ha deducido que si es una posibilidad —por muy remota que sea—, podría suceder.

El estremecimiento ha llegado cuando se ha preguntado hasta qué

punto es remota.

Y no hay cálculos matemáticos que valgan.

No le queda, por tanto, otra opción que confiar, pero cada vez que desocupa su cerebro vuelve a pensar en ello. Es como si el miedo supiera que tiene vía libre para causar estragos y solo estuviera esperando a que ella bajara la guardia. Por eso ha ido dos veces a ver a Asia y ha parloteado con Greta sobre los planes que tiene cuando les den el alta; por eso ha vuelto a leer las copias de los informes que le ha entregado Sancho; por eso no para de caminar por la habitación y recorrer el pasillo de un extremo al otro. Le tranquilizaría mucho poder hablar ahora mismo con él, cosa que no va a hacer, pero quizá alguien de la comisaría le pueda informar del curso de la operación. Lo sopesa unos segundos y, aun a riesgo de menoscabar su imagen pétrea, busca el teléfono de Matesanz.

Agua.

Nadie que no forme parte del puesto de control de la condenada operación tiene acceso a la información que ella necesita escuchar, pero el subinspector ha quedado en llamarla tan pronto como se sepa algo en la comisaría.

Sara arroja el móvil sobre la cama y, frustrada, se refugia de nuevo en la carpeta de documentos.

—«Informe de la mitología lugbara» —lee en voz alta enfadada—. Me sirve.

Calle de los Doctrinos

—Tenga cuidado con los barrotes de abajo, que los carga el diablo —le advierte el miembro del Ejército de Tierra que acaba de intervenir en la evacuación de su compañero.

Sancho levanta el dedo pulgar y, extremando las precauciones —no hacía falta que se lo dijera el militar—, desciende los seis metros que le separan del subsuelo.

Al entrar en contacto con el firme comprueba que, en efecto, los últimos barrotes están cubiertos con una suerte de pecina de un color pendiente de bautizar. A pesar de llevar cubierta la nariz y la

boca con una mascarilla, huele como recordaba, como si una lavadora gigante acabara de desaguar después de lavar una tonelada de excrementos.

Un hombre ataviado como él —buzo oscuro, guantes anticorte, botas tácticas y visor protector— lo recibe con la mano extendida.

—Sargento Crespo —se presenta.

—Inspector Sancho.

—¿Inspector...? —El otro duda antes de estrecharle la mano—. Tenemos que darnos prisa, nos están esperando al final de este colector.

Al pelirrojo le cuesta seguir el ritmo del militar, que, por cómo se mueve, se diría que pasó toda su infancia y adolescencia en ese medio. Se fija en que camina con las piernas muy abiertas para encontrar apoyo en los laterales del colector ovoide y que de esta manera las suelas de las botas no se adhieran al fango. También le sorprende que no vaya encorvado, sino inclinado hacia delante, con la columna vertebral recta. Sancho avanza como puede, y al levantar la vista no ve más que una inmensa oscuridad, rota tan solo por el haz de luz de la linterna frontal de Crespo. El suyo apunta a la espalda del militar, cuyo buzo está tan impregnado de inmundicia que parece que se haya revolcado en el fango. La distancia que los separa es cada vez mayor, y cuando Sancho está a punto de hacerle algún comentario, su compañero se gira y se detiene a esperarle.

—¿Su primera vez? —le pregunta.

—No, pero es evidente que no estoy tan acostumbrado como usted.

—Cuestión de veces, como todo en la vida. ¿Qué hace un inspector de Homicidios por las cloacas?

—¿Nos conocemos?

—Bueno, yo a usted sí. Soy de Valladolid, y esa barba pelirroja suya es bastante reconocible.

—Ya, bueno, no tenía otra cosa mejor que hacer esta noche.

—Le entiendo. ¿Es cierto eso que dice la prensa?

—La prensa dice muchas cosas.

—Me refiero a que ese malnacido está haciendo todo esto para conseguir que prohíban los fuegos artificiales porque molestan a los

animales domésticos.

—Eso es lo que ha pedido, sí, otra cosa es que sea lo que realmente quiere —contesta Sancho entre jadeos.

—¿Y por qué creen que está aquí abajo?

—Eso es muy largo de explicar y prefiero no malgastar el aire.

—Entiendo. Ya no debe de quedar mucho.

Por suerte, Crespo no se equivoca, y algo más adelante se encuentran con el resto del equipo en un espacio que se ensancha unos metros y que cuenta con dos bifurcaciones.

—¿Todo en orden? —le pregunta el oficial Gámez a Crespo.

—Todo en orden.

Sin tiempo para presentaciones ni para recobrar el aliento, Gámez ordena reemprender la marcha.

—Nos quedan cuatro estaciones —informa—. Los demás equipos van más o menos como nosotros, pero todavía no se ha producido ningún contacto.

—A ver si nos toca a nosotros la lotería —comenta alguien.

—Pues casi mejor que les toque a otros, la verdad —responde un compañero.

—¡Silencio, coño! —ordena Gámez.

Y así, en silencio, conquistan las siguientes tres estaciones sin que se produzca el contacto, tan ansiado por unos y desdeñado por otros. El agotamiento físico y mental es patente en los integrantes del equipo verde cuando están a punto de llegar a su destino final, justo bajo los imponentes muros de piedra caliza de la iglesia de San Benito. Siguiendo el antiguo ramal norte del cauce del río Esgueva —soterrado a principios del siglo XIX—, el grupo encabezado por Gámez se detiene, como si se tratara de una visita turística, para contemplar los techos abovedados de más de cuatro metros de altura. La estructura de ladrillo del antiguo puente de San Benito se convierte en el foco de atracción principal de los haces de luz que revolotean en la oscura inmensidad cual luciérnagas aturulladas.

—¡Atención! —reclama Gámez—, vamos a inspeccionar bien este espacio. Quiero cuatro binomios. Dos en esa dirección —señala— y otros dos en aquella. Ojos muy abiertos. Armas preparadas. Ya conocen las instrucciones.

Crespo le hace una indicación para que le siga. Sancho infiere que está muy acostumbrado a dar órdenes y a que otros las cumplan. Cuando se separan del grupo y las luces se dispersan, el espacio se agiganta aún más. Allí el hedor parece haber desaparecido, o al menos se ha repartido en los muchos metros cúbicos de aire que tiene la estancia.

El militar, confiado, va delante, inspeccionando la pared contigua al puente. Por el reflejo de la luz sobre la roca húmeda da la impresión de que está sudando.

—Si yo tuviera que esconderme durante un tiempo, elegiría este lugar —observa el sargento Crespo.

Y no le falta razón. De todas las estaciones por las que han pasado esta es sin duda la más habitable.

—Yo estuve aquí hace unos años —dice Sancho—, y no ha cambiado nada.

—En el infierno el paso del tiempo no tiene ningún valor —filosofa el militar—. Esto llevará a algún sitio, digo yo.

Tras un saliente, a la altura del suelo, se abre una boca negra y cuadrada de ladrillo.

—Diría que está cegada. ¿Usted qué dice?

Sancho se arrodilla para comprobarlo.

—Sí, eso parece. Por aquí debe de haber bastantes, y algunas son transitables, porque incluso se estaban planteando rehabilitarlas para hacer una ruta turística.

Sancho se cambia de mano el arma para sacar una linterna con mayor potencia y cerciorarse.

—Lo sé muy bien —añade Crespo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Lo sé porque mi mujer se dejó la piel en ese proyecto.

Parálisis momentánea.

Breve, pero suficiente como para que el sargento Crespo —que ni es sargento ni se apellida así— aproveche la iniciativa.

Dispuesto a reaccionar, Sancho se gira para encontrarse con otra boca negra, esta vez redonda y de acero que le mira a los ojos.

—Suelte ese hierro, inspector.

Centro de mando de la operación Jaula Subterránea

—Equipo amarillo en estación de destino. Contacto negativo.

Celso Malpica se quita el auricular y se sienta por primera vez desde que empezó la operación.

—Joder de Dios —se queja con amargura.

—Todavía queda el equipo verde —le informa Inés de Marco.

Su jefe eleva la mirada con cierto desdén.

—Esa estación está llena de túneles y galerías, por lo que yo diría que aún van a tardar bastante —aporta Nacho Llanes.

—Se ha intentado —comenta el teniente coronel Álvarez de la Vega en un tono derrotista que tampoco contribuye a mejorar el ánimo de Malpica.

—Yo, con vuestro permiso, me voy a reunir con mis hombres —interviene el jefe del GEO, Marcos Domingo.

Celso Malpica está a punto de mandar a los presentes a algún sitio sin billete de vuelta cuando el jefe superior de policía, Martín Pisón, se levanta de su silla de un respingo con el móvil pegado en la oreja.

—¡¿Están seguros?! Virgen santa... Sí, enseguida voy para allá.

Todos le miran como al teniente Colombo antes de la resolución de un caso.

—Han encontrado muerto en su casa al concejal de Urbanismo —desvela Pisón.

—¿En qué circunstancias? —quiere saber Malpica, suspicaz.

—Reventado.

Madriguera del Témpano

—Aparte esos ladrillos. Y, por favor, no haga ninguna estupidez.

Con el estómago arrugado por el miedo, Sancho ha recorrido los doce metros de la galería a cuatro patas. En ningún momento ha pensado —no está en las mejores condiciones para ello— en hacer algo que revierta la situación en la que se encuentra, a merced del hombre al que pretendían atrapar.

Tras destaponar la salida y ponerse de pie, el pelirrojo se percata

de inmediato de que está en el lugar en el que Gavilán se ha ocultado los últimos días. Este, sin dejar de apuntarle, se quita la mascarilla que le enmascaraba la voz y la capucha del buzo.

—Bienvenido a mi madriguera, inspector. Póngase cómodo, aunque me temo que no tenemos mucho tiempo.

Sancho se descubre el rostro.

—¿Qué va a hacer conmigo? —se atreve a preguntar.

El Témpano lo mira con incredulidad.

—Pensé que ya lo había comprendido. Yo no puedo matarle. A no ser que me obligue —aclara—. Es cuestión de equilibrio, y si se rompe desaparece la armonía. Adroa y Adro. Las dos caras de una misma moneda que unos llaman justicia y otros orden. Uno sostiene el mundo, el otro lo endereza. A mí me toca desempeñar un papel, a usted otro. Podría ser al revés, pero eso no lo elegimos nosotros.

Se expresa con la clarividencia de quien cree lo que dice, y, por algún motivo, Sancho nota que el nudo que oprime su estómago se está aflojando.

—Puede que no me crea —continúa—, pero no soy un vulgar asesino, solo una consecuencia. De hecho, al hombre al que pertenecía esta ropa lo encontrarán vivo dentro de unas horas.

—Está muriendo mucha gente antes de tiempo.

—¿Se refiere en esta ciudad en concreto o en todo el planeta?

—Ya sabe a lo que me refiero.

—Orden, inspector, orden. El caos no destruye por sí solo, destruye la necesidad de restablecer el orden, pero alguien tiene que hacerlo.

Sancho se da por vencido.

—Tengo que reconocer que no me esperaba que bajaran aquí tan pronto. ¿Ha sido cosa suya?

—Digamos que sí —reconoce.

—Bravo. Imagínese mi sorpresa cuando he visto a varios hombres armados bajando. Tenía que llegar aquí y he tenido la suerte de encontrarme al sargento Crespo mientras evacuaban a su compañero. Lo que no podía esperar es que fuera usted su reemplazo. No puede ser casual, es evidente que existe un vínculo entre usted y yo, ¿no cree?

—Yo ya no sé qué creer.

—Ese es el gran problema de hoy, que el mundo ha dejado de creer. Me encantaría contarle una historia que habla de la fragilidad del ser humano. La piel de una gota lo explica todo, pero no dispongo del tiempo que requiere. Ahora póngase de cara a esa pared y no se mueva.

Sancho se paraliza.

—Tranquilo, una cosa es que no vaya a matarle y otra es que le facilite la tarea.

Por lo que recogen sus oídos, Sancho deduce que está buscando algo entre sus pertenencias.

—Usted y yo somos muy parecidos, inspector. No se dé la vuelta —le detiene agarrándole del hombro—. La diferencia es que yo soy más disciplinado. Ya queda muy poco para la traca final. Disfrute del espectáculo, me aseguraré de que ocupa un asiento en primera fila.

Un terrible golpe en la cabeza es lo último que siente antes de caer desmadejado al suelo.

Calle Juan de Juni

Ha insistido él en acudir al escenario del crimen. Concluida la operación Jaula Subterránea sin obtener el resultado que esperaban, y a pesar del cansancio acumulado, Celso Malpica considera que aún queda noche para cosechar más malas noticias en primera persona.

—Creemos que ya estaba dentro cuando la víctima regresó a casa —le informa el subinspector Peteira en el rellano de la escalera.

Desde allí se percibe un olor parecido al de las antiguas carnicerías, pero con algún matiz que le cuesta identificar.

—Le tengo que advertir de que lo que se va a encontrar en la cocina es lo más desagradable que yo he visto en mi vida. De hecho hay dos compañeros que han echado hasta la primera papilla, y yo he estado a punto.

—¿Quién dio el aviso? —pregunta el de la Comisaría General de Información.

—El vecino de arriba. Dice que algo más tarde de las diez oyó una

especie de petardazo, pero que no le dio importancia porque pensó que venía de la calle. Hace una hora bajó a buscar algo al trastero por las escaleras y, al ver que la puerta estaba entreabierta, entró preguntando por él. Lo conocía de toda la vida.

—¿Anda por aquí?

—No, lo han trasladado a urgencias con un fuerte ataque de ansiedad.

—¿De la víctima qué se sabe?

—Gustavo Cuadrado, cincuenta y nueve, concejal de Urbanismo. Se decía que era la mano derecha de Omar Fuentes. Y la vinculación con este asunto ya la sabemos.

—Sí, la sabemos, la sabemos. Vamos.

Álvaro Peteira suelta un suspiro abnegado.

—Todo recto.

Por el pasillo se cruzan con un miembro de la Científica que se quita la mascarilla y boquea buscando inhalar aire puro. Según se acercan se intensifica el olor dulce y metálico que emana del lugar. Las salpicaduras de color púrpura que han impregnado la pared frente a la puerta son un prólogo de la película de terror en la que está a punto de sumergirse.

—No se puede entrar —le advierte el subinspector—, todavía están trabajando en el escenario.

A Celso Malpica le cuesta mucho procesar el primer fotograma que registra su cerebro. Su mente, incapaz de aceptar la escena, intenta convencerle de que aquello es un montaje, una burda imagen retocada con inteligencia artificial. Con el paso de los segundos, los distintos elementos que la componen van cobrando sentido y la conclusión respecto del castigo se hace evidente: ausencia total de dignidad en la muerte.

En el centro de la estancia hay un amasijo orgánico que se ha dispersado en todas direcciones, como si el hombre hubiera tratado de huir de sí mismo. Se intuyen vestigios de su primigenia naturaleza humana por las extremidades, que aún están conectadas al cuerpo de forma morfológicamente grotesca. El resto del mosaico lo componen fragmentos de vidrio, gres y madera mezclados con restos biológicos de distinto tamaño que se superponen a los fluidos

corporales y a la sangre en proceso de coagulación.

Incluso él, que ha sido testigo del daño que provocan las explosiones en decenas de atentados, se ve obligado a retirar la mirada para mantener cierta higiene mental.

—Por favor... —es lo único que consigue decir.

Peteira le hace una seña a un miembro de la Científica embutido en su mono de trabajo que está de rodillas introduciendo algo en una bolsa, y que a continuación se pone en pie y se aproxima con paso fatigado.

—Santiago, él es Celso...

—Sí, ya sé, ya sé. Esto no está pagado, la madre que me parió.

—Le comprendo. Dígame, ¿qué saben hasta el momento?

—Hemos recogido restos de lo que creemos que era el detonador y del explosivo plástico, que le introdujo en el cuerpo por vía anal. Como se ve, el hombre estaba maniatado a una silla con los brazos a la espalda. Al producirse la explosión reventó la zona ventral y dividió el cuerpo en dos... O en doscientos, como prefiera.

—Qué barbaridad.

—Y poco más le puedo decir. Ah, sí, el simbolito ese suyo lo pintó en un azulejo de la pared que no puede verse desde aquí. Y si me disculpa, todavía tengo mucho tajo ahí dentro, hay restos hasta en el interior de los malditos enchufes.

—Sí, por supuesto.

El teléfono de Malpica le vibra en el bolsillo de la chaqueta.

—Dime, Inés.

—Acaba de salir el equipo verde, pero hay un problema.

Derrotado, inclina la cabeza.

—A ver.

—Sancho no está.

—¿Cómo que no está?

—Que no ha salido. Su binomio ha dicho que se metió en una galería y que él no pudo seguirle.

—¿En una galería? ¡Coño, pues que bajen a buscarlo!

—Es que resulta que ahora no encuentran a su binomio y no saben a qué galería se refería.

—¿Su binomio también ha desaparecido?

—Eso me dicen.

—Vamos, no me jodas... Voy para allá.

Hospital Campo Grande

Levanta la vista del papel como si leer esa fecha le hubiera provocado algún daño.

—¡Coño, pero si esto es mañana! —se dice Sara a sí misma.

Tiene que contárselo a Sancho de inmediato. Comprueba la hora en el teléfono. Son las ocho y diez de la mañana, y se supone que la operación tenía fijado como límite el final del toque de queda. Ya debería estar libre.

Pero la voz vacía y metálica de su contestador le dice que no.

—Joder, Sancho, joder —protesta al tiempo que arroja de nuevo el móvil sobre la cama.

—¿Se puede?

La sonrisa de María asoma por la puerta de la habitación.

—Pero bueno, ¡qué sorpresa!

—Acabo de terminar mi turno y he pensado: ¿qué narices hago yo ahora marchándome a casa teniendo una preciosidad a la que ver dos plantas más arriba? ¿Qué tal está mi niña bonita?

—Tú sí que eres bonita. Está muy bien.

—Hola, Greta. Uy, ¿está más grande?

—Ciento ochenta y cuatro gramos desde la última vez. Y Asia ya pesa dos kilos novecientos.

—Dos tiarronas. ¿Y tú cómo estás?

El timbre del teléfono hace que posponga el clásico «cansada, pero bien».

—Tengo que contestar.

—Claro, claro.

La decepción llega al comprobar que es Peteira quien le llama.

—Álvaro —contesta.

—Sara, te llamo solo porque sé que andabas preguntando por Sancho.

—Dime.

—Seguramente sea una chorrada, pero aún no ha subido.

Algo muy afilado le atraviesa el pecho.

—¿Cómo que no ha subido?

—No, al parecer le perdieron la pista cuando se metía por una galería, y en este preciso instante están formando un equipo para ir a buscarlo.

Con la atención puesta en Greta, que acaba de despertarse, Sara no sabe qué decir.

—El tema es que ahora no encuentran al tipo que le vio por última vez, por lo que no saben muy bien dónde *carallo* buscar.

—¿Es el único que falta?

—Sí, el único.

Sara busca a María con la mirada.

—No puede ser casual. ¿Dónde estáis?

—En San Benito. Pero, Sara, escúchame, que seguro que está bien y todo tiene una explicación, yo solo te llamaba para que... ¿Sara?

Madriguera del Témpano

Diría que está despierto, pero no es del todo consciente de ello.

Un intenso dolor lo ha hecho reaccionar, pero Sancho sigue creyendo que esa densa oscuridad que le rodea no puede ser real. Tampoco puede ser cierto que el corazón se le haya trasladado del pecho a la mano izquierda, pero es justo ahí donde nota un latido punzante que parece nacer del mismo tuétano del hueso. De hecho, lanza una orden para que se muevan los dedos, pero estos, aferrados a algo esponjoso que se retuerce al tiempo que emite un chillido agudo, agónico, le desobedecen. Tal es su desconcierto que, todavía sumido en ese estado de incredulidad onírica, decide acercar su presa a la cara para identificarla. A pesar de la penumbra —solo rota por una tenue luz cuyo origen desconoce—, distingue unos pequeños ojos oscuros y brillantes como dos cuentas de obsidiana; un hocico largo y tembloroso, casi espasmódico; unas orejas pegadas al cráneo y unos incisivos desplegados, hambrientos, amenazantes. Detalles que, sumados en un todo, le sirven para

concluir que eso que tiene agarrado es una rata que está luchando por su vida.

En definitiva: una rata.

Sancho aún permanece un par de segundos examinando de cerca al animal que ha atrapado de forma inconsciente hasta que le saltan las alarmas y, con un alarido descarnado, lo arroja lo más lejos posible. Entonces sí, un mecanismo atávico se pone en marcha con el propósito de terminar con su discinesia y defenderse ante la amenaza múltiple que corretea por encima de su cuerpo. Lo primero que hace es tratar de incorporarse, pero no pasa del intento por el daño que ha sufrido su oído interno tras recibir el culatazo que le ha dejado fuera de juego. Su equilibrio está afectado, por lo que deriva sus esfuerzos a espantar a las ratas, que, atendiendo a su idiosincrasia beligerante, se niegan a abandonar lo que ya habían considerado como alimento. Tumbado en el suelo, Sancho se agita y grita como lo hacía la alimaña en su mano, luego rueda sobre sí mismo de un lado a otro hasta que se topa con una fría pared de roca viva. Aunque tiene muy abiertos los ojos, apenas ve, y solo oye el sonido de decenas de afiladas uñas moviéndose a su alrededor. De rodillas, utiliza las palmas de las manos con el propósito de orientarse, y es así como detecta un saliente al que agarrarse para ponerse en pie. Necesita más luz, y apenas distingue lo que tiene a un palmo de la cara. La solución la nota en el bolsillo del pantalón, y mientras introduce en él la mano que no presenta un mordisco de rata reza para que aún le quede batería.

Treinta y ocho es su nuevo número de la suerte.

Al accionar la linterna y enfocar al suelo distingue decenas de cuerpecillos peludos que se mueven a gran velocidad frente a otros que, erguidos, retadores, lo observan impasibles. Enseguida llega a la conclusión de que él es el intruso, y sentirse rodeado de tanta hostilidad animal le provoca un brutal escalofrío que dispara sus niveles de adrenalina a máximos históricos.

—Vamos, joder, vamos —se anima entre dientes.

Tiene que salir de ese agujero, y tras un breve examen del lugar diagnostica que la única opción consiste en utilizar el mismo camino por el que entró. Busca y encuentra la galería, pero al ver como

algunos de los roedores eligen la misma ruta de huida se lo piensa de nuevo.

—Hay que joderse.

Sin otra alternativa posible —las ratas le están perdiendo el respeto y vuelven a cercarle—, Sancho sujeta el móvil con los dientes, se tira al suelo, y, a cuatro patas, se desplaza lo más rápido que puede. Dentro, los chillidos de las ratas, histéricas, se vuelven más estridentes. No piensa detenerse para comprobarlo, pero tiene la sensación de que le están persiguiendo; sospecha que se convierte en certeza cuando nota mordiscos y arañazos en tobillos y gemelos. Gruñe, pero no sabe si es a causa del dolor o por espantar el miedo que le intoxica cada una de las células del cuerpo. Los primeros signos de agotamiento se manifiestan en forma de jadeo, y, no obstante, prefiere sufrir un colapso cardiorrespiratorio a detenerse para recuperar el aliento. Un mordisco en el dorso de la mano derecha le obliga a gritar, provocando que el móvil se le caiga de la boca. Al intentar recuperarlo descubre a una rata frente a él, a dos patas, majestuosa; y, como si quisiera retarle a un duelo, le muestra los dientes. Sancho, que está para pocos desafíos, cierra el puño y le propina un directo que la desplaza un metro antes de que emprenda la retirada a la carrera.

—Púdrete, cabrona.

Espoleado por la victoria, Sancho reemprende la marcha, y pocos metros después sale por el extremo que va a dar a la gran sala de las bóvedas. Exhausto, se tumba boca arriba y extiende los brazos en cruz para inhalar el aire que le demandan los pulmones.

—¡Por aquí! —oye gritar a una mujer.

Al ladear la cabeza distingue varios haces de luz que convergen hacia su posición.

—¡Es Sancho, corred!

Diría que se trata de la voz de Sara, pero lo achaca a la crisis emocional que está atravesando. Sumido en ese tránsito enajenado, experimenta la reacción más extraña de su vida.

Ríe.

Ríe como nunca antes ha necesitado reír.

Ríe porque está vivo, y quizá no debería estarlo.

La piel de una gota

Hospital Campo Grande, Valladolid
Domingo, 11 de diciembre de 2022, a las 8.04

Diez horas y veinticuatro minutos para la traca final

Lleva un tiempo indeterminado observándola dormir. Acurrucada como una niña pequeña en el sofá para acompañantes y agarrada a un cuaderno de tapas marrones, Sara respira de forma rítmica y sosegada. Contemplándola, no parece que afuera todo se esté derrumbando. Si alguien le concediera un único deseo, Sancho pediría entrar en el sueño que ella esté viviendo para quedarse ahí el resto de sus días. Y lo haría sin dudarlo, aunque se tratara de una pesadilla, ya que lo onírico no puede ser peor que su realidad presente o su futuro cercano.

Conserva recuerdos parciales de las últimas horas que ha vivido desde que lo rescataron en el subsuelo. Sabe que en algún momento perdió la consciencia y la recuperó en el hospital de campaña que han habilitado en la Feria de Muestras, donde le trataron las múltiples heridas provocadas por las ratas. En resumen: treinta y siete puntos repartidos por todo el cuerpo y un cóctel de antibióticos en vena. Más tarde, cuando consiguieron una cama libre, lo trasladaron al Hospital Campo Grande para poder realizarle las pruebas que exigía la fuerte contusión que presentaba en la parte posterior de la cabeza: tomografía, resonancia magnética y radiografías. Después de eso, los calmantes hicieron su efecto y se sumió en un letargo del que acaba de regresar con un estado de ánimo bastante ambiguo. Por un lado, le encantaría poder trasladarse en la línea temporal —no le importa hacia qué momento — y disfrutar de una larga temporada de descanso; por otro, siente

la necesidad de agarrar a Gavilán por los testículos y obligarle a cantar *Doce cascabeles*.

Pero para ello tiene que levantarse de esa cama, y en ese preciso instante no encuentra ningún motivo que le prive del placer que le genera contemplar dormir a Sara.

El hechizo lo rompe una enfermera con el rostro demacrado que irrumpe en la habitación como lo hacen las enfermeras que están hasta la cofia de que el turno de tarde se les junte con el de mañana.

—Buenos días —dice sin ningún entusiasmo—, enseguida viene el desayuno. El doctor pasará a verle en cuanto pueda.

Al seguirla con la mirada, Sancho se percata de que tiene un compañero de habitación.

—Buenos días —responde él.

—Buenos días —oye contestar a Sara.

A Sancho le cambia la expresión solo con verla desperezarse. La enfermera se marcha sin despedirse tras subir la persiana, revisar los monitores y tomarles a ambos pacientes la temperatura.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta Sara.

—De maravilla —miente.

Ella se levanta, toma el mando de la cama para subirle el cabecero y le da un beso en los labios.

—Por la noche he hablado con el doctor... Gracia o García, no me acuerdo.

Sancho no puede evitar acordarse de Gracia Galo, pero acto seguido elimina su imagen de la mente.

—Los resultados de las pruebas no han revelado daños —continúa Sara, que habla arrastrando cierta somnolencia—, pero como te vuelvas a golpear la cabeza igual te quedas tonto para toda la vida.

—Mira, eso mismo me dijo Anchorena después de lo del Duque de Lerma y aquí sigo. ¿Las niñas?

—Con María.

—¿La matrona?

—La misma. Ahora mismo está con Greta otra vez.

—Es la bonhomía en persona. A este paso le van a dar la patria potestad.

—Merecida la tiene. Te lo conté ayer, pero ya veo que estabas un poco grogui. Ella estaba conmigo cuando me llamó Peteira contándome que habías desaparecido y le pedí que se quedara con la peque.

—¿En serio?

—Si quieres me quedo aquí haciendo calceta en lo que te encuentran o no.

—Entonces, ¿fuiste tú la que...?

—Sí. Le comí la cabeza a Malpica para que me dejara unirme al grupo de búsqueda y, ya ves, me tocó a mí dar contigo hecho una mierda. La verdad es que no tardamos ni media hora en encontrarte. Tuviste suerte.

—Bueno, suerte, suerte..., no sé yo. Casi me comen unas putas ratas después de que Gavilán me perdonara la vida.

—Suerte es que estés vivo, Sancho —dice ella en un tono severo.

—Tienes razón, disculpa. Pensé que no lo contaba. No sé qué pasa por la cabeza de ese tío, pero en ningún momento me dio la sensación de estar frente a un enfermo mental. Todo lo contrario, sus argumentos, a pesar de que no podamos estar de acuerdo, son muy cabales. Él está convencido de lo que hace y no va a parar hasta llegar al final.

—A mí nunca me ha parecido alguien que esté fuera de control, sino alguien que ha decidido tomarlo.

Sancho chasquea los dedos y señala a Sara con el índice.

—Por cierto, ¿encontraron al militar al que suplantó? —pregunta él.

—Sí, casi ileso. Maniatado y con un golpe similar al tuyo, pero en la nuca. Desde luego, sabe cómo dejar KO a alguien de un culatazo. Y después de pasar horas leyendo eso —señala al cuaderno con tapas marrones—, creo que lo conozco como si lo hubiera parido.

Sancho frunce el ceño al tiempo que ladea la cabeza.

—Es un diario que escribió Cristina, su exmujer, y que han encontrado entre las pertenencias que tenía ahí abajo. Ayer, cuando vino Malpica a verte, tú estabas muy medicado y no te enteraste. Como en teoría vas a estar ingresado unos días, te lo ha traído para que te entretengas como si fuera la última aventura del capitán

Alatriste.

—Un diario, ¿eh? Entretenido de cojones.

—Pues lo es, créeme. Lo empecé ayer y me queda el último cuarto, y la verdad es que se aprecia muy bien el deterioro progresivo de ella: empieza a escribirlo por prescripción médica y acaba convirtiéndose en una especie de refugio. Marco, ella lo llama así, es un personaje omnipresente. Lo menciona un montón de veces, siempre con aire de reproche, pero se nota que lo echa de menos. No se arrepiente de haber tomado la decisión de dejarle porque tiene toda la intención de rehacer su vida, pero la pobre tiene el mundo en su contra.

—Vaya.

—Como conclusión provisional, lo que tengo claro es que ese diario tiene mucha importancia. Cristina habla de todos sus fracasos, de los culpables de que su vida se convirtiera en un infierno, y todo ello está muy relacionado con lo que Gavilán está haciendo ahora.

—Joder, pues sigue leyendo, a ver si nos desvela dónde va a ser su siguiente golpe o contra quién, porque creo que se nos está agotando el tiempo.

Sara camina por la habitación y de manera sutil se cerciora de que el paciente de la otra cama sigue dormido o inconsciente.

—Hay algo que tengo que contarte, aunque he dudado si... En fin, ahí va.

A Sancho se le modifica el rictus.

—Por lo que aparece en los informes y corrobora este diario, es evidente que Gavilán tiene un plan desde el principio y lo ha ido cumpliendo paso a paso. Ya hemos verificado que existen varias conexiones con Cristina. El tema de las fuentes, el alcalde, la torre de la catedral, el excompañero que vivía en el Duque de Lerma y que le tiraba los tejos cuando se separó de él..., y, ayer mismo, lo del concejal de Urbanismo.

—¿Cómo? Esa no me la sé.

—Pues casi mejor. Lo encontraron en su casa reventado. Literalmente. Le metió explosivo plástico en el culo y adiós muy buenas.

Sancho tarda en asimilar la noticia.

—Hay que joderse.

—Sí, sobre todo el concejal. Yo no lo he visto ni lo pienso ver, pero Peteira dice que no va a poder dormir en meses. El caso es que todo lo que ha hecho Gavilán tiene un porqué. Todo —recalca—. Y ese porqué tiene que ver con Cristina.

—Y con su perro. Acuérdate del encendido de las luces.

Sara ladea la cabeza.

—Me acuerdo, me acuerdo.

—Perdona, sigue.

—Bien. He descubierto que hay dos fechas que coinciden y no nos habíamos dado cuenta, porque... ¿quién repara en la fecha de boda de nadie?

—¿De quién?

—De Gavilán y Cristina. Su fecha de boda coincide con la muerte de ella. Vamos, que la tipa tuvo el detallazo de suicidarse en su aniversario de boda.

—¡No me jodas!

—Sí te jodo, sí.

—Pues, si no recuerdo mal, fue a mediados de diciembre, ¿no?

—Un poco antes. El día 11, concretamente.

—El día 11 —repite.

Sara alza las cejas.

—Hoy.

En algún lugar del subsuelo de Valladolid

Nueve horas y cuarenta y tres minutos
para la traca final

Oscuridad total y silencio absoluto.

Aislamiento por obligación.

No sabe con exactitud dónde se encuentra. Diría que no muy lejos del paseo de Zorrilla, a la altura de la plaza de toros. Tampoco es que le importe demasiado. Hasta ahí ha llegado de forma errática tras comprobar que, como esperaba, su madriguera ha sido ocupada

por sus enemigos después de haber dejado al inspector Sancho con vida.

Todavía metido en el papel del sargento Crespo, le bastó con informar a su jefe de grupo de que Sancho se había empeñado en explorar una galería que le pareció peligrosa y que no se encontraba en condiciones físicas de seguirle. Luego lo único que tuvo que hacer fue aprovechar un descuido para dejarse engullir por la oscuridad del subsuelo y esperar a que levantaran el dispositivo policial, cosa que ocurrió poco más tarde.

Sentado en un cauce seco, casi puede escuchar su propio latido mientras desgrana las horas, los minutos y los segundos que quedan para la traca final. Una cuenta atrás exenta de ruidos. Está tranquilo a pesar de que es muy consciente de que ha estado más cerca de lo que esperaba de ver truncado su plan. Sin embargo, nada de lo que ha dejado en la madriguera lo va a necesitar en las próximas horas, y la mochila que tiene a sus pies contiene todo lo que precisa: unas latas de conserva, cuatro botellines de agua, la Glock 19, el mono azul de trabajo, el chaleco, la pala plegable y, sobre todo, las cápsulas selladas de iridio y de cesio.

Es entonces cuando nota una punzada helada.

—No, no, no —repite con desesperación.

La imagen del diario de Cristina junto a la esterilla provoca que se le acelere la frecuencia cardíaca, y que su respiración, hasta el momento lenta y profunda, sea cada vez más rápida y superficial. El aumento de la temperatura corporal hace que se le enrojezcan las mejillas y las glándulas sudoríparas se activen. El enfado se convierte en ira, y como carga explosiva que es de lo emocional, decide detonarla a través de sus cuerdas vocales.

En su obsesión por recuperar las cápsulas y salir de allí cuanto antes no reparó en el diario. Se siente como si hubiera abandonado a Cristina desnuda, indefensa, a merced del enemigo. Es un traidor, un estúpido, un auténtico mierda. Y se odia por ello.

Se odia tanto y con tanta intensidad como el día que murió Kivu.

Grita de nuevo y golpea el hormigón con la parte blanda del puño.

—Perdóname, Cris, perdóname —balbucea—. Perdóname, por favor.

Camina de un lado a otro sin saber qué hacer, desorientado. Sin rumbo. Como si estuviera pensando en tomar alguna decisión importante. Pero sabe que nada puede hacer por recuperarlo, y que es muy probable que alguien lo esté leyendo en ese preciso instante.

Eso le indigna.

Le irrita.

Porque cuando terminen de hacerlo conocerán toda la verdad.

Es un maldito Judas, y lo que le pide el cuerpo es poder castigarse. Meterse el cañón de la pistola en la boca y apretar el gatillo. Volarse la cabeza sería lo justo, lo ideal para restablecer el equilibrio; sin embargo, no puede hacerlo, porque entonces la estaría traicionando dos veces.

No cumpliría con su juramento.

Empeñado en recuperar la armonía, cae en la cuenta de que no necesita balas para castigarse. Solo tiene que ejercitar la memoria, porque los recuerdos amargos siempre encuentran grietas por las que colarse. Se traslada por tanto al momento en el que se encontraba pescando en el embalse de Los Barrios de Luna, en la provincia de León. Se había levantado al alba y, para ser diciembre, fuera de temporada de trucha, no se le estaba dando mal la jornada. Había enganchado dos barbos, tres carpas y un lucio de buen tamaño, capturas que, como era su costumbre, devolvió al agua. Trataba de no pensar demasiado en la fecha, ni en lo que implicaba para él, pero la pesca en solitario favorecía la fabricación de recuerdos, y tras varios momentos de indecisión, resolvió encender el móvil y enviar un mensaje a Cristina.

Hoy sigue siendo un día especial para mí, espero que, a pesar de todo, para ti también. Feliz aniversario.

La respuesta no tardó en llegar.

Fíjate si es especial para mí que he elegido este día para que sea mi último día.

Lo tuvo que leer varias veces para entenderlo. Con el alma en un puño, la llamó, pero el teléfono ya no daba señal. No se lo pensó. Arrancó el motor de la lancha neumática y en menos de diez minutos ya estaba al volante de la California rumbo a Valladolid. Recorrió los ciento sesenta y cinco kilómetros en poco más de una hora. Estaba anocheciendo cuando clavó el freno frente a la casa de Cristina. Con el dedo pegado en el timbre, y sin obtener ninguna respuesta, decidió que no se iba a marchar sin asegurarse de que ella estaba bien. Entró por las bravas, gritó su nombre en cada estancia que recorría hasta que llegó al salón y la descubrió tirada como un trapo viejo en aquel incómodo sofá.

Sobre la mesa, varios blísteres de pastillas vacíos, una botella de ron y el diario.

—¡No, no, Cris, no! —gritó.

En cuanto se acercó supo que había llegado tarde. Su rostro carecía de expresión y la tez, blanquecina, se había perlado con minúsculas gotas de sudor agorero. Tenía los ojos cerrados y los labios resecos, perfilados en un tono violáceo aterrador. Respiraba. Casi de forma imperceptible, pero respiraba.

Dudó unos instantes entre intentar reanimarla o llamar a emergencias, pero se decantó por lo segundo al tiempo que la zarandeaba como si así pudiera limpiarla por dentro. De repente, a ella le temblaron los párpados y los entreabrió para dejar escapar un brillo mortecino, como el de una bombilla que está a punto de apagarse.

—Cris, ¿qué has hecho? —la reprendió.

—¿Marco, eres tú? —balbuceó.

—Sí, cariño, soy yo. Ya viene una ambulancia, te pondrás bien.

Ella negó con la cabeza y desvió la mirada, avergonzada.

—Escúchame —musitó—. Escúchame, por favor.

Cristina tragó saliva y tomó aire por la nariz.

—Déjame irme en paz, por favor.

Las siguientes palabras que pronunció Cristina son tan nocivas para él, tan dolorosas, que se niega a revivirlas.

No todavía.

Sede de la Delegación del Gobierno

Siete horas y cincuenta minutos para la traca final

—Estás horripilante, compañero —le saluda Antón Anchorena, recién llegado.

—Sí, lo sé. Dame un minuto, que voy al baño a ver si logro recomponerme —le pide Celso Malpica.

No suele ser lo habitual, pero se ha visto forzado a pedir unos minutos de descanso. Lo necesitaba. Se sentía como si una máquina hidráulica le apretara las sienes y su cuerpo perteneciera a otra persona. Tanto ha sido así que durante la reunión ha habido momentos en los que ha tenido que desconectar, sobre todo, cuando intervenía el delegado del Gobierno. Es por la falta de sueño y el exceso de presión que está recibiendo desde arriba, desde abajo y de forma transversal. Como consuelo, la evaluación final de la operación Jaula Subterránea por parte de la superioridad no ha sido tan negativa al haber localizado el lugar donde se escondía Gavilán. Durante la jornada de ayer se encargaron de vaciarlo, y no hace falta ser un gran investigador para concluir que lo tenía todo dispuesto con bastante antelación.

Pero si hay algo, al margen de lo físico, que está minando sus capacidades es la confirmación de la visita programada para hoy por parte del presidente del Gobierno, Pablo Márquez, quien tiene prevista su llegada al aeropuerto de Villanubla a las 12.35. Nunca es plato de buen gusto tener que organizar el dispositivo de seguridad de una fiesta de este calado, pero resulta que esta se celebra en el peor momento. La ciudadanía se encuentra al límite de su capacidad cívica, aún bajo las tiranas condiciones del estado de excepción, la escasez en la distribución de agua y alimentos, las deficiencias sanitarias y el miedo a convertirse en una víctima más del hombre que sigue atormentándolos.

El hombre que él no consigue atrapar.

Muy a su pesar, la condenada visita presidencial es el siguiente punto en el orden del día. Se trata de perfilar los últimos flecos, porque la tarde de ayer ya se la pasaron discutiendo la

inconveniencia y la alta peligrosidad de un periplo que contempla un recorrido por los lugares más afectados de la ciudad: plaza de España, catedral y edificio Duque de Lerma, así como su paso por el hospital de campaña de la Feria de Muestras. Por último, se ha establecido que el periplo se cierre con un acto institucional en el ayuntamiento, en el que se homenajeará a las víctimas de los atentados, con especial mención para el alcalde de Valladolid, el concejal de Urbanismo y los funcionarios públicos que han perdido la vida en el ejercicio de sus funciones. De poco les han servido los argumentos esgrimidos en contra para tratar de cancelar o posponer la llegada de Pablo Márquez, cuyo gabinete de comunicación se ha mostrado inflexible en todo momento. Al menos la Moncloa ha accedido a no comunicar la visita a los medios hasta las 8.00 de hoy, y la única buena noticia al respecto para Malpica es la asignación de Antón Anchorena como responsable de planificación del dispositivo de seguridad en coordinación con el Departamento de Seguridad de Presidencia. Por tanto, ahora lo que toca es escuchar —o fingir que escucha— y abrir la boca lo justo y necesario; es decir, nada.

Celso Malpica mete la cabeza bajo el grifo y deja que el agua resbale por un rostro que le cuesta reconocer. Dos bofetones le ayudan a sentirla más suya.

—Al lío —se anima.

Entre quienes están sentados a la mesa hay varias caras que no reconoce, pero que tampoco tiene el mínimo interés en conocer. Desde el lado opuesto, Anchorena le hace un gesto de complicidad que él devuelve con otro que pretendía estar en sintonía, pero que denota agotamiento.

El delegado del Gobierno, que vuelve a cumplir con las funciones de anfitrión, se encarga de hacer las presentaciones de los dos miembros del Departamento de Seguridad de Presidencia, Julio Garrido y Carlota Medina, que se van a encargar de hablarles del operativo que les acaban de entregar en un dosier. Presentes, los integrantes de la operación Jaula Subterránea más Anchorena, quien estará al cargo de la coordinación de todas las unidades intervinientes desde el terreno.

Carlota Medina, comisaria principal de policía al mando del

Departamento de Seguridad de Presidencia, toma la palabra.

—Buenos días, señores. A las cinco de la mañana hemos arrancado el operativo con un recorrido en vacío del itinerario establecido por vías principales que tienen en la primera hoja. No se han registrado anomalías, ni en el subsuelo ni en tierra, y se han fijado las posiciones en las que se establecerán francotiradores del GEO y equipos EOD por si se requiriera la desactivación de explosivos. Dos vehículos idénticos blindados conformarán el convoy en el que viajará Principal-1 acompañado por siete agentes de seguridad presidencial, todos experimentados. La escolta la componen cuatro furgonetas de la UIP, cuatro coches y ocho motoristas del GRS de la Guardia Civil.

—En las siguientes páginas —interviene Julio Garrido, teniente coronel de la Guardia Civil— verán que se han establecido tres capas de seguridad. En la capa externa, a las 10.00, la Policía Municipal fijará un perímetro de prohibición al tráfico rodado y a pie, con puntos de control y barreras físicas en zonas críticas. En la capa intermedia estarán presentes, durante todo el recorrido, personal antidisturbios, UPR, equipos caninos y unidades de reconocimiento químico y radiológico. Y en la capa interna, repartidos en ocho puntos del recorrido, cuatro equipos del GAR y otros cuatro del GEO.

Anchorena se aclara la garganta antes de tomar la palabra.

—Los puntos críticos son, como ya habrán imaginado, las localizaciones que ya hemos citado más el ayuntamiento, donde tendrá lugar el acto final sobre las quince horas. En todas se ha reforzado la vigilancia a nivel de calle, edificios aledaños y subsuelo. No hemos querido, o podido —reconoce—, establecer el nivel de amenaza real al que nos enfrentamos. No contamos con precedentes, y tampoco estamos seguros de hasta qué punto un hombre en solitario puede actuar con tan poco margen por muy preparado que esté. Dicho esto, es evidente que el riesgo existe. Por ello se han establecido varios niveles de protección, verde, naranja y rojo, con medidas adaptadas a cada uno de ellos. También hemos desarrollado un protocolo de actuación en el caso de que el Principal-1 o parte del convoy sufriera un ataque, con rutas de evacuación diferentes en función del tipo de daño. ¿Dudas?

Nadie mueve un músculo.

—Bien —sigue Anchorena—. Entonces ahora vamos a...

Tres golpes en la puerta preceden la aparición de la que es, a ojos del que tenía la palabra, la mayor experta en interrupciones del planeta.

—Lo siento, pero nos acaba de llegar una información sensible que tengo que compartir con el señor Malpica —anuncia Inés de Marco.

El aludido, que intuye que nada bueno puede traer su colaboradora, se incorpora muy despacio.

—Continúen ustedes.

Fuera, la expresión acongojada de su colaboradora confirma sus sospechas. Lo que no esperaba es verla acompañada por un pelirrojo barbudo con casi tan mal aspecto como él.

—Pero ¿tú no tenías que estar...?

—Me han dado el alta —miente—. Tenemos un problema.

—Dos —corrige De Marco—. Sancho ha descubierto que hoy, 11 de diciembre, coinciden las fechas de la muerte de Cristina y de su aniversario de boda.

—En realidad ha sido Sara —matiza Sancho—. Los informes y ese diario que habéis encontrado: está todo relacionado.

Malpica tuerce la boca.

—Ella eligió esa fecha para suicidarse.

—Lo hemos comprobado —confirma De Marco—. Pero hay más.

Malpica se cruza de brazos.

—Venga, si ya, total...

—Nos acaban de reportar el robo en el almacén del Hospital Clínico Universitario de varias cápsulas radioactivas de cesio e iridio. Jodidamente radioactivas —matiza ella.

El de la Comisaría General de Información desvía la mirada hacia arriba.

—«Prepárense para sufrir de verdad cuando les robe la libertad, los mate de sed y envenene el aire que respiran» —rememora Malpica—. ¿Eso se puede esparcir por el aire?

—Sí. Además, el experto al que he consultado en Canillas en cuanto me he enterado me ha dicho que no hace falta mucho

material radioactivo para fabricar una bomba sucia. Y que si estalla en un área urbana los agentes contaminantes pueden tardar años en desaparecer.

—¡¿Años?! —repite Sancho.

—Eso me ha dicho, sí.

Malpica se lleva las manos a la cabeza y resopla.

—Claro, y qué mejor día para llevarlo a cabo que en el aniversario de su boda y de la muerte de su esposa —comenta el pelirrojo.

—Sin duda. Y de la visita del jodido presidente del Gobierno, aunque eso no podía saberlo. Igual tiene razón y el tipo está protegido por las deidades lugbara.

—Yo no lo descartaría —opina Sancho—. Tenemos que conseguir que pospongan la visita del presidente, porque como tenga previsto usar esa mierda, no va a haber un solo guardia del que podamos tirar para tratar de impedírselo.

Celso Malpica camina cuatro pasos pensativo. Luego se da la vuelta y deshace el camino.

—Pues, hale, valiente, entra conmigo y te encargas de convencerlos tú, que estás más acostumbrado a tratar con ratas y salirte con la tuya.

En algún lugar del subsuelo

Siete horas y tres minutos para la traca final

Necesita una bocanada de aire fresco.

Desde que se ha percatado de que le falta el diario de Cristina siente que le cuesta respirar. Se ha administrado un castigo a medias, y el hecho de haberse librado de la pena que él considera que le correspondía le oprime el pecho. Por ello camina buscando una salida al exterior que no esté concurrida y, aunque no tiene forma de saber con exactitud dónde está y no cuenta con ningún plano físico que le sirva de guía, se orienta tirando de sentido común: evitar los colectores principales.

En el que ahora se encuentra es de aguas residuales, por lo que

avanza siguiendo el haz de luz de su linterna, adaptando su cuerpo a la estrechez de la canalización ovoide, paso a paso, cargando con el peso de su gran error. No tarda en dar con un pozo de registro cuyas características le llevan a pensar que pertenece a la red antigua. Eso quiere decir que está en un barrio céntrico o cercano al centro. En cuanto empieza a subir los peldaños metálicos fijados al hormigón de la chimenea, aprecia una sensible mejoría en la calidad del aire. Ello le anima a acelerar el ascenso hasta que se detiene para comprobar que, en efecto, su móvil vuelve a tener cobertura. La localización le marca que se halla en la calle Asunción, cerca de la plaza Circular, una zona bastante poblada.

—Mierda —protesta.

Por mucho que necesite respirar aire puro, no puede arriesgarse a salir al exterior a plena luz del día en una zona tan concurrida. No tan cerca del desenlace. Pero puede aprovechar el espacio que hay entre los peldaños y la pared para apoyar media nalga y permanecer a esa altura unos minutos. Desde ahí se pueden oír los sonidos cotidianos de la calle: el tráfico y las voces de quienes transitan por encima de la tapa del pozo. De hecho, si aguza un poco el oído podría captar la conversación que están manteniendo los dos hombres de avanzada edad que están charlando a un volumen más elevado de lo normal.

—¡Menudo sinvergüenza que está hecho! ¡¿Ahora se le ocurre venir?! Pero ¡¿a qué?!

—A qué va a ser... ¡A hacerse la foto!

—¡A reírse de todos nosotros! A prometer cosas que no va a cumplir, como hace siempre. Mira, ahí viene tu autobús. Hale, que vaya bien.

—Lo mismo digo.

Intrigado, busca una página de noticias y enseguida despeja la incógnita.

«Pablo Márquez visita hoy Valladolid. La comitiva recorrerá los puntos de la ciudad donde se han producido los atentados y su periplo concluirá en el ayuntamiento, donde se celebrará, sobre las cuatro de la tarde, un acto institucional durante el cual se homenajeará a todas las víctimas.»

Era consciente de que hacía varios días que se hablaba de esa posibilidad, pero le resulta una burda coincidencia que se produzca hoy.

Aunque quizá no se trate de una coincidencia, sino de una señal.

Una señal de la que podría sacar partido.

Necesita cambiar de ubicación.

Cafetería Papillon

Seis horas y doce minutos para la traca final

«Un solo individuo, por mucho peligro que represente, no puede decidir sobre todo un Gobierno elegido democráticamente por la nación.» Esa ha sido la respuesta de la Moncloa después de que Sancho y Malpica convencieran a los miembros del CECOP de hacer todo lo posible para posponer la visita presidencial a la ciudad.

Pero todo lo posible no siempre es suficiente.

A menos de media hora para que Pablo Márquez aterrice en Villanubla, hartos del líquido imposible de calificar de la máquina de la Delegación del Gobierno, ambos se han ido a tomar un café en condiciones. Se les ha unido Antón Anchorena, a pesar de que en cuestión de minutos tendrá que estar metido en una furgoneta táctica desde donde coordinará el operativo y vivirá el desarrollo de una jornada cuyo desenlace no es capaz de prever.

Los clientes suman menos de una docena, pero hay una sola conversación, que tiene que ver, cómo no, con la noticia con la que se han despertado los vallisoletanos. La mayoría califica la llegada del presidente como una ofensa contra la ciudadanía, otros la consideran tan necesaria como tardía, y a los menos les parece un acto de valentía. Con el propósito de huir de tanto revuelo, los tres se sientan en una mesa del exterior, pese a que la temperatura no invita a ello. Les encantaría charlar de trivialidades, pero tienen muy presente que el día no tiene mucha pinta de ser trivial.

—Antes me he acordado de algo que me dijo Gavilán cuando me tenía retenido en su guarida subterránea —dice Sancho—. Algo así

como que éramos muy parecidos, pero que él era más disciplinado que yo. Que ya quedaba poco para la traca final y que disfrutara del espectáculo. Es la segunda vez que menciona eso de la traca final.

—¿Y crees que puede significar algo? —pregunta Anchorena.

—No sé. Este cabrón nunca habla por hablar ni hace nada por hacer. Si damos por bueno eso de que su perra murió durante unos fuegos artificiales, ¿igual está pensando en algo similar?

—Si lo ha pensado, seguro que lo tiene todo presto y dispuesto —aporta Malpica.

—¿Tipo mascletá radioactiva en el ayuntamiento en honor del presidente? —bromea Anchorena.

Malpica y Sancho se miran.

—Pues ojo. El caso es que yo sigo pensando que lo de la visita de Márquez no podía tenerlo previsto. Lo que tenga preparado tiene que ser una movida diferente —conjetura Sancho.

Suena el móvil de Anchorena, y, tras atender la llamada, este se levanta de la mesa.

—Márquez va a aterrizar ya —anuncia con aire cansado—. Me doy por invitado. Avisadme si hay algún avance de... lo que sea.

De repente, Anchorena frunce el ceño al ver a una mujer caminar directa hacia ellos con el rostro crispado.

—Joder, Sancho, ¿para qué coño tienes móvil? —se queja la recién llegada.

—¡Sara! —se sorprende el pelirrojo—. ¿Qué haces aquí?

—¡Venir a buscarte en persona a la Delegación del Gobierno porque no hay forma de contactar contigo! —le reprende—. Una mujer me ha dicho que veníais aquí.

Sancho comprueba que tiene el móvil silenciado desde que Malpica le dijo que entrara en la reunión del CECOP.

—Lo siento, tienes razón. Ella es la inspectora Robles, mi mujer. Celso Malpica y Antón Anchorena, de la Comisaría General de Información.

Sara les estrecha la mano antes de sentarse y se apropia de la taza de Sancho.

—Encantado, pero yo ya me marchaba —se despide Anchorena—. Lo dicho.

—¿Eso es...? —dice Malpica señalando lo que Sara sostiene en la mano.

—Sí, el diario de Cristina, por eso he venido. Pero antes necesito un café.

Sancho se encarga.

—¿Las niñas están con...? —se arriesga a preguntar.

—Con su verdadera madre, sí —completa Sara—. Están perfectamente atendidas hasta las cinco, cuando María empieza su turno. Ahora atiéndeme tú.

Para desesperación de sus oyentes, Sara invierte unos segundos de más en remover el azúcar con la cucharilla.

—He terminado de leer el diario. Como le dije a Sancho esta mañana —se dirige a Malpica—, hay muchos pasajes que están relacionados con los actos de Gavilán. Todo tiene un porqué, y los porqués están todos aquí —asevera posando su mano con delicadeza sobre el diario.

Sara se toma el café de un sorbo.

—Durante la lectura, pensé que Gavilán había interpretado esos pasajes a su manera, pero me equivocaba.

—¿Entonces? —pregunta Sancho nervioso.

—Lo último que escribió Cristina es del día 11 de diciembre de 2021, supongo que justo antes de meterse en el cuerpo esa cantidad de pastillas mezcladas con alcohol. O durante, porque la escritura es un poco diferente, más dispersa.

Sara coge el diario, busca la página y se lo entrega a Sancho.

—Lee desde aquí —dice ella marcando con el dedo un pasaje—: «Marco, si alguna vez volviera a verte...».

Malpica se inclina para leerlo al mismo tiempo.

Al cabo de unos segundos, el de la Comisaría General de Información toma aire y mira al firmamento arrobado, como si estuviera esperando que algún amable celícola le proporcionara ayuda divina.

—Madre de Dios —evalúa.

Sancho termina de leer en ese instante, cierra el diario y se lo devuelve a Sara.

—Ahora sí que estamos jodidos.

Calle de Teresa Gil

Cinco horas y dos minutos para la traca final

Los reportes de cada uno de los jefes de equipo que componen el operativo en la calle no dejan de sonar por los transmisores. «Sin novedad» son, por suerte, las palabras más repetidas.

El zumbido discreto pero constante de los ventiladores e inversores de corriente es la banda sonora que acompaña a Antón Anchorena y a las tres personas que componen su equipo. El habitáculo de la furgoneta táctica es un rectángulo comprimido pensado para ser oficina, cuartel y puesto de mando móvil a la vez. La atmósfera que impera, a pesar de los sistemas de ventilación, le sigue recordando a las que respiraba cuando le empezaron a poner al frente de distintas operaciones de vigilancia e intervención en el País Vasco. Eso sí, sin el persistente olor a humo de tabaco que dominaba el reducido espacio que compartía con sus compañeros. Lo que ha cambiado radicalmente son los medios técnicos con los que cuenta. Tres estaciones diferenciadas —proceso de datos, comunicaciones y mando de operaciones—, pantallas de seguimiento, de recepción de imágenes en vivo, de gráficos y otras vainas de naturaleza táctica a las que Anchorena no presta ninguna atención. Bastante tiene con haber aceptado subirse de nuevo al cuadrilátero para afrontar este segundo asalto. Pero, claro, los pesos pesados como él son de los que hay que noquear si pretendes llevarte el cinturón. Y si de algo puede presumir el navarro es de su capacidad para encajar golpes.

—Jefe Alfa al puesto de mando —escucha Anchorena—. Salimos de plaza de España en dos minutos. Equipo Alfa preparado para iniciar el recorrido hasta la catedral.

—Jefe Águila, recibido. Por arriba todo despejado.

—Jefe Subsuelo, recibido. Sin novedad.

—Jefe Uno. Nos ponemos en marcha hacia el punto de control dos —comunica Anchorena—. Seguimos atentos.

La mujer que opera en la estación de comunicaciones se gira para llamar la atención de Anchorena.

—Tiene una llamada urgente de la comisaría de Delicias.

—Pásamela.

—Soy el subinspector Matesanz. Tenemos a la espera a Adro.

Escuchar esas cuatro letras le supone un directo al mentón que no puede esquivar.

—Lo hemos verificado —continúa escuchando—, es él. Quiere comunicarse con Sancho, y no sabemos si sigue en el hospital o ya está operativo.

—Sí, lo está.

—Pues tiene el móvil apagado.

—La madre que... Intentadlo con Celso Malpica o con Sara Robles, que están con él.

—Gracias.

Cafetería Papillon

Cuatro horas y cuarenta y un minutos
para la traca final

Celso Malpica se ha pasado al agua con gas y Sara Robles a la menta poleo, mientras que Sancho ha seguido con el café.

Han abierto un interesante debate en el que los tres parecen coincidir en algo: no creen que el presidente del Gobierno sea un objetivo de Marco Antonio Gavilán. Se basan en que su nombre no aparece en ningún momento en el diario, lo cual es un argumento de mucho peso; sin embargo, el de la Comisaría General de Información no termina de fiarse del todo.

—Que no lo haya programado no significa necesariamente que no vaya a aprovechar la ocasión que le estamos brindando en bandeja de plata —opina Malpica—. Ya nos ha demostrado que también es capaz de improvisar si la situación lo requiere, y tampoco es que se le dé mal del todo.

—No, nada mal —coincide Sara.

Celso Malpica atiende una llamada.

—Pero el caso es que no ha hecho nada que no esté aquí escrito

—interviene Sancho—. Nada. Además, y esto creo que es lo más importante, ella no...

—¡Un segundo! —le interrumpe Malpica agitando su móvil—. Es de comisaría. Gavilán quiere hablar contigo.

El pelirrojo pestañea varias veces, incrédulo, y tensa la mandíbula.

—¿Lo están grabando? —pregunta Sancho.

—Seguro.

El pelirrojo toma aire al tiempo que extiende la mano.

—Inspector Sancho —contesta después de activar el manos libres y dejar el teléfono sobre la mesa.

—Me alegro de escuchar su voz, inspector. Espero que no tardaran demasiado en encontrarle.

—Bueno, antes de que lo hicieran mis compañeros me encontraron las ratas, y la experiencia no resultó nada agradable.

—¿No me diga? Le prometo que no fue mi intención —dice con aparente sinceridad—. Siento que tuviera que pasar por algo así, sé muy bien cómo se ponen esos bichos cuando se alteran.

—Más lo sentí yo, créame, pero aquí sigo. Dígame qué es lo que quiere.

—Me debe una, inspector. Una gorda.

—¿De verdad cree que estoy en deuda con usted?

—Sí, así lo creo. Otro en mi situación habría acabado con usted.

Sancho mira a Sara, y esta le indica que le haga hablar dibujando una rueda en el aire con los índices. Malpica asiente.

—Bien, y si así fuera, ¿cómo podría pagarle?

—Tienen algo que me pertenece y que quiero recuperar.

Las miradas de los tres convergen hacia el mismo sitio: el diario.

—Tenemos muchas cosas que le pertenecían, en efecto. Como no sea más concreto...

—Lo único que tiene valor sentimental para mí.

Silencio.

—¿Se refiere al diario de su mujer?

—Sí —reconoce.

—Es cierto, lo tenemos.

—Quiero que me lo devuelvan.

—Sabe que no está en la tesitura de exigir nada. Aunque a mí me

haya perdonado la vida, yo no puedo tomar esa decisión.

—Entonces que la tomen los que la tengan que tomar.

—No funciona así. Me tiene que ofrecer algo a cambio.

—¿La vida del presidente le parece bien?

Plaza de Portugalete

Cuatro horas y treinta minutos para la traca final

El zumbido constante dentro del habitáculo se sincroniza con el que suena en su cabeza. Tiene muy presente que algo pasa con Gavilán cuando quiere comunicarse de nuevo con Sancho, pero, embarrado hasta las cejas en el operativo que debe coordinar, no es capaz de sacar un segundo libre para averiguar qué está pasando.

De momento, a punto de agotarse el tiempo de visita en la segunda etapa fijada, la catedral, no se han presentado más problemas que los derivados de la coordinación de tantos intervinientes.

La aparición del nombre de Celso Malpica en la pantalla de su móvil le invita a pensar que ese estatus de moderada tranquilidad podría cambiar de inmediato.

—Dime.

—Gavilán acaba de amenazar con atentar contra la vida del presidente. Deberías tomar las medidas oportunas y comunicarlo a Moncloa.

—¿Es creíble? Es decir, ¿te parece que hay posibilidades de que ocurra?

—Sí —contesta tajante.

—Joder de Dios. Me pongo a ello. Gracias por el aviso.

Anchorena se concede unos segundos para evaluar la situación y tomar decisiones.

—Puesto de mando a todos los indicativos —dice por el equipo de transmisión—. Pasamos a nivel naranja. Repito, nivel naranja. Quiero a Principal-1 fuera de alcance.

—Jefe Alfa, recibido. Procedemos.

Mientras llegan el resto de las confirmaciones, es el nombre de Carlota Medina, del Departamento de Seguridad de Presidencia, el que aparece en la pantalla del teléfono.

—¿A qué se debe? —pregunta directamente.

—Ramiro Sancho está hablando con Gavilán y este le ha amenazado con atentar contra el presidente. Hay que avisar a Moncloa y que nos digan cómo proceder. De momento pasamos a nivel naranja, pero deberíamos cancelar.

—De acuerdo. Te llamo en cuanto tenga noticias.

Y estas llegan a los cuatro minutos.

—Continuamos en nivel naranja —le dice—, a Moncloa no le basta una amenaza verbal. Extremamos precauciones en el Duque de Lerma y el ayuntamiento.

Anchorena encorva la espalda como si de repente su asiento se hubiera vuelto incómodo.

—Recibido.

Cafetería Papillon

Cuatro horas y veintiséis minutos para la traca final

Desde que Gavilán ha amenazado con atentar contra Pablo Márquez, Sancho ha tratado de hacerle ver que sería un grave error para él poner en marcha un plan improvisado y a la desesperada. Entretanto, Malpica ya les ha confirmado que el periplo del presidente continúa para desgracia de todos.

—Son riesgos que he de asumir, no me importa —argumenta Gavilán—. Si tengo que morir por ese diario estoy dispuesto a hacerlo. Porque supongo que el presidente no ha venido a anunciar que acepta mi propuesta, ¿verdad?

—Me temo que no.

Malpica le pone delante la pantalla del móvil, en la que puede leer: «Intercámbiaselo por las cápsulas radioactivas».

—Quizá, y solo quizá —remarca Sancho—, los mandos accederían a intercambiarlo por las cápsulas de iridio y de cesio que sustrajo del

Hospital Clínico. ¿Es así como va a robarle el aire a toda una ciudad?

Silencio.

—¿En eso consiste la traca final? —insiste Sancho—. No puedo considerarme un experto en la religión que profesa, pero no creo que sus dioses aprobaran eso para restablecer el equilibrio.

—Cada uno tiene que cumplir con sus obligaciones. Eso no lo dicta ninguna religión.

Sancho detecta una oportunidad y no se lo piensa.

—Cierto, y en su caso lo dicta Cristina. Nos ha estado engañando desde el principio: sus actos no los ha llevado a cabo por iniciativa propia ni tenían el propósito que nos ha intentado hacer creer.

—Explíquese.

Sancho abre el diario por la marca.

—Leo textualmente la última anotación del diario, fechada el 11 de diciembre de 2021. «Marco, si alguna vez volviera a verte te pediría que hicieras algo por mí. Considéralo mi primer y último regalo de aniversario de boda. Me encantaría que los que se han encargado de meterme en este pozo del que ya no voy a salir pagaran por ello. Llámalo justicia, o venganza, ya me da igual. No sé ni por dónde empezar. Sí, por el gordo repugnante de Gustavo Cuadrado, que se apropió de mis ideas para ponerse más medallas. Medallas que no necesitaba. Puto Tragaldabas, ojalá reventara por dentro como el gordo de la escena de *El sentido de la vida* de Monty Python. Y al alcalde, por consentírselo y defenderlo, le deseo una muerte lenta y dolorosa. Pero que antes de eso asistan a la destrucción de las obras que me robaron, las fuentes que yo diseñé, la iluminación de la torre de la catedral..., todo. Que se jodan.»

El pelirrojo se humedece los labios antes de continuar leyendo.

—«Y que se muera también el chapa de Gérar, por baboso. Bueno, no, que se muera no, pero estaría muy bien que explotara su maravilloso apartamento del Duque de Lerma, donde tantas veces quiso llevarme. ¿De verdad pensaba que se me iban a aflojar las bragas? Imbécil. Y no me olvido tampoco de las cabronas de mis amigas y los rancios de mis compañeros de curro. ¡Qué coño! De todos mis paisanos, que jamás me dieron bola. Mira, ahí tenías razón, no debí volver a Valladolid. Aquí me falta el aire, ojalá

supieran todos ellos lo que es vivir así, sin poder respirar. Pero, sobre todo, Marco, me gustaría mucho que tú te fueras al infierno. Es donde mereces estar por apartarme de ti, por priorizar siempre tu carrera, tus misiones y tus mierdas. Por empeñarte en rescatar al mundo entero de su miseria, a todo el mundo menos a mí. Lo confieso, tengo tanto odio acumulado en las venas que es imposible vivir de esta manera. Por eso he tomado la decisión de terminar de una vez con este sufrimiento. Porque no aguanto ni un solo día más. Todos a la mierda, incluida yo, y a la mierda el que lo lea. Hasta nunca.»

Sancho toma aire.

—Está cumpliendo con su mandato —remata.

Silencio.

—Así es. Así ha sido y así será —reconoce en un tono furibundo.

—No tiene por qué terminar de ese modo.

—Por supuesto que sí. Ya sabe cómo y cuándo va a terminar esta historia. El reto es averiguar dónde.

—Escúcheme, por favor. Estamos seguros de que Cristina estaba ya bajo los efectos del alcohol y los barbitúricos cuando escribió eso. Estoy convencido de que ella no deseaba de verdad que usted se convirtiera en su brazo ejecutor.

—No importa que estuviera o no en plenitud de facultades cuando lo escribió. En su fuero interno, trastornada o cuerda, lo deseaba, y por eso no voy a fallarle. No sé a usted, pero, para mí, las últimas palabras de los muertos pesan más que las leyes de los vivos.

—No puede castigar a toda una ciudad por lo que usted cree que es la última voluntad de su mujer.

—Claro que puedo, ya debería haberse convencido de ello. Fabricar una bomba sucia está a mi alcance si dispongo de los materiales, como es el caso.

Sancho busca algo que decir en los rostros de Celso Malpica y de Sara, pero solo encuentra la misma carencia de ideas.

—Y ahora quiero preguntarle una cosa, inspector.

—Pregunte.

—¿Puedo confiar en usted?

—No le entiendo.

—Lo entenderá cuando llegue el momento.

—Puede confiar en que, cuando llegue ese momento, haré lo que crea que tengo que hacer.

—Eso es lo que quería escuchar. Gracias, inspector.

La llamada se corta. Sancho aprieta los párpados y permanece unos segundos callado, procesando lo ocurrido.

—¿Alguien sabe qué acaba de pasar? —pregunta.

—Solo él lo sabe —responde Malpica.

—Y ahora ¿qué? —se pregunta en voz alta.

—Él lo ha dicho —interviene Sara—. Sabemos el cómo, con las cápsulas radioactivas, y el cuándo, hoy. Solo tenemos que averiguar el dónde.

—*Solo* —repite Sancho—. Podría ocurrir en cualquier punto de la ciudad.

—Sí, pero debe tener sentido para él —argumenta Sara—. No le vale *cualquier punto*.

Inquieto, Sancho se tira de los pelos de la barba.

—Entonces... ¿Descartamos por completo que vaya a intentar algo contra el presidente Márquez?

Nadie contesta.

Escombros del edificio Duque de Lerma

Tres horas y cincuenta y dos minutos
para la traca final

Había visto decenas de imágenes de los lugares afectados por las explosiones, pero ser testigo directo de tanta calamidad le está causando mella. Su estómago se ha petrificado y licuado casi al mismo tiempo al ver los destrozos de la plaza de España; en la catedral se le ha rasgado el alma al comprobar que los daños patrimoniales son prácticamente irreversibles; y ahora, frente a ese cúmulo de escombros que antes formaban parte de un majestuoso edificio, nota que se le está arrugando el corazón. Ese corazón que sus detractores aseguran que no tiene.

Y puede que no les falte razón.

Pablo Márquez se arrepiente de no haber visitado antes la ciudad. El nivel de amenaza lo justificaba de cara a la opinión pública. Sin embargo, uno no puede engañarse a sí mismo, y en su fuero interno es consciente de que si hubiera dado un puñetazo en la mesa habría impuesto su criterio a las recomendaciones de su gente de seguridad. Lo peor de todo es que aún no han sabido cuantificar los daños materiales, ni siquiera el número real de afectados, pero las primeras conversaciones con el Consorcio de Compensación de Seguros no han sido muy halagüeñas en cuanto a los fondos disponibles y los plazos para la resolución de las indemnizaciones. Por eso, de algún modo comprende las concentraciones de protesta que se están produciendo en varios puntos de la ciudad.

—Como puede observar —le dice el jefe de bomberos—, solo queda en pie parte del armazón de acero y hormigón que lo sujetaba. Al producirse esa gran explosión en el garaje se dañó la estructura e hizo que el edificio colapsara hacia el río. Vamos a necesitar medios especiales para retirar todo el material. Y tiempo.

—Las toneladas de escombros depositadas en el lecho del río han provocado un taponamiento parcial del cauce, que a su vez ha causado una alteración del flujo. En un futuro esto podría causar un desbordamiento de sus aguas a su paso por la ciudad. Y este no es el mayor de los problemas, claro. Esos materiales finos y pesados que ahora contaminan el agua podrían provocar, en un futuro, efectos catastróficos sobre la flora y la fauna acuáticas.

Pablo Márquez se gira para identificar la voz de esa persona de Medioambiente que le está advirtiendo del peligro que acecha a los peces del Pisuerga. Este, un hombre joven con pinta de no haberse ensuciado nunca las manos, capta el mensaje oculto en su mirada y se traga las siguientes palabras que tenía pensado pronunciar. Porque el mayor de los problemas no lo tienen los peces, que no votan; lo tiene él como no demuestre que es capaz de poner fin a esta crisis.

Abrumado, siente la repentina necesidad de marcharse del lugar, pero, al igual que ha hecho en las anteriores paradas, tiene que colocar una corona de flores en honor a las víctimas que perdieron la

vida en ese punto.

—Vamos a avanzar —le susurra a Carlota Medina.

Pero ella, en vez de atenderle, presiona el auricular que tiene en el oído al tiempo que le agarra con fuerza del brazo.

—¡A los coches, rápido! —ordena.

Avenida de Salamanca, 1

Tres horas y cuarenta y nueve minutos
para la traca final

—¡Identificado un sospechoso ascendiendo por la estructura metálica del Duque de Lerma! —se escucha informar por el equipo de transmisión.

Antón Anchorena, que estaba enfrascado en una discusión con el jefe de la Policía Municipal para ampliar el perímetro de seguridad en torno al ayuntamiento, hace rodar su silla para situarse frente a las pantallas que monitorizan el exterior.

—¡Aquí! —le indica la operadora de drones.

En la imagen, encaramado al esqueleto metálico que ha permanecido en pie, un hombre con un pasamontañas y una mochila a la espalda trepa sin demasiada presteza.

—Puesto de mando a todos los indicativos. Nivel rojo —ordena—. Evacuamos a Principal-1.

—Jefe Alfa, recibido.

—¿Es él? —pregunta Anchorena en voz alta—. ¿Y qué es eso que sobresale de la mochila?

—Imposible saberlo —responde alguien.

—Fijando objetivo con cámara EO —comunica la operadora del dron—. Amplío el zoom y cambio a visión térmica.

Silencio.

—El objeto es metálico —confirma.

—¿Podría ser el cañón de un rifle de precisión? —pregunta Anchorena.

—El zoom está al máximo, pero no es posible precisarlo.

—Aquí Águila Tres en azotea, a setenta y ocho metros del objetivo. Objetivo a tiro. Espero instrucciones.

—El sospechoso está sacando algo del bolsillo —advierte la operadora.

—¡Podría ser un detonador a distancia! —elucubra Julio Garrido alterado.

—Aquí Jefe Alfa. Principal-1 en el vehículo. Procedemos a la evacuación.

Antón Anchorena evalúa la situación mientras en el interior de la furgoneta táctica se produce un intenso debate sobre la amenaza.

—¡Podría tener un explosivo de gran magnitud preparado para cuando pase el convoy! —se reafirma Garrido—. ¡Por eso se ha colocado en altura, para verlo mejor! ¡Hay que abatirlo!

—Diría que el sospechoso está apuntando con el dispositivo al convoy —informa la operadora.

Anchorena chasquea la lengua.

—No tenemos confirmación de que sea Gavilán, ni de que eso que sostiene en la mano sea un detonador.

Airado, Garrido se incorpora, se quita las gafas y se acerca a un palmo de la pantalla. Mientras examina la imagen, respira de forma entrecortada.

—¿No se puede mejorar la calidad de la imagen?

—Está al máximo de resolución —responde la operadora—, pero puedo capturar la imagen y ampliar.

La operadora tarda tres segundos en hacerlo.

—Nada, no se ve una mierda —evalúa Garrido—. Pero ¡¿qué demonios iba a hacer alguien ahí subido?! ¡Tiene que ser él!

—Jefe Alfa a puesto de mando —se escucha por el equipo de transmisión—. Tenemos problemas para evacuar. Una concentración de protesta nos impide el paso. Buscamos ruta alternativa.

—¡Joder! —protesta Garrido—. Se lo estamos poniendo a huevo. Yo asumo la responsabilidad como responsable de la seguridad del presidente.

—¿Está seguro? —pregunta Anchorena.

—¡Dé la orden!

—Puesto de mando a Águila Tres. Tiene permiso para realizar un

disparo no letal.

—Águila Tres. Recibido.

Escombros del edificio Duque de Lerma

Tres horas y cuarenta y siete minutos para la traca final

No puede decirse que a Gerardo Méndez le haya sonreído la vida ni que sea un tipo con suerte. De hecho, nació muy estrellado, y a lo largo de su histórico vital nunca ha logrado revertir esa tendencia que le ha hecho cosechar muchas más derrotas que victorias. Quizá por ello su cabeza no funcione como la del resto de los mortales.

Su padre, buscavidas de profesión, decidió cruzar el charco y probar fortuna en las Américas el día después de que Paloma, su novia de toda la vida, le dijera que estaba embarazada. Apareció muerto en una pensión de Río de Janeiro con nueve cuchilladas, una por cada mes de gestación del hijo del que quiso desentenderse.

El pequeño Gerardo creció en el barrio de Lavapiés viendo cómo las distintas parejas que iban pasando por la cama de su madre le consideraban una carga. No destacó en los estudios, ni en el deporte, ni en ninguna otra faceta que le facilitara escapar del pozo de carencias en el que le había tocado desarrollarse. Cuando él tenía trece años, su madre empezó una relación con un hombre que acababa de heredar una casa en Valladolid y que tenía una hija dos años mayor que Gerardo. El inicio de la pubertad y el tamaño de los pechos de su hermanastra le pasaron por encima como una apisonadora, y desde entonces nació en él la necesidad de gustar a las chicas sobre todas las cosas. Como no era muy agraciado en lo físico, resolvió que debía hacer uso de un superpoder que él llamaba persistencia, y el resto era cuestión de dar la *chapa*. El problema era que no se veía capaz de decidirse solo por una, por lo que tiraba los trastos a todas las que le trataban con cierta amabilidad y, por supuesto, tenían curvas pronunciadas. Gerardo ahorraba las propinas para invertirlas en regalos, que acompañaba de notas en

las que expresaba su sentir. Aquello le hizo estar en boca de todos sus compañeros de clase, ya bautizado como el Chapa. No consiguió su objetivo hasta los diecisiete, cuando Asun se cruzó en su camino y cedió ante su tozudez durante los casi dos minutos que duró el coito. No repitió. Él, sin embargo, lo vio como un refrendo de su estrategia y se lanzó a tumba abierta a por la chica que desde siempre más le había llamado la atención: Cristina.

Hoy habría sido denunciado por acoso, pero en aquellos días las persecuciones amorosas no se percibían igual. Fracasó una y otra vez en cada intento de salir con ella. Pero él, pico y pala, a lo suyo. Conocía a la perfección su rutina y los lugares que frecuentaba, por lo que se hacía el encontradizo con la esperanza de que en alguna ocasión sucumbiera a sus encantos. Y así estuvo hasta que ella se licenció en Arquitectura y se marchó a hacer prácticas a Almería. Fue entonces cuando quiso dar un giro a su vida y se alistó en el Ejército. Allí descubrió que su constancia sí tenía cabida en aquel mundo, y poco a poco se fue ganando un espacio en un lugar en el que no destacaba, pero en el que al menos no sentía rechazo. Su capacidad para no gastar más de lo estrictamente necesario le hizo ahorrar una cantidad que sumó a lo que su madre le dejó en herencia cuando falleció de cáncer, montante suficiente para pagar la entrada de la hipoteca de un piso en el mejor y más destacado edificio de la ciudad: el Duque de Lerma. Su logro más importante, la prueba irrefutable de que la insistencia acaba dando sus frutos.

Su vida discurría por aguas mansas hasta que se enteró de que el amor de su vida había vuelto a Valladolid. El caprichoso destino había querido que se casara con Marco Antonio Gavilán, con el que había coincidido hacía años en el Líbano. Todo lo que había escuchado sobre él sonaba a película de Hollywood, muy lejos de su alcance, pero resultó que, de tan cierto que era, le había acabado pasando factura y le había hecho perder a Cristina, que había decidido reencontrarse con sus raíces. Él no estaba dispuesto a dar la espalda a la nueva oportunidad que le estaba brindando el destino, pero tampoco tuvo suerte en esa etapa de reconquista —aunque, en realidad, se trataba de un territorio nunca conquistado—. Misma estrategia, idénticos resultados.

Otro fracaso sentimental.

Al enterarse de la muerte de Cristina, sufrió de un modo absurdo la pérdida de alguien a quien creyó amar pese a que jamás había establecido con ella un lazo afectivo.

Se encontraba en pleno proceso de recuperación cuando recibió la llamada de Gavilán. No lograba salir de su asombro cuando le dijo que quería hablar con él de Cristina. Días más tarde fue a visitarle al cuartel, y aunque intuía que no intentaba forjar ninguna amistad, no sospechó que pretendiera aprovecharse de él ni que, desde luego, tuviese la intención de volar el edificio donde él vivía.

Asistir al momento en el que su vida se convertía en un montón de escombros hizo que sus cimientos personales cedieran ante el peso de la evidencia: nada tenía. Con su futuro profesional en entredicho hasta que se aclararan los hechos, su amor bajo tierra y él sin techo, no le quedaba otra que luchar por sus derechos y los de todos los afectados por la locura de Gavilán.

Así, autoerigido en adalid de esa causa, en cuanto se ha enterado de que por fin el presidente del Gobierno se dignaba a visitar la ciudad ha burlado el cordón policial de madrugada y ha aguardado pacientemente entre los escombros de lo que un día fue su hogar con un solo propósito: ofrecer al mundo una visión diferente sobre los terribles sucesos de Valladolid. Gerardo Méndez no pretendía otra cosa que grabarse encaramado en lo que quedaba del edificio protestando contra la falta de medidas institucionales para resarcir los daños causados. Por eso llevaba el palo selfi en la mochila, pero en cuanto se ha percatado de que Márquez abandonaba el lugar, ha decidido grabarle e increparle con la esperanza de que su vídeo se volviera viral.

Así funciona la cabeza de Gerardo Méndez.

O funcionaba, porque hace apenas unos segundos que ha dejado de estar operativa. La bala de calibre 7.62 que le ha atravesado el bíceps femoral le ha hecho perder el equilibrio, y a pesar de que la caída no superaba los tres metros, su cuerpo se ha ensartado en tres varillas de hierro que sobresalían de un bloque de hormigón que le han atravesado ambos pulmones y el corazón.

Por suerte, ha muerto casi en el acto.

Si es que a eso se le puede denominar suerte.

Cafetería Papillon

Tres horas y treinta y seis minutos para la traca final

—En realidad, ni siquiera sabemos el cuándo —objeta Sara—. Es decir, pensamos, y yo creo que estamos en lo cierto, que la maldita traca final va a ser hoy. Pero el día tiene veinticuatro horas.

Hace unos minutos que han decidido trasladar el debate al interior de la cafetería. La baja temperatura, a pesar de que es llevadera, es un martillo pilón que ha ido machacando su resistencia al frío durante el tiempo que llevan ahí reunidos.

—Eso ya es pretender hilar muy fino —dice Malpica.

—Demasiado —coincide Sancho—. A mí me sigue interesando mucho más averiguar dónde lo hará.

—Bueno, y ya que nos ponemos palos en las ruedas —interviene Sara—, tampoco sabemos cómo. Tenemos claro que pretende utilizar las cápsulas radioactivas, y se supone que va a esparcir el contenido por el aire, ¿no? Pero ¿cómo?

—Hay que joderse...

Celso Malpica mira la pantalla de su móvil como si fuera la primera vez que ve ese extraño artilugio.

—Disculpadme un segundo.

—Antes, Anchorena ha dicho algo que nos hemos tomado a cachondeo, pero no paro de darle vueltas —retoma Sara—. Algo así como una mascletá radioactiva. Vale. ¿Y si Gavilán se hubiera hecho con más fuegos artificiales del almacén ese de Madrid que hizo desaparecer del mapa?

El pelirrojo se acaricia la nuca pensativo.

—Pongamos que sí. Sigue.

—Es que le daría sentido a eso de la traca final, ¿no? Él funciona de esa manera: todo tiene que encajar. Mete las cápsulas en las carcasas y fiuuuuu —dice acompañando esta última expresión con un gesto.

—Bien. Pero si fuera de ese modo tendría que lanzarlas desde algún lugar elevado, no creo que monte el tenderete de los fuegos en la calle Santiago.

Sara abre mucho los ojos.

—Espera, espera, espera...

Sara abre la carpeta y empieza a pasar folios buscando las transcripciones.

—En una de las primeras conversaciones que mantuvo contigo, cuando te contó la movida de su perra, mencionó que veía la ciudad divirtiéndose o algo así. Eso significa que estaba en un punto elevado. Aquí está, lee.

—«En las últimas ferias salí a pasear con Kivu, mi perra, el único ser vivo que me importaba. Lo único que me quedaba. Y por culpa de sus malditos fuegos artificiales la perdí. Ustedes me la arrebataron. Y mientras yo sostenía su pequeño cuerpo sin vida, contemplaba desde lo alto cómo Valladolid entera se divertía. Ese desequilibrio hay que corregirlo, y como ustedes no piensan hacerlo, me tengo que encargar yo.»

—Y luego te cuenta lo de cambiar la ley y bla, bla, bla.

Celso Malpica regresa con semblante fúnebre.

—La hemos cagado bien cagada —anticipa—. Era Fernández Villanueva, mi jefe. Hemos abatido a un hombre en el Duque de Lerma durante la visita de Márquez.

—¿Abatido? —pregunta Sancho.

—Está muerto. Se ordenó un disparo no letal, pero estaba a cierta altura, y, al caer, adiós.

Sara Robles resopla.

—Pero ¿había alguna amenaza? —pregunta.

—Creyeron que podía tratarse de Gavilán porque iba con pasamontañas y llevaba algo sospechoso en la mano, tal vez un dispositivo para detonar un explosivo. Los de seguridad del presidente se pusieron nerviosos y fin de la historia.

—¿Y ahora qué?

—Villanueva nos ha convocado en la sede de la Delegación del Gobierno para ver cómo afrontamos esta crisis. Me tengo que ir.

—Todo mal, joder —comenta Sancho.

—Pero todavía puede ir a peor: la gira triunfal del presidente continúa. Hablamos.

Sara y Sancho observan alejarse a Celso Malpica como reo al cadalso.

—Y nosotros, ¿qué? —se pregunta Sancho.

Sara consulta el reloj del móvil.

—Aún nos queda una hora y media de niñera: seguimos. Creo que estamos cerca.

—¿Cerca de qué?

—No lo sé, pero cerca. Pídeme otra mierda poleo de estas, que me siento inspirada.

En algún lugar del subsuelo

Dos horas y cincuenta y cinco minutos
para la traca final

Ha tardado más de una hora en desplazarse hasta el punto que ha fijado para salir al exterior. Al carecer de plano ha tenido que deshacer el camino dos veces, pero por fin está en el colector correcto, que le lleva hasta la arqueta ubicada en la calle Monasterio de la Santa Espina, a los pies del cerro de Las Contiendas. Tenía varias opciones, pero ha mantenido la que eligió y marcó en su día porque está frente a un solar sin edificar.

Su reloj marca las 15.16, por lo que aún le queda tiempo.

El tiempo que le queda.

Se sienta en el cemento y apaga la linterna para ahorrar batería, pero, principalmente, para llenarse de la oscuridad placentera que necesita para reflexionar sobre un pensamiento, una idea que no ha dejado de perseguirle desde que ha hablado con el inspector Sancho.

«Estoy convencido de que ella no deseaba de verdad que usted se convirtiera en su brazo ejecutor.»

—¿Qué tienes que decir a eso, Cris? ¿Era o no era lo que querías que hiciera por ti?

El silencio devora sus palabras.

—¿O solo querías vaciarte? Igual tu diario era eso: una carta que nunca tenías pensado enviar. Porque, si yo no te hubiera mandado ese mensaje por nuestro aniversario, no me habría presentado en tu casa y jamás lo habría encontrado.

Una risa hueca choca contra la humedad de las paredes.

—¿Entonces? ¿Crees que tu voz la hice mía para tener una excusa que diera sentido a mi vida? Puede que solo quisieras que te dejara marchar y que ahora te estés avergonzando otra vez más de mí.

El Témpano nota que se le humedecen las mejillas.

—Mis dioses ya no me hablan. Hace tiempo que me dieron la espalda. No lo hagas tú, por favor. Si me he equivocado, amor mío, házmelo saber de algún modo. Tenemos margen todavía.

Cafetería Papillon

Dos horas y cuarenta y un minutos para la traca final

Con dos dedos, Sara amplía y reduce el mapa sobre la pantalla del móvil para desesperación de Sancho. Se la nota excitada, como una adolescente cuando sabe que tiene razón.

O por una sobredosis de menta poleo.

—A ver. Si nos fiamos de lo que Gavilán te contó, salió a pasear con el perro...

—La perra —la corrige Sancho.

Sara le atraviesa con la mirada.

—La perra. Sabemos que esos días se alojaba en casa de Cristina, en Girón. Aquí —señala con el índice—. Lo lógico es que no fuera hacia el centro porque siendo ferias estaría petado. Vale. Aquí enfrente tiene un descampado, pero si nos fiamos de lo que te dijo, contemplaba desde lo alto cómo la ciudad se divertía. Desde lo alto, joder.

Sara da una fuerte palmada.

—¡Tiene que ser aquí! Tiene que ser en el cerro de Las Contiendas.

—Puede ser, sí.

—¡Pues claro! Tiene sentido que sacara al perro, a la perra —rectifica—, a pasear por aquí, pero es que esto lo enlazo con la traca final y la chorrada que dijo Anchorena de la mascletá.

—Gavilán pudo llevarse el material del almacén perfectamente, y cuadra con su manera de actuar. Encaja a la perfección, pero la zona es enorme —juzga Sancho.

Saca su teléfono y abre una sesión de Google mientras Sara sigue examinando el mapa.

—Aquí dice que tiene sesenta y seis hectáreas y diecisiete kilómetros de caminos y senderos —aporta él.

—¡Sí, pero si hay un sitio ideal para lanzar unos fuegos, ese es el mirador de la Dehesa!

—¡Joder, claro! Desde ahí se ve la ciudad. Habría que poner en marcha un operativo cagando leches.

Sancho busca el contacto de Celso Malpica.

—Mierda, lo tiene apagado.

—Dijo que iba a la Delegación del Gobierno, ¿no?

—Eso dijo.

—Pues, hala, vuela.

Y eso hace.

O lo intenta. De hecho, le encantaría poder volar sobre la marabunta de personas que rodean ese edificio. El grito de «Asesinos, asesinos» es lo más repetido por la multitud, por lo que Sancho deduce que la noticia de la trágica muerte de ese civil ha corrido como la pólvora. Hay gente de todas las edades, pero lo que se aprecia por encima de todo es indignación. Sus expresiones faciales parecen sacadas de *La carga de los mamelucos* de Goya. De algún modo, Sancho empatiza con ellos. Tienen todo el derecho del mundo a manifestar su irritación. Son muchos los fallecidos, mucha la destrucción, y cuando una población entera se siente indefensa, suele tardar muy poco en tomar medidas.

Y él, por la parte que le toca, se siente culpable.

No obstante, tiene que hablar con Malpica como sea. Primero se echa a un lado y vuelve a llamarle por teléfono con idéntico resultado. Acto seguido dedica unos segundos a analizar la situación.

Hay un cordón de agentes de la Unidad de Intervención Policial —Grupo VII, indicativo Reno— intentando que la gente mantenga la calma, pero en sus ojos se puede leer el miedo a que la situación se descontrole en cualquier instante. Tratar de llegar hasta la puerta e identificarse no es la mejor opción, pero es la única, por lo que no se lo piensa y se filtra como el agua entre las rocas. No obstante, ni él es líquido ni los cientos de personas que se interponen en su camino están estáticos, y cada vez que entra en contacto con alguno se acuerda de las mordeduras de las malditas ratas.

—¡Mierda, joder!

Una botella que vuela como un proyectil balístico por encima de sus cabezas estalla a los pies de uno de los uniformados. Se escuchan varios «tenemos que entrar» que son jaleados por los más alborotados, mientras que otros, menos entusiastas, buscan con la mirada posibles rutas de escape. Alguien sopla un silbato —un pitido largo— y, de repente, se forma una muralla orgánica de policarbonato y metal. Hombro con hombro, a pasos cortos, los policías avanzan en dos filas al tiempo que conminan a los presentes a retroceder a través de un megáfono.

Pero eso no va a pasar.

Desde donde está, Sancho ve que comienzan los empujones en la primera línea de frente y los procesa como una oportunidad. Sabe que los agentes no van a tardar en recibir la orden de cargar, y los que le rodean también, porque cada vez rugen más y más fuerte, cual fieras antes de lanzar la primera dentellada. Más objetos impactan contra los escudos, pero no es hasta que cae el primer adoquín cuando Reno 11, subinspector al mando del grupo de antidisturbios, da la orden.

Defensas arriba y abajo.

Calor negro indiscriminado.

La multitud se defiende con insultos, patadas y empujones. Sin embargo, también los hay que consideran que ya se han manifestado lo suficiente por hoy y se retiran. Los agentes avanzan como un bloque, pero siguen lloviendo los objetos que los amotinados lanzan desde la retaguardia, lo cual alimenta el entusiasmo de los policías a la hora de golpear. Buscan extremidades

y costillares, pero a veces se encuentran con alguna que otra cabeza, y ya hay brechas sangrantes entre los agraciados con menos suerte. La presencia del color rojo ahuyenta a algunos y estimula a otros, que se lanzan a por uno de los agentes, que ha cometido el error de separarse del grupo. No tardan en tirarlo al suelo, y en el breve espacio de tiempo que invierten sus compañeros en ir a socorrerlo le caen más patadas que en un Boca-River.

Entretanto, Sancho ha avanzado, apretando los dientes para combatir el dolor de sus múltiples heridas. Está a unos diez metros de la línea policial, que se ha visto obligada a replegarse casi hasta el punto de partida. El subinspector que los lidera, a la espera de que le autoricen el uso de balas de goma, se limita a repetir una sola palabra: *juntos*, pero no es fácil repartir tantos pedidos ante el exceso de demanda. Hay varias decenas de manifestantes dispuestos a aprovechar lo que parece un momento de debilidad de las fuerzas del orden, y, como si estuvieran sincronizados, arremeten con extrema violencia contra los agentes, que se compactan aún más. Sancho aprovecha para desplazarse dibujando una línea curva. Tiene fijado su destino en la mente, y verlo tan cerca le invita a abrirse paso a empujones. De repente, escucha gritar a alguien: «Están disparando», y al alzar la mirada lo corrobora. Dos agentes armados con escopetas Franchi SPS 350 hacen rebotar la munición contra el suelo, y esta impacta en gemelos, muslos, glúteos y, por qué no, algún abdomen. Las andanadas surten efecto, y la masa crítica pasa de ser diamantina a calcárea en pocos segundos. Sancho saca su placa y aprieta el paso en dirección contraria a la que huye la gente. Esquiva a varios manifestantes, aunque no puede evitar ser arrollado por un hombre de más de cien kilos que carga contra él como un búfalo cafre. Su experiencia sobre un campo de rugby le permite mantener la verticalidad, pero al erguirse de nuevo se encuentra de frente con un rostro crispado tras una visera empañada. El agente de la UIP, muy metido en harina, levanta la defensa preparado para golpear.

—¡Soy el inspector Sancho! —grita.

—Coño, Sancho, soy Mikel. ¿Qué haces aquí metido?

—Tengo que entrar.

El otro sonríe y le da una palmada en el pecho.

—Pues haberlo dicho antes, colega.

Hospital Campo Grande

Dos horas y dos minutos para la traca final

—Lo siento, lo siento..., llego muy justa —se disculpa Sara al tiempo que se quita el abrigo y lo tira sobre la cama.

María, sentada en el sofá con un libro en las manos, le regala una sonrisa que le sale del alma.

—No te preocupes, no sabes lo a gustito que estaba. A partir de ahora mi día solo va a ir a peor.

—Es que la calle parece zona de guerra. Hay concentraciones y disturbios en mil sitios.

—Ya me he enterado de lo del hombre al que han disparado en el Duque de Lerma. ¡Es que no dan una!

Enseguida María se percata de su metedura de pata.

—Uy, perdona, no me refería a...

Ahora es Sara quien le devuelve el gesto amable.

—No, si tienes razón. Pero esta última creo que se la van a tener que comer otros. ¿Cómo están mis brujitas?

—De maravilla, no dan ni un poquito de guerra. Por cierto, antes le he preguntado a la doctora y me ha dicho que las últimas analíticas de Greta han salido de libro. Me ha dicho que pasará por aquí entre las cinco y las seis.

A Sara la recorre una ola cálida de emoción que rompe en el pecho.

—Mis niñas —dice con la voz tomada, pero en tono melifluo—. Lo hemos hablado antes, y la verdad es que no sabemos cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros. Cuando todo esto pase vamos a organizar algo en condiciones.

—Espero que no tarde mucho más, porque la gente está al límite.

—Yo diría que el límite ya lo han sobrepasado.

—Igual la visita del presidente no ha sido muy oportuna.

—Otros pensarán que ya deberíamos haber atrapado a Gavilán, y todos tienen razón. No se puede vivir con miedo.

La matrona se despide de las pequeñas y le da dos besos a Sara.

—Mil gracias de nuevo, y disculpa que haya llegado sobre la bocina.

—De verdad, no te preocupes. Mi abuelo, que era un impuntual crónico, siempre decía: «La muerte es la única que no lleva reloj y llega siempre a la hora convenida». Cuando termine el turno me escapo a veros.

Sara se queda rumiando la frase.

—A la hora convenida —repite—. ¡Claro, coño, claro!

Lo siguiente que hace es sacar el móvil del bolsillo del abrigo y llamar a Sancho.

—Como lo tengas apagado te mato —verbaliza.

Al segundo tono responde.

—Dime.

—¡La muerte de Cristina! ¡La hora! Ese es el momento.

—A ver, Sara, más despacio.

—Tienes que averiguar la hora de la muerte de Cristina. Estoy segura de que Gavilán lo hará coincidir con la traca final.

Silencio.

—Joder, lo teníamos delante de las narices. Bien pensado, preciosa. Aunque aquí tienen un jaleo que no te imaginas. Cuando he llegado había un montón de gente fuera de la delegación pidiendo sangre.

—¿Y?

—Pues que ha habido sangre.

—¿Estás bien?

—Se me han abierto algunos puntos, pero sí, estoy bien. Aquí siguen reunidos y no me dejan entrar. Están buscando a quién cargarle el muerto, que, por cierto, ¿sabes quién era?

—Pues no, Sancho, no.

—El cabo primero Méndez.

—¡Qué me dices!

—Al parecer se había encaramado ahí a modo de protesta.

—Pobre idiota.

—Y tanto. La prensa ya tiene su relato, y, claro, no van a dejar pasar la oportunidad de hacerle mártir. Bueno, ¿y las peques cómo están?

—De maravilla. María ha hablado con la doctora y le ha dicho que las últimas pruebas han salido bien. Igual en unos días...

—¡Cojonudo! No veo la hora de teneros a las tres en casa.

—Igual te arrepientes —bromea Sara—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a tratar de averiguar la hora exacta de la muerte, pero me suena que cuando llegó ya era de noche, así que todavía tenemos algo de margen.

—Sancho, por favor, hagas lo que hagas, ten mucho cuidado, ¿vale?

—Oído.

—No, quiero que me lo prometas.

—¿Cómo?

—¡Que me prometas que tendrás cuidado, joder! —repite en un tono más duro.

—Vale, vale. Te lo prometo.

—Llámame cuando tengas algo. Te quiero.

—Y yo.

En algún lugar del subsuelo

Una hora y treinta minutos para la traca final

Toca salir.

Por última vez.

El tiempo que ha permanecido a oscuras y en silencio le ha parecido un pestañeo. Es posible, incluso, que se haya quedado dormido, pero sobre lo que ya no alberga ninguna duda es acerca de lo que va a hacer.

Va a cumplir.

Antes de subir por los barrotes metálicos, se pone el mono azul de trabajo y el chaleco, revisa el contenido de la mochila para cerciorarse de que tiene todo lo necesario y se pone en marcha.

Contiene la bajada de la tapa metálica de la arqueta para evitar hacer ruido y sale sin mirar atrás. Sabe que hay muy pocas probabilidades de que alguien lo vea, pero por si acaso actúa con total normalidad. Por el camino de tierra que asciende hacia la plaza de las Cometas visualiza el lugar donde enterró el cuerpo de Kivu y, días después, el material que se llevó del almacén pirotécnico de Madrid. Lo hizo dentro de una caja metálica donde introdujo la consola de ignición, los tubos de lanzamiento, la batería sellada de 12 voltios y las cuatro carcasas, revistiendo todo el interior de manera cuidadosa con aislante térmico para combatir la humedad. Con la idea de recuperar el aliento que le ha requerido el esfuerzo de la subida, y antes de adentrarse en la lengua de matorrales y encinas que tapizan de verde frondosidad el espacio central del cerro, echa un vistazo a los bloques de viviendas que proliferan en su línea de visión y calcula a vuelapluma que ahí vivirán entre veinte y treinta mil personas.

—Dime, Cris, ¿esto es lo que querías?

Sin obtener ninguna respuesta, inclina la cabeza y prosigue su camino. Al fondo escucha el ladrido de un perro que, de forma inevitable, le lleva a recordar a Kivu, a pesar de que ella jamás ladraba. El aullido lastimero que tanta gracia le hacía resuena en su cabeza.

—Mi pequeña —murmura.

Tiene marcada la encina que usó como referencia para enterrarla junto a sus raíces. Antes de excavar, dedica unos minutos a rememorar algunos de los buenos momentos que pasó junto a Kivu y lo mucho que le ayudó a superar la fase de soledad que le tocaba vivir. La tierra, arenosa y dócil, no le opone apenas resistencia, incluso cavando de rodillas. Un chasquido le hace saber que la pala y la caja metálica se han encontrado. No tiene ninguna necesidad, pero aun así extrema la precaución para terminar de sacarla. Retira los restos antes de abrirla y se cerciora de que dentro está todo en perfecto estado.

Comprueba su reloj y sonríe por la coincidencia.

Quedan treinta y nueve minutos para que anochezca.

Y treinta y nueve más para que todo termine.

Delegación del Gobierno

Una hora y un minuto para la traca final

Está perdiendo un tiempo precioso esperando a que termine la condenada reunión, pero confía en convencer a Malpica para que le autorice a poner en marcha una operación en el cerro de Las Contiendas. Está nervioso, y se había conjurado para interrumpirla si el de la CGI no salía en los próximos cinco minutos.

De eso han pasado ya veinte.

En cuanto se abre la puerta y lo ve salir de la sala, va a su encuentro. Le nota la tez abuhada, los ojos hundidos en las cuencas orbitales y el gesto contrariado. Camina con la vista al frente y los hombros más caídos de lo habitual, como una percha de plástico que ha soportado durante años el peso de varios abrigos.

—Celso, un minuto, por favor.

—Coño, Sancho, qué mala pinta traes. ¿Te ha pasado algo?

Se reiría si tuviera fuerzas.

—Solo estoy cansado. Tengo que contarte algo.

—Luego. Me están esperando fuera para ir al ayuntamiento. Se han cargado a Anchorena, otra vez, y a Garrido, que fue el que dio la orden de disparar.

—Hay que joderse.

—Ahora estoy yo al mando de esta gran mierda, y el presidente sigue empecinado en celebrar el acto en el ayuntamiento.

Sancho siente cómo las uñas afiladas de la garra se clavan en el estómago.

—Lo han retrasado a las diecinueve horas, así que tengo menos de una hora y media para preparar el dispositivo de seguridad junto a la tarada de Carlota Medina, que, atención, ha conseguido convencer al personal para adelantar el toque de queda a esa hora para evitar disturbios en las calles.

—No creo que esa gente se quiera ir a sus casas por su propio pie.

—Yo tampoco, pero han autorizado la intervención de ochocientos miembros más del Ejército de Tierra que ya están de camino, así que la cosa se va a poner preciosa.

—Cojones.

—Los del idiota del presidente. En serio, Sancho, me tengo que marchar.

Sancho da la batalla por perdida.

—Aunque, un minuto más o menos...

—¡Gracias! Sara y yo creemos que va a meter las cápsulas radioactivas en carcasas de fuegos artificiales y las va a lanzar desde el cerro de Las Contiendas, que es el punto más elevado que hay cerca de la ciudad. Y donde murió su perra. Mientras esperaba he hablado con Inés para que averigüe la hora de la muerte de Cristina: es el momento que pensamos que ha elegido para la traca final.

—¿Y eso cuándo es?

—Todavía no me lo ha dicho.

Celso Malpica hincha los carrillos y los deshincha con desesperante lentitud.

—Creemos, pensamos... Sancho, ya sabes cómo funciona esto: no puedo autorizar un operativo basado en meras suposiciones.

—Estamos convencidos. Todo encaja.

—En tu mente y en la de Sara. Y puede que incluso también en la mía, pero ni con cemento encaja en la de Fernández Villanueva. Sancho, solo hay una forma de...

Haciendo alarde de su don, Inés de Marco irrumpe por un lateral sin que ninguno de los dos advierta su presencia.

—Lo tengo —anuncia.

En un acto reflejo, Sancho cierra el puño.

—No ha sido fácil, pero lo tengo.

—¡¿Que tienes qué?! —protesta Malpica.

—Uy, lo siento. Lo que me ha pedido Sancho, la hora del fallecimiento de Cristina Mendoza Asenjo.

—Dime, dime.

—Día 11 de diciembre a las 18.28 —desvela.

—¿A las 18.28? Pero eso es dentro de... ¿cuánto?

—Cuarenta y cuatro minutos —precisa De Marco.

Celso Malpica inclina la cabeza y niega. Luego se yergue y apunta a Sancho con el índice.

—Si tuvieras razón, y aunque yo pudiera autorizar un operativo,

no hay tiempo material para ponerlo en marcha. Como te iba a decir antes, solo hay una forma de salir de dudas.

Y, de nuevo, Sancho vuela.

El mirador de la Dehesa

Dieciocho minutos para la traca final

Desde allí la ciudad se reduce a un enjambre infinito de luces que no parecen tener ninguna comunicación entre sí. No funciona como un todo, sino como una suma de entes independientes que creen tener identidad propia.

Odiaría pertenecer a ese mundo.

Sentado en uno de los bancos de madera, con todo montado, Marco Antonio Gavilán reflexiona mientras espera. Ha fijado bien los tubos de lanzamiento en la tierra y los ha orientado hacia la ciudad, ha introducido las cuatro carcasas hasta que ha escuchado el clic de anclaje y ha conectado los cables y la batería al maletín de ignición. En el *display* ha introducido la secuencia y ha activado el botón de carga, y solo resta apretar el pulsador, que sostiene en la mano derecha, para bajar el telón.

Catorce minutos.

Ahí empezó todo y ahí terminará. Le viene entonces a la cabeza la fábula lugbara que una noche le contó Arube Mbemba sobre la gran serpiente que se bebía su reflejo. Cuando el mundo aún no conocía el fuego, Adroa, dios de la luz y la oscuridad, bajó a la tierra para ver cómo dormían los hombres. En la orilla de un pequeño arroyo encontró a una gran serpiente de escamas brillantes como la luna y cientos de patas que no paraba de beber. Al hacerlo de forma compulsiva, el agua desaparecía, y con ello su imagen espejada en el riachuelo. Adroa, extrañado, le preguntó:

—¿Por qué haces eso?

—Porque siempre tengo mucha sed, no se me calma si no bebo continuamente, pero cuando lo hago dejo de existir durante el tiempo que tarda en regresar el agua. Por eso no puedo moverme

de aquí.

Adroa se apiadó de la serpiente y le dijo:

—Entonces te voy a quitar la necesidad de beber todo el rato. A cambio quiero algo que no te importe perder.

La serpiente, ilusionada, contestó de inmediato.

—Te doy mis patas, que no las uso para nada.

Adroa cumplió, pero cuando la serpiente se dio cuenta de que a partir de ese día tendría que arrastrar su vientre para moverse y, por consiguiente, dejaría de brillar, se puso muy triste.

—No te preocupes, que, como hija mía que eres, yo me encargaré de darte una piel nueva cada cuatro lunas —le concedió Adroa.

Desde entonces, todo lo que existe repite su ciclo: la serpiente muda la piel, el río vuelve a su cauce, la lluvia regresa al mar, el hijo emula al padre y los hombres cometen los mismos errores creyendo que son nuevos. Todo lo que un día nace un día muere, y mientras tanto lo único que hacemos es repetir un ciclo que alguien estableció para nosotros.

Y su ciclo está a punto de terminar.

Once minutos.

Con la yema del pulgar acaricia el pulsador.

Avenida de Miguel Ángel Blanco

Nueve minutos para la traca final

Volar no vuela. De hecho, desde que salió de la Delegación del Gobierno ha estado mucho más cerca de arrastrarse que de alzar el vuelo.

Aun así, los primeros metros los ha recorrido con estúpido entusiasmo, con el acelerador pisado hasta el fondo y a tope de revoluciones. Sin embargo, al cruzar la avenida de Salamanca ya ha tenido la sensación de que se le gripaba el motor, y al enfilar la siguiente calle se ha quedado sin combustible.

Ni una gota.

Solo las de sudor, que le empapan la frente.

El amor propio y, sobre todo, la creencia de estar en lo cierto le hacen caminar rápido. Bastante tiene con seguir en pie. Está sufriendo con cada metro que recorre, casi más que en la galería, rodeado de ratas. Además, cada vez que consulta el reloj del móvil le queda un minuto menos. Ahora, en concreto, faltan ocho para las 18.28. Pero lo peor no es su agotamiento físico. Lo peor es que le queda por delante la subida al cerro. Solo ha estado una vez allí. Hizo ese esfuerzo titánico una tarde que quiso alardear de ciudad con Erika Lopategui y Ólafur Olafsson, pero ninguno de los dos se mostró impresionado. De eso ha transcurrido mucho tiempo, pero le da la sensación de que sigue enfangado como antes.

Como siempre.

Quedan siete minutos cuando las suelas de sus botas se hunden en la arena del camino que serpentea hasta el mirador de la Dehesa. Hay poca luz, pero el camino no tiene pérdida. Durante la subida, los pulmones y el corazón, hartos de funcionar al límite de su capacidad, se alían para presentar una queja formal al cerebro. Este, diligente, la envía certificada y con carácter de urgencia, pero el usuario no parece estar en el domicilio. No ha completado un tercio del trayecto final cuando empieza a sentir calambres en las piernas y se le nubla la visión periférica. También le cuesta enfocar el número de la pantalla del móvil mientras continúa en movimiento, pero deduce que si esas dos últimas cifras son un dos y un cuatro es que solo dispone de cuatro minutos para completar el ascenso, lo cual le parece físicamente imposible.

Es en ese momento de máxima flaqueza cuando el cerebro traza un maquiavélico plan para tratar de salvar al usuario y activa una parte de su memoria reciente: «¡Que me prometas que tendrás cuidado, joder!». «Vale, vale. Te lo prometo.»

Sancho se detiene y levanta la vista. Se pregunta qué va a hacer si se encuentra con Gavilán ahí arriba. Ni siquiera le ha dado tiempo a pensarlo, pero si eso sucede se va a enfrentar a un tipo peligroso mucho más preparado que él y, casi con total seguridad, en mejores condiciones físicas.

—Vamos, cojones —se anima antes de emprender la marcha.

Pero los testículos no pueden hacer nada por ayudarle. Lo que

necesita es más oxígeno, más piernas y, sobre todo, más tiempo.

Dos minutos.

Al completar la última curva y fijar su atención en el montículo elevado que alguien bautizó como el mirador de la Dehesa, cree ver una figura humana sentada en un banco, pero no sabe si es real o fruto de su imaginación. Desde luego, lo que no va a hacer es pararse para salir de dudas. Agradece que ese último tramo no sea tan pronunciado, y quizá es ese exceso de confianza lo que le hace tropezarse y dar con su maltrecho cuerpo contra la gravilla que cubre el camino.

Maldice su suerte al tiempo que da la orden de ponerse en pie, pero su cerebro, rencoroso —o quién sabe si prudente—, no le obedece. Es más, lo sabotea y les arrebata la energía a las extremidades para impedírselo.

Y en esa postura casi cómica, luchando contra sí mismo para incorporarse, sucede.

Camino del monasterio de Santa María de Palazuelos

18.28. La traca final

Desde el jardín de su casa, a los pies del cerro, Mónica no da crédito a lo que están captando sus retinas.

—¡Pablo, mira, ven! —vocifera—. ¡Rápido!

Pablo, extrañado por el exceso de entusiasmo de su mujer, acude presto.

—¿Qué pasa?

—Allí, ¿ves? —señala hacia arriba—. Algún imbécil está tirando fuegos artificiales. Como si hubiera algo que celebrar.

Una flor de color carmesí se abre como una herida en el firmamento.

De repente, Pablo da dos palmadas cargadas de esperanza.

—¡Coño, pon la tele, que igual se han cargado al mierda de Márquez!

Mirador de la Dehesa

Ocho segundos después de la traca final

—Hay que joderse —murmura desde el suelo al ver que un párpado incandescente de color violáceo se abre fugazmente en el cielo para desaparecer en la negrura instantes más tarde.

Ha fracasado.

Ha contado cuatro composiciones pirotécnicas; cuatro. Como el número de cápsulas radioactivas desaparecidas en el hospital.

No necesita más.

No le queda un átomo de energía en el cuerpo, pero algo en su interior, que tiene que ver con la dignidad —o la ira—, le llena el depósito lo suficiente como para ponerse en pie y sacar su arma reglamentaria. Todavía no ha recuperado del todo la nitidez en la visión, pero con cada paso que da está más seguro de que hay alguien sentado en uno de los bancos de madera.

Y ese alguien no puede ser otro que Gavilán.

A unos diez metros de distancia, levanta el revólver del 38 y le apunta al pecho.

El aire trae olor a pólvora, y al percibir ese matiz se pregunta si no estará inhalando partículas radioactivas. Si no estará ya condenado.

La voz de Sara resuena de nuevo en su interior: «¡Que me prometas que tendrás cuidado, joder!».

Evalúa si apretar el gatillo directamente o seguir acercándose cuando un objeto cae a sus pies. Es una pistola.

—¡Inspector Sancho! —le llama el hombre—. Acérquese, estoy desarmado.

—¡Hijo de puta! ¡Lo ha hecho! ¡Tírese al suelo!

Gavilán gira la cabeza. En su mirada no hay duelo, solo paz.

—Eso no va a ser necesario. Le repito que estoy desarmado —le dice mostrándole las manos.

—¡Maldito sea, Gavilán!

—Ha estado a punto de lograrlo, inspector. Lo ha dado todo, pero al final le han fallado las fuerzas. Le he visto subir por el camino.

—¡Si no se tira al suelo le voy a meter dos cartuchazos ahora

mismo!

—No se precipite, le interesa escuchar lo que tengo que contarle. Confíe en mí como yo confío en usted.

Su tono de voz, sosegado y firme, seductor, le invita a escucharle.

—Si está preocupado por usted y los suyos, y por sus conciudadanos, permítame mostrarle algo.

—No trate de jugármela, que no estoy yo para muchas hostias.

—Voy a meter la mano en el bolsillo, ¿de acuerdo?

—Hágalo muy despacio.

Gavilán lo hace, y al extender los dedos aparecen tres pequeños cilindros metálicos que Sancho no es capaz de identificar.

—Estas dos son las cápsulas de cesio, y esta de aquí —señala— es la de iridio. Las voy a dejar sobre el banco, pero de momento no se acerque más. Es por su seguridad.

Incrédulo, sorprendido, el pelirrojo niega con la cabeza.

—¿Entonces? ¿Los fuegos?

—Es mi forma de homenajear a Cristina. Las carcasas estaban limpias, se lo juro por su memoria.

No sabe el motivo, pero Sancho tiene la certeza de que dice la verdad. Una sensación de alivio le inunda por dentro.

—Pero... ¿Por qué?

—No tiene que haber un porqué, inspector, pero sí tiene que haber un sentido. Déjeme que se lo explique de otro modo. ¿O tiene prisa?

Sancho, que sigue apuntándole, se encoge de hombros.

—No mucha, la verdad.

Gavilán deja que su mirada se pierda en el horizonte.

—Al principio de los tiempos, cuando Adroa creó el mundo, hizo a los hombres de agua de lluvia para que su existencia tuviera un sentido: nutrir la tierra. Pero por aquel entonces el sol nunca se ponía, y a lo largo del día los derretía por completo convirtiéndolos en ridículos charcos, por lo que tenía que crearlos una y otra vez. Se le ocurrió por tanto entregarles una gota de su divinidad para que pudieran hacerse una piel que los protegiera. Ese regalo convirtió a los hombres en inmortales y, por tanto, en los seres más fuertes de la creación, y con el tiempo se volvieron crueles con el resto.

Decepcionado, Adroa le encargó a Adro que les diera una lección para restablecer el equilibrio.

—La puta armonía... —comenta el pelirrojo en voz baja.

A Gavilán le nace una sonrisa limpia, infantil.

—Una noche, Adro bajó a la tierra disfrazado de viento, y con sus uñas hizo un rasguño invisible en la piel de los hombres, y por ella perdían su vitalidad poco a poco. Cuando empezaron a morirse con el paso de los años fueron a rogar a Adroa, y este, benevolente, le exigió a Adro que les diera una solución. Adro aceptó, pero les advirtió de que les iba a costar esfuerzo.

Gavilán imposta la voz, como lo hacía Arube Mbemba.

—«Elegid al mejor de vuestros cazadores y yo le proporcionaré los medios.» Adro le entregó al elegido un arco sagrado y unas flechas y le dijo: «Sube a la montaña más alta, desde allí podrás alcanzar al sol y dejaréis de morir con el paso del tiempo». El cazador empleó toda la jornada en alcanzar la cima. Desde allí disparó la flecha, y al rato vio como el sol moría lentamente y nacía otro astro más pequeño que daba luz sin calor, al que llamaron luna. Esta trajo días de frío y oscuridad. Los cultivos dejaron de crecer por falta de luz y los hombres empezaron a morir de hambre. Cuando fueron a protestar a Adro, este le dio al cazador otras flechas distintas para matar a la luna. «Sube a esa otra montaña, desde allí podrás alcanzar a la luna.»

Sin darse cuenta, Sancho baja el arma.

—El cazador cumplió con su cometido. Así, durante el día los hombres cumplían con su función de nutrir la tierra y por la noche su agua de lluvia se recargaba. Sin embargo, el cazador tenía que subir dos veces a las montañas más altas para matar primero al sol y luego a la luna. No pasó mucho tiempo hasta que este fue a hablar con Adro y le dijo: «No puedo más con este castigo, estoy cansado de subir y bajar las montañas más altas y nunca veo a mis seres queridos». Y el dios le contestó: «Entrega tu arco sagrado a tu hijo y que se encargue él. Cuando se canse, que se lo dé a su hijo, y así hasta el final de los tiempos». El cazador se negó, pues no quería trasladar su condena a su descendencia, así que le pidió otra solución, y Adro le dijo: «La única solución es que hables con el sol y

la luna y los convenzas para que se dividan el día en dos». «Pero eso no puede ser, porque cuando uno está vivo el otro está muerto. ¡Es imposible que se pongan de acuerdo!», le gritó. Y Adro le respondió: «Eso lo tendrías que haber pensado antes de disparar la primera flecha al sol».

Sancho, confundido, no sabe qué decir.

—Como el cazador, yo también me he cansado de subir a las montañas más altas para disparar flechas que solucionen la vida de otros, inspector. Ya no tiene sentido.

—¿Y así termina la historia?

Gavilán, que no ha dejado de sonreír, introduce la mano en el otro bolsillo y le muestra algo que sostiene entre el índice y el pulgar: la cuarta cápsula.

—No, la fábula no termina de esa manera. El cazador, agotado, condenado, decidió hablar primero con el sol y después con la luna, y a ambos les ofreció lo mismo: su vida a cambio de que se repartieran el mundo en día y noche. Los dos aceptaron. Al día siguiente el cazador se disparó una flecha en el corazón, y, desde entonces, el sol y la luna, la luna y el sol, se entienden y se respetan.

Sancho se anticipa mentalmente a las intenciones de Gavilán.

—Iridio. Esta es mi flecha, inspector.

—¡No lo haga! ¡No es necesario!

—Sí, lo es. Duele menos convertirse en un ridículo charco que seguir siendo un cazador.

Y sin dejar de mirarlo, la abre, se la introduce en la boca y se la traga.

Al principio de los tiempos

Residencia de Sara Robles y Ramiro Sancho
14 de diciembre de 2022, a las 13.14

Tres días después de la traca final

Agotado. Físicamente destruido.

Aniquilado.

Así se siente Sancho después de que terminara lo malo y empezara lo bueno. Y lo bueno tiene que ver con las dos criaturas que sostiene en sus brazos: una en cada uno. Dos criaturas que recibieron el alta el día 12 y que, por fin, tienen en casa. Dos criaturas a las que trata de calmar dando vueltas por el salón mientras las mece sin obtener ningún resultado favorable a sus intereses.

La detención de Marco Antonio Gavilán no la percibió como un triunfo. Tampoco fue una derrota, pero en ningún caso le ha servido para alimentar su ego ni le ha dejado buen sabor de boca. Todo lo contrario que lo que les ocurrió a los medios de comunicación, que recibieron la noticia como una victoria del bien sobre el mal.

Con mayúsculas.

En el titular de la portada de *El Norte de Castilla* se podía leer: «La policía pone fin a la peor pesadilla de la historia para los vallisoletanos»; otros, en la misma línea, rayana en la épica griega, decían: «Valladolid respira aliviada: detenido el autor de los atentados que sembraron el terror en la ciudad»; «Fin al infierno: el operativo conjunto de la Policía Nacional y la Guardia Civil atrapa al responsable de los atentados»; «Detenido en Valladolid el exmilitar que mantuvo en jaque al Gobierno».

Con la investigación bajo secreto de sumario, a la prensa todavía

no se le han facilitado los pormenores de la detención. Tampoco se les ha informado del delicado estado de salud de Marco Antonio Gavilán, aunque sí ha trascendido que permanece hospitalizado en la Unidad de Aislamiento Radiológico del Hospital Clínico Universitario. En la calle, la ausencia de detalles ha provocado que proliferen infinidad de teorías y versiones sobre los hechos, lo cual tiene su reflejo en las redes sociales, donde se celebra la vuelta a la normalidad al tiempo que se encumbra y se dilapida al Témpano casi a partes iguales.

A Sancho le tocó testificar la misma noche de la detención ante el CECOP: durante más de cuatro horas detalló cómo llegó hasta él —gracias a quiénes— y cómo fue el propio Gavilán quien decidió qué tipo de desenlace tendría la historia que había decidido protagonizar. Ahora el debate se centra en cómo narrarla ante la opinión pública, cuestión en la que Sancho ha declinado participar. Lo que sí ha hecho ha sido dejar claro a Celso Malpica y a Antón Anchorena que no va a consentir que se transmita una versión oficial adulterada, y que, de hacerse así, él se encargaría de contar la cruda verdad a los medios. Y la conclusión es que no se pueden atribuir mucho mérito en la resolución del caso. Recibió, eso sí, la felicitación en persona del presidente Márquez, la cual acogió con el mismo entusiasmo que un chimpancé cuando le tiran un cacahuete: se la tragó y se marchó.

Y, ahora, con Greta y Asia convertidas en sus dos enemigas favoritas, Sancho trata de entender cómo funciona esto de ser padre con una madre como Sara, muy propensa a abandonar el ruedo cuando el toro se pone bravo. Como ha sucedido esta noche, cuando las niñas se han puesto de acuerdo para llorar cuando la otra dormía y el marcador de levantarse a atenderlas ha terminado seis a dos a favor de Sancho.

Es decir, muy en su contra.

No han sido pocas las veces que se ha preguntado si María estaría dispuesta a cambiar de trabajo de forma temporal. Unos dieciocho años, año arriba, año abajo.

—¿Qué les pasa a mis pequeñas? —dice Sara, que aparece recién duchada, con una luminosa sonrisa en la boca—. ¿No les gusta la

barba de papá? ¿O es el olor a señor mayor enfadado que desprende?

—Tócate los cojones. ¿Qué entiendes tú por *ducha rápida*? Te hubiera dado tiempo a irte al *spa* de Arzuaga y contratar el circuito completo.

—No me des ideas. Por cierto, acuérdate de que esta noche hemos invitado a cenar a María, y viene con su marido y la niña. No estaría mal que tuviéramos algún vino en condiciones para ofrecerles.

—Sí, lo tenía presente —miente—. Me encargo yo del vino.

—Venga, dame a estas brujis y aprovecha.

Y, por arte de magia —magia negra a ojos de Sancho—, Asia y Greta se tranquilizan al unísono.

—La vida que me espera..., qué larga se me va a hacer.

—Que no te quepa duda, sobre todo si quedas con otras mujeres a mis espaldas.

Sancho arruga la frente.

—¿Cómo dices?

—Al día siguiente de que saltara por los aires la torre de la catedral te vieron en una cafetería con una mujer. No me importa saber quién era ni por qué no me lo dijiste, pero no juegues con fuego si no quieres que te queme ya sabes qué.

El pelirrojo sopesa durante unos segundos si le conviene o no adoptar una actitud arriscada o si es oportuno añadir algo al respecto.

Y la respuesta en cualquier caso es no.

—Mis pelotas y yo nos metemos en la ducha —resuelve con acierto.

—Espera.

Sara proyecta los labios hacia fuera, pero en vez de un beso recibe un azote que, sin duda, ella aprecia mucho más.

—No tardes, que tus hijas ya te están echando de menos.

Sancho todavía está mascando lo que acaba de suceder cuando le suena el teléfono. Es Celso Malpica.

—Buenos días —contesta.

—¿Estás muy ocupado?

—Ni te lo imaginas. ¿Te has planteado alguna vez tener una hija, aunque no sea tuya?

Al otro lado le parece escuchar una carcajada contenida.

—Quiere verte.

—¿Quién?

—Gavilán. Insiste en verte, dice que le debes una.

Sancho encaja las piezas.

—Ya sé por dónde va la historia, pero si te soy sincero no sé si es un plan que me apetezca en este momento.

—Tú mismo. Los médicos dicen que le queda muy poco de vida. Horas, quizá.

—Bastante ha durado con la burrada que hizo.

—Hay algo más... Fernández Villanueva me ha pedido que trate de convencerte. Para la Comisaría General de Información sería muy importante contar con su testimonio y, como sabes, se ha negado a hacer ninguna declaración. Solo quiere hablar contigo.

Sancho se concede un par de segundos.

—Tu jefe quiere que le haga el favor, ¿eh? Pues dile que lo haré, pero él me tiene que hacer otro. Y antes de ir necesito algo.

—¿Qué?

—Estás en comisaría, ¿verdad?

—Sí.

—Consígueme el diario. Te veo en el hospital en tres cuartos de hora —cuelga.

Hospital Clínico Universitario

Celso Malpica le está esperando en la puerta de la Unidad de Aislamiento Radiológico.

—No ha sido fácil —le dice mostrándole el diario.

—Hacérselo entender a Sara tampoco.

—Tienes que pasar a esa sala para que te pongan el traje de protección. Es obligatorio.

—Bien. Ese es el tiempo que tienes para llamar a Fernández Villanueva y decirle que quiero su palabra de que darán carpetazo a

la investigación que tiene abierta Asuntos Internos contra Sara.

Malpica tuerce la boca.

—Venga, Sancho, no me jodas.

—Quiero escuchárselo decir. Si no se quiere pringar, me vuelvo por donde he venido.

—A tu lado, las mulas son ovejas.

—Me lo dicen mucho los pastores.

Ocho minutos más tarde, Sancho aparece embutido en el mono de protección integral con capucha. Polietileno blanco, precintado en mangas y tobillos, guantes y calzas dobles de nitrilo, mascarilla FFP3 y visera facial. Encima, un delantal plomado que le protege de la radiación gamma que emite el paciente. En la muñeca lleva un dosímetro para medir la radiación acumulada.

Incómodo, acalorado y tenso, Sancho sale en busca de Celso Malpica. Este extiende el brazo y le pega el teléfono a la oreja.

—Soy el comisario general Fernández Villanueva. Tiene mi palabra de que el proceso de Asuntos Internos contra Sara Robles se quedará en el punto en el que está.

—¿Y en qué punto está, exactamente?

—En el que a Sara y a usted les interesa.

—De acuerdo. Muchas gracias, comisario —contesta.

Malpica lo mira y le sonríe.

—Deberías trabajar con nosotros.

—No, tú deberías trabajar con nosotros. Me han hecho firmar un permiso de consentimiento y solo puedo estar ahí dentro diez minutos.

—Aprovéchalos —dice entregándole el diario.

—Lo haré.

La puerta doble se cierra tras él con un siseo hermético. A Sancho le da la sensación de que acaba de entrar en otro universo. Predomina el olor a desinfectante, pero a través de la mascarilla percibe ciertos matices metálicos. El dosímetro emite un pitido seco, intermitente, como si desgranara los segundos de vida que le quedan al paciente. A través de la visera, algo empañada, Gavilán le parece un maniquí de plomo hundido en su lecho de muerte.

En cuanto se percata de su presencia, se quita el respirador y

fuerza un gesto cordial, cercano, a pesar de que tiene las facciones hundidas, los labios cuarteados y la tez, casi transparente, pegada al cráneo. Errática, su mirada deambula por la habitación hasta que detecta lo que porta Sancho en la mano.

—Sabía que podía confiar en usted —dice Gavilán con un hilo de voz—. Gracias.

En cuanto se lo entrega, Sancho retrocede dos pasos para mantener la distancia de seguridad que le han indicado. Gavilán toma aire con dificultad y aprieta el diario contra el pecho.

—No tenemos mucho tiempo —le informa Sancho.

—Unos menos que otros. Cada uno tiene el final que merece.

—No creo que nadie merezca un final así.

—Casi no siento dolor. No siento nada. Solo siento no haber sabido parar a tiempo.

—Y yo. Ha hecho sufrir a mucha gente sin motivo y se ha llevado muchas vidas por delante. Es un poco tarde para el arrepentimiento, ¿no cree?

Gavilán necesita tomar aire de nuevo para seguir fabricando palabras.

—No se equivoque, inspector. Que sea consciente de lo que he hecho no significa que me arrepienta. Arrepentirse nunca tiene sentido.

—Acaba de decir que siente no haber parado a tiempo.

—No me refiero a esta etapa de mi vida. Tendría que haber parado mucho antes para no perder lo único que merecía la pena.

—Cristina.

El Témpano desvía la mirada hacia el diario, que se mueve al ritmo desacompasado de su respiración.

—¿Lo ha leído?

—Entero no, mi mujer sí. En realidad, ha sido ella quien ha logrado meterse en su cabeza. Quizá debería estar hablando con ella, no conmigo.

—No, solo he logrado conectar con usted.

Algo desconcertado, Sancho camina alrededor de la cama.

—Todavía no sé qué es lo que quiere de mí. Espero que no esté buscando mi comprensión. Ni mi perdón.

—No, para nada. Solo quería recuperar el diario y agradecerle que haya sido el rival que necesitaba.

—No sé si puedo estar orgulloso de eso.

—Puede. Y debe. Porque, si no me hubiera cuestionado..., estoy seguro de que no habría llegado a la conclusión a la que he llegado.

—¿Y cuál sería, si puede saberse?

—Ya la sabe.

Sancho tarda unos segundos en dar con ella.

—¿Que nadie puede subir cada día hasta la cumbre de las montañas más altas sin pagar las consecuencias?

Gavilán sonríe, ahora sí, con energía.

—Pues tome nota, inspector.

—Lo haré. Yo no me sé ninguna fábula que pueda encajar en este momento, pero sí le puedo decir que hay finales que, a pesar de que no son reparadores, aportan orden. Buen viaje, Marco.

En el último cruce de miradas, Sancho busca y encuentra un destello de humanidad, un centelleo que de inmediato desaparece engullido por una oscuridad irrefrenable.

Salvaje.

Fuera, Celso Malpica charla con Antón Anchorena, conversación que interrumpen en cuanto ven salir a Sancho de la habitación de aislamiento.

—Dadme unos minutos y enseguida me uno al guateque —dice Sancho desde la distancia mientras se quita la pantalla protectora y la mascarilla.

Más tarde, en la calle, sopla un aire que reivindica la próxima llegada del invierno castellano. Los tres, que caminan en silencio, tratan de mantener el calor corporal dentro de sus respectivos abrigos, si es que eso que lleva Celso Malpica puede considerarse como tal.

—Viniendo hacia aquí he visto un restaurante que tiene buena pinta, mesón Don Enrique. Os invito a comer —propone Anchorena.

—Vaya, por fin un poco de cordura —juzga el pelirrojo.

Hospital Clínico Universitario

Ya llega.

La ha visto tantas veces de frente que no tiene ninguna duda, no le hace falta abrir los ojos para reconocerla. Y esta vez ni siquiera tiene intención de esquivarla. Tan solo se aferra al diario con ambas manos y lo aprieta de nuevo contra el pecho como si quisiera evitar que la muerte se lo arrebatase.

Es el momento que estaba esperando para cumplir con su condena. Nunca antes se ha atrevido a recordar las últimas palabras que cruzó con Cristina. Aquella fue la primera vez que sintió verdadero dolor.

Dolor del que quema por dentro.

Del que destruye todo lo que toca.

Del que deja un vacío que no se puede llenar jamás.

—Déjame irme en paz, por favor —le rogó ella.

—No, no, no. Tienes que luchar, Cris, por lo que más quieras.

—Lo que más quería eras tú.

Lágrimas, de esas que él se creía incapaz de fabricar, aparecieron.

—Yo te sigo queriendo. Te quiero más que nunca.

Cristina hizo un esfuerzo por sostenerle la mirada y luego negó con la cabeza.

—No, Marco, no. Tú nunca me has querido.

Algo se cristalizó por dentro antes de romperse en mil pedazos.

Y no dijo nada más. De repente, sus pupilas se dilataron, y en aquella opaca oscuridad vio reflejada a la muerte.

La misma que ahora viene a buscarle.

Y que Marco Antonio Gavilán recibe con los brazos abiertos.

—Ahora nos vemos, Cris. Espero que donde sea que nos encontremos sepas perdonarme.

Mesón Don Enrique

—Si fuera por ese miserable de Fernández Villanueva ya habrían rellenado nuestros formularios de jubilación —comenta Anchorena—, pero todavía me quedan algunos años de dar guerra.

—Pues espero que no te envíen al mismo frente que a mí —

interviene Malpica—, porque igual me cambio de bando.

—Siempre has tenido alma de traidor. Sancho, ¿sabes cuál sería una jugada redonda para ti? —le pregunta el navarro apuntándole con el tenedor.

—Sorpréndeme.

—Cuando se termine tu comisión de servicio, tu señora esposa se incorpore a su puesto y te deje con el culo al aire, solicitas el traslado a Canillas con tus tíos Anchorena y Malpica. Así matas tres pájaros de un tiro.

—Un tiro es lo que te voy a meter yo entre las cejas. Después del infierno que hemos pasado con las niñas...

—No, no, amigo. El infierno entero y verdadero es en el que acabas de meterte.

Antes han brindado varias veces por la memoria de Zetazeta y han celebrado la vuelta a casa de la mujer del comisario Herranz-Alfageme. La botella de Ribera que hay sobre la mesa está a punto de ser sustituida por otra cuando Celso Malpica cambia el rumbo de la conversación.

—Bueno, qué, Sancho, ¿no nos vas a contar qué has hablado con Gavilán?

Este termina de masticar una croqueta de cocido y asiente con la cabeza.

—No es fácil, la verdad.

—Inténtalo, hombre, inténtalo, que aunque seamos mayores todavía nos quedan entendederas —le anima Anchorena.

Sancho bebe un trago de vino.

—Al principio de los tiempos, cuando Adroa creó el mundo...

Nota del autor

Estimado lector o lectora, si ya me conoce, sabrá que acostumbro, en estas parrafadas finales, a hablar de algún aspecto que tiene que ver con el proceso de escritura o con la creatividad, los personajes o vaya usted a saber.

Y las costumbres hay que luchar por no perderlas.

Empezaré diciendo que, aunque suene a tópico, no resulta sencillo expresar con palabras lo que siento al empezar a escribir esta nota. *Felicidad* es la palabra que más se ajusta al estado de ánimo que uno, que se dedica profesionalmente a ello, experimenta al terminar una novela. Son muchas las horas invertidas en esta historia que acaba de leer, muchas las dudas resueltas y las resoluciones dudosas. Muchos los días de fatiga mental, de interrupciones a veces no deseadas, de agitación emocional. Muchos los meses.

Y lo que me queda.

Porque ha de saber que esta nota la escribo siempre en el momento en el que finalizo el primer borrador, que, como ya he contado otras veces, escribo sin escaleta previa, y que, en consecuencia, necesita ser torturado con extrema crueldad hasta que me confiese lo que yo quiero. Y no será hasta que tenga la certeza de que la trama es sólida y se sostiene con firmeza cuando afronte una tarea que nada tiene que ver con la anterior y que consiste en escribirla bien. Esta fase requiere sacar la lupa y revisar todo el texto capítulo a capítulo, página a página, párrafo a párrafo, frase a frase, palabra a palabra. No es una labor sencilla ni mucho menos entretenida, pero sí es fundamental si pretendes ser honesto con el oficio. Porque, si no nos encargamos los que vivimos de la palabra escrita de cuidarla, ¿quién lo hará?

En resumen, que en el mejor de los casos se me plantean entre

ocho y doce semanas de trabajo, de tortuosa convivencia con los personajes que han protagonizado esta trama explosiva. Y, de algún modo, esa perspectiva aporta su granito de arena a la sensación de felicidad que mencionaba al principio. Porque, créame, desprenderme para siempre de un personaje como Marco Antonio Gavilán no va a ser nada sencillo.

Le explico por qué.

Comencé a escribir esta novela en septiembre de 2024, al día siguiente de entregar el manuscrito de *Nada bueno germina* y cerrar una etapa de mi vida personal y profesional que me ha traído —y me está trayendo— muchas alegrías.

Antes de empezar a teclear tenía decididos varios puntos: que después de casi cuatro años separados necesitaba volver a interpretar a Sancho; que quería escribir un *thriller* que no se pareciera a nada que ya hubiera publicado; y, por último, que la acción se desarrollara íntegramente en mi Valladolid. Todo lo demás estaba en el aire. El mayor problema al que me enfrentaba era decidir y acertar con un elemento crítico que en guion se define como *premisa*, y que no es otra cosa que la idea central, la chispa que pone en marcha el motor narrativo de la trama. Buscaba algo novedoso sobre lo que no se hubiera escrito demasiado —pretender que no se haya tratado un tema en concreto a estas alturas es una quimera—; pero, con quince novelas a la espalda, la mayor parte de ellas de género negro, el reto consistía en no repetir fórmulas anteriores. Descartados por tanto asesinos en serie, tramas masónicas, robos, trata de personas, narcotráfico y crimen organizado entre otras, me quedaba poco donde rascar. O puede que mucho, pero no me suscitaba el interés que necesitaba. Fue entonces cuando, creo que por descarte, llegué a la figura del lobo solitario. Un individuo con altas capacitaciones que actúa de manera independiente con el propósito de sembrar el terror y sin una motivación clara *a priori*. Eso me seducía, sí, pero conllevaba la destrucción parcial de mi ciudad. Confío en que mis paisanos no se hayan sentido dolidos por ello.

Crear este personaje suponía un incentivo para mí, pero, sobre todo, lo que más me llamaba la atención era generar esa atmósfera

asfixiante en la que el pánico se incrementa de forma progresiva. Y, por supuesto, plasmarlo en la ficción de un modo realista. Esto requería una ardua fase de investigación acerca de explosivos y protocolos de actuación antiterroristas, y le puedo asegurar que no ha sido nada fácil debido a la escasez —lógica, por otra parte— de documentación de calidad al respecto. Aprovecho para aclarar que he tenido mucha precaución a la hora de describir los procesos de fabricación de explosivos con el propósito de evitar que esta novela se convirtiera en un manual para el buen terrorista, por lo que si está pensando en inspirarse en alguno de los métodos del Témpano le pido que desista.

No le va a salir como espera.

Marco Antonio Gavilán nació y creció en mi cabeza, sí, pero he de reconocer que está inspirado en un tipo —cuyo nombre no voy a desvelar, dado que no he contado con él para tomar prestados determinados atributos—, principalmente en lo que se refiere a su formación, experiencia militar y nivel de conocimiento en el manejo de explosivos. Ojalá algún día pueda conocerle en persona para agradecérselo. El resto de los ingredientes que lo componen son de mi cosecha, como en el caso de la mitología de una religión animista como la lugbara. Espero que no le haya costado digerirlo, porque, créame, era fundamental para edificar su modelo de conducta y valores. Interpretarlo ha sido un auténtico placer, y pocas veces me ha costado tanto tener que deshacerme de un personaje como ha sido el caso. Confío en que, al menos, perviva un tiempo en su memoria.

En cuanto a Sancho, qué decirle. Ha sido como ir de viaje con un viejo camarada al que conozco tan bien como él a mí. Hay veces que uno no se da cuenta de lo mucho que echa de menos a un ser querido hasta que se reencuentra con él. El hecho de tener a Sara convaleciente obligaba al pelirrojo a asumir un papel de mayor protagonismo que en las últimas novelas en las que aparece, hecho que no sucedía desde 2017 con *A grandes males*. Interpretar a Sancho me obliga a recordar quién era cuando empecé a escribir allá por el año 2012, y quién sigo siendo catorce años más tarde al terminar mi decimosexta novela.

Espero haber estado a la altura de sus expectativas.

Sobre el título de esta novela, algunos de ustedes habrán pensado que me he inspirado en la letra de la canción *En brazos de la fiebre* de Héroes del Silencio, pero no es así. O, si lo ha sido, creo que no he sido del todo consciente de ello. Parte de la fase de documentación consistía en sumergirme en la mitología lugbara. Otro jaleo, porque no existe mucha información al respecto y tampoco he dado con ningún experto en la materia que pudiera ilustrarme. Pero sí tuve claro que este tipo de religiones ancestrales han sobrevivido durante siglos gracias a la transmisión oral. Tenía por tanto que tirar de imaginación, y ahí surgió la fábula acerca de una gota de divinidad transformada en piel que resulta ser al mismo tiempo don y condena.

Ahora le toca a usted, estimada lectora o lector, juzgar esta experiencia que está a punto de terminar. Espero que la inversión que ha hecho en la compra de este ejemplar haya merecido la pena, pero, sobre todo, que la lectura no le haya dejado indiferente. Si es de esas personas que lo han adquirido de forma ilegal, sepa usted que me debe un euro —eso es lo que me ha quitado a mí—, y que también le debe dinero a mi editorial, a alguna librería, a la imprenta y a la empresa de transporte encargada de la distribución.

Me despido de usted con la vista puesta en el mar Mediterráneo, pensando ya en lo próximo que vendrá si sigue comprando mis novelas. Por ello, le doy las gracias por anticipado.

De corazón.

Hoy, 7 de noviembre de 2025, quiero agradecer a las personas que, de forma consciente o inconsciente, me han acompañado en esta travesía.

A María, mi chica, por seguir mirándome como me miras.

A Hugo, mi chico, por dejarme mirar a través de tus ojos.

A Destino, mi editorial, por impulsar mi mirada.

A Montse, Gorka y Carmen, por vuestra mirada crítica.

A X, porque no quieres ni que te mencione. ¡Bum!

A Juan y a Fede, bomberos, por dejarse matar con tan estúpida

dignidad.

A Carmen Corazzini, por estar tan cerca de la noticia.

A Mikel, de la UIP, por tu calor negro.

A mis paisanos de Valladolid, hoy quizá más que nunca, por todo.

A las librerías, por tanto.

Al Zerocafé, por eso.

Valladolid, Benalmádena, Fuentefría
César Pérez Gellida